

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

***HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA
DE LA NUEVA ESPAÑA***

TOMO IV



Biblioteca Saavedra Fajardo 2014



Transcripción y corrección de Miguel Andúgar Miñarro a partir de: Bernal Díaz del Castillo. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Tomo III. Madrid: Imprenta de Don Benito Cano, 1796. Con correcciones de la siguiente edición: Madrid: Imprenta del Reino, [1632].



Índice

CAPÍTULO CLX.....	5
CAPÍTULO CLXI.....	14
CAPÍTULO CLXII.....	17
CAPÍTULO CLXIII.....	32
CAPÍTULO CLXIV.	35
CAPÍTULO CLXV.	43
CAPÍTULO CLXVI.	47
CAPÍTULO CLXVII.	64
CAPÍTULO CLXVIII.	68
CAPÍTULO CLXIX.....	79
CAPÍTULO CLXX.....	88
CAPÍTULO CLXXI.....	91
CAPÍTULO CLXXII.....	94
CAPÍTULO CLXXIII.....	100
CAPÍTULO CLXXIV.	104
CAPÍTULO CLXXV.	109
CAPÍTULO CLXXVI.	115
CAPÍTULO CLXXVII.	120
CAPÍTULO CLXXVIII.	125
CAPÍTULO CLXXIX.	134
CAPÍTULO CLXXX.	136
CAPÍTULO CLXXXI.	139
CAPÍTULO CLXXXII.	142
CAPÍTULO CLXXXIII.	144
CAPÍTULO CLXXXIV.	149
CAPÍTULO CLXXXV.	153
CAPÍTULO CLXXXVI.	161
CAPÍTULO CLXXXVII.	162
CAPÍTULO CLXXXVIII.	165
CAPÍTULO CLXXXIX.	169
CAPÍTULO CXC.	173



CAPÍTULO CXCI.	176
CAPÍTULO CXCII.	183
CAPÍTULO CXCIII.	185
CAPÍTULO CXCIV.	192
CAPÍTULO CXCV.	200
CAPÍTULO CXCVI.	210
CAPÍTULO CXCVII.	218
CAPÍTULO CXCVIII.	220
CAPÍTULO CXCIX.	224
CAPÍTULO CC.	226
CAPÍTULO CCI.	233
CAPÍTULO CCII.	236
CAPÍTULO CCIII.	237
CAPÍTULO CCIV.	243
CAPÍTULO CCV.	251
CAPÍTULO CCVI.	267
CAPÍTULO CCVII.	272
CAPÍTULO CCVIII.	274
CAPÍTULO CCIX.	276
CAPÍTULO CCX.	280
CAPÍTULO CCXI.	286
CAPÍTULO CCXII.	290
CAPÍTULO CCXIII.	296



CAPÍTULO CLX.

Cómo Gonzalo de Sandoval llegó con su ejército a un pueblo que se dice Tustepeque, y lo que allí hizo, y después pasó a Guacacualco, y todo lo que le avino.

Llegado Gonzalo de Sandoval a un pueblo que se dice Tustepeque, toda la provincia le vino de paz, excepto unos Capitanes Mexicanos, que fueron en la muerte de sesenta Españoles y mujeres de Castilla, que se habían quedado malos en aquel pueblo, cuando vino Narváez; y era en el tiempo que en México nos desbarataron, entonces los mataron en el mismo pueblo: y de obra de dos meses que hubieron muerto los por mí dichos, porque entonces fui con Sandoval, yo posé en una como torrecilla, que era adoratorio de ídolos, adonde se habían hecho fuertes, cuando les daban guerra, y allí los cercaron, y de hambre y de sed, y de heridas les acabaron las vidas: y digo que posé en aquella torrecilla, a causa que había en aquel pueblo de Tustepeque muchos mosquitos de día, y como está muy alto, y con el aire, no había tantos mosquitos como abajo, y también por estar cerca del aposento donde posaba el Sandoval. Y volviendo a nuestra plática, procuró el Sandoval de prender a los Capitanes Mexicanos que les dieron la guerra, y les mataron los sesenta soldados que dicho tengo; y prendió el más principal de ellos, e hizo justicia, y por justicia lo mandó quemar; otros muchos había juntamente con él, que merecían pena de muerte y disimuló con ellos, y aquel pagó por todos: y cuando fue hecho, envió a llamar de paz unos pueblos Zapotecas, que es otra Provincia, que estará obra de diez leguas de aquel pueblo de Tustepeque, y no quisieron venir, y envió a ellos para traerlos de paz a un Capitán, que se decía Briones (otras muchas veces ya lo he nombrado) que fue Capitán de bergantines, y había sido buen soldado en Italia, según él decía, y le dio sobre cien soldados, y entre ellos treinta ballesteros y escopeteros, y más de cien amigos de los pueblos que habían venido de paz: y yendo que iba el Briones con sus soldados, y con buen concierto, pareció ser las Zapotecas supieron que iba a sus pueblos, y le echan una celada en el camino, que le hicieron volver más que de paso rodando unas cuestas y laderas abajo, y le hirieron más de la tercia parte de los soldados que llevaba, y murió uno de las heridas, porque aquellas sierras donde están poblados aquellos Zapotecas, son tan agras y malas que no pueden ir por ellas caballos, y los soldados habían de ir a pie por unas sendas muy angostas por contadero, uno a uno siempre; hay neblinas y rodos, y resbalaban en los caminos: y



tienen por armas unas lanzas muy largas mayores que las nuestras, con una braza de cuchilla y navajas de pedernal, que cortan más que nuestras espadas, y unas pavesinas que se cubren con ellas todo el cuerpo, y mucha flecha, y vara, y piedra, y los naturales muy sueltos y cenceños a maravilla, y con un silbo o voz que dan entre aquellas sierras, resuena y retumba la voz por un buen rato, digamos ahora como ecos. Por manera que se volvió el Capitán Briones con su gente herida, y aun él también trajo un flechazo; llámase aquel pueblo que le desbarató, Tiltepeque: y después que vino de paz el mismo pueblo, se dio en Encomienda a un soldado, que se dice Ojeda el tuerto, que ahora vive en la villa de San Ildefonso. Pues cuando el Briones volvió a dar cuenta al Sandoval de lo que le había acaecido, y se lo contaba, como eran grandes guerreros, y el Sandoval como era de buena condición, y el Briones se tenía por muy valiente, y solía decir que en Italia había muerto, y herido, hendido cabezas y cuerpos de hombres, le decía el Sandoval: ¿le parece, señor Capitán, que son estas tierras otras que las donde anduvo militando? y el Briones respondió medio enojado, y dijo que juraba a tal, que más quisiera batallar contra tiros y grandes ejércitos de contrarios, así de Turcos, como de Moros, que no con aquellos Zapotecas, y daba razones para ello, que parecía que cuadraban, y todavía el Sandoval le dijo que no quisiera haberle enviado, pues así fue desbaratado, que creyó que pusiera otras fuerzas, como él se alababa que había hecho en Italia; porque este Briones había poco tiempo que vino de Castilla, y le dijo el Sandoval: qué dirán ahora los Zapotecas que no somos tan varones como creían que éramos? Dejemos de esta entrada, pues no aprovechó, antes dañó, y digamos cómo el mismo Gonzalo de Sandoval envió a llamar de paz a otra Provincia, que se dice Xaltepeque, que también eran Zapotecas, que confinan con otra Provincia y pueblos, que se decían los Minxes, gentes muy sueltas y guerreros, que tenían diferencias con los de Xaltepeque, que ahora como digo son los que enviaba a llamar, y vinieron de paz obra de veinte Caciques y principales, y trajeron un presente de oro en grano, que entonces habían sacado de las minas en diez cañutillos, y joyas de muchas hechuras, y traían vestidas aquellos principales unas ropas de algodón muy largas, que les daba hasta los pies, con muchas labores en ellas labradas, y eran digamos ahora a la manera de albornoces Moriscos: y como vinieron delante el Sandoval con mucho acato se lo presentaron, y lo recibió con alegría, y les mandó dar cuentas de Castilla, y les hizo honra y halagos, y demandaron al Sandoval que les diese algunos Teules, que en su



lengua así nos llamaban a los Españoles, para ir juntamente con ellos contra los pueblos de los Minxes sus contrarios, que les daban guerra: y el Sandoval como no tenía soldados en aquella sazón para darles ayuda como la demandaban, porque los que llevó el Briones, estaban todos heridos, y otros habían adolecida, y cuatro muertos, por ser la tierra muy calurosa y doliente, con buenas palabras les dijo, que él enviaría a México a decir a Malinche, que así decían a Cortés, que les enviase muchos Teules, y que se reportasen hasta que viniesen, y que entre, tanto que irían con ellos diez de sus compañeros para ver los pasos y tierra para ir a dar guerra sus contrarios los Minxes: y esto no lo decía el Sandoval, sino para que viésemos los pueblos y minas donde sacaban el oro que trajeron: y de esta manera los despidió, excepto a tres de ellos, que mandó que quedasen para ir con nosotros: y luego despachó para ir a ver los pueblos y minas, como he dicho a un soldado que se decía Alonso del Castillo el de lo pensado; y me mandó el Sandoval que yo fuese con él, y otros seis soldados, y que mirásemos muy bien las minas, y la manera de los pueblos. Quiero decir, por qué se llamaba aquel Capitán que iba con nosotros por caudillo, Castillo el de lo pensado, y es por esta causa que diré. En la Capitanía del Sandoval había tres soldados que tenían renombre, Castillos, el uno de ellos era muy galán, y preciábase de ello en aquella sazón, que era yo, y a esta causa me llamaban Castillo el galán: los otros dos Castillos, el uno de ellos era de tal calidad, que siempre estaba pensativo, y cuando hablaban con él, se paraba mucho más a pensar lo que había de decir, y cuando respondía o hablaba era un descuido, o cosas que teníamos que reír, y por esto le llamábamos Castillo de los pensamientos: y el otro era Alonso del Castillo, que ahora iba con nosotros, que de repente decía cualquiera cosa, y respondía muy a propósito de lo que preguntaban, y se decía Castillo el de lo pensado. Dejemos de contar donaires, y volvamos a decir cómo fuimos a aquella Provincia a ver las minas, y llevamos muchos Indios de los de aquellos pueblos, y con unas como hechuras de bateas lavaron en tres ríos delante de nosotros, y en todos tres sacaron oro, y hincharon cuatro cañutillos de ello, que era cada uno del tamaño de un dedo de la mano el de en medio, y eran poco menos que cañones de patos de Castilla, y con aquella muestra de pro volvimos donde estaba el Gonzalo de Sandoval, y se holgó, creyendo que la tierra era rica: y luego entendió en hacer los repartimientos de aquellos pueblos y provincia, a los vecinos que habían de quedar allí poblados, y tomó para sí unos pueblos que se dicen Guazpaltepeque, que en aquel



tiempo era la mejor cosa que había en aquella provincia muy cerca de las minas, y aun le dieron luego sobre quince mil pesos de oro, creyendo que tomaba una muy buena cosa: y la provincia de Xaltepeque donde trajimos el oro, depositó en el Capitán Luis Marín que le daba un Condado, y todos salieron muy malos repartimientos, así lo que tomó el Sandoval, como lo que dio a Luis Marín; y aun a mí me mandaba quedar en aquella provincia, y me daba muy buenos Indios, y de mucha renta, que pluguiera a Dios que los tomara, que se dice Maltlatan y Orizaba, donde está ahora el ingenio del Virrey; y otro pueblo que se dice Ozotequipa, y no los quise, por parecerme que si no iba en compañía del Sandoval, teniéndole por amigo, que no hacía lo que convenía a la calidad de mi persona: y el Sandoval verdaderamente conoció mi voluntad, y por hallarme con él en las guerras, si las hubiese adelante, lo hice. Dejemos de esto, y digamos que nombró a la villa que pobló Medellín, porque así le fue mandado por Cortés; porque el Cortés nació en Medellín de Extremadura: y era en aquella sazón el puerto, un río que se dice Chalchocueca, que es el que hubimos puesto por nombre río de Banderas, donde se rescataron los diez y seis mil pesos: y por aquel río venían las barcas con la mercadería que venía de Castilla, hasta que se mudó a la Vera Cruz. Dejemos de esto, y vamos camino de Guacacualco, que será de la villa de la Vera Cruz, que dejamos poblada, obra de sesenta leguas, y entramos en una provincia, que se dice Citla, la más fresca y llena de bastimentos, y bien poblada que habíamos visto, y luego vino de paz: y es aquella provincia que he dicho de doce leguas de largo, y otras tantas de ancho, muy poblado todo. Y llegamos al gran río de Guacacualco, y enviamos a llamar los Caciques de aquellos pueblos, que era cabecera de aquellas provincias, y estuvieron tres días que no vinieron, ni enviaban respuesta; por lo cual creímos que estaban de guerra, y aun así lo tenían consultado, que no nos dejasen pasar el río, y después tomaron acuerdo de venir de ahí a cinco días, y trajeron de comer, y unas joyas de oro muy fino, y dijeron, que cuando quisiésemos pasar, que ellos traerían muchas canoas grandes, y Sandoval se lo agradeció mucho, y tomó consejo con algunos de nosotros, si nos atreveríamos a pasar todos juntos de una vez en todas las canoas: y lo que nos pareció y aconsejamos, que primero pasasen cuatro soldados, y viesen la manera que había en un pueblezuelo que estaba junto al río, y que mirasen y procurasen de inquirir y saber si estaban de guerra, y antes que pasásemos tuviésemos con nosotros el Cacique mayor, que se dice Tochel; y así fueron los cuatro soldados, y vieron todo a



lo que les enviamos, y se volvieron con relación a Sandoval, cómo todo estaba de paz, y aun vino con ellos el hijo del mismo Cacique Tochel, que así se decía, y trajo otro presente de oro, aunque no de mucha valía; entonces le halagó el Sandoval, y le mandó que trajesen cien canoas atadas de dos en dos, y pasamos los caballos un día después de Pascua de Espíritu Santo: y por acortar de palabras volvamos en el pueblo que estaba junto al río abajo, y pusímosle por nombre la villa del Espíritu Santo; y pusimos aquel sublimado nombre: lo uno, porque en Pascua de Espíritu Santo desbaratamos a Narvárez: y lo otro, porque aquel Santo nombre fue nuestro apellido, cuando le prendimos, y desbaratamos: lo otro, por pasar aquel río aquel mismo día: y porque todas aquellas tierras vinieron de paz sin dar guerra, y allí poblamos toda la flor de los caballeros y soldados que habíamos salido de México a poblar con el Sandoval, y el mismo Sandoval, y Luis Marín, y un Diego de Godoy, y el Capitán Francisco de Medina, y Francisco Marmolejo, y Francisco de Lugo, y Juan López de Aguirre, y Hernando de Montes de Oca, y Juan de Salamanca, y Diego de Azamar, y un Mantilla, y otro soldado que se decía Mejía Rapapelo, y Alonso de Grado, y el Licenciado Ledesma, y Luis de Bustamante, y Pedro Castellar, y el Capitán Briones, y yo, y otros muchos caballeros, y personas de calidad, que si los hubiese aquí de nombrar a todos, es no acabar tan presto; mas tengan por cierto, que solíamos salir a la plaza, a un regocijo y alarde sobre ochenta de a caballo, que eran más entonces aquellos ochenta, que ahora quinientos: y la causa es esta, o no había caballos en la Nueva España, sino pocos y caros, y no los alcanzaban a comprar, sino cual o cual. Dejemos esto, y diré cómo repartió Sandoval aquellas provincias y pueblos en nosotros, después de haberlas enviado a visitar, y hacer la división de la tierra, y ver las calidades de todas las poblaciones; y fueron las provincias que repartió, lo que ahora diré. Primeramente a Guacacualco, Guazpaltepeque, y Tepeca, y Chinanta, y los Zapotecas: y de la otra parte del río, la provincia de Copilco, y Cimatan, y Tabasco, y las sierras de Cachula, todos los Zoqueschas, Tacheapa, y Cinacantan, y todos los Quilenes, y Papanachasta: y estos pueblos que he dicho teníamos todos los vecinos que en aquella villa quedamos poblados en repartimiento, que valiera más que allí yo no me quedara, según después sucedió; la tierra pobre, y muchos pleitos que trajimos con tres villas, que después se poblaron: la una fue la villa Rica de la Vera Cruz, sobre Guazpaltepeque, y Chinanta, y Tepeca: la otra con la villa de Tabasco, sobre Cimatan y Copilco: la Otra con Chiapa, sobre los Quilenes y Zoques:



la otra con Santo Ildefonso, sobre los Zapotecas, porque todas estas villas se poblaron después que nosotros poblamos a Guacacualco: y a dejarnos todos los términos que teníamos, fuéramos ricos: y la causa porque se poblaron estas villas que he dicho, fue que envió a mandar su Majestad, que todos los pueblos de Indios más cercanos, y en comarca de cada villa, le señaló términos; por manera que de todas partes nos cortaron las faldas, y nos quedamos en blanco, y a esta causa el tiempo andando se fue despoblando Guacacualco; y con haber sido la mejor población y de generosos Conquistadores que hubo en la Nueva España, es ahora una villa de pocos vecinos. Volvamos a nuestra relación: y es que estando Sandoval entendiendo en la población de aquella villa, y llamando otras provincias de paz, le vinieron cartas cómo había entrado un navío en el río de Aguayalco, que es puerto, aunque no bueno, que estaba de allí quince leguas, y en él venía de la isla Cuba la señora Doña Catalina Juárez la Marçayda, que así tenía el sobrenombre, mujer que fue de Cortés, y la traía un su hermano Juan Juárez, el vecino que fue el tiempo andando de México, y la Zambrana y sus hijos de Villegas el de México y sus hijas, y aun la abuela y otras muchas señoras casadas: y aun me parece que entonces vino Elvira López la larga, mujer que entonces era de Juan de Palma, el cual Palma vino con nosotros, que murió ahorcado, que después esta Elvira fue mujer de un Argueta: y también vino Antonio Diosdado, el vecino que fue de Guatemala: y vinieron otros muchos, que ya no se me acuerdan sus nombres. Y como el Gonzalo de Sandoval lo alcanzó a saber, él en persona con todos los más Capitanes y soldados fuimos por aquellas señoras, y por todas las más que traía en su compañía. Y me acuerdo que en aquella sazón llovió tanto, que no podíamos ir por los caminos, ni pasar ríos ni arroyos, porque venían muy crecidos, que salieron de madre, y había hecho grandes Nortes, y con el mal tiempo, por no dar al través, entraron con el navío en aquel puerto de Aguayalco: y la señora Doña Catalina Juárez la Marçayda, y toda su compañía se holgaron con nosotros: luego las trajimos a todas aquellas señoras y su compañía a nuestra villa de Guacacualco, y lo hizo saber el Sandoval muy en posta a Cortés de su venida, y las llevó luego camino de México, y fueron acompañándola el mismo Sandoval, y Briones, y Francisco de Lugo, y otros caballeros. Y cuando Cortés lo supo, dijeron que le había pesado mucho de su venida, puesto que no lo demostró, y les mandó salir a recibir; y en todos los pueblos les hacían mucha honra, hasta que llegaron a México; y en aquella ciudad hubo regocijos y juego de cañas: y de ahí a obra



de tres meses que hubieron llegado, oímos decir que esta señora murió de asma. Y digamos de lo que le acaeció a Villafuerte, el que fue a poblar a Zacatula, y a un Juan Álvarez Chico, que también fue a Colima, y al Villafuerte le dieron mucha guerra, y le mataron ciertos soldados, y estaba la tierra levantada, que no les querían obedecer, ni dar tributos, y al Juan Álvarez Chico ni más ni menos: y como lo supo Cortés le pesó de ello, y como Cristóbal de Olid había venido de lo de Mechoacán, y venía rico, y la había dejado de paz, y le pareció a Cortés que tenía buena mano para ir a asegurar y pacificar aquellas dos provincias de Zacatula y Colima, acordó de enviarle por Capitán, y le dio quince de a caballo, y treinta escopeteros y ballesteros: y yendo por su camino, ya que llegaba cabe Zacatula le aguardaron los naturales de aquella provincia muy gentilmente a un mal paso, y le mataron dos soldados, y le hirieron quince, y todavía les venció, y fue a la villa donde estaba Villafuerte con los vecinos que en ella estaban poblados, que no osaban ir a los pueblos que tenían en Encomienda, porque no los acapillasen, y le habían muerto cuatro vecinos en sus mismos pueblos; porque comúnmente en todas las provincias y villas que se pueblan, a los principales les dan Encomenderos, y cuando les piden tributos se alzan y matan los Españoles que pueden: pues cuando el Cristóbal de Olid vio que ya tenía apaciguada aquella provincia, y le habían venido de paz, fue desde Zacatula a Colima, y la halló de guerra, y tuvo con los naturales de ella ciertos rencuentros, y le hirieron muchos soldados, y al fin los desbarató, y quedaron de paz. El Juan Álvarez Chico que había ido por Capitán, no sé qué se hizo de él, me parece que murió en aquella guerra. Pues como el Cristóbal de Olid hubo pacificado a Colima, y le pareció que estaba de paz, como era casado con una Portuguesa hermosa, que ya he dicho que se decía Doña Filipa de Araujo, dio la vuelta para México, y no se hubo bien vuelto, cuando se tornó a levantar lo de Colima y Zacatula: y en aquel instante había llegado a México Gonzalo de Sandoval con la señora Doña Catalina Juárez Marcaday, y con el Juan Juárez, y todas sus compañías, como ya otra vez dicho tengo en el capítulo que de ello habla, acordó Cortés de enviarle por Capitán para apaciguar aquellas provincias, y con muy pocos de a caballo que entonces le dio, y obra de quince ballesteros y escopeteros, conquistadores viejos, fue a Colima, y castigó a dos Caciques, y tal maña se dio, que toda la tierra dejó muy de paz, y nunca más se levantó, y se volvió por Zacatula, e hizo lo mismo, y de presto se volvió a México. Y volvamos a Guacacualco, y digamos como luego que se partió Gonzalo de Sandoval para México



con la señora Doña Catalina Juárez se nos rebelaron todas las más provincias de las que estaban encomendadas a los vecinos, y tuvimos muy gran trabajo en tornarlos a pacificar: y la primera que se levantó fue Xaltepeque Zapotecas que estaban poblados en altas y malas sierras, y tras esto se levantó lo de Cimatan y Copilco, que estaban entre grandes ríos y ciénagas, y se levantaron otras provincias, y aun hasta doce leguas de la villa hubo pueblos que mataron a su Encomendero, y lo andábamos pacificando con grandes trabajos. Y estando que estábamos en una entrada con el Capitán Luis Marín, y un Alcalde Ordinario, y todos los Regidores de nuestra villa, nos vinieron cartas, que había venido al puerto un navío. Y que en él venía Juan Bono de Quejo Vizcaíno, y que había subido el río arriba con el navío, que era pequeño hasta la villa, y que decía que traía cartas, y provisiones de su Majestad para notificarnos que luego fuésemos a la villa, y dejásemos la pacificación de la provincia: y como aquella nueva supimos, y estábamos con el Teniente Luis Marín, así Alcaldes y Regidores, fuimos a ver qué quería. Y después de abrazarnos, y dar el parabién venido los unos a los otros, porque el Juan Bono era muy conocido de cuando vino con Narváez, dijo, que nos pedía por merced, que nos juntásemos en Cabildo, que nos quería notificar ciertas provisiones de su Majestad, y de Don Juan Rodríguez de Fonseca Obispo de Burgos, que traía muchas cartas para todos. Y según pareció traía el Juan Bono cartas en blanco con la firma del Obispo: y entre tanto que nos fueron a llamar en la pacificación donde estábamos, se informó el Juan Bono quién éramos los Regidores, y las cartas que traía en blanco, escribió en ellas palabras de ofrecimientos que el Obispo nos enviaba, si dábamos la tierra a Cristóbal de Tapia, que el Juan Bono no creyó que era vuelto para la isla de Santo Domingo y el Obispo tenía por cierto que no le recibiríamos, y a aquel efecto envió a Juan Bono con aquellos recaudos, y traía para mí como Regidor, una carta del mismo Obispo, que escribió el Juan Bono. Pues ya que habíamos entrado en Cabildo, y vimos sus despachos y provisiones, que nunca nos había querido decir lo que era hasta entonces, de presto le despachamos, con decir que ya el Tapia era vuelto a Castilla, y que fuese a México adonde estaba Cortés, y allá le diría lo que le conviniese: y cuando aquello oyó el Juan Bono, que el Tapia no estaba en la tierra, se puso muy triste, y otro día se embarcó, y fue a la villa Rica, y desde allí a México, y lo que allá pasó yo no lo sé; salvo que oí decir que Cortés le ayudó para la costa, y se volvió a Castilla. Y dejemos de contar más cosas, que había bien que decir, como siempre que en



aquella villa estuvimos, nunca faltaron trabajos y conquistas de las provincias que se habían levantado: y volvamos a decir de Pedro de Alvarado, cómo le fue en lo de Tutepeque, y en su población.



CAPÍTULO CLXI.

Cómo Pedro de Alvarado fue a Tutepeque a poblar una villa, y lo que en la pacificación de aquella provincia, y poblar la villa le acaeció.

Es menester que volvamos algo atrás para dar relación de esta ida, que fue Pedro de Alvarado a poblar a Tutepeque: y es así, que como se ganó la ciudad de México, y se supo en todas las comarcas y provincias, que una ciudad tan fuerte estaba por el suelo, enviaban a dar el parabién de la victoria a Cortés, y a ofrecerse por vasallos de su Majestad: y entre muchos grandes pueblos, que en aquel tiempo vinieron, fue uno que se dice Tutepeque Zapotecas, y trajeron un presente de oro a Cortés, y le dijeron que estaban otros pueblos algo apartados, que se decían Tutepeque, muy enemigos suyos, que les venían a dar guerra, porque habían enviado los de Guantepeque a dar la obediencia a su Majestad, y que estaban en la costa del Sur, y que era gente muy rica, así de oro que tenían en joyas como de minas, y le demandaron a Cortés con mucha importunación les diese hombres de a caballo, y escopeteros y ballesteras para ir contra sus enemigos; y Cortés les habló muy amorosamente, y les dijo que quería envía\ con ellos al Tonacio, que así le llamaban al Pedro de Alvarado: y dijo a Fr. Bartolomé que fuese con Alvarado, y luego le dio sobre ciento y, ochenta soldados, y entre ellos treinta y cinco de a caballo, y le mandó que en la provincia de Guaxaca, donde estaba un Francisco de Orozco por Capitán, pues estaba de paz aquella provincia que le demandase otros veinte soldados, y los más de ellos ballesteros: y así como le fue mandado ordenó su partida, y salió de México en el año de veinte y dos, y le mandó Cortés que luego fuese, y viese ciertos Peñoles, que decían que estaban alzados; y entonces todo lo halló de paz y de buena voluntad, y tardó más de cuarenta días en llegar a Tutepeque, y el señor de él y todos los principales, desde que supieron que estaban ya cerca de su pueblo, le salieron a recibir de paz,, y les llevaron a aposentar en lo más poblado del pueblo a donde el Cacique tenía sus adoratorios y sus grandes aposentos, y estaban las casas muy juntas unas de otras, y son de paja; porque en aquella provincia no tenían azuteas, porque es tierra muy caliente: y dijo Fr. Bartolomé a Alvarado con sus Capitanes y soldados, que no era bien aposentarse en aquellas casas tan juntas unas de otras, porque si ponían fuego no se podrían valer, y le pareció bien el consejo a Alvarado, y fue acordado que se fuesen en cabo del pueblo: y como fue



aposentado, el Cacique le llevó muy grandes presentes de oro y bien de comer, y cada día que allí estuvieron, le llevó presentes muy ricos de oro; y como el Alvarado vio que tanto oro tenían, le mandó hacer unas estriberas de oro fino, de la manera de otras que le dio para que por ellas las hiciese, y se las trajeron hechas: y de ahí a pocos días echó preso al Cacique, porque le dijeron los de Teguantepeque al Pedro de Alvarado, que le querían dar guerra toda aquella provincia, y que cuando le aposentaron entre aquellas casas y donde estaban los ídolos y aposentos, que era por quemarles, y que allí muriesen todos, y a esta causa le echó preso. Otros Españoles de fe y de creer, dijeron que por sacarle mucho oro, y sin justicia, murió en las prisiones: ahora sea lo uno o lo otro, aquel Cacique dio a Pedro de Alvarado más de treinta mil pesos, y murió de enojo, y de la prisión: y aunque Fr. Bartolomé de Olmedo le animaba y consolaba, no bastó para que no se muriese encorajado y de pesar, y quedó a un su hijo el Cacicazgo, y le sacó Alvarado mucho más oro que al padre: y luego envió a visitar los pueblos de la comarca, y los repartió entre los vecinos, y pobló una villa que se puso por nombre Segura, porque los más vecinos que allí poblaron, habían sido de antes vecinos de Segura de la frontera, que era Tepeaca. Y como esto estuvo hecho, y tenía ya llegado buena suma de pesos de oro, y se lo llevaba a México para dar y Cortés. Y también le dijeron que Cortés le escribió que todo el oro que pudiese haber, que lo trajese consigo para enviar a su Majestad, por causa que habían robado los Franceses lo que habían enviado con Alonso de Ávila y Quiñones, y que no diese parte ninguna de ello a ningún soldado de los que tenía en su compañía: y ya que el Alvarado quería partir para México, tenían hecha ciertos soldados una conjuración, y los más de ellos ballesteros y escopeteros, de matar otro día a Pedro de Alvarado y a sus hermanos, porque les llevaban el oro sin dar partes, y aunque se las pedían muchas veces no se lo quiso dar, y porque no les daba buenos repartimientos de Indios: y esta conjunción si no se lo descubriera a Fr. Bartolomé de Olmedo un soldado que se decía Trebejo, que era en la misma trama, aquella noche que venía habían de dar en ellos; y como el Alvarado lo supo del Fraile que se lo dijo a hora de vísperas, yendo a caballo a caza por unas cabañas, e iban en su compañía a caballo de los que entraban en la conjuración, para disimular con ellos dijo: señores a mí me ha dado dolor de costado, volvamos a los aposentos, y llámenme un barbero que me sangre. Y como volvió envió a llamar a sus hermanos Jorge y Gonzalo Gómez, todos Alvarados, y a los Alcaldes y Alguaciles, y



prenden los que eran en la conjuración, y por justicia ahorcaron a dos de ellos, que se decía el uno fulano de Salamanca, natural del Condado, que había sido piloto, y otro que se decía Bernardo Levantisco, y murieron como buenos Cristianos, que el Fr. Bartolomé trabajó mucho con ellos, y con estos dos apaciguó los demás: y luego se fue para México con todo el oro, y dejó poblada la villa: y cuando los vecinos que en ella quedaban, vieron que los repartimientos que les daban no eran buenos, y la tierra doliente y muy calurosa, y habían adolecido muchos de ellos, y las Naborías y esclavos que llevaban se les habían muerto, y aun muchos murciélagos y mosquitos, y aun chinches, y sobre todo, que el oro no lo repartió el Alvarado entre ellos, y se lo llevó; acordaron de quitarse de mal ruido, y despoblar la villa, y muchos de ellos se vinieron a México, y otros a Guaxaca, y a Guatemala, y se derramaron por otras partes. Y cuando Cortés lo supo envió a hacer pesquisa sobre ello, y se halló que por los Alcaldes y Regidores en el Cabildo, se concertó que se despoblase, y sentenciaron a los que fueron en ello a pena de muerte; mas el Fr. Bartolomé pidió a Cortés que no los ahorcase, y eso con mucho ahínco, y así fue después a pena un destierro: y de esta manera sucedió en lo de Tutepeque, que jamás nunca se pobló, y aunque era tierra rica por ser doliente: y como los naturales de aquella tierra vieron esto, que se habían despoblado, y la crueldad que Pedro de Alvarado había hecho sin causa ni justicia ninguna, se tornó a rebelar, y volvió a ellos el Pedro de Alvarado, y los llamó de paz, y sin darle guerra volvieron a estar de paz. Dejemos esto, y digamos que como Cortés tenía ya llegados sobre ochenta mil pesos de oro para enviar a su Majestad, y el tiro Fénix forjado, vino en aquella sazón nueva, como había venido a Panuco Francisco de Garay con grande armada, y lo que sobre ello se hizo diré adelante.



CAPÍTULO CLXII.

Cómo vino Francisco de Garay de Jamaica con grande armada para Panuco, y lo que le aconteció, y muchas cosas que pasaron.

Como he dicho en otro capítulo que habla de Francisco de Garay, como era Gobernador en la isla de Jamaica, y rico, y tuvo nueva que habíamos descubierto muy ricas tierras, cuando lo de Francisco Hernández de Córdoba, y Juan de Grijalva, y habíamos llevado a la isla de Cuba veinte mil pesos de oro, y los hubo Diego Velázquez, Gobernador que era de aquella isla, y que venía en aquel instante Hernando Cortés a la Nueva España con otra armada, tomóle gran codicia a Garay de venir a conquistar algunas tierras, pues tenía mejor caudal que otros ningunos; y tuvo nueva plática de un Antón de Alaminos, que fue el piloto mayor que habíamos traído cuando lo descubrimos, como estaban muy ricas tierras, y muy pobladas desde el río de Panuco adelante, y que aquello podía enviar a suplicar a su Majestad que le hiciese merced. Y después de bien informado el mismo Garay del piloto Alaminos, y de otros pilotos que se habían hallado juntamente con el Alaminos en el descubrimiento, acordó de enviar a un su Mayordomo, que se decía Juan de Torralba, a la Corte con cartas y dineros, a suplicar a los Caballeros que en aquella sazón estaban por Presidente y Oidores de su Majestad, que le hiciesen merced de la Gobernación del río de Panuco, con todo lo demás que descubriese, y estuviese por poblar: y como su Majestad en aquella sazón estaba en Flandes, y estaba por Presidente de Indias Don Juan Rodríguez de Fonseca Obispo de Burgos, y Arzobispo de Rosano, que lo mandaba todo, y el Licenciado Zapata, y el Licenciado Vargas, y el Secretario Lope de Conchillos, le trajeron provisiones, que fuese Adelantado y Gobernador del río de San Pedro y San Pablo, con todo lo que descubriese: y con aquellas provisiones envió luego tres navíos con hasta doscientos y cuarenta soldados con muchos caballos, y escopeteros y ballesteros, y bastimentos, y por Capitán de ellos a un Alonso Álvarez Pineda o Pinedo, otras veces por mí ya nombrado. Pues como hubo enviado aquella armada, ya he dicho otras veces que los Indios de Panuco se la desbarataron, y mataron al Capitán Pineda, y a todos los soldados y caballos que tenía, excepto obra de sesenta soldados que vinieron al puerto de la villa Rica con un navío, y por Capitán de ellos un Camargo, que se acogieron a nosotros, y tras aquellos tres navíos, viendo el Garay que no tenía nuevas de ellos, envió



otros dos navíos con muchos soldados y caballos, y bastimentos, y por Capitán de ellos a Miguel Díaz de Ajuz, y a un Ramírez, los cuales se vinieron también a nuestro puerto: y como vieron que no hallaron el río de Panuco, pelo ni uso de los soldados que había enviado Garay, salvo los navíos quebrados; todo lo cual tengo ya dicho otra vez en mi relación; mas es necesario que se torne a decir desde el principio, para que bien se entienda. Pues volviendo a nuestro propósito y relación, viendo el Francisco de Garay que ya había gastado muchos pesos de oro, y oyó decir de la buena ventura de Cortés, y de las grandes ciudades que había descubierto, y del mucho oro y joyas que había en la tierra, tuvo envidia y codicia, y le vino más la voluntad de venir él en persona, y traer la mayor armada que pudiese, buscó once navíos y dos bergantines, que fueron trece velas, y allegó ciento y treinta y seis de a caballo, y ochocientos y cuarenta soldados, los más ballesteros y escopeteros, y les basteció muy bien de todo lo que hubieron menester que era pan cazabe, y tocinos, y tasajos de vacas, que ya había harto ganado vacuno, que como era rico, y lo tenía todo de su cosecha no le dolía el gasto: y para ser hecha aquella armada en la isla de Jamaica, fue demasiada la gente y caballos que allegó: y en el año de mil y quinientos y veinte y tres años salió de Jamaica con toda su armada para San Juan de Junio, y vino a la isla de Cuba, a un puerto que se dice Xagua, y allí alcanzó a saber, que Cortés tenía pacificada la provincia de Panuco, y poblada una villa, y había gastado en pacificarla más de sesenta mil pesos de oro, y que había enviado a suplicar a su Majestad le hiciese merced de la gobernación de ella, juntamente con la Nueva España; y como le decían de las cosas heroicas que Cortés y sus compañeros habíamos hecho, y como tuvo nueva que con doscientos y sesenta y seis soldados habíamos desbaratado a Pánfilo de Narváez, habiendo traído sobre mil y trescientos soldados, con ciento de a caballo, y otros tantos escopeteros y ballesteros, y diez y ocho tiros, temió la fortuna de Cortés: y en aquella sazón que estaba el Garay en aquel puerto de Xagua, le vinieron a ver muchos vecinos de la isla de Cuba, y viniéronse en su compañía del Garay ocho o diez personas principales de aquella isla, y le vino a ver el Licenciado Zuazo, que había venido a aquella isla a tomar residencia a Diego Velázquez por mandado de la Real Audiencia de Santo Domingo; y platicando el Garay con el Licenciado sobre la ventura de Cortés, que temía que había de tener diferencias con él sobre la provincia de Panuco, le rogó que se fuese con el Garay en aquel viaje, para ser intercesor entre él y Cortés, y el Licenciado Zuazo respondió que no podía ir por



entonces sin dar residencia, mas que presto seria allá en Panuco: y luego el Garay mandó dar velas, y va su derrota para Panuco, y en el camino tuvo un mal tiempo, y los pilotos que llevaba subieron más arriba hacia el río de Palmas, y surgió en el propio río día de Señor Santiago, y luego envió a ver la tierra, y a los Capitanes y soldados que envió no les pareció buena, y no tuvieron gana de quedar allí, sino que se viniese al propio río de Panuco a la población y villa que Cortés había poblado por estar más cerca de México: y como aquella nueva le trajeron, acordó el Garay de tomar juramento a todos sus soldados que no le desmampararían sus banderas, y que le obedecerían como a tal Capitán General, y nombró Alcaldes y Regidores, y todo lo perteneciente a una villa: dijo que se había de nombrar la villa Garayana: mandó desembarcar todos los caballos y soldados de los navíos desembarazados, envió los navíos costa a costa con un Capitán que se decía Grijalva, y él y todo su ejército se vino por tierra costa a costa cerca de la mar, y anduvo dos días por malos despoblados, que eran ciénagas: pasó un río que venía de unas sierras que vieron desde el camino, que estaban de allí obra de cinco leguas; y pasaron aquel gran río en barcas, y en unas canoas que hallaron quebradas. Luego en pasando el río estaba un pueblo despoblado de aquel día, y hallaron muy bien de comer maíz, y gallinas, y había muchas guayabas muy buenas. Allí en este pueblo el Garay, prendió unos Indios que entendían la lengua Mexicana, y les halagó y les dio camisas, les envió por mensajeros a otros pueblos que le decían que estaban cerca, porque le recibiesen de paz, y rodeó una ciénaga, fue a los mismos pueblos, le recibieron de paz, le dieron muy bien de comer, y muchas gallinas de la tierra, y otras aves como a manera de ansarones, que tomaban en las lagunas: y como muchos de los soldados que llevaba Garay iban cansados, y parece ser no les daban de lo que los Indios traían de comer, se amotinaron algunos, y se fueron a robar a los Indios de aquellos pueblos por donde venían, y estuvieron en este pueblo tres días; otro día fueron su camino con guías, llegaron a un gran río, no le podían pasar, sino con canoas que les dieron los de los pueblos de paz, donde había estado, procuraron de pasar cada caballo a nado, y remando con cada canoa un caballo que le llevasen del cabestro, y como eran muchos caballos, y no se daban maña se les ahogaron cinco caballos: sale de aquel río, dan en unas malas ciénagas, y con mucho trabajo llegaron a tierra de Panuco; y ya que en ella se hallaron, creyeron tener de comer, y estaban todos los pueblos sin maíz ni bastimentos, y muy alterados, y esto fue a causa de las guerras que



Cortés con ellos había tenido poco tiempo había, y también si alguna comida tenían, la habían alzado y puesto en cobro, porque como vieron tantos Españoles y caballos, tuvieron miedo de ellos, y despoblaban los pueblos, y adonde pensaba Garay reposar, tenía más trabajo: y demás de esto como estaban despobladas las casas donde posaba, había en ellas muchos murciélagos, y chinches y mosquitos, y todo les daba guerra: y luego sucedió otra malaventura, que los navíos que venían costa a costa, no habían llegado al puerto, ni sabían de ellos, porque en ellos traían mucho bastimento; lo cual supieron de un Español que los vino a ver, y hallaron en un pueblo, que era de los vecinos que estaban poblados en la villa de Santisteban del Puerto, que estaba huido por temor de la justicia, por cierto delito que había hecho; el cual les dijo como estaban poblados en una villa muy cerca de allí, y como México era muy buena tierra, y que estaban los vecinos que en ella vivían ricos: y como oyeron los soldados que traía Garay al Español, que con él hablaron muchos, que la tierra de México era buena, y la de Panuco no era tan buena, se desmandaron, y se fueron por la tierra a robar, e ibanse a México, y en aquella sazón viendo el Garay que se le amotinaban sus soldados, y no los podía haber, envió a un su Capitán que se decía Diego de Ocampo, a la villa de Santisteban a saber que voluntad tenía el Teniente que estaba por Cortés, que se decía Pedro de Vallejo, y aun le escribió, haciéndole saber cómo traía provisiones y Recaudos de su Majestad para gobernar y ser Adelantado de aquellas provincias, y cómo había aportado con sus navíos al río de Palmas, y del camino y trabajos que había pasado: y el Vallejo hizo mucha honra al Diego de Ocampo, y a los que con él iban, y le dio buena respuesta, y les dijo que Cortés holgara de tener tan buen vecino por Gobernador; mas que le había costado muy caro la conquista de aquella tierra, y que su Majestad le había hecho merced de la gobernación, y que venga cuando quisiere con sus ejércitos, y que se le hará todo servicio; y que le pide por merced que mande a sus soldados que no hagan sin justicias, ni robos a los Indios, porque se le han venido a quejar dos pueblos: y tras esto muy en posta escribió el Vallejo a Cortés, y aun le envió la carta del Garay, y hizo que escribiese otra al mismo Diego de Ocampo, y le envió a decir, que qué mandaba que se hiciese, y que de presto enviasen muchos soldados, o viniese Cortés en persona. Y desde que Cortés vio la carta envió a llamar a Fr. Bartolomé y a Pedro de Alvarado, y a Gonzalo de Sandoval, y a un Gonzalo de Ocampo hermano del otro Diego de Ocampo que venía con Garay, y envió con ellos los recaudos que tenía, como su



Majestad le había mandado que todo lo que conquistase tuviese en sí, hasta que se averiguase la justicia entre él y Diego Velázquez, que se lo notificasen al Garay. Dejemos de hablar de esto, y digamos que luego como Gonzalo de Ocampo volvió con la respuesta del Vallejo al Garay, y le pareció buena respuesta, se vino con todo su ejército a juntarse más cerca de la villa de Santisteban del Puerto, y ya el Pedro de Vallejo tenía concertado con los vecinos de la villa, y con aviso que tuvo de cinco soldados que se habían ido a la villa, que eran del mismo Garay de los amotinados, y como estaban muy descuidados, y no se velaban; y cómo quedaban en un pueblo bueno y grande que se dice Nachaplán, y los del Vallejo sabían bien la tierra, dan en la gente de Garay, y le prenden sobre cuarenta soldados, y se los llevaron a su villa de Santisteban dle Puerto, y ellos tuvieron por buena su prisión: y la causa que dijo el Vallejo, porque lo prendió, era porque sin presentar las provisiones y recaudos que traían, andaban robando la tierra: y viendo esto Garay hubo gran pesar, y tornó a enviar a decir al Vallejo que le diese sus soldados, amenazándoles con la justicia de Nuestro Rey y Señor: y el Vallejo respondió, que cuando vea las Reales provisiones, que las obedecerá y pondrá sobre su cabeza, y que fuera mejor que cuando vino Ocampo las trajera y presentara para cumplirlas: y que le pide por merced, que mande a sus soldados que no roben, ni saqueen los pueblos de su Majestad: y en este instante llegaron Fr. Bartolomé, y Alvarado, los Capitanes que Cortés enviaba con los recaudos: y como el Diego de Ocampo era en aquella sazón Alcalde mayor por Cortés en México, comenzó de hacer requerimientos al Garay, que no entrase en la tierra, porque su Majestad mandó que la tuviese Cortés; y en demandas y respuestas en que andaba el Fr. Bartolomé, se pasaron ciertos días, y entre tanto cada día se le iban al Garay muchos soldados, que anohecían y no amanecían en el Real, y vio Garay que los Capitanes de Cortés traían mucha gente de a caballo y escopeteros, y de cada día le venían más, y supo que de sus navíos que había mandado venir costa a costa, se le habían perdido dos de ellos con tormenta de Nortes, que es travesía, y los demás navíos que estaban en la boca del puerto, y que el Teniente Vallejo les envió a requerir, que luego se entrasen dentro del río, no les viniese algún desmán y tormenta como la pasada, sino que los tenía por corsarios que andaban a robar; y los Capitanes de los navíos respondieron que no tuviese Vallejo que entender, ni mandar en ello, que ellos estarían donde quisiesen; y en este instante el Francisco de Garay temió la buena fortuna de Cortés, y como andaban



en estos trances, el Alcalde mayor Diego de Ocampo, y Pedro de Alvarado, y Gonzalo de Sandoval, tuvieron pláticas secretas con los de Garay, y con los Capitanes que estaban en los navíos en el puerto, y se concertaron con ellos, que se entrasen en el puerto, y se diesen a Cortés: y luego un Martín de San Juan Lepuzcuano, y un Castromocho maestros de navíos, se entregaron y dieron con sus naos al Teniente Vallejo por Cortés: y como los tuvo fue a ellos el mismo Vallejo a requerir al Capitán Juan de Grijalva que estaba en la boca del puerto, que se entrase dentro a surgir, o se fuese por la mar donde quisiese, y le respondió con tirarle muchos tiros, y luego enviaron en una barca Escribano del Rey que se decía Vicente López, a requerirle que se entrase en el puerto, y aun llevó carias para el Grijalva, del Pedro de Alvarado, y de Fr. Bartolomé, con ofertas y prometimientos que Cortés le haría mercedes: y como vio las cartas, y que todas las naos habían entrado en el río, así hizo el Juan de Grijalva con su nao Capitana, y el Teniente Vallejo le dijo que fuese preso en nombre del Capitán Hernando Cortés; mas luego le soltó a él, y a cuantos estaban detenidos, a causa que le decía Fr. Bartolomé: hagamos nuestra cosa sin sangre, pues podemos, y serán Dios y el César más agradados. ¡Oh! Desde que el Garay vio el mal recaudo que tenía, y sus soldados huidos y amotinados, y los navíos todos al través, y los demás estaban tomados por Cortés, si muy triste estuvo antes que se los tomasen, más lo estuvo después que se vio desbaratado: y luego demandó con grandes protestaciones que hizo a los Capitanes de Cortés que le diesen sus naos, y todos sus soldados que se quería volver al río de Palmas, y presentó sus provisiones y recaudos que para ello traía, y que por no tener debates, ni cuestiones con Cortés que se quería volver: y aquellos caballeros le respondieron, que fuese mucho en buena hora, y que ellos mandarían a todos los soldados que estaban en aquella provincia, y por los pueblos amotinados, que luego se vengan a su Capitán, y vayan en los navíos, y le mandaron proveer de todo lo que hubiese menester, así basamentos, como de armas y tiros, y pólvora, y que escribirían a Cortés lo proveyese muy cumplidamente de todo lo que hubiese menester: y el Garay con esta respuesta y ofrecimientos estaba contento, y luego se dieron pregones en aquella villa, y en todos los pueblos enviaron Alguaciles a prender los soldados amotinados para traerlos al Garay, y por más penas que les ponían era pregonar en balde, que ni aprovechaba cosa ninguna, y algunos soldados que traían presos, decían que ya habían llegado a la provincia de Panuco, y que no eran obligados



a seguirle más, ni cumplir el juramento que les había tomado, y ponían otras perentorias que decían que no era Capitán el Garay para saber mandar, ni hombre de guerra: y como vio el Garay que no aprovechaban pregones, ni la buena diligencia que le parecía que ponían los Capitanes de Cortés en traer sus soldados, estaba desesperado. Pues viéndose desmamparado de todos, aconsejaronle los que venían por parte de Cortés, que le escribiese luego al mismo Cortés, y que ellos serian intercesores con él, para que volviese al río de Palmas, y que tenían, a Cortés por tan de buena condición que le ayudaría en todo lo que pudiese, y que el Pedro de Alvarado y el Fraile serian fiadores de ello: y luego el Garay escribió a Cortés, dándole relación de su viaje y trabajos, que si su merced mandaba, que le iría a ver y comunicar cosas cumplideras al servicio de Dios y de su Majestad, encomendándole su honra y estado, y que lo ordenase de manera que no fuese disminuida su honra: y también escribió Fr. Bartolomé y Pedro de Alvarado, y el Diego de Ocampo, y Gonzalo de Sandoval, suplicando al Cortés por las cosas del Francisco de Garay, para que en todo fuese ayudado, pues en los tiempos pasados habían sido grandes amigos: y Cortés viendo aquellas cartas, tuvo lastima del Garay, y le respondió con mucha mansedumbre, y que le pesaba de todos sus trabajos, y que se venga a México, que le promete que en todo lo que pudiere ayudar, lo hará de muy buena voluntad, y que a la obra se remite: y mandó que por doquiera que viniese le hiciesen honra, y le diesen todo lo que hubiese menester, y aun le envió al camino refresco: y cuando llegó a Tezcuco le tenían hecho un banquete; y llegado a México el mismo Cortés, y muchos caballeros le salieron a recibir, y el Garay iba espantado de ver tantas ciudades, y más cuando vio la gran ciudad de México: y luego Cortés lo llevó a sus palacios, que entonces nuevamente los hacía: y después que se hubieron comunicado él y el Garay, y el Garay le contó sus desdichas y trabajos, encomendándole que por su mano fuese remediado, y el mismo Cortés se le ofreció muy de voluntad, y Fr. Bartolomé, y Pedro de Alvarado, y Gonzalo de Sandoval le fueron buenos medianeros: y de ahí a tres o cuatro días que hubo llegado, porque la amistad suya fuese más duradera y segura, trató Fr. Bartolomé que se casase una hija de Cortés, que se decía Doña Catalina Cortés o Pizarro que era niña, con un hijo de Garay, el mayorazgo que traía consigo en el armada, y le dejó por Capitán de su armada, y Cortés vino en ello, y le mandó en dote con Doña Catalina gran cantidad de pesos de oro, y que Garay fuese a poblar el río de Palmas, y que Cortés le diese lo que hubiese



menester para la población y pacificación de aquella provincia, y aun le prometió Capitanes y soldados de los suyos, para que con ellos descuidase en las guerras que hubiese: y con estos prometimientos, y con la buena voluntad que Garay halló en Cortés, estaba muy alegre: yo tengo por cierto, que así como lo había capitulado y ordenado Cortés, lo cumpliría. Dejemos esto del casamiento, y de las promesas, y diré como en aquella sazón fue a posar el Garay en casa de un Alonso de Villanueva, porque Cortés hacía sus casas y palacio muy grandes, y de tantos patios, que era admiración: y Alonso de Villanueva, según pareció, había estado en Jamaica, cuando Cortés lo envió a comprar caballos, que esto no lo afirmo si era entonces o después; era muy grande amigo de Garay, y por el conocimiento pasado, suplicó el Garay a Cortés para pasarse a las casas del Villanueva, y se le hacía toda la honra que podía; y todos los vecinos de México le acompañaban. Quiero decir como en aquella sazón, estaba en México Pánfilo de Narváez, que es el que hubimos desbaratado, como dicho tengo otras veces, y fue a ver y hablar al Garay, y abrazáronse el uno al otro, y se pusieron a platicar cada uno de sus trabajos y desdichas: y como el Narváez era hombre que hablaba muy entonado, de plática en plática medio riendo, le dijo el Narváez; señor Adelantado Don Francisco de Garay, me han dicho ciertos soldados de los que se han venida yendo y amotinados, que solía decir v. m. a los caballeros que traía en su armada: mirad que hagamos como varones, y peleemos muy bien con estos soldados de Cortés, no nos tomen descuidados, como tomaron a Narváez; pues señor Don Francisco de Garay, a mí peleando me quebraron este ojo, y me robaron, y me quemaron cuanto tenía, y hasta que me mataron el Alférez, y muchos soldados, y prendieron mis Capitanes, nunca me habían vencido tan descuidado como a v. m. le han dicho: le hago saber que otros más venturosos en el mundo no ha habido que Cortés; y tiene tales Capitanes y soldaos, que se podían nombrar tan en ventura cada uno en lo que tuvo entre manos, como Octaviano, y en el vencer como Julio César, y en el trabajar y ser en las batallas, más que Aníbal: y el Garay respondía que no había necesidad que se lo dijesen, que por las obras se veía lo que decía, y que qué hombre hubo en el mundo que con tan pocos soldados se atreviese a dar con los navíos al través, y meterse en tan recios pueblos y grandes ciudades, a darles guerra. Y respondía Narváez recitando otros grandes hechos de Cortés: y estuvieron el uno y el otro platicando en las conquistas de esta Nueva España, como a manera de coloquio. Y dejemos estas alabanzas que entre ellos se tuvo, y diré como



Garay suplicó a Cortés por el Narváez, para que le diese licencia para volver a la isla de Cuba con su mujer, que se decía María de Valenzuela, que estaba rica de las minas, y de los buenos Indios que tenía el Narváez; y además de suplicárselo el Garay a Cortés con muchos ruegos, la misma mujer de Narváez se lo había enviado a suplicar a Cortés por cartas, le dejase ir a su marido: porque según parece, se conocían cuando Cortés estaba en Cuba, y eran compadres, y Cortés le dio licencia, y le ayudó con dos mil pesos de oro: y cuando el Narváez tuvo la licencia se humilló mucho a Cortés, con prometimientos que primero le hizo, que en todo le sería servidor, y luego se fue a Cuba. Dejemos de más platicar de esto, y digamos en qué paró Garay y su armada: y es que yendo una noche de Navidad del año de mil y quinientos y veinte y tres, juntamente con Cortés a Maitines, que los cantaron muy bien, y Fr. Bartolomé dijo lindamente la Misa del Gallo; después de vueltos de la Iglesia almorzaron con mucho regocijo, y desde ahí a una hora con el aire que le dio al Garay, que estaba de antes mal dispuesto, le dio dolor de costado con grandes calenturas; le mandaron los Médicos sangrar, y le purgaron, y desde que vieron que arreciaba el mal, le dijeron a Fr. Bartolomé, que le dijese a Garay que se moría, que se confesase, y que hiciese testamento; lo cual luego lo hizo Fr. Bartolomé, y le dijo como, llegaba su acabamiento, que se dispusiese como buen Cristiano y honrado caballero, y que no perdiese su anima, ya que había perdido la hacienda. El Garay le respondió: tenéis razón Padre, yo quiero que me confeséis esta noche, y recibir el santo cuerpo de Jesucristo, y hacer mi testamento; y lo cumplió muy honradamente: y desde que hubo comulgado hizo su testamento, y dejó por Albaceas a Cortés, y a Fr. Bartolomé de Olmedo, y luego desde a cuatro días que le dio el mal, dio el alma a nuestro Señor Jesucristo que la crió: y esto tiene la calidad de la tierra de México, que en tres o cuatro días mueren de aquel mal de dolor de costado, que esto ya lo he dicho otra vez, y lo tenemos bien experimentado de cuando estábamos en Tezcuco, y en Cuyoacán, que se murieron muchos de nuestros soldados. Pues ya muerto Garay, perdónele Dios, amen, le hicieron muchas honras al enterramiento, y Cortés y otros caballeros se pusieron luto: y murió el Garay fuera de su tierra en casa ajena, y lejos de su mujer y hijos. Dejemos de contar de esto, y volvamos a decir de la provincia del Panuco, que como el Garay se vino a México, y sus Capitanes y soldados como no tenían cabeza, ni quien les mandase, cada uno de los soldados que aquí nombraré, que el Garay traía en su compañía, se querían hacer Capitanes; los cuales se decían Juan de



Grijalva, Gonzalo de Figueroa, Alonso de Mendoza, Lorenzo de Ulloa, Juan de Medina el tuerto, Juan de Villa, Antonio de la Cerda y un Taborda: este Taborda fue el más bullicioso de todos los del Real de Garay, y sobre todos ellos quedó por Capitán un hijo del Garay que quería casar Cortés con su hija, y no le acataban, ni hacían cuenta de él, todos los que he nombrado, ni ninguno de los de su Capitanía; antes se juntaban de quince en quince, y de veinte en veinte, y se andaban robando los pueblos, y tomando las mujeres por fuerza, y mantas y gallinas, como si estuvieran en tierra de Moros robando lo que hallaban. Y como aquello vieron los Indios de aquella provincia, se concertaron todos a una de matarlos, y en pocos días sacrificaron y comieron más de quinientos Españoles, y todos eran de los de Garay, y en pueblos hubo que sacrificaron más de cien Españoles juntos, y por todos los demás pueblos no hacían sino a los que andaban desmandados, matarlos y comer, y sacrificar: y como no había resistencia, ni obedecían a los vecinos de la villa de Santisteban que dejó Cortés poblada, y ya que salían a darles guerra, era tanta la multitud que salía de guerreros, que no se podían valer con ellos; y a tanto vino la cosa y atrevimiento que tuvieron, que fueron muchos Indios sobre la villa, y la combatieron de noche y de día de arte que estuvo en gran riesgo de perderse, si no fuera por siete o ocho Conquistadores viejos de los de Cortés, y por el Capitán Vallejo, que ponían velas, y andaban rondando y esforzando a los demás, ciertamente les entraran en su villa: y aquellos Conquistadores dijeron a los demás soldados de Garay, que siempre procurasen de estar juntamente con ellos, y que allí en el campo estaban muy mejor, y que allí los hallasen los contrarios, y que no se volviesen a la villa, y así se hizo, y pelearon con ellos tres veces, y puesto que mataron al Capitán Vallejo, y hirieron otros muchos, todavía los desbarataron, y mataron muchos Indios de ellos: y estaban tan furiosos todos los Indios naturales de aquella provincia, que quemaron y abrasaron una noche cuarenta Españoles, y mataron quince caballos, y muchos de los que mataron eran de los de Cortés en un pueblo, y todos los demás fueron de los de Garay: y como Cortés alcanzó a saber estos destrozos que hicieron en esta provincia, tomó tanto enojo, que quiso volver en persona contra ellos, y como estaba muy malo de un brazo que se le había quebrado, no pudo venir, y de presto mandó a Gonzalo de Sandoval que viniese con cien soldados y cincuenta de a caballo, y dos tiros, y quince arcabuceros y ballesteros, y le dio ocho mil Tlaxcaltecas y Mexicanos; y le mandó que no viniese sin que les dejase muy bien castigados y de



manera que no se tornasen a alzar. Pues como el Sandoval era muy ardidoso, y cuando le mandaban cosa de importancia, no dormía de noche, no se tardó mucho en el camino, que con gran concierto da orden cómo habían de entrar y salir los de a caballo en los contrarios: porque tuvo aviso que le estaban esperando en dos malos pasos todas las Capitanías de los guerreros de aquellas provincias; y acordó enviar la mitad de todo su ejército al un mal paso, y él se estuvo con la otra mitad de su compañía a la otra parte, y mandó a los escopeteros y ballesteros, no hiciesen sino armar unos y soltar otros, y dar en ellos, hasta ver si los podría hacer poner en huida, y los contrarios tiraban mucha vara, y flecha, y piedra, e hirieron a muchos soldados, y de nuestros amigos: y viendo Sandoval que no les podía entrar, estuvieron en aquel mal paso hasta la noche, y envió a mandar a los demás que estaban en aquel otro mal paso que hiciesen lo mismo, y los contrarios nunca desmampararon sus puestos; y otro día por la mañana viendo Sandoval que no aprovechaba cosa estarse allí como había dicho mandó enviar a llamar a las demás Capitanías que había enviado al otro mal paso, e hizo que levantaba su Real, y que se volvía camino de México como amedrantado; y como los naturales de aquellas provincias que estaban juntos, les pareció que de miedo se iban retrayendo, salen al camino, e iban siguiéndole dándole grito, y diciéndole vituperios, y todavía el Sandoval, aunque más Indios salían tras él no volvía tras ellos, y esto fue por descuidarles, para como habían ya estado aguardando tres días, volver aquella noche, y pasar de presto con todo su ejército los malos pasos, y así lo hizo, que a media noche volvió, y les tomó algo descuidados, y pasó con los de a caballo: y no fue tan sin grande peligro que le mataron tres caballos, e hirieron muchos soldados; y cuando se vio en buena tierra, y fuera del mal paso con sus ejércitos, él por una parte, y los demás de su Capitanía por otra, dan en grandes escuadrones que aquella misma noche se habían juntado, desde que supieron que volvió, y eran tantos que el Sandoval tuvo recelo no le rompiesen y desbaratasen, y mandó a sus soldados que se tornasen a juntar con él para que peleasen juntos; porque vio y entendió de aquellos contrarios, que como tigres rabiosos se venían a meter por las puntas de las espadas, habían tomado seis lanzas a los de a caballo, como no eran hombres acostumbrados a la guerra; de lo cual Sandoval estaba tan enojado, que decía que valiera más que trajera pocos soldados de los que él conocía, y no los que trajo: y allí les mandó a los de a caballo de la manera que habían de pelear, que eran nuevamente venidos: y es que las lanzas algo terciadas, y no se parasen a dar



lanzadas, sino por los rostros, y pisar adelante, hasta que les hayan puesto en huida: y les dijo, que vista cosa es, que si se parasen a alancear, que la primera cosa que el Indio hace desde que está herido, es echar mano de la lanza, y como les vean volver las espaldas, que entonces a media rienda les han de seguir, y las lanzas todavía terciadas, y si les echaren mano de las lanzas, porque aun con todo esto no dejan de asir de ellas, que para sacárselas de presto de sus manos, poner piernas al caballo, y la lanza bien apretada con la mano asida, y debajo del brazo para mejor se ayudar, y sacarla del poder del contrario, y si no la quisiere soltar, traerle arrastrando con la fuerza del caballo. Pues ya que les estuvo dando orden como habían de batallar, y vio a todos sus soldados, y de a caballo juntos, se fue a dormir aquella noche a orilla de un río, y allí puso buenas velas y escuchas, y corredores del campo, y mandó que toda la noche tuviesen los caballos ensillados; y así mismo ballesteros y escopeteros, y soldados muy apercebidos, y mandó a los amigos Tlascaltecas y Mexicanos, que estuviesen sus Capitanías algo apartadas de los nuestros, porque ya tenía experiencia de lo de México; porque si de noche viniesen los contrarios a dar en los Reales que no hubiese estorbo ninguno en los amigos: y esto fue, porque el Sandoval temió que vendrían, porque vio muchas Capitanías de contrarios que se juntaban muy cerca de sus Reales, y tuvo por cierto, que aquella noche les habían de venir a combatir, y oía muchos gritos y cornetas, y tambores muy cerca de allí: y según entendían, habíale dicho nuestros amigos a Sandoval, que decían los contrarios que para aquel día cuando amaneciese habían de matar a Sandoval, y a toda su compañía, y los corredores del campo vinieron dos veces a dar aviso, que sentían que se apellidaban de muchas partes, y se juntaban; y cuando fue de día claro, Sandoval mandó salir a todas sus compañías con gran ordenanza, a los de a caballo les tornó a traer a la memoria, como otras veces les había dicho; y se van por el camino adelante por unas caserías, donde oían los tambores y cornetas: y no hubo bien andado medio cuarto de legua, cuando le salen al encuentro tres escuadrones de guerreros, y le comenzaron a cercar, y como aquello vio, manda arremeter la mitad de los de a caballo por una parte, y la otra mitad por la otra, y puesto que le mataron dos soldados de los nuevamente venidos de Castilla, y tres caballos, todavía les rompió de tal manera, que fue desde allí adelante matando y hiriendo en ellos, que no se juntasen como de antes. Pues nuestros amigos los Mexicanos y Tlascaltecas hacían mucho daño en todos aquellos pueblos, y prendieron mucha gente, y abrasaron todos los pueblos que por



delante hallaban, hasta que el Sandoval tuvo lugar de llegar a la villa de Santisteban del Puerto, y halló los vecinos tales, y tan debilitados, unos muy heridos, y otros muy dolientes, y lo peor que no tenían maíz que comer, ellos y veinte y ocho caballos, y esto a causa que de noche y de día les daban guerra, y no tenían lugar de traer maíz, ni otra cosa ninguna, y hasta aquel mismo día que llegó Sandoval, no habían dejado de combatirlos; porque entonces se apartaron del combate: y después de haber ido todos los vecinos de aquella villa a ver y hablar al Capitán Sandoval, y darle gracias y loores, por haberlos venido en tal tiempo a socorrer, le contaron lo de Garay, que si no fuera por siete o ocho Conquistadores viejos de los de Cortés que les ayudaron mucho, que corrían mucho riesgo sus vidas, porque aquellos ocho salían cada día al campo, y hacían salir los demás soldados, y resistían que los contrarios no les entrasen en la villa, y también porque como los capitaneaban, y por su acuerdo se hacía todo, y habían mandado que los dolientes y heridos se estuviesen dentro en la villa, y que todos los demás aguardasen en el campo, y que de aquella manera se sostenían con los contrarios, y Sandoval los abrazó a todos, y mandó a los mismos Conquistadores que bien los conocía, y aun eran sus amigos, en es, especial a un fulano de Navarrete, y Carrascosa, y un fulano de Alamilla y otros cinco, que todos eran de los de Cortés, que repartiesen entre ellos de los de a caballo y ballesteros y escopeteros que Sandoval traía, y que por dos partes fuesen y enviasen maíz y bastimento y a hacer guerra, y prendiesen todas las más gentes que pudiesen, en especial Caciques; y esto mandó Sandoval porque él no podía ir, que estaba mal herido en un muslo y en la cara tenía una pedrada, y asimismo los de su compañía traía otros muchos soldados heridos, y porque se curasen estuvo en la villa tres días que no salió a dar guerra, porque como había enviado los capitanes ya nombrados y conoció de ellos que lo harían bien y vio que de presto enviaron maíz y bastimento, con esto se estuvo los tres días, y también le enviaron muchas indias y gente menuda que habían preso, y cinco principales de los que habían sido capitanes en las guerras, y Sandoval les mandó soltar a todas las gentes menudas, excepto a los principales, y les envió a decir que desde allí adelante que no prendiesen sino a los que fueron en la muerte de los españoles, y no mujeres ni muchachos, y que buenamente los enviasen a llamar, y así lo hicieron. Y ciertos soldados de los que habían venido con Garay, que eran personas principales que Sandoval halló en aquella villa, los cuales eran por quien se había revuelto aquella provincia, que ya los he nombrado a todos los más



de ellos en el capítulo pasado, vieron que no les encomendaban cosa ninguna para ir por capitanes con soldados como mandó a los siete Conquistadores viejos de los de Cortés, comenzaron a murmurar entre ellos y aun convocaban a otros soldados a decir mal de Sandoval y de sus cosas, y aun ponían en pláticas de levantarse con la tierra so color que estaba allí con ellos el hijo de don Francisco de Garay como adelantado de ella. Y como lo alcanzó a saber Sandoval, les habló muy bien, y les dijo: Señores, en lugar de tenérmelo a bien, como gracias a Dios os hemos venido a socorrer, me han dicho que decís cosas que para caballeros como sois no son de decir; yo no os quito vuestro ser y honra en enviar a los que aquí hallé por Caudillos y Capitanes, y si hallara a vuestras mercedes que erais Caudillos, harto fuera yo de ruin si les quitara el cargo. Querría saber una cosa, por qué no lo fuisteis cuando estabais cercados. Lo que me dijisteis todos a una es que si no fuera por aquellos siete soldados viejos, que tuvierais más trabajo; y como sabían la tierra mejor que vuestras mercedes, por esta causa los envié; así que, señores, en todas nuestras conquistas de México no miramos en estas cosas y puntos, sino en servir bien y lealmente a Su Majestad, y así os pido por merced que desde aquí adelante lo hagáis; y yo no estaré en esta provincia muchos días, si no me matan en ella, que me iré a México; el que quedare por Teniente de Cortés, os dará muchos cargos, y a mí perdonadme; y con esto concluyó con ellos, y todavía no dejaron de tenerle mala voluntad; y esto pasado, luego otro día sale Sandoval con los que trajo en su compañía de México, y con los siete que había enviado, y tiene tales modos, que prendió hasta veinte Caciques, que todos habían sido en la muerte de más de seiscientos Españoles que mataron de los de Garay, y de los que quedaron poblados en la villa de los de Cortés, y a todos los más pueblos envió a llamar de paz, y muchos de ellos vinieron, y con otros disimulaba, aunque no venían: y esto hecho escribió muy en posta a Cortés dándole cuenta de todo lo acaecido, y que mandaba que hiciese de los presos; porque Pedro de Vallejo, que dejó Cortés por su Teniente, era muerto de un flechazo, a quien mandaba que quedase en su lugar: y también le escribió, que lo habían hecho muy como varones los soldados ya por mí nombrados: y como el Cortés vio la carta, se holgó mucho en que aquella provincia estuviese ya de paz, y en la sazón que le dieron la carta a Cortés, le estaban acompañando muchos caballeros conquistadores, y otros que habían venido de Castilla: y dijo Cortés delante de ellos: Oh Gonzalo de Sandoval, en cuán gran cargo os soy, y cómo me quitáis de muchos trabajos, y allí todos le alabaron



mucho, diciendo que era un muy extremado Capitán, y que se podía nombrar entre los muy afamados. Dejemos de estas loas, y luego Cortés le escribió, que para que más justificadamente castigase por justicia a los que fueron en la muerte de tanto Español, y robos de hacienda y muertes de caballos, que enviaba al Alcalde mayor Diego de Ocampo, para que se hiciese información contra ellos, lo que se sentenciase por justicia, que lo ejecutase: y le mandó que en todo lo que pudiese les aplaciese a todos los naturales de aquella provincia, y que no consintiese que los de Garay ni otras personas ningunas los robasen ni les hiciesen malos tratamientos: y como el Sandoval vio la carta, y que venía el Diego de Ocampo, se holgó de ello, y desde a dos días que llegó el Alcalde mayor Ocampo, hicieron proceso contra los Capitanes y Caciques, que fueron en la muerte de los Españoles, y por sus confesiones por sentencia que contra ellos pronunciaron, quemaron y ahorcaron ciertos de ellos, y a otros perdonaron, y los Cacicazgos dieron a sus hijos y hermanos, a quien de derecho les convenían. Y esto hecho, el Diego de Ocampo parece ser traía instrucciones, y mandamientos de Cortés, para que inquirese quién fueron los que entraban a robar la tierra, y andaban en bandos y rencillas, y convocando a otros soldados que se alzasen, y mandó que les hiciese embarcar en un navío, y los enviase a la isla de Cuba, y aun envió dos mil pesos para Juan de Grijalva, si se quería volver a Cuba, y si quisiese quedar, que le ayudase y diese todo recaudo para venir a México: y en fin de más razones, todos de buena voluntad se quisieron volver a la isla de Cuba, donde tenían Indios, y les mandó dar mucho bastimento de maíz y gallinas, y de todas las cosas que había en la tierra, y se volvieron a sus casas y isla de Cuba: y esto hecho, nombraron por Capitán a un fulano de Vallecillo, y dieron la vuelta el Sandoval y el Diego de Ocampo para México, y fueron bien recibidos de Cortés, y de toda la ciudad, que temían todos algún mal desbaratamiento de los nuestros, y se alegraron y solazaron mucho cuando vieron venir a Sandoval con vitoria. Y Fray Bartolomé, de Olmedo dijo a Cortés, que se diesen loores a Dios, y así se hizo una fiesta a nuestra Señora, y predicó muy santamente Fray Bartolomé de Olmedo, y corrió buen Letrado, que lo era el Fraile: y de ahí en adelante no se tornó más a levantar aquella provincia. Y dejemos de hablar más en ello, y digamos lo que le aconteció al Licenciado Zuazo en el viaje que venía de Cuba a la Nueva España.



CAPÍTULO CLXIII.

Cómo el Licenciado Alonso de Zuazo venía en una carabela a la Nueva España con dos Frailes de la Merced, amigos de Fray Bartolomé de Olmedo, y dio en unas isletas, que llaman las Víboras y de la muerte de uno de los Frailes, y lo que más le aconteció.

Como ya he dicho en el capítulo pasado, que hablé de cuando el Licenciado Zuazo fue a ver a Francisco de Garay al pueblo de Xaquá, que es la isla de Cuba, cabe la villa de la Trinidad: y el Garay le importunó que fuese con él en su armada para ser medianero entre él y Cortés; porque bien entendido tenía que había de tener diferencias sobre la gobernación de Panuco: y el Alonso de Zuazo le prometió, que así lo haría en dando cuenta de la Residencia del cargo que tuvo de Justicia en aquella isla de Cuba, donde al presente vivía, y en hallándose desembarazado, luego procuró de dar Residencia y hacerse a la vela, y ir a la Nueva España, adonde había prometido, y llevó consigo dos Frailes de la Merced, que se decía el uno Fray Gonzalo de Pontevedra, y el otro Fray Juan Varillas natural de Salamanca; y éste era muy amigo del Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y había pedido licencia a sus Prelados para ir en busca suya, y ayudarle, y estaba con Fray Gonzalo en Cuba a la ventura de si había ocasión de ir con el Fray Bartolomé y el Zuazo, que se decía pariente del Fray Juan, le pidió se fuese con él, y se embarcaron en un navío chico, y yendo por su viaje, y salidos de la punta que llaman de San Antón, y también se dice por otro nombre la tierra de los Gamatabeis, que son unos salvajes que no sirven a Españoles, y navegando en su navío que era de poco porte, o porque el piloto erró la derrota, o decayó con las corrientes, fue a dar en unas isletas, que son entre unos bajos que llaman las Víboras, y no muy lejos de estos bajos están otros que llaman los Alacranes, y entre estas isletas se suelen perder navíos grandes, y lo que le dio la vida al Zuazo fue ser su navío de poco porte. Pues volviendo a nuestra relación, porque pudiesen llegar con el navío a una isleta que vieron que estaba cerca que no bañaba la mar, echaron muchos tocinos al agua, y otras cosas que traían para matalotaje, para aliviar el navío para poder ir sin tocar en tierra hasta la isleta, y cargaron tantos tiburones a los tocinos, que a unos marineros que se echaron al agua a más de la cinta, los tiburones encarnizados en los tocinos apañaron a un marinero de ellos, y le despedazaron y tragaron, y si de presto no se volvieron los demás



marineros a la carabela, todos perecieran, según andaban los tiburones encarnizados en la sangre del marinero que mataron: pues lo mejor que pudieron allegaron con su carabela a la isleta, y como habían echado a la mar el bastimento y cazabe, y no tenían que comer, y tampoco tenían agua que beber, ni lumbré, ni otra cosa con que pudiesen sustentarse, salvo unos tasajos de vaca que dejaron de arrojar a la mar, fue ventura que traían en la carabela dos Indios de Cuba, que sabían sacar lumbré con unos palicos secos que hallaron en la isleta adonde aportaron, y de ellos sacaron lumbré: y cavaron en un arenal, y sacaron agua salobre, y como la isleta era chica, y de arenales, venían a ella a desovar muchas tortugas, y así como salían las trastornaban los Indios de Cuba las conchas arriba, y suele poner cada una de ellas sobre cien huevos tamaños como de patos, y con aquellas tortugas y muchos huevos, tuvieron bien con que se sustentar trece personas que escaparon en aquella isleta: y también mataron los marineros que salían de noche al arenal los lobos marinos de la isleta, que fueron harto buenos para comer. Pues estando de esta manera, como en la carabela acertaron a venir dos carpinteros de Ribera, y tenían sus herramientas, que no se les habían perdido, acordaron de hacer una barca para ir con ella a la vela, y con la tablazón y clavos, estopas y jarcias, y velas que sacaron del navío que se perdió, hacen una buena barca como batel en que fueron tres marineros y un Indio de Cuba a la Nueva España, y para matalotaje llevaron de las tortugas, y de los lobos marinos asados, y con agua salobre, y con la carta, y aguja de marear, después de encomendarse a Dios, fueron su viaje, y unas veces con buen tiempo, y otras veces con contrario, llegaron al puerto de Calchocuca, que es el río de Banderas, adonde en aquella sazón se descargaban las mercaderías que venían de Castilla, y desde allí fueron a Medellín, donde estaba por Teniente de Cortés un Simón de Cuenca: y como los marineros que venían en la barca le dijeron al Teniente el gran peligro en que estaba el Licenciado Alonso Zuazo, luego sin más dilación el Simón de Cuenca buscó marineros, y un navío de poco porte, y con mucho refresco lo despachó a la isleta adonde estaba el Zuazo: y el Simón de Cuenca le escribió al mismo Licenciado, como Cortés se holgaría mucho con su venida, y asimismo le hizo saber a Cortés todo lo acaecido, y como le envió el navío bastecido, de lo cual se holgó Cortés del buen aviamiento que el Teniente hizo, y mandó que en aportando allí al puerto que le diesen todo lo que hubiese menester, y vestidos, y cabalgaduras, y que le enviasen a México: y partió el navío, y fue con buen viaje a la isleta, con el cual se holgó el Zuazo y su gente.



Volvamos a decir, como cuando llegó el navío se había muerto en pocos días de no poder comer bocado de las viandas el Fraile Fray Gonzalo, de que habían habido gran pesar Fray Juan y Zuazo, y habiéndole encomendado a Dios su alma se embarcaron en él, y de presto con buen tiempo llegaron a Medellín, y se les hizo mucha honra, y fueron a México, y Cortés les mandó salir a recibir, y le llevó a sus palacios, y se regocijó con ellos, y le hizo su Alcalde mayor al Licenciado Alonso de Zuazo, y en esto paró su viaje. Dejemos de hablar de ello, y digo que esta relación que doy, es por una carta que nos escribió a la villa de Guacacualco Cortés al Cabildo de ella, donde declaraba lo por mí aquí dicho, y porque dentro en dos meses vino al puerto de aquella villa el mismo barco en que vinieron los marineros a dar aviso del Zuazo, y allí hicieron un barco del descargo de la misma barca, y los marineros nos lo contaban según de la manera que aquí lo escribo. Dejemos esto, y diré como Cortés envió a Pedro de Alvarado a pacificar las provincias de Guatemala.



CAPÍTULO CLXIV.

Cómo Cortés envió a Pedro de Alvarado a la provincia de Guatemala para que poblase una villa, y los trajese de paz, y lo que sobre ello se hizo.

Pues como Cortés siempre tuvo los pensamientos muy altos y de señorear, quiso en todo remedar a Alejandro Macedonio: y con los muy buenos Capitanes y extremados soldados que siempre tuvo, después que se hubo poblado la gran ciudad de México, y Guaxaca, y Zacatula, y Colima, y la Veracruz, y Panuco, y Guacacualco, y tuvo noticia que en la provincia de Guatemala había recios pueblos de mucha gente, y que había minas, acordó de enviar a conquistarla y poblarla a Pedro de Alvarado, y aun el mismo Cortés había enviado a rogar a aquella provincia que viniesen de paz, y no quisieron venir, y le dio al Alvarado para aquel viaje sobre trescientos soldados, y entre ellos, ciento y veinte escopeteros y ballesteros, y más le dio ciento y treinta y cinco de a caballo, y cuatro tiros, y mucha pólvora, y un artillero que se decía fulano de Usagre, y sobre doscientos Tlascaltecas, y Cholutecas, y cien Mexicanos que iban sobresalientes. Fray Bartolomé de Olmedo que era amigo grande de Alvarado, le demandó licencia a Cortés para irse con él y predicar la Fe de Jesucristo a los de Guatemala: mas Cortés que tenía con el Fraile siempre harta comunicación, decía que no, y que iría con Alvarado un buen Clérigo que había venido de España con Garay, y que tuviese voluntad de quedarse para predicar la Pascua del Nacimiento de Jesucristo; mas el Fraile tanto le cansó que se hubo de ir con el Alvarado, aunque con poca voluntad de Cortés, que siempre con él hablaba de, todos los negocios. Y después de dadas las instrucciones en que le mandaba a Alvarado que con toda diligencia procurase de atraerlos de paz sin darles guerra; y que con ciertas lenguas que llevaba les predicase Fray Bartolomé de Olmedo las cosas tocantes a nuestra santa Fe, y que no les consintiese sacrificios, ni sodomías, ni robarse unos a otros, y que las cárceles y redes que hallase hechas, donde suelen tener presos Indios a engordar para comer que las quebrase, y que los saquen de las prisiones, y que con amor y buena voluntad los atraiga a que den la obediencia a su Majestad, y en todo se hiciese buenos tratamientos: entonces Fray Bartolomé de Olmedo pidió que se fuese con ellos el Clérigo ya por mí arriba memorado, que vino con Garay, para que le ayudase; y el Clérigo era bueno, y Cortés se le dio, y dijo que fuese en buen hora. Pues ya despedido el Pedro de Alvarado de Cortés, y de todos los



caballeros amigos suyos que en México había, y se despidieron los unos de los otros, partió de aquella ciudad en trece días del mes de Diciembre de mil y quinientos y veinte y tres años; y le mandó Cortés que fuese por unos Peñoles que cerca del camino estaban alzados en la provincia de Guantepeque, los cuales Peñones trajo de paz: se llaman el Peñol de Guelamo, que era entonces de la Encomienda de un soldado que se dice Guelamo: y desde allí fue a Tecuantepeque pueblo grande, y son Zapotecas, y le recibieron muy bien, porque estaban de paz. y ya se habían ido de aquel pueblo, como dicho tengo en el capítulo pasado que de ello habla, a México, y dado la obediencia a su Majestad, y a ver a Cortés, y aun le llevaron un presente de oro: y desde Tecuantepeque fue a la provincia de Soconusco, que era en aquel tiempo muy poblada de más de quince mil vecinos, y también le recibieron de paz, y le dieron un presente de oro, y se dieron por vasallos de su Majestad: y desde Soconusco llegó cerca de otras poblaciones, que se dicen Zapotitlán, y en el camino en un puente de un río, que hay allí un mal paso, halló muchos escuadrones de guerreros que le estaban aguardando para no dejarle pasar, y tuvo una batalla con ellos, en que le mataron un caballo, e hirieron muchos soldados, y uno murió de las heridas, y eran tantos los Indios que se habían juntado contra Alvarado, no solamente los de Zapotitlán, sino de otros pueblos comarcanos, que por muchos de ellos que herían no los podían apartar, y por tres veces tuvieron rencuentros; y quiso nuestro Señor Dios que los venció, y le vinieron de paz: y desde Zapotitlán iba camino de un recio pueblo que se dice Quetzaltenango, y antes de llegar a él tuvo otros rencuentros con los naturales de aquel pueblo, y con otros sus vecinos, que se dice Utlán, que era cabecera de ciertos pueblos que están en su contorno a la redonda del Quetzaltenango, y en ellos le hirieron ciertos soldados, puesto que el Pedro de Alvarado y su gente mataron e hirieron muchos Indios: y luego estaba una mala subida de un puerto que dura legua y media, y con ballesteros y escopeteros, y todos sus soldados puestos en gran concierto lo comenzó a subir; y en la cumbre del puerto hallaron una India gorda que era hechicera, y un perro de los que ellos crían, que son buenos para comer, que no saben ladrar, sacrificados, que es señal de guerra, y más adelante halló tanta multitud de guerreros que le estaban esperando, y le comenzaron a cercar; y como eran los pasos malos y en sierra muy agra, los de a caballo no podían correr, ni revolver, ni aprovecharse de ellos, mas los ballesteros y escopeteros, y soldados de espada y rodela tuvieron reciamente con ellos pie con pie, y fueron peleando las cuestas y puerto



abajo, hasta llegar a unas barrancas donde tuvo otra muy reñida escaramuza con otros muchos escuadrones de guerreros, que allí en aquellas barrancas esperaban, y era con un ardid que entre ellos tenían acordado, y fue de esta manera; que como fuese el Pedro de Alvarado peleando, hacían que se iban retrayendo, y como les fuese siguiendo hasta donde les estaban esperando sobre seis mil Indios guerreros, y estos eran de los de Utatlan, y de otros pueblos sus sujetos, que allí los pensaban matar; y Pedro de Alvarado y todos sus soldados pelearon con ellos con grande ánimo, y los Indios le hirieron tres soldados y dos caballos, mas todavía les venció y puso en huida: y no fueron muy lejos, que luego se tornaron a juntar y rehacer con otros escuadrones, y tornaron a pelear como valientes guerreros, creyendo desbaratar al Pedro de Alvarado y a su gente, y fue cabe una fuente, donde le aguardaron de arte, que se venían ya pie con pie con los de Pedro de Alvarado, y muchos Indios hubo de ellos que aguardaron dos o tres juntos a un caballo, y se ponían a fuerzas para derrocarlo, y otros los tomaban de las colas, y aquí se vio el Pedro de Alvarado en gran aprieto, porque como eran muchos los contrarios, no podían sustentar a tantas partes de los escuadrones que les daban guerra a él y todos los suyos: y como hubieron gran coraje con el ánimo que les daba Fray Bartolomé de Olmedo, diciéndoles que peleasen con intención de servir a Dios, y extender su santa Fe, que él les ayudaría, y que habían de vencer o morir sobre ello, y con todo temían no los desbaratasen, porque se vieron en gran aprieto, y les dan una mano con las escopetas y ballestas, y a buenas cuchilladas les hicieron que se apartasen algo. Pues los de a caballo no estaban de espacio, sino alancear, y atropellar, y pasar adelante hasta que los hubieron desbaratado que no se juntaron en aquellos tres días, y como vio que ya no tenía contrarios con quien pelear, se estuvo en el campo sin ir a poblado, rancheando y buscando de comer, y luego se fue con todo su ejército al pueblo de Quetzaltenango: y allí supo que en las batallas pasadas les había muerto dos Capitanes señores de Utatlán; y estando reposando y curando los heridos tuvo aviso que venía otra vez contra él todo el poder de aquellos pueblos comarcanos, y se habían juntado más de dos Xiquipiles, que son diez y seis mil Indios, que cada Xiquipil son ocho mil guerreros, y que venían con determinación de morir todos o vencer: y como el Pedro de Alvarado lo supo se salió con su ejército en un llano, y como venían tan determinados los contrarios, comenzaron a cercar el ejército de Pedro de Alvarado, y tirar vara, y flecha, y piedra y con lanzas: y como era muy llano, y podían muy bien



correr a todas partes los caballos, dan en los escuadrones contrarios, de tal manera, que de presto les hizo volver las espaldas: aquí le hirieron muchos soldados, y un caballo, y según pareció murieron ciertos Indios principales, así de aquel pueblo, como de toda aquella tierra, por manera que desde aquella vitoria ya temían aquellos pueblos mucho a Alvarado: y concertaron toda aquella comarca de enviarle a demandar paces, y le trajeron un presente de oro de poca valía, porque aceptase las paces, y fue con acuerdo de todos los Caciques de aquella provincia, porque otra vez se tornaron a juntar muchos más guerreros que de antes, y les mandaron a sus guerreros que secretamente estuviesen entre las barrancas de aquel pueblo, de Utatlan, y que si enviaban a demandar paces, era que como el Pedro de Alvarado y su ejército estaba en Quetztlatenango haciendo entradas y corredurías, y siempre traían presas de Indios e Indias, y por llevarle a otro pueblo muy fuerte, y cercado de barrancas, que se dice Utatlan, para que cuando le tuviesen dentro, y en parte que ellos creían aprovecharse de él y de sus soldados, dar en ellos con los guerreros que ya estaban aparejados, y escondidos para ello. Volvamos a decir cómo fueron con el presente delante de Pedro de Alvarado muchos principales: y después de hecha su cortesía a su usanza le demandaron perdón por las guerras pasadas, ofreciéndose por vasallos de su Majestad, y le ruegan que porque su pueblo es grande, y está en parte más apacible, donde le puedan servir, y junto a otras poblaciones, que se vaya con ellos a él. Y el Pedro de Alvarado los recibió con mucho amor, y no entendió las cautelas que traían: y después de haberles respondido, el mal que habían hecho en salir de guerra, aceptó sus paces: y otro día por la mañana fue con su ejército con ellos a Utatlan, que así se dice el pueblo; y desde que hubo entrado dentro, y vieron una casa tan fuerte, porque tenía dos puertas, y la una de ellas tenía veinte y cinco escalones antes de entrar en el pueblo, y la otra puerta con una calzada que era muy mala, y deshecha por todas partes, y las casas muy juntas, y las calles muy angostas, y en todo el pueblo no había mujeres, ni gente menuda, cercado de barrancas, y de comer no les proveían sino mal y tarde, y los Caciques muy demudados en los parlamentos: avisaron al Pedro de Alvarado unos Indios de Quetztlatenango que aquella noche los querían matar a todos en aquellos pueblos, si allí se quedaban, y que tenían puestos entre las barrancas muchos escuadrones de guerreros, para en viendo arder las casas juntarse con los de Utatlan, y dar en nosotros, los unos por una parte, y los otros por otra, y con el fuego y humo no se podrían valer, y que entonces los quemarían vivos: y como el Pedro de



Alvarado entendió el gran peligro en que estaban, de presto mandó a sus Capitanes, y a todo su ejército, que sin más tardar se saliesen al campo, y les dijo el peligro que tenían, y como lo entendieron no tardaron de irse a lo llano cerca de unas barrancas, porque en aquel tiempo no tuvieron más lugar de salir a tierra llana de enmedio de tan recios pasos: y a todo esto el Pedro de Alvarado mostraba buena voluntad a los Caciques y principales de aquel pueblo, y de otros comarcanos; les dijo, que porque los caballos eran acostumbrados de andar paciando en el campo un rato del día, que por esta causa se salió del pueblo, porque estaban muy juntas las casas y calles, y los Caciques estaban muy tristes porque así los vieron salir: y ya el Pedro de Alvarado no pudo más disimular la traición que tenían urdida, y sobre ello y sobre los escuadrones que tenía juntos en las barrancas, mandó prender al Cacique de aquel pueblo, y por justicia le mandó quemar: y Fray Bartolomé de Olmedo pidió a Alvarado que quería ver si podría enseñarle, y predicarle la Fe de Cristo para bautizarle; y el Fraile pidió un día de término, y no lo hizo en dos, pero al fin quiso Jesucristo, que el Cacique se hizo Cristiano, y le bautizó el Fraile, y pidió a Alvarado que no le quemasen, sino que le ahorcasen, y el Alvarado se lo concedió, y dio el señorío a su hijo, y luego se salió a tierra llana fuera de las barrancas, y tuvo guerra con los escuadrones que tenían aparejados para el efecto que he dicho: y después que hubieron probado sus fuerzas y mala voluntad con los nuestros fueron desbaratados. Y dejemos de hablar de esto, y digamos como en aquella sazón en un gran pueblo que se dice Guatemala, se supo las batallas que Pedro de Alvarado había habido después que entró en la provincia, y en todas había sido vencedor, y que al presente estaba en tierra de Utatlan, y que desde allí hacia entradas, y daba guerras a muchos pueblos, y según pareció, los de Utatlan y sus sujetos eran enemigos de los de Guatemala, y acordaron los de Guatemala de enviar mensajeros con presentes de oro a Pedro de Alvarado, y darse por vasallos de su Majestad, y enviaron a decir, que si habían menester algún servicio de sus personas para aquellas guerras, que ellos vendrían: y el Pedro de Alvarado los recibió de buena voluntad, y les envió a dar muchas gracias por ello; y para ver si era como se lo decían, y como no sabía la tierra, para que le encaminasen les envió a desmandar dos mil guerreros, y esto por causa de muchas barrancas y pasos malos que estaban cortados, porque no pudiesen pasar los nuestros, para que si fuesen menester los adobasen, y llevar el fardaje: y los de Guatemala se los enviaron luego con sus Capitanes: y Pedro de Alvarado estuvo en la



provincia de Utatlan siete u ocho días haciendo entradas, y eran de los pueblos rebelados que habían dado la obediencia a su Majestad, y después de dada se tornaban a alzar, y herraron muchos esclavos y Indias, y pagaron el Real Quinto, y los demás repartieron entre los soldados, y luego se fue la ciudad de Guatemala, y fue bien recibido y hospedado: y desde que fueron allí llegados le contaba Alvarado a Fray Bartolomé de Olmedo, y a los Capitanes suyos, que nunca tan apretado se había visto, como en batallar con los de Utatlan, y que eran corajudos, y buenos guerreros, y que se había hecho buena hacienda, mas Fray Bartolomé de Olmedo le replicó que Dios lo había hecho, y que para que tuviese por bien y le pluguiese de ayudarles en adelante, que no sería malo darle gracias y hacer fiesta a Dios y a su Madre, y que la gente oyese Misa, y que él predicase a los Indios: dijo Alvarado y todos los Capitanes, esa es la verdad Padre, hágase una fiesta a la Virgen, y se aparejó un altar, y confesaron en día y medio todos, y los comulgó Fray Bartolomé de Olmedo, y después de la Misa predicó, y había allí muchos Indios, y les declaro muchas cosas de nuestra santa Fe, porque dijo muy buenas Teologías, que el Fraile dicen que la sabía: y le plugó a Dios que más de treinta Indios quisiesen ser bautizados, y los bautizó de allí a dos días el Fraile, y estaban otros deseando bautizarse, por ver como hablaban, y comunicaban más los nuestros con los bautizados que no con ellos, y todos generalmente estaban con alegría con Alvarado: y los Caciques de aquella ciudad le dijeron, que muy cerca de allí había unos pueblos junto a una laguna, y que tenían un Peñol muy fuerte, y que eran sus enemigos, y que les daban guerra, y que bien sabían los de aquel pueblo que no estaba lejos, y como estaba allí el Pedro de Alvarado, y que no venían a dar la obediencia como los demás pueblos, y que eran muy malos, y de malas condiciones, el cual pueblo se dice Atitan: y el Pedro de Alvarado les envió a rogar que viniesen de paz, y que serian de él muy bien tratados, y otras blandas palabras: y la respuesta que enviaron fue que maltrataron los mensajeros, y viendo que no aprovechaban, tornó a enviar otros Embajadores para traerles de paz, porque tres veces les envió a traer de paz, y todas tres les maltrataron de palabra, y fue Pedro de Alvarado en persona a ellos, y llevó sobre ciento y cuarenta soldados, y entre ellos veinte ballesteros y escopeteros, y cuarenta de a caballo, y con dos mil Guatemaltecas: y cuando llegó junto al pueblo les tornó a requerir con la paz, y no le respondieron sino con arcos y flechas que comenzaron a flechar: y cuando aquello vio que no llegó muy lejos de allí, y estaba dentro en el agua,



le salen al encuentro dos buenos escuadrones de Indios guerreros con grandes lanzas, y buenos arcos y flechas, y con otras muchas armas, y coseletes, y tañendo sus atabales, y con sus penachos y divisas, y peleó con ellos buen rato, y hubo muchos heridos de los soldados, mas no tardaron mucho en el campo los contrarios, que luego fueron huyendo a acogerse al Peñol: y el Pedro de Alvarado con sus soldados tras ellos, y de presto les ganó el Peñol, y hubo muchos muertos y heridos, y más hubiera si no se echaran todos al agua, y se pasaron a una isleta; y entonces se saquearon las casas que estaban pobladas junto a la laguna, y se salieron a un llano donde había muchos maízales, y durmió allí aquella noche. Otro día de mañana fueron al pueblo de Atitlan, que ya he dicho que así se dice, y estaba despoblado: y entonces mandó que corriesen la tierra, y las huertas de cacaguatales que tenían muchos, y trajeron presos dos principales de aquel pueblo; y el Pedro de Alvarado les envió luego aquellos principales, con los que estaban presos del día antes, a rogar a los demás Caciques vengan de paz, y que les dará todos los prisioneros, y que serán de él muy bien mirados y honrados, y que si no vienen que les dará guerra como a los de Quetzaltenango, y Utatlan, y les cortará sus árboles de cacaguatales, y hará todo el daño que pudiere: en fin de más razones con estas palabras y amenazas, luego vinieron de paz, y trajeron un presente de oro, y se dieron por vasallos de su Majestad, y luego el Pedro de Alvarado y su ejército se volvió a Guatemala: y se ocupaba el Fray Bartolomé de Olmedo en predicarles la santa Fe a los Indios, y decía Misa en un altar que hicieron, en que pusieron una Cruz que la adoraban ya los Indios, como miraban que nosotros la adorábamos; y también puso el Fraile una imagen de la Virgen que había traído Garay, y se la dio cuando muriera, era pequeña, mas muy hermosa, y los Indios se enamoraban de ella, y el Fraile les decía quién era, y ellos la adoraban: y estando algunos días sin hacer cosa más de lo por mí memorado, vinieron de paz todos los pueblos de la comarca, y otros de la costa del Sur, que se llaman los Pipiles; y muchos de aquellos pueblos que vinieron de paz, se quejaron que en el camino por donde venían, estaba una población que se dice Izcuintepeque, y que eran malos, y que no les dejaban pasar por su tierra, y les iban a saquear sus pueblos, y dieron otras muchas quejas de ellos: y el Pedro de Alvarado los envió a llamar de paz, y no quisieron venir, antes enviaron a decir muy soberbias palabras, y acordó de ir a ellos con todos los más soldados que tenía, y de a caballo, y escopeteros y ballesteros, y muchos amigos de Guatemala, y sin ser sentidos da una mañana sobre ellos, en que se



hizo mucho daño y presa; que valiera más que nunca se hiciera, sino conforme a justicia que fue mal hecho, y no conforme a lo que su Majestad mandó. Y ya que hemos hecho relación de la conquista y pacificación de Guatemala y sus provincias, y muy cumplidamente lo dice en una memoria que de ello tiene hecha un vecino de Guatemala, deudo de los Alvarados, que se dice Gonzalo de Alvarado, lo cual verán más por extenso, si yo en algo aquí faltare: y esto digo, porque no me hallé en estas conquistas, hasta que pasamos por estas provincias estando todo de guerra en el año de mil y quinientos y veinte y cuatro años, y fue cuando veníamos de las Higueras y Honduras con el Capitán Luis Marín, que nos volvimos para México; y más digo, que tuvimos en aquella sazón con los de Guatemala algunos reencuentros de guerra, y tenían hechos muchos hoyos, y cortados en pasos malos pedazos de sierras para que no pudiésemos pasar con las grandes barrancas: y aun entre un pueblo que se dice Juanagazapa y Petapa, en unas quebradas hondas, estuvimos allí detenidos guerreando con los naturales de aquella tierra dos días, que no podíamos pasar un mal paso, y entonces me hirieron de un flechazo, mas fue poca cosa, y pasamos con harto trabajo, porque estaban en el paso muchos guerreros Guatemaltecas, y de otros pueblos: y porque hay mucho que decir, y por fuerza tengo de traer a la memoria algunas cosas en su tiempo y lugar, y esto fue en el tiempo que hubo fama que Cortés era muerto, y todos los que con él fuimos a las Higueras, lo dejaré por ahora, y digamos de la armada que Cortés envió a las Higueras y Honduras. También digo que esta provincia de Guatemala no eran guerreros los Indios, porque no esperaban sino en barrancas, y con sus flechas no hacían nada, y no aguardaban a que los rompieran en campo llano.



CAPÍTULO CLXV.

Cómo Cortés envió una armada para que pacificase y conquistase aquellas provincias de Higueras y Honduras, y envió por Capitán de ella a Cristóbal de Olid, y lo que pasó diré adelante.

Como Cortés tuvo nueva que había ricas tierras, y buenas minas en lo de Higueras y Honduras, y aun le hicieron creer unos pilotos que habían estado en aquel paraje; o bien cerca de él, que habían hallado unos Indios pescando en la mar, y que les tornaron las redes, y que las plomadas que en ellas traían para pescar que eran de oro revuelto con cobre, y le dijeron que creyeron que había por aquel paraje estrecho, y que pasaban por el de la banda del Norte y la del Sur; y también según entendimos, su Majestad le encargó y mandó a Cortés por cartas, que en todo lo que descubriese mirase, e inquiriesen con grande diligencia y solicitud de buscar el estrecho, o puerto o paraje para la especería, ahora sea por lo del oro, o por buscar el estrecho, Cortés acordó de enviar por Capitán de aquella jornada a un Cristóbal de Olid, que fue Maestre de Campo en lo de México, lo uno porque le había hecho de su mano, y era casado con una Portuguesa que se decía Doña Filipa de Araujo (ya le he nombrado otras veces), y tenía el Cristóbal de Olid buenos Indios de repartimiento cerca de México, creyendo que le sería fiel y haría lo que le encomendase: y porque para ir por tierra tan largo viaje era grande inconveniente, y trabajo y gasto, acordó que fuese por la mar, porque no era tan grande estorbo y costa; y le dio cinco navíos y un bergantín muy bien artillados, y con mucha pólvora, y bien bastecidos, y le dio trescientos y setenta soldados, y en ellos cien ballesteros y escopeteros, y veinte y dos caballos, y entre estos soldados fueron cinco conquistadores de los nuestros, que pasaron con el mismo Cortés la primera vez habiendo servido a su Majestad muy bien en todas las conquistas, y tenían ya sus casas y reposo: y esto digo así, porque no aprovechaba cosa decir a Cortés, Señor, déjame descansar, que hartó estoy de servir, que les hacía ir adonde mandaba por fuerza, y llevó consigo a un Briones natural de Salamanca, y había sido Capitán de bergantines, y soldado en Italia: y este Briones era muy bullicioso y enemigo de Cortés; y llevó otros muchos soldados que no estaban bien con Cortés, porque no les dio buenos repartimientos de Indios, ni las partes del oro, y le querían muy mal: y en las instrucciones que Cortés le dio fue que desde el puerto de la Villa Rica fuese su derrota



a La Habana, y que allí en La Habana hallaría a un Alonso de Contreras soldado viejo de Cortés natural de Orgaz, que llevó seis mil pesos de oro para que comprase caballos, y cazabe, y puercos y tocinos, y otras cosas pertenecientes para el armada: el cual soldado envió Cortés adelante de Cristóbal de Olid, por causa de que si veía ir el armada los vecinos de La Habana encarecerían los caballos y todos los demás bastimentos; y mandó al Cristóbal de Olid, que en llegando a La Habana tomase los caballos que estuviesen comprados, y de allí fuese su derrota para Higuera, que era buena navegación y muy cerca, y le mandó que buenamente sin haber muertes de Indios, cuando hubiese desembarcado, procurase poblar una villa en algún buen puerto, y que a los naturales de aquellas provincias los atrajese de paz, y buscase oro y plata, y que procurase de saber y inquirir si había estrecho, o qué puertos había por la banda del Sur, si allá pasase: y le dio dos Clérigos, que el uno de ellos sabía la lengua Mexicana, y le encargó que con diligencia les predicasen las cosas de nuestra santa Fe, y que no consintiesen sodomías, ni sacrificios, sino que buena y mansamente se los desarraigasen, y lo mandó que todas las casas de madera donde tenían Indios y Indias a engordar encarcelados para comer, que se las quebrasen y soltasen los tristes encarcelados: y le mandó que en todas partes pusiese cruces, y le dio muchas imágenes de nuestra Señora, para que pusiese en los pueblos; y le dijo estas palabras: mira hijo Cristóbal de Olid, de esa manera procuradlo hacer; y después de abrazados y despedidos con mucho amor y paz, se despidió el Cristóbal de Olid de Cortés, y de toda su casa, y fue a la Villa Rica donde estaba toda su armada muy apunto, y en ciertos días del mes y año que no me acuerdo, se embarcó con todos sus soldados, y con buen tiempo llegó a La Habana; y halló los caballos comprados, y todo lo demás de bastimentos, y cinco soldados que eran personas de calidad de los que había echado de Panuco Diego de Ocampo, porque era muy bandolero y bullicioso, y a estos soldados ya los he nombrado algunos de ellos como se llamaban en el capítulo pasado cuando la pacificación de Panuco, y por esta causa los dejaré ahora de nombrar: y estos soldados aconsejaron al Cristóbal de Olid, pues que había fama de tierra rica donde iba, y llevaba buena armada, y bien bastecida, y muchos caballos, y soldados que se alzase desde luego a Cortés y que no lo conociese desde allí por superior, ni le acudiese con cosa ninguna; el Briones otra vez por mí nombrado se lo había dicho muchas veces secretamente al Critóbal de Olid sobre el caso, y al Gobernador de aquella isla, que yo he dicho otras muchas veces



que se decía Diego Velázquez, enemigo mortal de Cortés: y el Diego Velázquez vino donde estaba la armada, y lo que se concertaron fue que entre él y Cristóbal de Olid tuviesen aquella tierra de Higueras y Honduras por su Majestad, y en su Real nombre Cristóbal de Olid, y que el Diego Velázquez le proveería de lo que hubiese menester, y que haría sabedor de ello en Castilla a su Majestad para que le trajesen la gobernación, y de esta manera se concertó la compañía del armada: y quiero decir la condición y presencia de Cristóbal de Olid: era valiente por su persona así a pie como a caballo, era extremado varón, más no era para mandar, sino para ser mandado, y era de edad de treinta y seis años, natural de cerca de Baeza o Linares, y su presencia y altor era de buen cuerpo y membrudo, y de grande espalda, bien entallado, y algo rubio, y tenía muy buena presencia en el rostro, y traía el bezo debajo siempre como hendido a manera de grieta: en la plática hablaba algo gordo y espantoso, y era de buena conversación, y tenía otras buenas condiciones, de ser franco, y era al principio cuando estaba en México, gran servidor de Cortés, sino que esta ambición de mandar y no ser mandado le cegó, y con los malos consejeros, y también como fue criado en casa de Diego Velázquez cuando mozo, y fue lengua de la isla de Cuba, reconoció el pan que en su casa había comido, aunque más obligado era a Cortés que no a Diego Velázquez. Pues ya hecho este concierto con Diego Velázquez, vinieron en compañía con el Cristóbal de Olid muchos vecinos de la isla de Cuba, especialmente los que he dicho que fueron en aconsejarle que se alzase. Y de que no tenía más en que entender en aquella isla en los navíos, metido todo su matalotaje, mandó alzar velas a toda su armada, fue a desembarcar con buen tiempo obra de quince leguas adelante a puerto de Caballos en una comba, y allegó a tres de Mayo: a esta causa nombró a una villa Triunfo de la Cruz, y hizo nombramiento de Alcaldes y Regidores a los soldados que Cortés le había mandado cuando estaba en México, que honrase y diese cargos: y tomó la posesión de aquellas tierras, por su Majestad, y de Hernando Cortés en su Real nombre, y hizo otros votos que convenían y todo esto que hacía era porque los amigos de Cortés no entendiesen que iba alzado para ver si pudiese hacer de ellos buenos amigos de que alcanzasen a saber las cosas; y también que no sabía si acudiría la tierra tan rica y de buenas minas como decían, y tiró a dos hitos, como dicho tengo, el uno que sí había buenas minas, y la tierra muy poblada alzarse con ella, y el otro que si no, acudiese tan buena, volver a México a su mujer y repartimientos, y disculparse con Cortés con



decirle, que la compañía que hizo con Diego Velázquez fue, porque le diese bastimentos y soldados, y no acudirle en cosa ninguna, y que bien lo podía ver, pues tomó la posesión por Cortés, y esto tenía en el pensamiento, según muchos de sus amigos dijeron con quien lo había comunicado. Dejémosle ya poblado el Triunfo de la Cruz, que Cortés nunca supo cosa ninguna hasta más de ocho meses. Y porque por fuerza tengo de volver otra vez a hablar en él, lo dejaré ahora, y diré lo que nos acaeció en Guacacualco, y cómo Cortés me envió con el Capitán Luis Marín a pacificar la provincia de Chiapa.



CAPÍTULO CLXVI.

Cómo los que quedamos poblados en Guacacualco, siempre andábamos pacificando las provincias que se nos alzaban, y cómo Cortés mandó al Capitán Luis Marín, que fuese a conquistar, y a pacificar la provincia de Chiapa, y me mandó que fuese con él, y a Fray Juan de las Varillas el pariente de Zuazo, Fraile Mercenario, y lo que en la pacificación pasó.

Pues como estábamos poblados en aquella villa de Guacacualco muchos conquistadores viejos y personas de calidad, y teníamos grandes términos repartidos entre nosotros, que era la misma provincia de Guacacualco, y Citla, y lo de Tabasco, y Cimatan y Chontalpa; y en las sierras arriba lo de Cachula,, y Zeque, Quilenes hasta Cinacatan, y Chamula, y la ciudad de Chiapa de los Indios y Papanaustra, y Pinula, y hacia la banda de México, la provincia de Xaltepeque y Guazpaltepeque, y Chinanta, y Tepeca y otros pueblos: y como al principio todas las provincias que había en la Nueva España las más de ellas se alzaban cuando les pedían tributo, y aun mataban a sus encomenderos y a los Españoles que podían tomar a su salvo los acapillaban, así nos aconteció en aquella villa, que casi no quedó provincia que todos no se nos rebelaron, y a esta causa siempre andamos de pueblo en pueblo con una Capitanía, atrayéndolos de paz: y como los de Cimatan no querían venir de paz a la villa, ni obedecer mandamiento que les enviaban, acordó el Capitán Luis Marín que por no enviar Capitanía de muchos soldados contra ellos, que fuésemos cuatro vecinos a traerlos de paz, yo fui el uno de ellos, y los demás se llamaban Rodrigo de Enao natural de Ávila, y un Francisco Martín medio Vizcaíno, y el otro se decía Francisco Jiménez natural del Ingujuela de Extremadura: y lo que nos mandó el Capitán fue, que buenamente y con amor los llamásemos de paz, y que no les dijésemos palabras de que se enojasen: y yendo que íbamos a su provincia, que son las poblaciones entre grandes ciénagas y caudalosos ríos; y ya que llegábamos a dos leguas de su pueblo, les enviamos mensajeros a decir cómo íbamos, y la respuesta que dieron fue que salen a nosotros tres escuadrones de flecheros y lanceros, que a la primera refriega mataron dos de nuestros compañeros, y a mí me dieron la primera herida de un flechazo en la garganta, que con la sangre que me salía, y en aquel tiempo no podía apretarlo ni tomar la sangre, estuvo mi vida en harto peligro: pues el otro mi compañero que estaba por herir, que era el Francisco Martín,



puesto que yo y él siempre hacíamos cara, y heríamos algunos contrarios, acordó de tomar las de Villadiego y acogerse a unas canoas que estaban cabe un río, que se decía Macapa: y como yo quedaba solo y mal herido, porque no me acabasen de matar, y sin sentido y poco acuerdo me metí entre unos matorrales, y volviendo en mí con fuerte corazón dije: Oh válgame nuestra Señora, si es verdad que tengo que morir hoy aquí en poder de estos perros; y tomé tal esfuerzo que salgo de las matas, y rompo por los Indios, que a buenas cuchilladas y estocadas me dieron lugar que saliese de entre ellos, y aunque me tornaron a herir me fui a las canoas donde estaba ya mi compañero Francisco Martín con cuatro Indios amigos, que eran los que habíamos traído con nosotros que nos llevaban el hato, que estos Indios cuando estábamos peleando con los Cimatecas, dejando las cargas se acogen al río en las canoas, y lo que nos dio la vida a mí y a Francisco Martín fue, que los contrarios se embarazaron en robar nuestra ropa y petacas. Dejemos de hablar en esto, y digamos que Dios fue servido escaparnos de no morir allí, y en las canoas pasamos aquel río; que es muy grande y hondo, y hay en él muchos lagartos, y porque no nos siguiesen los Cimatecas, que así se llaman, estuvimos ocho días por los montes, y de ahí a pocos días se supo en Guacacualco esta nueva, y dijeron los Indios que habíamos traído, que llevaron la misma nueva que todos los cuatro Indios que quedaron en las canoas, como dicho tengo, que éramos muertos: y estos de que nos vieron heridos, y los dos muertos, se fueron huyendo, y nos dejaron en la pelea, y en pocos días llegaron a Guacacualco, y como no aparecíamos ni había nueva de nosotros, creyeron que éramos muertos, como los Indios dijeron: y como era costumbre de Indias, y en aquella sazón se usaba, ya había repartido el Capitán Luis Marín en otros conquistadores nuestros pueblos, y hecho mensajeros a Cortés para enviar las cédulas de encomienda, y aun vendido nuestras haciendas, y al cabo de veinte y tres días aportamos a la villa, de lo cual se holgaron nuestros amigos, mas a quien les habían dado nuestros Indios les pesó: y viendo el Capitán Luis Marín que no podíamos apaciguar aquellas provincias, y mataban muchos de nuestros soldados, acordó de ir a México a demandar a Cortés más soldados, y socorro y pertrechos de guerra, y mandó que entre tanto que iba no saliésemos de la villa ningunos vecinos a los pueblos lejos, si no fuese a los que estaban cuatro o cinco leguas de allí para traer comida. Pues llegado a México dio cuenta a Cortés de todo lo acaecido: y entonces le mandó que volviese a Guacacualco, y envió con él treinta soldados, y entre ellos a un Alonso de Grado por mí



muchas veces nombrado, y a Fr. Juan de las Varillas que había venido con Zuazo que era gran estudiante, que solía decir había estudiado en su Colegio de Santa Cruz de Salamanca de donde era, y decían que de muy noble linaje, y le mandó que con todos los vecinos que estábamos en la villa, y los soldados que traía consigo fuésemos a la provincia de Chiapa, que estaba de guerra, que la pacificásemos y poblásemos una villa: y como el Capitán Luis Marín vino con estos despachos, nos apercibimos todos así los que estábamos allí poblados, como los que traían de nuevo: y comenzamos a abrir caminos, porque eran montes y ciénagas muy malas, y echábamos en ellas maderos y ramos para poder pasar los caballos, y con gran trabajo fuimos a salir a un pueblo que se dice Tezpuntlan, que hasta entonces por el río arriba solíamos ir en canoas, que no había otro camino abierto: y desde aquel pueblo fuimos a otro pueblo la sierra arriba, que se dice Cachula: y para que bien se entienda, este Cachula es en la provincia de Chiapa; y esto digo, porque está otro pueblo del mismo nombre junto a la Puebla de los Ángeles, y desde Cachula fuimos a otros pueblezuelos sujetos al mismo Cachula, y fuimos abriendo camino nuevo el río arriba, que venían de la población de Chiapa, porque no había camino ninguno, y todos los rededores que estaban poblados habían grande miedo a los Chiapamecas, porque ciertamente eran en aquel tiempo los mayores guerreros que yo había visto en toda la Nueva España, aunque entren entre ellos los Tlascaltecas, ni Mexicanos, ni Zapotecas, ni Minxes: y esto digo porque en aquella sazón era aquella provincia muy poblada, y los naturales de ella eran en gran manera belicosos, y daban guerra a sus comarcas que eran los de Cinacatan, y a todos los pueblos de la laguna Quilenayas, asimismo a los pueblos que se dicen los Zoques, y robaban y cautivaban a la continua a otros pueblezuelos, donde podían hacer presa, y con los que de ellos mataban hacían sacrificios y hartazgas: y además de esto, en los caminos de Teguatepeque tenían en pasos malos puestos guerreros para saltar a los Indios mercaderes que trataban de una provincia a otra, y a esta causa dejaban algunas veces de tratar las unas provincias con las otras, y aun habían traído por fuerza a otros pueblos, y hecho poblar y estar junto a Chiapa, y los tenían por esclavos, y con ellos hacían sus sementeras. Volvamos a nuestro camino, que fuimos el río arriba hacia su ciudad, y era por Cuaresma año de mil y quinientos y veinte y cuatro, y esto de los años no me acuerdo bien: y antes de llegar a Chiapa se hizo alarde de todos los de a caballo, escopeteros y ballesteros qué íbamos en aquella entrada, y no se pudo hacer hasta



entonces, por causa que algunos de nuestra villa, y otros forasteros aún no se habían recogido, que andaban en los pueblos de la sierra de Cachula demandando el tributo que les eran obligados a dar, y con el favor de venir Capitán con la gente de guerra como veníamos se atrevían a ir a ellos, que de antes ni daban tributo, ni se les daba nada de nosotros. Volvamos a nuestro alarde, que se hallaron veinte y siete de a caballo que podían pelear, y otros cinco que no eran para ello, y quinde ballesteros y ocho escopeteros, y un tiro, y pólvora, y un soldado por artillero, que decía el mismo soldado que había estado en Italia: esto digo aquí, porque no era para cosa ninguna, que era muy cobarde, y llevábamos sesenta soldados de espada y rodela, y obra de ochenta Mexicanos, y el Cacique de Cachula con otros principales suyos; y estos Indios de Cachula que he dicho, iban temblando de miedo, y por halagos los llevamos que nos ayudasen a abrir camino y llevar el fardaje. Pues yendo nuestro camino en concierto, ya que llegamos cerca de sus poblaciones siempre íbamos adelante por espías y descubridores del campo cuatro soldados muy sueltos, y yo era uno de ellos, y dejaba mi caballo, que no era tierra por donde podían correr, e íbamos siempre media legua adelante de nuestro ejército; y como los Chiapanecas son grandes cazadores, andaban entonces a caza de venados, y desde que nos sintieron se apellidan todos con grandes ahumadas, y como llegamos a sus poblaciones tenían muy anchos caminos, y grande sementera de maíz y otras legumbres y el primer pueblo que topamos se dice Estapa, que está de la cabecera obra de cuatro leguas, y en aquel instante le habían despoblado, y tenían mucho maíz, y gallinas y otros bastimentos que tuvimos bien que comer y cenar. Y estando reposando en el pueblo, puesto que teníamos puestas velas y escuchas, y corredores del campo, vienen dos de a caballo que estaban por corredores a dar mandado, y diciendo al arma que vienen muchos guerreros Chiapanecas; y nosotros que siempre estábamos muy apercebidos les salimos al encuentro antes que llegasen, al pueblo, y tuvimos una gran batalla con ellos, porque traían muchas varas tostadas con sus tiraderas y arcos, y flechas y lanzas mayores que las nuestras, con buenas armas de algodón, y penachos y otros traían unas porras como macanas; y allí donde hubimos esta batalla, había mucha piedra y con hondas nos hacían mucho daño, y nos comenzaron a cercar de arte, que de la primera rociada mataron dos de nuestros soldados y cuatro caballos, y le hirieron a Fray Juan y trece soldados, y a muchos de nuestros amigos, y al Capitán Luis Marín le dieron dos heridas, y estuvimos en aquella



batalla toda la tarde hasta que anocheció, y como hacía oscuro, y habían sentido el cortar de nuestras espadas, y escopetas, y ballestas, y las lanzadas, se retiraron, de lo cual nos holgamos: y hallamos quince de ellos muertos, y otros muchos heridos que no se pudieron ir, y de dos de ellos que nos parecían principales se tomó aviso, y dijeron que estaba toda la tierra apercebida para dar en nosotros otro día, y aquella noche enterramos los muertos y curamos los heridos al Capitán que estaba malo de las heridas, porque se había desangrado mucho, que por causa de no apartarse de la batalla para curárselas o apretar, se le había metido frío en ellas. Pues ya hecho esto, pusimos buenas velas y escuchas, y corredores del campo, y teníamos los caballos ensillados, y enfrenados, y todos nuestros soldados a punto, porque tuvimos por cierto que venían de noche sobre nosotros, y como habíamos visto el tesón que tuvieron en la batalla pasada, que ni por ballestas, ni lanzas, ni escopetas, ni aun estocadas no les podíamos retraer, ni apartar un paso atrás, los tuvimos por buenos guerreros y osados en el pelear: y esta noche se dio orden, como para otro día los de a caballo habíamos de arremeter de cinco en cinco hermanados, y las lanzas terciadas, y no pararnos a dar lanzadas hasta ponerlos en huida, sino las lanzas altas, y por las caras, y atropellar y pasar adelante. Y este concierto ya otras veces lo había dicho el Luis Marín, y aun algunos de nosotros de los conquistadores viejos se lo habíamos dado por aviso a los nuevamente venidos de Castilla, y algunos de ellos no curaron de guardar la orden, sino que pensaban que en dar una lanzada a los contrarios que hacían algo, y les salió a cuatro de ellos al revés, porque les tomaron las lanzas, y les hirieron a ellos los caballos con ellas: quiero decir que se juntaban seis o siete de los contrarios, y se abrazaban con los caballos creyendo de tomarlos a manos, y aun derrocaron a un soldado del caballo, y si no le socorriéramos ya le llevaban a sacrificar, y desde ahí a dos días se murió. Volvamos a nuestra relación, y es que otro día de mañana acordamos de ir por nuestro camino para su ciudad de Chiapa, y verdaderamente se podía decir ciudad, y bien poblada, y las casas y calles muy en concierto, y de más de cuatro mil vecinos, sin otros muchos pueblos, sujetos a ella, que estaban poblados a su rededor, y yendo que íbamos con mucho, concierto, y el tiro puesto en orden, el artillero bien apercebido de lo que había de hacer; y no habíamos caminado cuarto de legua, cuando nos encontramos con todo el poder de Chiapa, que campos y cuestas venían llenos de ellos con grandes penachos y buenas armas, y grandes lanzas, flecha y vara con tiraderas, piedra y hondas con



grandes voces y grita, y silbos, era cosa de espantar como se juntaron con nosotros, pie con pie, y comenzaron a pelear como rabiosos leones: y nuestro negro artillero que llevábamos (que bien negro se podía llamar) cortado de miedo, y temblando, ni supo tirar, ni poner fuego al tiro, y ya que a poder de voces que le dábamos pegó fuego, hirió a tres de nuestros soldados que no aprovechó cosa ninguna: y como el Capitán vio de la Hilera que andábamos, rompimos todos los de a caballo puestos en cuadrillas, según lo habíamos concertado, y los escopeteros y ballesteros, y de espada y rodela hechos en cuerpo, porque no les desbaratasen, nos ayudaron muy bien; mas eran tantos los contrarios que sobre nosotros vinieron, que si no fuéramos de los que en aquellas batallas nos hallamos cursados a otras afrentas, pusiera a otros eran temor, y aun nosotros nos admiramos de ver cuán fuertes estaban, y Fray Juan nos daba ánimo, y decía, que Dios nos había de pagar nuestro trabajo y el César. El Capitán Luis Marín nos dijo: ea, señores, Santiago y a ellos, y tornémosles otra vez a romper con ánimo. Esforzados, les dimos tal mano, que a poco rato iban vueltas las espaldas: y como había allí donde fue esta batalla muy malos pedregales para poder correr caballos, no les podíamos seguir, y yendo en el alcance, y no muy lejos de donde comenzamos aquella batalla, ya que íbamos algo descuidados, creyendo que por aquel día no se tornarían a juntar, y dábamos gracias a Dios del buen suceso; aquí estaban tras unos cerros otros mayores escuadrones de guerreros que los pasados con todas sus armas, y muchos de ellos traían sogas para echar lazos a los caballos, y asir de las sogas para derrocarlos, y tenían tendidas en otras muchas partes muchas redes, con que suelen tomar venados, para los caballos, y para atar a nosotros muchas sogas; y todos, los escuadrones que he dicho se vienen a encontrar con nosotros, y como muy fuertes y recios guerreros nos dan tal mano de flecha, vara, y piedra, que tornaron a herir casi que todos los nuestros, y tomaron cuatro lanzas a los de a caballo, y mataron dos soldados y cinco caballos: y entonces traían en medio de sus exuadrones una India algo vieja muy gorda, y según decían, aquella India la tenían por su diosa, y adivinaba, y les había dicho, que así como ella llegase a donde estábamos peleando, que luego habíamos de ser vencidos, y traía en un brasero sahumerio, y unos ídolos de piedra, y venía pintada todo el cuerpo, y pegado algodón a las pinturas, y sin miedo ninguno se metió en los Indios nuestros amigos, que venían hechos un cuerpo con sus Capitanías; y luego fue despedazada la maldita diosa. Volvamos a nuestra batalla, que desde que el Capitán Luis Marín y todos nosotros



vimos tanta multitud de guerreros contrarios, y que tan osadamente peleaban, nos admiramos, y dijimos al Fraile que nos encomendase a Dios, y arremetiendo a ellos con el concierto pasado, fuimos rompiendo poco a poco y los hicimos huir, y se escondían entre unos pedregales, y otros se echaron al río que estaba cerca y hondo, y se fueron nadando, que son en gran manera buenos nadadores; y desde que les hubimos desbaratado descansamos un rato; y el Fraile cantó una salve, y algunos soldados de buenas voces le ayudaban, y no sonaba mal, y todos dimos muchas gracias a Dios, y hallamos muertos donde tuvimos esta batalla muchos de ellos y otros heridos; y acordamos de irnos a un pueblo que estaba junto al río cerca de la ciudad, donde había buenas ciruelas, porque como era Cuaresma, y en este tiempo las hay maduras, y en aquella población son buenas, allí nos estuvimos todo lo más del día, enterrando los muertos en partes donde no los pudiesen ver ni hallar los naturales de aquel pueblo, y curamos los heridos y diez caballos, y acordamos de dormir allí con gran recado de velas y escuchas: y a poco más de media noche se pasaron a nuestro Real diez Indios principales de dos pueblezuelos que estaban poblados junto a la cabecera y ciudad de Chiapa, en cinco canoas del mismo río, que es muy grande y hondo, y venían los Indios con las canoas a remo callado, y los que lo remaban eran diez Indios personas principales naturales de los pueblezuelos que estaban junto al río, y como desembarcaron hacia la parte de nuestro Real, en saltando en tierra luego fueron presos por nuestras velas, y ellos lo tuvieron por bien que los prendiesen, y llevados ante el Capitán, dijeron: Señor, nosotros no somos Chiapanecas, sino de otras provincias que se dice Xaltepeque, y estos malos Chiapanecas con gran guerra que nos dieron nos mataron mucha gente, y a todos los más de nuestros pueblos nos trajeron aquí por fuerza cautivos a poblar con nuestras mujeres e hijos, y nos han tomado cuanta hacienda teníamos, y ha doce años que nos tienen por esclavos, y les labramos sus sementeras y maízales, y nos hacen ir a pescar y hacer otros oficios, y nos toman nuestras hijas y mujeres: venimos a daros aviso, porque nosotros os traeremos esta noche muchas canoas en que paséis este río, que sin ellas no podéis pasar sino con gran trabajo, y también os mostraremos un vado, aunque no va muy bajo: y lo que, señor Capitán, os pedimos de merced es, que pues os hacemos esta buena obra, que cuando hayáis vencido y desbaratado estos Chiapanecas, que nos deis licencia para que salgamos de su poder e irnos a nuestras tierras: y para que mejor creáis lo que os decimos que es



verdad, en las canoas que ahora pasamos dejamos escondidas en el río con otros nuestros compañeros y hermanos, y os traemos presentadas tres joyas de oro, que eran unas como diademas, y también traemos gallinas y ciruelas, y demandaron licencia para ir por ello, y dijeron que había de ser muy callando no los sintiesen los Chiapanecas, que están velando y guardando los pasos del río: y cuando el Capitán entendió lo que los Indios le dijeron, y la gran ayuda que era para pasar aquel recio y corriente río, dio gracias a Dios, y mostró buena voluntad a los mensajeros, y prometió de hacerlo como lo pedían, y aun de darles ropa y despojos de lo que hubiésemos de aquella ciudad, y se informó de ellos, como en las dos batallas pasadas les habíamos muerto y herido más de ciento y veinte Chiapanecas, y que tenían aparejados para otro día otros muchos guerreros, y que a los de los pueblezuelos donde eran estos mensajeros les hacían salir a pelear contra nosotros, y que no temiésemos de ellos que antes nos ayudarían, y que al pasar del río nos habían de aguardar, porque tenían por imposible que tendríamos atrevimiento de pasarle; y que cuando lo estuviésemos pasando que allí nos desbaratarían: y dando este aviso se quedaron dos de aquellos Indios con nosotros, y los demás fueron a sus pueblos a dar orden para que muy de mañana trajesen veinte canoas, en lo cual cumplieron muy bien a su palabra: y después que se fueron reposamos algo de lo que quedó de la noche, y no sin mucho recado de velas, y escuchas y rondas, porque oíamos el gran rumor de los guerreros que se juntaban en la ribera del río, y el tañer de las trompetillas, y tambores y cornetas: y como amaneció vimos las canoas que ya descubiertamente las traían a pesar de los de Chiapa, porque según pareció, ya habían sentido los de Chiapa como los naturales de aquellos pueblezuelos se les habían levantado y hecho fuertes, y eran de nuestra parte, y habían prendido algunos de ellos, y los demás se habían hecho fuertes en un gran Cu, y a esta causa había revueltas y guerra entre los Chiapanecas, y los pueblezuelos que dicho tengo: y luego nos fueron a mostrar el vado, y entonces nos daban mucha prisa aquellos amigos que pasásemos presto el río, con temor no sacrificasen a sus compañeros que habían prendido aquella noche: pues de que llegamos al vado que nos mostraron iba muy hondo, y puestos todos en gran concierto, así los ballesteros como escopeteros, y los de a caballo, y los Indios de los pueblezuelos nuestros amigos con sus canoas, y aunque nos daba el agua cerca de los pechos, todos hechos un tropel para soportar el ímpetu y fuerza del agua, quiso Dios que pasamos cerca de la otra parte de tierra; y antes de acabar de pasar, vienen contra



nosotros muchos guerreros, y nos dan una buena rociada de vara con tiraderas, y flechas y piedra, y otras grandes lanzas que nos hirieron casi que a todos los más, y a algunos a dos y a tres heridas, y mataron dos caballos, y un soldado de a caballo, que se decía fulano Guerrero o Guerra, se ahogó al pasar del río, que se metió con el caballo en un recio raudal, y era natural de Toledo, y el caballo salió a tierra sin el amo. Volvamos a nuestra pelea que nos detuvieron un buen rato al pasar del río, que no les podíamos hacer retraer, ni nosotros podíamos llegar a tierra, y en aquel instante los de los pueblezuelos que se habían hecho fuertes contra los Chiapanecas, nos vinieron a ayudar en las espaldas y a los que estaban al río batallando con nosotros, hirieron y mataron muchos de ellos, porque les tenían grande enemistad como los habían tenido presos muchos años: y como aquello vimos, salimos a tierra los de a caballo, y luego ballesteros y escopeteros, y de espada y rodela, y los amigos Mexicanos, y les damos una tan buena mano que se van huyendo, que no paró Indio con Indio, y luego sin más tardar, puestos en buen concierto con nuestras banderas tendidas, y muchos Indios de los dos pueblezuelos con nosotros entramos en su ciudad: y como llegamos en lo más poblado donde estaban sus grandes Cues y adoratorios, tenían las csas tan juntas que no osamos asentar Real sino en el campo, y en parte que aunque pusiesen fuego no nos pudiese hacer daño: y nuestro Capitán envió a llamar de paz a los Caciques y Capitanes de aquel pueblo, y fueron los mensajeros tres Indios de los pueblezuelos nuestros amigos, que el uno de ellos se decía Xaltepeque, y asimismo envió con ellos seis Capitanes Chiapanecas que habíamos preso en las batallas pasadas; y les envió a decir que vengan luego de paz y se les perdonará lo pasado, y que si no vienen que los iremos a buscar, y les daremos mayor guerra que la pasada, y les quemaremos su ciudad; y con aquellas bravosas palabras luego a la hora vinieron, y aun trajeron un presente de oro, y se disculparon por haber salido de guerra, y dieron la obediencia a su Majestad; y rogaron a Luis Marín, que no consintiese a nuestros amigos que quemasen ninguna casa, porque ya habían quemado antes de entrar en Chiapa en un pueblezuelo que estaba poblado antes de llegar al río muchas casas, y Luis Marín les prometió que así lo haría, y mandó a los Mexicanos que traíamos y a los de Cachula que no hiciesen mal ni daño. Quiero tornar a decir, que este Cachula que aquí nombro, no es la que está cerca de México, sino un pueblo que se dice como él, que está en las sierras camino de Chiapa por donde pasamos. Dejemos esto, y digamos como en aquella ciudad hallamos tres



cárceles de redes de madera llenas de prisioneros atados con collares a los pescuezos, y estos eran de los que prendían por los caminos, y algunos de ellos eran de Guantepeque, y otros Zapotecas, y otros Quilenes, otros de Soconusco, los cuales prisioneros sacamos de las cárceles, y se fue cada uno a su tierra. También hallamos en los Cues muy malas figuras de ídolos que adoraban, y todos los quebró Fray Juan, y muchos Indios y muchachos sacrificados, y hallamos muchas cosas malas de sodomías que usaban; y les mandó el Capitán, que luego fuesen a llamar todos los pueblos comarcanos que vengan de paz a dar la obediencia a su Majestad: los primeros que vinieron fueron los de Cinacatan, y Copanaustla, y Pinola, y Guequiztlan, y Chamula, y otros pueblos que ya no se me acuerdan los nombres de ellos, Quienes, y otros pueblos que eran de la lengua Zoque, y todos dieron la obediencia a su Majestad; y aun estaban espantados, como tan pocos como éramos podíamos vencer a los Chiapanecas, y ciertamente mostraron todos gran contento, porque estaban mal con ellos. Estuvimos en aquella ciudad cinco días, y dijo Fr. Juan Misa, y confesaron algunos soldados, y predicó a los Indios en su lengua, que la sabía bien; y los Indios holgaron de oírle, y adoraron la Santa Cruz, y decían que se habían de bautizar, y que parecíamos muy buena gente, y tomaron amor al Fray Juan. Y en aquel instante un soldado de aquellos que trajimos en nuestro ejército, se desmandó del Real, y se va sin licencia del Capitán a un pueblo que había venido de paz, que ya he dicho que se dice Chamula, y llevó consigo ocho Indios Mexicanos de los nuestros, y demandó a los de Chamula que le diesen oro, y decía que lo mandaba el Capitán, y los de aquel pueblo le dieron unas joyas de oro, y porque no le daban más echó preso al Cacique: y cuando vieron los del pueblo hacer aquella demasía, quisieron matar al atrevido y desconsiderado soldado, y luego se alzaron, y no solamente ellos, pero también hicieron alzar a los de otro pueblo, que se dice Gueyhuiztlan, sus vecinos: y de que aquello alcanzó a saber el Capitán Luis Marín, prende al soldado, y luego manda que por la posta le llevasen a México para que Cortés le castigase; y esto hizo el Luis Marín, porque era un hombre el soldado que se tenía por principal, que por su honor no nombro su nombre hasta que venga en coyuntura en parte que hizo otra cosa que aun es muy peor, como era malo y cruel con los Indios, como adelante diré. Y después de esto hecho, el Capitán Luis Marín envió a llamar al pueblo de Chamula que venga de paz, y les envió a decir, que ya había castigado y enviado a México al Español que les iba a demandar oro, y les hacía aquellas demasías: la respuesta que dieron fue



mala, y la tuvimos por muy peor, por causa de que los pueblos comarcanos no se alzasen, y fue acordado, que luego fuésemos sobre ellos, y hasta traerles de paz no dejarles, y después de cómo les habló muy blandamente a los Caciques Chapanecas, y Fray Juan les dijo con buenas lenguas, que las sabía, las cosas tocantes a nuestra Santa Fe, y que dejasen los ídolos, y sacrificios, y sodomías, y robos, y les puso Cruces y una Imagen de nuestra Señora en un altar que les mandamos hacer: y el Capitán Luis Marín les dio a entender, cómo éramos vasallos de su Majestad Cesárea, y otras muchas cosas que convenían, y aun les dejamos poblada más de la mitad de su ciudad: y los dos pueblos nuestros amigos que nos trajeron las canoas para pasar el río, y nos ayudaron en la guerra, salieron de poder de los Chiapanecas con todas sus haciendas, y mujeres, y hijos, y se fueron a poblar el río abajo obra de diez leguas de Chiapa, donde ahora está poblado lo de Xaltepeque, y el otro pueblo que se dice Istatlan se fue a su tierra que era de Guantepeque. Volvamos a nuestra partida para Chamula, y es que luego enviamos a llamar a los de Cinacatan, que eran gente de razón, y muchos de ellos mercaderes, y se les dijo que nos trajesen doscientos Indios para llevar el fardaje, y que íbamos a su pueblo, porque allí era el camino de Chamula, y demandó a los de Chiapa otros doscientos Indios guerreros con armas para ir en nuestra compañía, y luego los dieron: y salimos de Chiapa una mañana, y fuimos a dormir a unas salinas donde nos tenían hechos los de Cinacatan buenos ranchos, y otro día a medio día llegamos a Cinacatan, y allí tuvimos la santa Pascua de Resurrección: y tornamos a enviar a llamar de paz a los de Chamula, y no quisieron venir, y hubimos de ir a ellos, que sería entonces donde estaban poblados de Cinacatan obra de tres leguas; y tenían entonces las casas y pueblos de Chamula en una fortaleza muy mala de ganar, y muy honda cava por la parte que les habíamos de combatir, y por otras partes muy peor, y más fuerte: y así como llegamos con nuestro ejército nos tiran tanta piedra de lo alto, y vara y flecha que cubría el suelo; pues las lanzas muy largas con más de dos varas de cuchilla de pedernales, que ya he dicho otras veces, que cortaban más que espadas, y unas rodela hechas a manera de pavesinas con que se cubren todo el cuerpo cuando pelean, y cuando no las han menester las arrollan y doblan de manera que no les hacen estorbo ninguno, y con hondas mucha piedra, y tal prisa se daban a tirar flecha y piedra, que hirieron cinco de nuestros soldados, y dos caballos, y con muchas voces, y gran grita y silbos, y alaridos, y tambores, y caracoles, que cosa de poner espanto a quien no los conociera: y como



aquello vio Luis Marín, y entendió que de los caballos no se podían aprovechar, que era sierra, mandó que se tornasen a bajar a lo llano, porque donde estábamos era gran cuesta y fortaleza; y aquello que les mandó fue porque temíamos que venían así a dar en nosotros los guerreros de otros pueblos que se dicen Quiahuitlan que estaba alzado, y porque hubiese resistencia en los de a caballo: y luego comenzamos de tirar en los de la fortaleza muchas saetas y escopetas, y no les podíamos hacer daño ninguno con los grandes mamparos que tenían, y ellos a nosotros sí, que siempre herían muchos de los nuestros: y estuvimos aquel día de esta manera peleando, y no se les daba cosa ninguna por nosotros, y si les procurábamos de entrar donde tenían hechos unos mamparos y almenas, estaban sobre dos mil lanceros en los puestos para defensa de los que les probábamos a entrar; y ya que quisiéramos entrar, y aventurar las personas en arrojarlos dentro de su fortaleza, habíamos de caer de tan alto que nos habíamos de hacer pedazos, y no era cosa para ponernos en aquella ventura: y después de bien acordado, cómo y de qué manera habíamos de pelear, se concertó que travesemos madera y tablas de un pueblezuelo que allí junto estaba despoblado, e hiciésemos burros o mantas, que así se llaman, y en cada uno de ellos cabían veinte personas, y con azadones y picos de hierro que traíamos, y con otros azadones de la tierra de palo que allí había les cavábamos y deshacíamos su fortaleza, y deshicimos un portillo para poderles entrar, porque de otra manera era excusado, porque por otras dos partes, que todo lo miramos, más de una legua de allí alrededor estaba otra muy mala entrada, y peor de ganar que adonde estábamos, por causa que era una bajada tan agra, que a manera de decir era entrar en los abismos. Volvamos a nuestros mamparos y mantas, que con ellas les estábamos deshaciendo sus fortalezas, y nos echaban de arriba mucha pez y resina ardiendo, y agua y sangre toda revuelta, y muy caliente, y otras veces lumbre y rescoldo, y nos hacían mala obra: y luego tras esto mucha multitud de piedras y muy grandes que nos desbarataron nuestros ingenios, que nos hubimos de retirar y tornarlos a adobar, y luego volvimos sobre ellos, y cuando vieron que les hacíamos mayores portillos, se ponen cuatro papas, y otras personas principales sobre una de sus almenas, y vienen cubiertos con sus pavesinas y otros talabardones de madera, y dicen: pues que deseáis y queréis oro, entrad dentro, que aquí tenemos mucho, y nos echaron desde las almenas siete diademas de oro fino, y muchas cuentas vaciadizas, y otras joyas como caracoles y anades, todo de oro, y tras ello, mucha flecha, y vara, y piedra: y ya les teníamos hechas



dos grandes entradas, y como era ya noche, y en aquel instante comenzó a llover, dejamos el combate para otro día, y allí dormimos aquella noche con buen recaudo, y mandó el Capitán a ciertos de a caballo que estaban en tierra llana que no se quitasen de sus puestos, y tuviesen los caballos ensillados y enfrenados. Volvamos a los Chamultecas, que toda la noche estuvieron tañendo atabales y trompetillas, y dando voces y gritos, y decían que otro día nos habían de matar, que así se lo había prometido su ídolo: y cuando amainó volvimos con nuestros ingenios y mantas a hacer mayores entradas, y los contrarios con grande ánimo defendiendo su fortaleza, y aun hirieron este día a cinco de los nuestros, y a mí me dieron un buen bote de lanza, que me pasaron las armas, y si no fuera por el mucho algodón y bien colchadas que eran, me mataran, porque con ser buenas las pasaron, y echaron buen pelote de algodón fuera, y me dieron una chica herida: y en aquella sazón era más de medio día, y vino muy grande agua, y luego una muy oscura neblina, porque como eran sierras altas, siempre hay neblinas y aguaceros, y nuestro Capitán como llovía mucho se apartó del combate; y como yo era acostumbrado a las guerras pasadas de México, bien entendí que en aquella sazón que vino la neblina no daban los contrarios tantas voces ni gritos como de antes, y veía que estaban arrimados a los aduares y fortalezas, y barbacanas muchas lanzas, y que no las veía menear, sino hasta doscientas de ellas; sospeché lo que fue, que se querían ir, o se iban entonces, y de presto les entramos por un portillo, yo y otro mi compañero, y estaban obra de doscientos guerreros; los cuales arremetieron a nosotros, y nos dan muchos botes de lanza, y si de presto no fuéramos socorridos de unos Indios de Cinacatan, que dieron voces a nuestros soldados que entraron luego con nosotros en su fortaleza, allí perdiéramos las vidas, y como estaban aquellos Chamultecas con sus lanzas, haciendo cara, y vieron el socorro, se van huyendo, porque los demás guerreros ya se habían huido con la neblina, y nuestro Capitán con todos los soldados y amigos entraron dentro, y estaba ya alzado todo el hato, y la gente menuda y mujeres ya se habían ido por el paso muy malo, que he dicho que era muy hondo, y de mala subida y peor bajada, y fuimos en el alcance, y se prendieron muchas mujeres y muchachos y, niños, y sobre treinta hombres, y no se halló despojo en el pueblo, salvo bastimento: y esto hecho nos volvimos con la presa camino de Cinacatan, y fue acordado que asentásemos nuestro Real junto a un río adonde está ahora poblada la Ciudad Real, que por otro nombre llaman Chiapa de los Españoles; y desde allí soltó el Capitán Luis



Marín seis Indios con sus mujeres de los presos de Chamula, para que fuesen a llamar los de Chamula, y se les dijo que no hubiesen miedo, y se les daría todos los prisioneros; y fueron los mensajeros, y otro día vinieron de paz, y llevaron toda su gente, que no quedó ninguna: y después de haber dado la obediencia a su Majestad me depositó aquel pueblo el Capitán Luis Marín, porque desde México se lo había escrito Cortés que me diese una buena cosa de lo que se conquistase; y también porque era yo mucho su amigo del Luis Marín, y porque fue el primer soldado que les entro dentro: y Cortés me envió cédula de Encomienda guardada, y me tributaron más de ocho años: en aquella sazón no estaba poblada la Ciudad Real, que después se pobló, y se dio mi pueblo para la población. Dejemos esto, y digamos como yo pedí a Fr. Juan que les predicase, y él lo hizo de voluntad, y les puso altar y una Cruz, y una Imagen de la Virgen, y se bautizaron luego quince: y decía el Fraile que esperaba en Dios habían de ser aquellos buenos Católicos, y yo me alegraba, porque los quería bien, como a cosa mía. Pero volvamos a nuestra relación, que como ya Chamula estaba de paz, y Guegustitlan que estaba alzado no quisieron venir de paz, aunque les enviamos a llamar; acordó nuestro Capitán que fuésemos a buscarlos a sus pueblos: y digo aquí pueblos, porque entonces eran tres pueblezuelos, y todos puestos en fortalezas; y dejamos allí donde estaban nuestros ranchos los heridos y fardaje, y fuimos con el Capitán los más sueltos y sanos soldados, y los de Cinacatan nos dieron sobre trescientos Indios de guerra que fueron con nosotros: y seria de allí a los pueblos de Guegustitlan obra de cuatro leguas: y como íbamos a sus pueblos hallamos todos los caminos cerrados llenos de maderos y árboles cortados, y muy embarazados, que no podían pasar caballos, y con los amigos que llevábamos los desembarazamos, y quitaron los maderos: y fuimos a un pueblo de los tres, que ya he dicho que era fortaleza, y le hallamos lleno de guerreros, y comenzaron a darnos grita y voces, y a tirar vara y flecha, y tenían lanzas y pavesinas, y espadas de a dos manos de pedernal que cortan como navajas, según y de la manera de los de Chamula: y nuestro Capitán con todos nosotros les íbamos subiendo la fortaleza que era muy más mala y recia de tomar que no la de Chalula; acordaron de irse huyendo, y dejar el pueblo despoblado y sin cosa ninguna de bastimentos: y los Cinacantecas prendieron dos Indios de ellos que luego trajeron al Capitán; los cuales mandó soltar, para que llamasen de paz a todos los más sus vecinos, y aguardamos allí un día que volviesen con la respuesta, y todos vinieron de paz, y trajeron un presente de



oro de poca valía, y plumajes de quetzales, que son unas plumas que se tienen entre ellos en mucho, y nos volvimos a nuestros ranchos: y porque pasaron otras cosas que no hacen a nuestra relacionase dejarán de decir, y diremos cómo cuando hubimos vuelto a los ranchos, pusimos en plática, que sería bien poblar allí adonde estábamos, una villa, según que Cortés nos mandó que poblásemos, y muchos soldados de los que allí estábamos decíamos que era bien, y otros que tenían buenos Indios en lo de Guacacualco eran contrarios: y pusieron por achaque que no teníamos herraje para los caballos, y que éramos pocos, y todos los más heridos, y la tierra muy poblada, y los más pueblos estaban en fortalezas y en grandes sierras, y que no nos podríamos valer ni aprovechar de los caballos, y decían por ahí otras cosas: y lo peor de todo, que el Capitán Luis Marín, y un Diego de Godoy que era Escribano del Rey, persona muy entremetida, no tenían voluntad de poblar, sino volver a nuestros ranchos y villa, y un Alonso de Grado, que ya le he nombrado otras veces en el capítulo pasado, el cual era más bullicioso que hombre de guerra, parece ser traía secretamente una cédula de Encomienda firmada de Cortés, en que le daba la mitad del pueblo de Chiapa, cuando estuviese pacificado: y por virtud de aquella cédula demandó al Capitán Luis Marín que le diese el oro que hubo en Chiapa que dieron los Indios, y otro que se tomó en los templos de los ídolos del mismo Chiapa, que serían mil y quinientos pesos, y Luis Marín decía que aquello era para ayudar a pagar los caballos que habían muerto en la guerra en aquella jornada: y sobre ello, y sobre otras diferencias estaban muy mal el uno con el otro: y tuvieron tantas palabras que el Alonso de Grado como era mal acondicionado se desconcertó en el hablar, y quien se metía en medio y lo revolvía todo, era el Escribano Diego de Godoy. Por manera que Luis Marín los echó presos al uno y al otro, y con grillos y cadenas los tuvo seis o siete días presos, y acordó de enviar a Alonso de Grado a México preso, y al Godoy con ofertas y prometimientos, y buenos intercesores le soltó: y fue peor, que se concertaron luego el Grado y el Godoy de escribir desde allí a Cortés muy en posta, diciendo muchos males de Luis Marín, y aun Alonso de Grado me rogó a mí, que de mi parte escribiese a Cortés, y en la carta le disculpase al Grado, porque le decía el Godoy al Grado, que Cortés en viendo mi carta le daría crédito, y no dijese bien del Marín: y yo escribí lo que me pareció que era verdad, y no culpando al Capitán Marín, y luego envió preso a México al Alonso de Grado, con juramento que le tomó, que se presentaría ante Cortés dentro de ochenta



días, porque desde Cinatan había por la vía y camino que venimos, sobre ciento y noventa leguas hasta México. Dejemos de hablar de todas estas revueltas y embarazos: y ya partido el Alonso de Grado, acordamos de ir a castigar a los de Cinatan, que fueron en matar los dos soldados, cuando me escapé yo y Francisco Martín Vizcaíno de sus manos: y yendo que íbamos caminando para unos pueblos que se dicen Tapelola, y antes de llegar a ellos había unas sierras y pasos tan malos, así de subir, como de bajar, que tuvimos por cosa dificultosa el poder pasar por aquel puerto: y Luis Marín envió a rogar a los Caciques de aquellos pueblos, que los adobasen de manera, que pudiésemos pasar e ir por ellos, y así lo hicieron, y con mucho trabajo pasaron los caballos: y luego fuimos por otros pueblos que se dicen Silo, Suchiapa, y Coyumelapa, y desde allí fuimos a este Panguaxaya: y llegados que fuimos a otros pueblos, que se dicen Tecomayacatal, y Ateapan, que en aquella sazón todo era un pueblo, y estaban juntas casas con casas, y era una población de las grandes que había en aquella provincia, y estaba en mí encomendada por Cortés: y como entonces era mucha población, y con otros pueblos que con ellos se juntaron, salieron de guerra al pasar de un río muy hondo que pasa por el pueblo, e hirieron seis soldados y mataron tres caballos, y estuvimos buen rato peleando con ellos: y al fin pasamos el río, y se huyeron, y ellos mismos pusieron fuego a las casas, y se fueron al monte; estuvimos cinco días curando los heridos, y haciendo entradas donde se tomaron muy buenas Indias, y se les envió a llamar de paz, y que se les daría la gente que habíamos preso, y que se les perdonaría lo de la guerra pasada: y vinieron todos los más Indios, y poblaron su pueblo, y demandaban sus mujeres e hijos, como lo había prometido: y el Escribano; Diego de Godoy aconsejaba al Capitán Luis Marín que no las diese, sino que se echase el hierro del Rey, y que se echaba a los que una vez habían dado la obediencia a su Majestad, y se tornaban a levantar sin causa ninguna: y porque aquellos pueblos salieron de guerra, y nos flecharon, y nos mataron los tres caballos, decía el Godoy que se pagasen los tres caballos con aquellas piezas de Indios que estaban presos: y yo repliqué que no se herrasen, y que no era justo, pues vinieron de paz, y sobre ello yo y el Godoy tuvimos grandes debates y palabras, y aun cuchilladas, que entrambos salimos heridos, hasta que nos despartieron, y nos hicieron amigos; y el Capitán Luis Marín era muy bueno, y no era malicioso, y vio que no era justo hacer mas de lo que le pedí por merced, y mandó que diesen, todas las mujeres, y toda la más gente que estaba presa a los Caciques de



aquellos pueblos, y los dejamos en sus casas muy de paz; y desde allí atravesamos al pueblo de Cimatlan, y a otros pueblos que se dicen Talatupan; y antes de entrar en el pueblo tenían hechas unas saeteras y andamios junto a un monte, y luego estaban unas ciénagas; y así como llegamos nos dan de repente una tan buena rociada de flecha con muy buen concierto y ánimo, e hirieron sobre veinte soldados, y mataron dos caballos, y si de presto no les desbarataremos y deshiciéramos sus cercados y saeteras, mataran e hirieran muchos más, y luego se acogieron a las ciénagas: y estos Indios de estas provincias son grandes flecheros, que pasan con sus flechas y arcos dos dobleces de armas de algodón bien colchadas, que es mucha cosa, y estuvimos en su pueblo dos días, y los enviamos a llamar de paz y no quisieron venir, y como estábamos cansados, y había allí muchas ciénagas que tiemblan, que no pueden entrar en ellas los caballos, ni aun ninguna persona sin que se atolle en ellas, y han de salir arrastrando y a gatas, y aun si salen es maravilla, tanto son de malas. Y por no ser yo más largo sobre este caso, por todos nosotros fue acordado que volviésemos a nuestra villa de Guacacualco, y volvimos por unos pueblos de la Chontalpa, que se dicen Guimango, y Nacaxu, y Xuica, y Teotitan Copilco, y pasamos otros pueblos, y a Ulapa, y el río de Ayagualulco, y al de Tonalá: y luego a la villa de Guacacualco, y del oro que se hubo en Chiapa, y en Chamula sueldo por libra se pagaron los caballos que mataron en las guerras. Dejemos esto, y digamos que como el Alonso de Grado llegó a México delante de Cortés, y cuando supo de la manera que iba, le dijo muy enojado: ¿cómo señor Alonso de Grado, que no podéis caber, ni en una parte, ni en otra? Lo que os ruego es, que mudéis esa mala condición, sino en verdad que os enviaré a la isla de Cuba, aunque sepa daros tres mil pesos con que allá viváis, porque ya no os puedo sufrir: y el Alonso de Grado se le humilló de manera, que tornó a estar bien con el Cortés y el Luis Marín y Fr. Juan escribieron a Cortés todo lo acaecido. Y dejarlo he aquí, y diré lo que pasó en la Corte sobre el Obispo de Burgos y Arzobispo de Rosano.



CAPÍTULO CLXVII.

Cómo estando en Castilla nuestros Procuradores recusaron al Obispo de Burgos, y lo que más pasó.

Ya he dicho en los capítulos pasados que Don Juan Rodríguez de Fonseca, Obispo de Burgos y Arzobispo de Rosano, que así se nombraba, hacía mucho por las cosas de Diego Velázquez, y era contrario de las de Cortés y a todas las nuestras: y quiso nuestro Señor Jesucristo, que en el año de mil y quinientos y veinte y uno fue elegido en Roma por Sumo Pontífice nuestro muy santo Padre el Papa Adriano de Lobayna, y en aquella sazón estaba en Castilla por Gobernador de ella, y residía en la ciudad de Vitoria, y nuestros Procuradores fueron a besar sus santos pies, y un gran señor Alemán, que era de la Cámara de su Majestad, que se decía Mosiur de Lasoa, le vino a dar el parabién del Pontificado por parte del Emperador nuestro Señor a su Santidad, y el Mosiur de Laso tenía noticia de los heroicos hechos y grandes hazañas que Cortés y todos nosotros habíamos hecho en la conquista de esta Nueva España, y los grandes, muchos, buenos y notables servicios que siempre hacíamos a su Majestad, y de la conversión de tantos millares de Indios que se convertían a nuestra santa Fe: y parece ser aquel caballero Alemán suplico al santo Padre Adriano, que fuese servido entender muy de hecho en las cosas entre Cortés y el Obispo de Burgos, y su Santidad lo tomo también muy a pechos; porque allende de las quejas que nuestros Procuradores propusieron ante nuestro santo Padre, le habían ido otras muchas personas de calidad a quejarse del mismo Obispo, de muchos agravios y sinjusticias que decían que hacía: porque como su Majestad estaba en Flandes, y el Obispo era Presidente de Indias, todo se lo mandaba, y era malquisto: y según entendimos, nuestros Procuradores hallaron calor para osar recusarle. Por manera que se juntaron en la Corte Francisco de Montejo, y Diego de Ordás, y el Licenciado Francisco Núñez primo de Cortés, y Martín Cortés padre del mismo Cortés: y con favor de otros caballeros y grandes señores que les favorecieron, y uno de ellos y el que más metió la mano fue el Duque de Béjar, y con estos favores le recusaron con gran osadía y atrevimiento al Obispo ya por mí dicho, y las causas que dieron muy bien probadas. Lo primero fue, que el Diego Velázquez dio al Obispo un muy buen pueblo en la isla de Cuba, y que con los Indios del pueblo le sacaban oro de las minas, y se lo enviaba a Castilla: y que a su Majestad no le dio



ningún pueblo siendo más obligado a ello, que al Obispo. Y lo otro, que en el año de mil y quinientos y diez y siete años, que nos juntamos ciento y diez soldados; con un Capitán que se decía Francisco Hernández de Córdoba, y que a nuestra costa compramos navíos y matalotaje, y todo lo demás, y salimos a descubrir la Nueva España: y que el Obispo de Burgos hizo relación a su Majestad que Diego Velázquez la descubrió, y no fue así. Y lo otro, que envió el mismo Diego Velázquez a lo que habíamos descubierto, a un sobrino suyo, que se decía Juan de Grijalva, y que descubrió más adelante: y que hubo en aquella jornada sobre veinte mil pesos de oro de rescate, y que todo lo más envió el Diego Velázquez al mismo Obispo, y que no dio parte de ello a su Majestad: y que cuando vino Cortés a conquistar la Nueva España, que envió un presente a su Majestad, que fue la Luna de oro y el Sol de plata, y mucho oro en grano sacado de las minas, y gran cantidad de joyas, y tejuelos de oro de diversas maneras, y escribimos a su Majestad el Cortés y todos nosotros sus soldados, dándole cuenta y razón de lo que pasaba, y envió con ello a Francisco de Montejo, y a otro caballero que se decía Alonso Hernández Puertocarrero, primo del Conde de Medellín, que no los quiso oír, y les tomó todo el presente de oro que iba para su Majestad, y les trató mal de palabras, llamándolos de traidores, y que venían a procurar por otro traidor: y que las cartas que venían para su Majestad las encubrió, y escribió otras muy al contrario de ellas, diciendo que su amigo Diego Velázquez enviaba aquel presente, y que no le envió todo lo que traían, que el obispo se quedó con la mitad y mayor parte de ello: y porque el Alonso Hernández Puertocarrero, que era uno de los dos Procuradores que enviaba Cortés, le suplicó al Obispo que le diese licencia para ir a Flandes donde estaba su Majestad, le mandó echar preso, y que murió en las cárceles: y que envió a mandar en la casa de la Contratación de Sevilla al Contador Pedro de Isaga y Juan López de Recalde, que estaban en ella por oficiales de su Majestad, que no diesen ayuda ninguna para Cortés; así de soldados, como de armas, ni otra cosa, y que proveía los oficiales y cargos sin consultarlo con su Majestad a hombres que no lo merecían, ni tenían habilidad ni saber para mandar, como fue al Cristóbal de Tapia: y que por casar a su sobrina Doña Petronila de Fonseca con Tapia, o con el Diego Velázquez, le prometió la gobernación de la Nueva España: y que aprobaba por buenas las falsas relaciones y procesos que hacían los Procuradores de Diego Velázquez; los cuales eran Andrés de Duero y Manuel de Rojas, y el Padre Benito Martín, y aquellas enviaba a su Majestad



por buenas, y las de Cortés y de todos los que estábamos sirviendo a su Majestad, siendo muy verdaderas, encubría y torcía y las condenaba por malas; y le pusieron otros muchos cargos, y todo muy bien probado, que no se pudo encubrir cosa ninguna, por más que alegaban por su parte: y luego que esto fue hecho y sacado en limpio fue llevado a Zaragoza, a donde su Santidad estaba en aquella sazón que se recusó, y como vio los despachos y causas que se dieron en la recusación, y que las partes del Diego Velázquez, por más que alegaban que había gastado en navíos y costas, fueron rechazados sus dichos, que pues no acudió a nuestro Rey y Señor, sino solamente al Obispo de Burgos su amigo, y Cortés hizo lo que era obligado como leal servidor; mandó su Santidad, como Gobernador que era de Castilla, además de ser Papa, al Obispo de Burgos, que luego dejase el cargo de entender en las cosas y pleitos de Cortés, y que no entendiese en cosa ninguna de las Indias, y declaró por Gobernador de esta Nueva España a Hernando Cortés, y que si algo había gastado Diego Velázquez que se lo pagásemos: y aun envió a la Nueva España Bulas con muchas Indulgencias para los Hospitales e Iglesias, y escribió una carta encomendando a Cortés, y a todos nosotros los conquistadores que estábamos en su compañía, que siempre tuviésemos mucha diligencia en la santa conversión de los naturales, y fuese de manera que no hubiese muertes, ni robos, sino con paz, y cuanto mejor se pudiese hacer, y que les vedásemos y quitásemos sacrificios y sodomías, y otras torpedades: y decía en la carta, que además del gran servicio que hacíamos a Dios nuestro Señor, y a su Majestad, que su Santidad como nuestro Padre y Pastor tenía cargo de rogar a Dios por nuestras animas, pues tanto bien por nuestra mano ha venido a toda la Cristiandad: y aun nos envió otras santas Bulas para nuestras absoluciones. Y viendo nuestros Procuradores lo que mandaba el Santo Padre así como Pontífice y Gobernador de Castilla, enviaron luego correos muy en posta adonde su Majestad estaba, que ya había venido de Flandes, y estaba en Castilla, y aun llevaron cartas de su Santidad para nuestro Monarca: y después de muy bien informado de lo de atrás por mí dicho, confirmó lo que el Sumo Pontífice mandó, y declaró por Gobernador de la Nueva España a Cortés, y a lo que el Diego Velázquez gastó de su hacienda en la armada, que te le pagase, y aun le mandó quitar la gobernación de la isla de Cuba, por cuanto había enviado el armada con Pánfilo de Narváez sin licencia de su Majestad, no embargante que la Real Audiencia y los Frailes Jerónimos que residían en la isla de Santo Domingo por Gobernadores, se lo



habían defendido; y aun sobre quitárselo enviaron a un Oidor de la misma Real Audiencia, que se decía Lucas Vázquez de Aillón, para que no consintiese ir la tal armada, y en lugar de obedecerle le echaron preso, y le enviaron con prisiones en un navío. Dejemos de hablar de esto, y digamos que como el Obispo de Burgos supo lo por mí atrás dicho, y lo que su Santidad y su Majestad mandaban, y se lo fueron a notificar, fue muy grande el enojo que tomó, de que cayó muy malo, y se salió de la Corte y se fue a Toro, donde tenía su asiento y casas, y por mucho que metió la mano su hermano Don Antonio de Fonseca Señor de Coca y Alaejos en favorecerle, no lo pudo volver en el mando que de antes tenía. Y dejemos de hablar de esto, y digamos que a gran bonanza que en favor de Cortés hubo se siguió contrariedad, que le vinieron otros grandes contrastes de acusaciones que le ponían por Pánfilo de Narváez y Cristóbal de Tapia, y por el Piloto Cárdenas, que he dicho en el capítulo que sobre ello habla, que cayó malo de pensamiento, como no le dieron la parte del oro de lo primero que se envió a Castilla: y también le acusó un Gonzalo de Umbría Piloto, a quien Cortés mandó cortar los pies, porque se alzaba con un navío con Cermeño y Pedro Escudero, que mandó ahorcar Cortés.



CAPÍTULO CLXVIII.

Cómo fueron ante su Majestad Pánfilo de Narváez y Cristóbal de Tapia, y un Piloto que se decía Gonzalo de Umbría, y otro soldado que se llamaba Cárdenas, con favor del Obispo de Burgos, aunque no tenía cargo de entender en cosas de Indias, que ya le habían quitado el cargo, y se estaba en Toro: todos los por mí referidos dieron ante su Majestad muchas quejas de Cortés, y lo que sobre ello se hizo.

Ya he dicho en el capítulo pasado, como su Santidad vio y entendió los grandes servicios que Cortés y todos nosotros los conquistadores que en su compañía militábamos habíamos hecho a Dios nuestro Señor, y a su Majestad, y a toda la Cristiandad: y de como se le hizo merced a Cortés de hacerle Gobernador de la Nueva España, y las Bulas e Indulgencias que envió para las Iglesias y Hospitales, y las santas absoluciones para todos nosotros: y visto por su Majestad lo que el Santo Padre mandaba, después de bien informado de toda la verdad, lo confirmó con otros Reales mandos: y en aquella sazón se quitó el cargo de Presidente de Indias al Obispo de Burgos, y se fue a vivir a la ciudad de Toro; y en este instante llegó a Castilla Pánfilo de Narváez; el cual había sido Capitán de la armada que envió Diego Velázquez contra nosotros: y también en aquel tiempo llegó Cristóbal de Tapia, el que había enviado el mismo Obispo a tomar la Gobernación de la Nueva España, y llevaron en su compañía a un Gonzalo de Umbría Piloto, y a otro soldado, que se decía Cárdenas, y todos juntos se fueron a Toro a demandar favor al Obispo de Burgos, para irse a quejar de Cortés delante de su Majestad, porque ya su Majestad había venido de Flandes, y el Obispo no deseaba otra cosa, sino que hubiese quejas de Cortés y de nosotros; y tales favores y promesas les dio el Obispo, que se juntaron los Procuradores del Diego Velázquez que estaban en la Corte, que se decían Bernardino Velázquez, que ya le había enviado desde Cuba, para que procurase por él, y Benito Martín, y Manuel de Rojas, y fueron todos juntos delante del Emperador nuestro Señor, y se quejaron reciamente de Cortés: y los capítulos que contra él pusieron, fue que Diego Velázquez envió a descubrir y poblar la Nueva España tres veces, y que gastó gran suma de pesos de oro en navíos y armas, y matalotaje, y en cosas que dio a los soldados: y que envió con la armada a Hernando Cortés por Capitán, y se alzó con ella, y que no le acudió con ninguna cosa. También le acusaron, que no embargante todo esto, que envió el Diego Velázquez a Pánfilo de



Narváez por Capitán de más de mil y trescientos soldados, con diez y ocho navíos, y muchos caballos, y escopeteros, y ballesteros, y con cartas y provisiones de su Majestad, y firmadas de su Presidente de Indias, que era el Obispo de Burgos y Arzobispo de Rosano, para que le dieran la Gobernación de la Nueva España, y no lo quiso obedecer; antes le dio guerra y desbarató, y mató su Alférez y sus Capitanes, y le quebró un ojo, y que le quemó cuanta hacienda tenía, y le prendió al mismo Narváez, y a otros Capitanes que tenía en su compañía, Y que no embargante este desbarate, que proveyó el mismo Obispo de Burgos para que fuese el Cristóbal de Tapia, que presente estaba, como fue a tomar la gobernación de aquellas tierras en nombre de su Majestad, y que no lo quiso obedecer, y que por fuerza le hizo volver a embarcar: y le acusaban que había demandado a los Indios de todas las ciudades de la Nueva España mucho oro en nombre de su Majestad, y se lo tomaba y encubría, y lo tenía en su poder: le acusaban que a pesar de todos sus soldados llevó quinto como Rey de todas las partes que se habían habido en México: le acusaban que mandó quemar los pies a Guatemuz, y a otros Caciques, porque diesen oro: le acusaron que no dio, ni acudió con las partes del oro a los soldados, y que todo lo resumió en sí: le acusaban los palacios que hizo y casas muy fuertes, y que eran tan grandes como una gran aldea, y que hacía servir en ellas a todas las ciudades de la redonda de México, y que les hacía traer grandes cipreses y piedra desde lejanas tierras, y que había dado ponzoña a Francisco de Garay, por tomarle su gente y armada: y le pusieron otras muchas cosas y acusaciones, y tantas que su Majestad estaba enojado de oír tantas sinjusticias como del Cortés decían, creyendo que era verdad. Y además de esto, como el Narváez hablaba muy entonado, dijo estas palabras que oirán: y porque V. M. sepa cual andaba la cosa, la noche que me prendieron y desbarataron, que teniendo vuestras Reales provisiones en el seno, que las saque de prisa, y mi ojo quebrado, porque no me quemasen, porque ardía en aquella sazón el aposento en que estaba, me las tomó por fuerza del seno un Capitán de Cortés, que se dice Alonso de Ávila, y es el que ahora está preso en Francia, y no me las quiso dar, y publicó, que no eran provisiones, sino obligaciones que venía a cobrar. Entonces dice que se rió el Emperador, y la respuesta que dio fue, que en todo mandaría hacer justicia: y luego mandó juntar ciertos caballeros de sus Reales Consejos, y de su Real Cámara, personas de quien su Majestad tuvo confianza que harían recta justicia, que se decían Mercurio Catirinario gran Canciller Italiano, y Mosiur de Lasao, y el Doctor de



la Rocha Flamencos, y Hernando de Vega Señor de Grajales, y Comendador mayor de Castilla, y el Doctor Lorenzo Galíndez de Caravajal, y el Licenciado Vargas, Tesorero general de Castilla y desde que a su Majestad le dijeron que estaban juntos, les mandó que mirasen muy justificadamente los pleitos y debates entre Cortés y Diego Velázquez, y aquellos querellosos, y que en todo hiciesen justicia, no teniendo afición a las personas, ni favoreciesen a ninguno de ellos, excepto a la justicia: y luego visto por aquellos caballeros el Real mando, acordaron de juntarse en unas casas y palacios donde posaba el gran Canciller, y mandaron parecer al Narváez, y al Cristóbal de Tapia, y al piloto Umbría, y a Cárdenas, y a Manuel de Rojas, y a Benito Martín, y a un Velázquez, que estos eran Procuradores del Diego Velázquez; y asimismo parecieron por la parte de Cortés su padre Martín Cortés, y el Licenciado Francisco Núñez, y Francisco de Montejo, y Diego de Ordás, y mandaron a los Procuradores del Diego Velázquez, que propusiesen todas las quejas, y demandas, y capítulos contra Cortés, y dan las mismas quejas que dieron ante su Majestad. A esto respondieron por Cortés sus Procuradores, que a lo que decían que había enviado el Diego Velázquez a descubrir la Nueva España de los primeros, y gastó muchos pesos de oro, que no fue así como dicen, que los que lo descubrieron fue un Francisco Hernández de Córdoba con ciento y diez soldados a su costa, y que antes el Diego Velázquez es digno de gran pena, porque mandaba a Francisco Hernández, y a los compañeros que lo descubrieron, que fuesen a la isla de los Guanajes a cautivar Indios por fuerza para servirse de ellos, como esclavos: y de esto mostraron probanzas, y no hubo contradicción en ello. Y también dijeron, que si el Diego Velázquez volvió a enviar a su parente Grijalva con otra armada, que no le mandó el Diego Velázquez poblar, sino rescatar, y que todo lo más que se gastó en la armada pusieron los Capitanes que fueron en los navíos, y no Diego Velázquez, y que uno de ellos era el mismo Francisco de Montejo, que allí estaba presente, y los demás fueron Pedro de Alvarado y Alonso de Ávila, y que rescataron veinte mil pesos, y que se quedó con todo lo más de ellos el Diego Velázquez, y lo envió al Obispo de Burgos para que le favoreciese, y que no dio parte de ello a su Majestad, sino lo que quiso, y que además de aquello le dio Indios al mismo Obispo en la isla de Cuba, que le sacaban oro: y que a su Majestad no le dio ningún pueblo, siendo más obligado a ello, que no al Obispo; de lo cual hubo buena probanza, y no hubo contradicción en ello. También dijeron que si envió a Hernando Cortés con otra armada, que fue elegido primeramente



por gracia de Dios, y en ventura del mismo Emperador nuestro César y Señor, y que tienen por cierto, que si otro Capitán enviaran, que le desbarataran, según la multitud de guerreros que contra él se juntaban; y que cuando le envió el Diego Velázquez, no le enviaba a poblar, sino a rescatar, de lo cual hubo probanzas de ello, y que si se quedó a poblar, fue por los requerimientos que los compañeros le hicieron, y que viendo que era servicio de Dios y de su Majestad, pobló, y fue cosa muy acertada, y que de ello se hizo relación a su Majestad, y se le envió todo el oro que pudo haber, y que se le escribió sobre ello dos cartas, haciéndole saber todo lo sobredicho; y que para obedecer sus Reales mandos, estaba Cortés con todos sus compañeros los pechos por tierra: y se le hizo relación de todas las cosas que el Obispo de Burgos hacía por el Diego Velázquez, y que enviamos nuestros Procuradores con el oro, y cartas, y que el Obispo encubría nuestros muchos servicios, y que no enviaba a su Majestad nuestras cartas, sino otras de la manera que él quería, y que el oro que enviamos que se quedaba con todo lo más de ello, y que torcía todas las cosas que convenían que su Majestad fuera sabedor de ellas, y que en cosa ninguna le decía verdaderamente lo que era obligado a nuestro Rey y señor, y que porque nuestros Procuradores querían ir a Flandes delante de su Real persona, echó preso a uno de ellos, que se decía Alonso Hernández Puertocarrero, primo del Conde de Medellín, y que murió en la cárcel, y que mandaba el mismo Obispo a los oficiales de la casa de la Contratación de Sevilla, que no diesen ayuda ninguna a Cortés, así de armas como de soldados, sino que en todo le contradijesen, y que a boca llena nos llamaban de traidores, y que todo esto hacía el Obispo, porque tenía tratado casamiento con el Diego Velázquez, o con el Tapia, de casar una sobrina, que se decía Doña Petronila de Fonseca, y le había prometido que le haría Gobernador de México; y para todo esto que he dicho mostraron traslados de las cartas que hubimos escrito a su Majestad, y otras grandes probanzas: y la parte de Diego Velázquez no contradijo en cosa ninguna, porque no había en qué. Y que a lo que decían de Pánfilo de Narváez, que envió el Diego Velázquez con diez y ocho navíos, y mil y trescientos soldados, y cien caballos, y ochenta escopeteros, y otros tantos ballesteros, y había hecho mucha costa: a esto respondieron que el Diego Velázquez es digno de pena de muerte, por haber enviado aquella armada sin licencia de su Majestad, y que cuando enviaba sus Procuradores a Castilla, en nada ocurría a nuestro Rey y Señor, como era obligado, sino solamente al Obispo de Burgos, y que la Real Audiencia de Santo Domingo, y los



Frailes Jerónimos que estaban por Gobernadores, le enviaron a mandar al Diego Velázquez a la isla de Cuba, so graves penas, que no enviase aquella armada hasta que su Majestad fuese, sabedor de ello, y que con su Real licencia le enviase, porque hacer otra cosa, era grande de servicio de Dios, y de su Majestad, poner cizañas en la Nueva España en el tiempo que Cortés, y sus compañeros estábamos en las conquistas, y conversión de tantos cuentos de los naturales que se convertían a nuestra santa Fe Católica, y que para detener la armada le enviaron a un Oidor de la misma Audiencia Real, que se decía, el Licenciado Lucas Vázquez, de Aillón, y en lugar de obedecerle, y los Reales mandos que llevaba, le echaron preso, y sin ningún acato le enviaron en un navío: y que pues que Narváez estaba delante, que fue el que hizo aquel tan desacatado delito, por tocar en crimen *laese Majestatis*, es digno de muerte, que suplicaban a aquellos caballeros por mí nombrados, que estaban por jueces, que le mandasen castigar, y respondieron que harían justicia sobre ello. Volvamos a decir en los descargos que daban de ponzoña que le dieron en él: a esto respondieron que no era así, porque no tenía necesidad de los soldados que el Garay traía para hacerles amotinar, sino que como el Garay no era hombre para la guerra, no se daba maña con los soldados, y cómo no toparon con la tierra cuando desembarcó, sino grandes ríos, y malas ciénagas y mosquitos, y murciélagos, y los que traía en su compañía tuvieron noticia de la gran prosperidad de México, y las riquezas y la buena fama de la liberalidad de Cortés, que por esta causa se le iban a México, y que por los pueblos de aquellas provincias andaban a robar sus soldados a los naturales, y les tomaban sus hijas y mujeres, y que se levantaron contra ellos, y le mataron los soldados que dicen, y que los navíos que no los tomó, sino que dieron al través: y si envió sus Capitanes Cortés fue para que hablasen al Garay, ofreciéndoseles por Cortés, y también para ver las Reales provisiones, si eran contrarias de las que antes tenía Cortés; y que viéndose el Garay desbaratado de sus soldados, y navíos dados al través, que se vino a socorrer a México, y Cortés le mandó hacer mucha honra por los caminos y banquetes en Tezcuco, y cuando entró en México le salió a recibir y le aposentó en sus casas, y habían tratado casamiento de los hijos, y que le quería dar favor y ayudar, para poblar el río de Palmas, y que si cayó malo, que Dios fue servido de llevarle de este mundo, ¿qué culpa tiene Cortés para ello? Y que se le hicieron muchas honras al enterramiento, y se pusieron lutos, y que los Médicos que lo curaban, juraron que era dolor de costado, y que esta es



la verdad, y no hubo otra contradicción. Y a lo que decían que llevaba quinto como Rey, respondieron, que cuando lo hicieron Capitán general, y Justicia mayor, hasta que su Majestad mandase en ello otra cosa, le prometieron los soldados que le darían quinto de las partes, después de sacado el Real quinto, y que lo tomó por causa que después gastaba cuanto tenía en servicio de su Majestad, como fue en lo de la provincia de Panuco, que pagó de su hacienda sobré 600 pesos de oro, y envió en presentes a su Majestad mucho oro, de lo que le había cabido del quinto, y mostraron probanzas de todo lo que decían, y no hubo contradicción por los Procuradores del Diego Velázquez. Y a lo que decían que a los soldados les había tomado Cortés sus partes del oro que les cabía, dijeron que les dieron conforme a la cuenta del oro, que se halló en la toma de México, porque se halló muy poco, que todo lo habían robado los Indios de Tlascala y Tezcuco, y los demás guerreros que se hallaron en las batallas y guerras, y no hubo contradicción sobre ello. Y a lo que dijeron que Cortés había mandado quemar los pies con aceite a Guatemuz, y a otros Caciques porque diesen oro: a esto respondieron, que los oficiales de su Majestad se los quemaron contra la voluntad de Cortés, porque descubriesen el tesoro de Moctezuma; y para esto dieron información bastante. Y a lo que le acusaba que había labrado muy grandes casas; y había en ellas una villa, y que hacia traer los árboles y cipreses, y piedras de lejanas tierras: a esto respondieron que las casas es verdad que son muy suntuosas y que para servir con ellas, y cuanto tiene Cortés a su Majestad, las hizo fabricar en su Real, nombre, y que los árboles y cipreses que están junto a la ciudad, y que los traían por agua, y que piedra que había tanta de los adoratorios que deshicieron de los ídolos, que no había menester traerla de fuera, y que para labrar no hubo menester más de mandar al gran Cacique Guatemuz que las labrase con los Indios oficiales, que hay muchos de hacer casas, y carpinteros, y que el Guatemuz llamó de todos sus pueblos para ello, y que así se usaba entre los Indios hacer las casas y palacios de los señores. Y a lo que se quejaba Narváez, que le sacó Alonso de Ávila las provisiones Reales por fuerza, y no se las quiso dar, y publicó que eran obligaciones que le debían al Narváez de ciertos caballos y yeguas que había vendido, que venía a cobrar, y que fue por mandado de Cortés: a esto respondieron que no vieron provisiones, sino solamente tres obligaciones que le debían al Narváez de caballos y yeguas que había vendido fiadas, y que Cortés nunca tales provisiones vio, ni le mandó toman. Y lo que se quejaba el piloto Umbría, que Cortés le mandó cortar y deszocar los



pies sin causa ninguna: a esto respondieron que por justicia y sentencia que sobre ello hubo se le cortaron, porque se quería alzar con un navío, y dejar en la guerra a su Capitán, y venirse a Cuba él, y otros dos hombres que Cortés mandó ahorcar por justicia. Y a lo que el Cárdenas demandaba, que no le habían dado parte del primer oro, que se envió a su Majestad: dijeron, que él firmó con otros muchos que no quería parte de ello, sino que se enviasen a su Majestad, y que allende de esto le dio Cortés trescientos pesos, para que trajese a su mujer y hijos, y que el Cárdenas no era hombre para la guerra, y que era mentecato y de poca calidad, y que con los trescientos pesos estaba muy bien pagado. Y a la postre respondieron, que si fue Cortés contra el Narváez, y le desbarató y quebró el ojo, y le prendieron a él y a sus Capitanes, y se le quemó su aposento, que el Narváez fue causa de ello por lo que dicho y alegado tienen, y por castigarle el gran desacato que tuvo de prender a un Oidor de su Majestad, y que como la justicia era por la parte de Cortés y sus compañeros, que en aquella batalla hubo con Narváez, fue nuestro Señor servido dar victoria a Cortés, que con doscientos sesenta y seis soldados, sin caballos, y sin arcabuces ni ballestas, desbarató con buena maña y con dádivas de oro al Narváez, y le quebró el ojo, y prendió a él y sus Capitanes siendo contra Cortés mil y trescientos soldados, y entre ellos ciento de a caballo, y otros tantos escopeteros y ballesteros, y que si Narváez quedara por Capitán, la Nueva España se perdiera. Y a lo que decían del Cristóbal de Tapia que venía para tomar la gobernación de la Nueva España con provisiones de su Majestad, y que no le quisieron obedecer: A esto responden, que el Cristóbal de Tapia que delante estaba, fue contento de vender unos caballos y negros, qué si él fuera a México a donde Cortés estaba, y le mostrara sus recaudos obedeciera: más que viendo todos los Caballeros y Cabildos de todas las ciudades y villas que convenía que Cortés gobernase en aquella sazón, porque vieron que el Tapia no era capaz para ello, que suplicaron de las Reales provisiones para ante su Majestad, según parecerá de los autos que sobre ello pasaron. Y cuando hubieron acabado de poner por la parte del Diego Velázquez, y del Narváez sus demandas, y aquellos caballeros que estaban por jueces, vieron las respuestas, y lo que por la parte de Cortés fue alegado, y todo probado, y sobre ello habían estado embarazados cinco días en oír a los unos y a los otros, acordaron de ponerlo todo en la consulta con su Majestad: y después de muy acordado por todos en ella, lo que fue sentenciado es esto. Lo primero, que dieron por muy bueno y leal servidor de su



Majestad a Cortés, y a todos nosotros los verdaderos Conquistadores que con él pasamos, y tuvieron en mucha nuestra gran felicidad, y loaron y ensalzaron en gran manera las grandes batallas y osadía que contra los Indios tuvimos, y no se olvidó de decir, como siendo nosotros tan pocos desbaratamos al Narváez; y luego mandaron poner silencio al Diego Velázquez acerca del pleito de la gobernación de la Nueva España, y que si algo había gastado en las armadas, que por justicia lo pidiese a Cortés, y luego declararon por sentencia, que Cortés fuese Gobernador de la Nueva España, según lo mandó el Sumo Pontífice, y que daban en nombre de su Majestad los repartimientos por buenos, que Cortés había hecho, y le dieron poder para repartir la tierra desde allí adelante, y por bueno todo lo que había hecho; porque claramente era servicio de Dios y de su Majestad. En lo de Garay, ni en otras cosas de las acusaciones que le ponían, que pues no daban informaciones tocantes acerca de ello, que lo reservaban para el tiempo andando, y le enviarían a tomar residencia: y en lo que Narváez pedía, que le tomaron sus provisiones del seno, y que fue Alonso de Ávila, que estaba en aquella sazón preso en Francia, que le prendió Juan Florín Francés, gran corsario, cuando robo la recámara que llamábamos de Moctezuma, dijeron aquellos caballeros, que lo fuese a pedir a Francia, y que le citasen pareciese en la Corte de su Majestad, para ver lo que sobre ello respondía: y a los dos pilotos Umbría y Cárdenas les mandaron dar cédulas Reales para que en la Nueva España les den Indios que renten a cada uno mil pesos de oro. Y mandaron que todos los Conquistadores fuésemos antepuestos, y nos diesen buenas Encomiendas de Indios, y que nos pudiésemos sentar en los más preeminentes lugares, así en las santas Iglesias, como en otras partes. Pues ya dada y pronunciada esta sentencia por aquellos caballeros, que su Majestad puso por Jueces, la llevaron a firmar a Valladolid, donde su Majestad estaba, porque en aquel tiempo pasó de Flandes, y en aquella sazón mandó pasar allí toda su Real Corte y Consejo, y la firmó su Majestad; y dio otras sus Reales provisiones para echar los tornadizos de la Nueva España, porque no hubiese contradicción en la conversión de los naturales. Y asimismo mandó que no hubiese Letrados por ciertos años, porque doquiera que estaban, revolvían pleitos y debates, y cizañas: y se dieron todos estos recaudos firmados de su Majestad, y señalados de aquellos caballeros que fueron Jueces, y de Don García de Padilla, en la misma villa de Valladolid a diez y siete de Mayo de mil y quinientos y tantos años, y venían refrendadas del Secretario Don



Francisco de los Cobos, que después fue Comendador mayor de León: y entonces escribió su Majestad Cesárea a Cortés, y a todos los que con él pasamos, agradeciéndonos los muchos y buenos, y notables servicios que le hacíamos: y también en aquella sazón el Rey Don Hernando de Hungría, Rey de Romanos, que así se nombraba, hermano del Emperador que ahora es, escribió otra carta en respuesta de la que Cortés le había escrito, y enviado presentadas muchas joyas de oro: y lo que decía el Rey de Hungría en la carta que escribió a Cortés, era, que ya tenía noticia de los muchos y grandes servicios que había hecho a Dios primeramente, y a su Señor y hermano el Emperador, y a toda la Cristiandad, y que en todo lo que se le ofreciese, que se lo haga saber, porque sea intercesor en ello con su Señor y hermano el Emperador, porque de mucho más era merecedora su generosa persona, y que diese sus encomiendas a los fuertes soldados que le ayudaron, y decía otras palabras de ofrecimientos: y se me acuerda que en la firma decía, Yo el Rey, e Infante de Castilla, y refrendada de su Secretario, que se decía fulano de Castillejo: y esta carta yo la leí dos o tres veces en México, porque Cortés me la mostró, para que viese en cuán grande estima éramos tenidos los verdaderos Conquistadores de su Majestad. Pues como todos estos despachos tuvieron nuestros Procuradores, luego enviaron con ellos por la posta a un Rodrigo de Paz, primo de Cortés, y deudo del Licenciado Francisco Núñez, y también vino con ellos un hidalgo, de Extremadura, pariente del mismo Cortés, que se decía Francisco de las Casas, y trajeron un navío buen velero, y vinieron camino de la isla de Cuba, y en Santiago de Cuba, donde Diego Velázquez estaba por Gobernador, se le notificaron las Reales provisiones y sentencias para que se dejase del pleito de Cortés, y le demandase los gastos que había hecho; la cual notificación se hizo con trompetas: y el Diego Velázquez, de pesar cayó malo, y de ahí a pocos meses murió muy pobre y descontento y por no volver yo otra vez a recitarlo que en Castilla negoció el Francisco de Montejo, y el Diego de Ordás, lo diré ahora, y fue así, que al Francisco de Montejo su Majestad le hizo merced de la gobernación y adelantamiento de Yucatán y Cozumel, y trajo Don y Señoría, y al Diego de Ordás su Majestad le confirmó los Indios que tenía en la Nueva España, y le dio una Encomienda de Señor Santiago, y el Volcán que estaba cabe Guaxocingo por armas, y con ello se vinieron a la Nueva España, y de ahí a dos o tres años el mismo Ordás volvió a Castilla, y demandó la conquista del Marañón, donde se perdió él y su hacienda. Dejemos de esto, y digamos como el Obispo de Burgos, que



en aquella sazón supo los grandes favores que su Majestad hizo a Cortés, y a todos nosotros los Conquistadores: y como muy claramente aquellos caballeros que fueron Jueces, habían alcanzado a saber los tratos que entre él, y Diego Velázquez había, y cómo tomaba el oro que enviábamos a su Majestad, y encubría y torcía nuestros muchos servicios, y aprobaba por buenos los de su amigo Diego Velázquez, si muy triste y pensativo estaba de antes, ahora de esta vez cayó malo de ello, y de otros enojos que tuvo con un caballero su sobrino, que se decía Don Alonso de Fonseca, Arzobispo que fue de Santiago, porque pretendía aquel Arzobispado de Santiago el Don Juan Rodríguez de Fonseca. Dejemos de hablar de esto, y digamos cómo el Francisco de las Casas, y el Rodrigo de Paz llegaron a la Nueva España, y entraron en México con las Reales provisiones que de su Majestad traían, para ser Gobernador Cortés, qué alegrías y regocijos se hicieron, y qué de correos fueron por todas las provincias de la Nueva España a demandar albricias a las villas que estaban pobladas: y qué mercedes hizo Cortés al de las Casas, y al Rodrigo de Paz, y a otros que venían en su compañía, que eran de Medellín su tierra de Cortés: y es que al Francisco de las Casas le hizo Capitán, y le dio luego un buen pueblo, que se dice Anguitlan, y al Rodrigo de Paz le dio otros muy buenos y ricos pueblos, y le hizo su Mayordomo mayor, y su Secretario, y mandaba absolutamente al mismo Cortés, y también a los que vinieron de su tierra de Medellín: a todos les dio Indios, y al maestre del navío, en que trajeron la nueva de cómo Cortés era Gobernador, le dio oro con que volvió rico a Castilla. Dejemos ahora esto de recitar las alegrías y albricias que se dieron por las nuevas, y quiero decir lo que me han preguntado algunos curiosos Lectores, y tienen razón de poner plática sobre ello, que cómo pude yo alcanzar a saber lo que pasó en España, así de lo que mandó su Santidad, como de las quejas que dieron de Cortés, y las respuestas que sobre ello propusieron nuestros Procuradores, y la sentencia que sobre ello se dio, y otras muchas particularidades que aquí digo y declaro, estando yo en aquella sazón conquistando en la Nueva España, y sus provincias, no pudiéndolo ver ni oír. Yo les respondí, que no solamente lo alcancé yo a saber, sino que todos los más Conquistadores que lo quisieron ver y leer en cuatro o cinco cartas, y relaciones por sus capítulos declarado, cómo y cuándo, y en qué tiempo acaeció lo por mí dicho; las cuales cartas, y memoriales escribieron de Castilla nuestros Procuradores, porque conociésemos que entendían con mucho calor en nuestros negocios: yo dije en aquel tiempo muchas veces, que



solamente lo que procuraban, según pareció, era por las cosas de Cortés, y las suyas de ellos, y que nosotros los que lo ganábamos, y conquistábamos, y le pusimos en el estado que Cortés estaba, quedamos siempre con un trabajo sobre otro; y roguemos a nuestro Señor Dios nos dé favor y ánimo, y ponga en corazón a nuestro gran César mande que su recta justicia se cumpla, pues que en todo es muy Católico. Pasemos adelante, y digamos en lo que Cortés entendió desde que le vino la gobernación.



CAPÍTULO CLXIX.

De en lo que Cortés entendió después que le vino la gobernación de la Nueva España y cómo y de qué manera repartió los pueblos de Indios, y otras cosas que más pasaron, y, una manera de platicar, que sobre ello se ha declarado entre personas doctas.

Ya que le vino la gobernación de la Nueva España, a Hernando Cortés, paréceme a mí, y a otros Conquistadores de los antiguos de los más experimentados, y maduro consejo, que lo que había de mirar Cortés era, acordarse desde el día que salió de la isla de Cuba, y tener atención a todos los trabajos en que se vio, así cuando en lo de los arenales cuando desembarcamos, que personas fueron en favorecerle, para que fuese Capitán General, y Justicia mayor de la Nueva España: y lo otro, quien fueron los que se hallaron siempre a su lado en todas las guerras, así de Tabasco, y Cingapacinga, y en tres batallas de Tlascala, y en la de Cholula, cuando tenían puestas las ollas con ají, para comernos cocidos: y también quien fueron en favorecer su partido; cuando por seis o siete soldados, que no estaban bien con él, le hacían requerimientos, que se volviese a la Villa Rica, y no fuese a México, poniéndole por delante la gran pujanza de guerreros, y gran fortaleza de la ciudad, y quien fueron los que entraron con él en México, y se hallaron en prender al gran Moctezuma, y luego que vino Pánfilo de Narváez con su armada, qué soldados fueron, los que llevó en su compañía, y le ayudaron a prender y desbaratar al Narváez: y luego quien fueron los que volvieron con él a México al socorro de Pedro de Alvarado, y se hallaron en aquellas fuertes y grandes batallas que nos dieron, hasta que salimos huyendo de México, que de mil y trescientos soldados, quedaron muertos sobre ochocientos y cincuenta, con los que mataron en Tustepeque, y por los caminos, y no escapamos sino cuatrocientos y cuarenta muy heridos, y a Dios misericordia. Y también se le había de acordar de aquella muy temerosa batalla de Obtumba, quien después de dos días se le ayudó a vencer, y salir de aquel tan gran peligro: y después quién y cuántos le ayudaron a conquistar lo de Tepeaca, y Cachula, y sus comarcas, como fue Ozucar, y Guacachula, y otros pueblos, y la vuelta que dimos por Tezcucó para México: y de otras muchas entradas que desde Tezcucó hicimos; así como la de Iztapalapa, cuando nos quisieron anegar con echar el agua de la laguna, cómo echaron, creyendo ahogarnos; y asimismo las batallas que hubimos con los



naturales de aquel pueblo, y Mexicanos que les ayudaron: y luego la entrada del Saltocan, y los Peñoles, que llaman hoy día, del Marqués, y otras muchas entradas: y el rodear de los grandes pueblos de la laguna, y de los muchos rencuentros, y batallas que en aquel viaje tuvimos; así de los de Suchimileco, como de los de Tacuba: y vueltos a Tezcucó, quién le ayudo contra la conjuración que tenían concertado de matarle, cuando sobre ello ahorcó un Villafañá: y pasado esto, quién fueron los que le ayudaron a conquistar a México y en noventa y tres días a la continua de día y de noche tener batallas, y muchas heridas y trabajos, hasta que se prendió a Guatemuz, que era el que mandaba en aquella sazón a México; y quién fueron en ayudarle y favorecer, cuando vino a la Nueva España un Cristóbal de Tapia, para que le diese la gobernación. Y además de todo esto, quienes fueron los soldados, que escribimos tres veces a su Majestad en loor de los grandes, y muchos, y buenos servicios que Cortés le había hecho, y que era digno de grandes mercedes y le hiciese Gobernador de la Nueva España. No quiero aquí traer a la memoria otros servicios, que siempre a Cortés habíamos. Pues los varones y fuertes soldados que en todo esto nos hallamos, y ahora que vino la gobernación, que después de Dios con nuestra ayuda se la dieron; bien fuera que tuviera cuenta con Pedro, Sancho, y Martín, y otros que lo merecían: y el soldado y compañero que estaba por su ventura en Colima, o en Zacatula, o en Panuco, o en Guacacualco, y los que andaban huyendo, cuando despoblaron a Tutepeque, y estaban pobres, y no les cupo suerte de buenos Indios, pues que había bien que darles, y sacarles de mala tierra, pues que su Majestad muchas veces se lo mandaba y encargaba por sus Reales cartas misivas, y no daba Cortés nada de su hacienda; les había de dar con que se remediasen, y en todo anteponerles; y siempre cuando escribiese a los Procuradores que estaban en Castilla en nuestro nombre, que procurasen por nosotros: y el mismo Cortés había de escribir muy afectuosamente, para que nos diese para nosotros y nuestros hijos cargos, y oficios Reales, todos los que en la Nueva España hubiese; mas digo que mal ajeno de pelo cuelga, y que no procuraba sino para él; lo uno, la gobernación que le trajeron antes que fuese Marqués, y después que fue a Castilla, y vino Marqués. Dejemos de esto, y pongamos aquí otra manera, que fuera hartó buena y justa para repartir todos los pueblos de la Nueva España, según dicen muy doctos Conquistadores que lo ganamos, de prudente y maduro juicio, que lo que había de hacer es, hacer cinco partes la Nueva España, y la quinta parte de la Nueva España, y la quinta parte de las



mejores ciudades, y cabeceras de todo lo poblado, darla a su Majestad de su Real quinto, y otra parte dejarla por repartir, para que fuese la renta de ella para Iglesias, Hospitales y Monasterios, y para que su Majestad, si quisiese hacer algunas mercedes a caballeros que le hayan servido en Italia, de allí pudiera haber para todos; y las tres partes que quedaran repartirlas en su persona de Cortés, y en todos nosotros los verdaderos Conquistadores, según y de la calidad que sentía que era cada uno, y darles perpetuos, porque en aquella sazón su Majestad lo tuviera por bien, porque como no había gastado cosa ninguna en estas conquistas, ni sabía, ni tenía noticia de estas tierras, estando como estaba en aquella sazón en Flandes, y viendo una buena parte de las del mundo que le entregamos, como sus muy leales vasallos, lo tuviera por bien, y nos hiciera merced de ellas, y con ello quedáramos, y no anduviéramos ahora como andamos abatidos, y de mal en peor: y muchos de los Conquistadores no tenemos con qué sustentarnos, ¿qué harán los hijos que dejamos? Quiero decir lo que hizo Cortés, y a quién dio los pueblos. Primeramente al Francisco de las Casas, a Rodrigo de Paz, al Factor, y Veedor, y Contador, que en aquella sazón vinieron de Castilla, a un Avalos, y a Saavedra sus deudos, a un Barrios con quien casó su cuñada hermana de su mujer Doña Catalina Juárez, y a Alonso Lucas, y a un Juan de la Torre, y Luis de la Torre, a Villegas, y a un Alonso Valiente, a un Ribera el tuerto. ¿Y para qué cuento yo estos pocos? Que a todos cuantos vinieron de Medellín, y a otros criados de grandes señores que le captaban cuentos de cosas que le agradaban, les dio lo mejor de la Nueva España. No digo yo que era malo el dar a todos, pues había de qué; mas que había de anteponer primero lo que su Majestad le mandaba, y a los soldados, que le ayudaron a tener el ser y valor que tenía, ayudarles: y pues que ya es hecho, no quiero volver a repetirlo: y para ir a entradas y guerras, y a cosas que le convenían, bien se acordaba donde estábamos, y nos enviaba a llamar para las batallas y guerras, como adelante diré. Y dejaré de contar más lastimas, y de cuán avasallados nos traía, pues no se puede ya remediar. Y no dejaré de decir lo que Cortés decía después que le quitaron la gobernación, que fue cuando vino Luis Ponce de León, y como murió el Luis Ponce dejó por su Teniente a Marcos de Aguilar, como adelante diré: y es que íbamos a Cortés a decirle algunos caballeros y Capitanes de los antiguos, que le ayudamos en las conquistas, que nos diese, de los Indios de los muchos que en aquel instante Cortés tenía, pues que su Majestad mandaba que le quitasen algunos de ellos, como se los habían de quitar, y



luego se los quitaron; y la respuesta que daba era, que se sufriesen como él se sufría, que si le volvía su Majestad a hacer merced de la gobernación, que en su conciencia (que así juraba) que no lo erraría, como en lo pasado, y que daría buenos repartimientos a quien su Majestad le mandó, y enmendaría el gran yerro pasado que hizo: y con aquellos prometimientos, y palabras blandas creía que quedaban contentos aquellos Conquistadores. Dejémoslo ya, y digamos que en aquella sazón a pocos días antes vinieron de Castilla los oficiales de la hacienda Real de su Majestad, que fue Alonso de Estrada Tesorero, y era natural de Ciudad Real, y vino el Factor Gonzalo de Salazar, y vino Rodrigo de Albornoz por Contador, que ya había fallecido Julián de Alderete, y este Albornoz era natural de Paladinas, y de la Gama, y vino el Veedor Pedro Almindes Chirino, natural de Úbeda, o Baeza, y vinieron muchas personas con cargos. Dejemos esto, y quiero decir, que en este instante rogó un Rodrigo Rangel a Cortés (el cual Rangel muchas veces le he nombrado) que pues no se había hallado en la toma de México, ni en ningunas batallas con nosotros en toda la Nueva España, que porque hubiese alguna fama de él que le hiciese merced de darle una Capitanía, para ir a conquistar a los pueblos de los Zapotecas, que estaban de guerra, y llevar en su compañía a Pedro de Ircio, para ser su consejero en lo que había de hacer: y como Cortés conocía al Rodrigo Rangel, que no era para darle ningún cargo, a causa que estaba siempre doliente, y con grandes dolores y bubas, y muy flaco, y las zancas y piernas muy delgadas, y todo lleno de llagas, cuerpo y cabeza abierta; denegaba aquella entrada, diciendo, que los Indios Zapotecas eran gente mala de domar, por las grandes y altas sierras, adonde están poblados, y que no podían llevar caballos: y que siempre hay neblinas y rocíos, y que los caminos eran angostos, y resbalosos, y que no pueden andar por ellos, sino a manera de decir los pies junto a las cabezas de los que vienen atrás; enténdanlo de la manera que aquí lo digo, que así es verdad; porque los que van arriba con los que vienen detrás, vienen cabezas con pies, y que no era cosa de ir a aquellos pueblos, y que ya que fuese, que había de llevar soldados bien sueltos y robustos, y experimentados en las guerras: y como el Rangel era muy porfiado, y de su tierra de Cortés, le hubo de conceder lo que pedía: y según después supimos, Cortés lo hubo por bueno enviarle do se muriese, porque era de mala lengua: y Cortés escribió a Guacacualco a diez o doce, que nombró en la carta, que nos rogaba que fuésemos con el Rangel a ayudarle: y entre los soldados que mandó ir, me nombró a mí, y fuimos todos



los vecinos a quien Cortés escribió. Ya he dicho que hay grandes sierras en lo poblado de los Zapotecos, y que los naturales de allí, son gente muy ligeros y sueltos, y con unas voces y silbos que dan, retumban todos los valles, como a manera de ecos: y como habíamos de llevar al Rangel, no podíamos andar, ni hacer cosa que buena fuese. Y ya que íbamos a algún pueblo, lo hallábamos despoblado, y como no estaban juntas las casas,; sino unas en un cerro, y otras en un valle, y en aquel tiempo llovía, y el pobre Rangel dando voces de dolor de las bubas, y la mala gana que todos teníamos de andar en su compañía: y viendo que era tiempo perdido, y que si por ventura los Zapotecas, como son ligeros y tienen grandes lanzas, muy mayores que las nuestras, y son grandes flecheros, que si nos aguardaban e hiciesen cara, como no podíamos ir por los caminos, sino uno a uno, temíamos no nos viniese algún desmán, y el Rangel estaba más malo que cuando vino, acordó de dejar la negra conquista, que negra se podía llamar, y volverse cada uno a su casa: y el Pedro de Ircio que traía por consejero, fue el primero que se lo aconsejó, y le dejó solo, y se fue a la Villa Rica donde vivía: y el Rangel dijo, que se quería ir a Guacacualco con nosotros, por ser la tierra caliente, para prevalecerse de su mal, y los que éramos vecinos de Guacacualco, que allí estábamos, por peor tuvimos llevarle con nosotros, que a la venida que venimos con él a la guerra: y llegados a Guacacualco, luego dijo, que quería ir a pacificar las provincias de Cimatán, y Talatupán, que ya he dicho muchas veces en el capítulo que de ello habla, como no habían querido venir de paz, a causa de los grandes ríos, y ciénagas tembladeras, entre quien estaban poblados, y demás de la fortaleza de las ciénagas, ellos de su naturaleza son grandes flecheros, y tenían muy grandes arcos, y tiran muy acertero. Volvamos a nuestra cuenta, que mostró Rangel provisiones en aquella villa, de Hernando Cortés, como le enviaba por Capitán para que conquistase las provincias que estuviesen de guerra, y señaladamente la de Cimatán, y Tulapán: y apercibió todos los más vecinos de aquella villa, que fuésemos con él; y era tan temido Cortés, que aunque nos pesó, no osamos hacer otra cosa como vimos sus provisiones, y fuimos con el Rangel sobre cien soldados, de ellos a caballo y a pie, con obra de veinte y seis ballesteros y escopeteros, y fuimos por Tonalá, y Ayagualulco, y Copilco, Zacualco, y pasamos muchos ríos en canoas y en barcas, y pasamos por Teutitán, Copilco, y por todos los pueblos que llamamos la Chontalpa, que estaban de paz, y llegamos obra de cinco leguas de Cimatán, y en unas ciénagas, y malos pasos estaban juntos todos los más guerreros de



aquella provincia, y tenían hechos unos cercados, y grandes albarradas de palos y maderos gruesos, y ellos de dentro con unos pretilles y saeteras por donde podían flechar; y de presto nos dan una tan buena refriega de flecha y vara tostada con tiraderas, que mataron siete caballos, e hirieron ocho soldados, y al mismo Rangel que iba a caballo, le dieron un flechazo en un braza, y no le entró sino muy poco: y como los Conquistadores viejos habíamos dicho al Rangel que siempre fuesen hombres sueltos a pie descubriendo caminos y celadas, y le habíamos dicho de otras veces, cómo aquellos Indios solían pelear muy bien, y con maña, y como él era hombre que hablaba mucho, dijo: que votaba a tal que si nos creyera, que no le aconteciera aquello, y que de allí adelante que nosotros fuésemos los Capitanes, y le mandásemos en aquella guerra, y luego como fueron curados los soldados, y ciertos caballos que también hirieron de más de los siete que mataron, me mandó a mí que fuese adelante descubriendo, y llevaba un lebel muy bravo y que era del Rangel, y otros dos soldados muy sueltos, y ballesteros, y le dijeron, que se quedase bien atrás con los de a caballo, y los soldados y ballesteros fuesen junto conmigo: y yendo nuestro camino para el pueblo de Cimatán, que era en aquel tiempo bien poblado, hallamos otras albarradas y fuerzas, ni más ni menos que las pasadas, y nos tiran a los que íbamos delante tanta flecha y vara, que de presto mataron el lebel, y si yo no fuera muy armado, allí quedara, porque me dieron siete flechas, que con el mucho algodón de las armas se detuvieron, y todavía salí herido en una pierna, y a mis compañeros a todos hirieron; y entonces yo di voces a unos Indios nuestros amigos, que venían un poco atrás de nosotros, para que viniesen de presto los ballesteros, y escopeteros, y peones, y que los de a caballo quedasen atrás, porque allí no podían correr, ni aprovecharse de ellos, y se los flecharían; y luego acudieron así como lo envié a decir, porque de antes cuando yo me adelanté, así lo tenía concertado, que los de a caballo quedasen muy atrás, y que todos los demás estuviesen muy prestos en teniendo señal, o mandado, y como vinieron los ballesteros, y escopeteros les hicimos desembarazar las albarradas, y se acogieron a unas grandes ciénagas, que temblaban, y no había hombre que en ellas entrase, que pudiese salir sino a gatas, y con grande ayuda. En esto llegó Rangel con los de a caballo, y allí cerca estaban muchas casas, que entonces despoblaron los moradores de ellas, y reposamos aquel día, y se curaron los heridos; Otro día caminamos para ir al pueblo de Cimatán, y hay grandes cavanass llanas, y en medio de las cavanass muy malísimas ciénagas, y en una de ellas



nos aguardaron, y fue con ardid que entre ellos concertaron para aguardar en el campo raso de las cavanas, y propusieron, que los caballos por codicia de alcanzarlos, y alancearlos irían corriendo tras ellos a rienda suelta, y atollarían en las ciénagas, y así fue como lo concertaron, que por más que habíamos dicho y aconsejado al Rangel, que mirase que había muchas ciénagas, y que no corriese por aquellas cavanas a rienda suelta, que atollarían los caballos, y que suelen tener aquellos Indios estas astucias, y hechas saeteras, y fuerzas junto a las ciénagas, no lo quiso creer, y el primero, que atolló en ellas fue el mismo Rangel, y allí le mataron el caballo, y si de presto no fuera socorrido, ya se habían echado en aquellas malas ciénagas muchos Indios para apañarle, y llevar vivo a sacrificar, y todavía salió descalabrado en las llagas que tenía en la cabeza: y como toda aquella provincia era muy poblada, y estaba allí junto otro pueblezuelo, fuimos a él, y entonces huyeron los moradores, y se curó el Rangel, y tres soldados que habían herido; y desde allí fuimos a otras casas que también estaban sin gente, que entonces las despoblaron sus dueños, y hallamos otra fuerza con grandes maderos, y bien cercada, y sus saeteras: y estando reposando, aun no había un cuarto de hora, vienen tantos guerreros Cinetecas, y no cercan en el pueblezuelo que mataron un soldado, y a dos caballos, y tuvimos bien que hacer en hacerlos apartar. Y entonces nuestro Rangel estaba muy doliente de la cabeza, y había muchos mosquitos, que no dormía de noche ni de día, y murciégalos muy grandes que le mordían y desangraban; y como siempre llovía, y algunos soldados que el Rangel había traído consigo de los que nuevamente habían venido de Castilla, vieron que en tres partes nos habían aguardado los Indios de aquella provincia, y habían muerto once caballos, y dos soldados, y herido a otros muchos, aconsejaron al Rangel, que se volviese desde allí, pues la tierra era mala de ciénagas, y estaba muy malo, y el Rangel que lo tenía en gana, y porque pareciese que no era de su albedrio y voluntad aquella vuelta, sino por consejo de muchos, acordó de llamar a consejo sobre ello a personas que eran de su parecer, para que se volviesen; y en aquel instante habíamos ido veinte soldados a ver si podíamos tomar alguna gente de unas huertas de Cacaguatales que allí junto estaban, y trajimos dos Indios, y tres Indias: y entonces el Rangel me llamó a mí aparte, y a consejo, y me dijo de su mal de cabeza, y que le aconsejaban todos los demás soldados, que se volviese donde estaba Cortés, y me declaró todo lo que había pasado: y entonces le reprendí su vuelta, y como nos conocíamos de más de cuatro años atras de la isla de Cuba, le dije: ¿Cómo, Señor,



qué dirán de V. merced, estando junto del pueblo de Cimatán quererse volver? Pues Cortés no lo tendrá a bien, y maliciosos que os quieren mal, os lo darán en cara, que en la entrada de los Zapotecas, ni aquí no habéis hecho cosa ninguna que buena sea, trayendo como traéis tan buenos Conquistadores, que son los de nuestra villa de Guacacualco: pues por lo que toca a nuestra honra, y a la de V. merced, y yo y otros soldados somos de parecer, que pasemos adelante, yo iré con todos mis compañeros descubriendo ciénagas, y montes, y con los ballesteros y escopeteros pasaremos hasta la cabecera de Cimatán, y mi caballo dele V. merced a otro caballero que sepa muy bien menear la lanza, y tener ánimo para mandarle, que yo no puedo servirme de él yendo a lo que voy, y que va más que en alancear, y véngase con los de a caballo algo atrás. Y como el Rodrigo Rangel aquello me oyó, como era hombre vocinglero, y hablaba mucho, salió de la casilla en que estaba en el consejo, y a muy grandes voces llamó a todos los soldados, y dijo el Rodrigo Rangel: ya es echada la suerte, que hemos de ir adelante, que voto a tal (que siempre era este su jurar y su hablar) que Bernal Díaz del Castillo me ha dicho la verdad, y lo que a todos conviene: y puesto que a algunos soldados les pesó, otros lo hubieron por muy bueno: y luego comenzamos a caminar puestos en gran concierto los ballesteros y escopeteros junto conmigo, y los de a caballo atrás por amor de los montes y ciénagas, donde no podían correr caballos, hasta que llegamos a otro pueblo, que entonces lo despoblaron los naturales de él, y desde allí fuimos a la cabecera de Cimatán, y tuvimos otra buena refriega de flecha y vara; y de presto les hicimos huir, y quemaron los mismos vecinos naturales de aquel pueblo muchas casas de las suyas, y allí prendimos hasta quince hombres, y mujeres, y les enviamos a llamar con ellos a los Cimatecas, que viniesen de paz, y les dijimos que en lo de las guerras se les perdonaría.; y vinieron los parientes y maridos de las mujeres, y gente menuda que teníamos presos, y les dimos toda la presa, y dijeron que traerían de paz a todo el pueblo, y jamás volvieron con la respuesta: y entonces me dijo a mí el Rangel: voto a tal que me habéis engañado, y que habéis de ir a entrar con otros compañeros, y que me habéis de buscar otros tantos Indios y Indias como los que me hicisteis soltar por vuestro consejo: y luego fuimos cincuenta soldados, y yo por Capitán, y dimos en unos ranchos que tenían en unas ciénagas que temblaban que no osamos entrar en ellos, y desde allí se fueron huyendo por unos grandes breñales y espinos, que se llaman entre ellos Xiguaquetlán, muy malos que pasan los pies, y en



unas huertas de Cacaguetales prendimos seis hombres y mujeres con sus hijos chicos, y nos volvimos adonde quedaba el Capitán, y con aquello le apaciguamos, y los tornó luego a soltar, para que llamasen de paz a los Cimatecas, y en fin de razones no quisieron venir, y acordamos de volvernos a nuestra villa de Guatacacualco: y en esto paró la entrada de Zapotecas y la de Cimatlán, y esta es la fama que quería que hubiese del Rangel cuando pidió a Cortés aquella conquista. Y desde allí a dos años, o poco tiempo más volvimos de hecho a los Zapotecas, y a las demás provincias, y las conquistamos y trajimos de paz: y el buen Fray Bartolomé de Olmedo, que era Santo Fraile, trabajó mucho con ellos, y les predicaba, y enseñaba los Artículos de la Fe, y bautizó en aquellas provincias más de quinientos Indios; pero en verdad que estaba cansado y viejo, y que no podía ya andar caminos, que tenía una mala enfermedad. Y dejemos esto, y digamos cómo Cortés envió a Castilla a su Majestad sobre ochenta mil pesos de oro con un Diego de Soto, natural de Toro, y paréceme que con un Ribera el tuerto, que fue su Secretario, y entonces envió el tiro muy rico que era de oro bajo y plata, que le llamaban el Ave Fénix, y también envió a su padre Martín Cortés muchos millares de pesos de oro, y lo que sobre ello pasó diré adelante.



CAPÍTULO CLXX.

Cómo el Capitán Hernando Cortés envió a Castilla a su Majestad ochenta mil pesos en oro y plata, y envió un tiro, que era una culebrina muy ricamente labrada de muchas figuras, y toda ella, o la mayor parte era de oro bajo, revuelto con plata de Mechoacán, que por nombre se decía el Fénix: y también envió a su padre Martín Cortés sobre cinco mil pesos de oro, y lo que sobre ello avino diré adelante.

Pues como Cortés había recogido y allegado obra de ochenta mil pesos de oro, y la culebrina que se decía el Fénix ya era acabada de forjar, y salió muy extremada pieza para presentar a un tan alto Emperador como nuestro Gran César, y decía en un letrero que tenía escrito en la misma culebrina: *Esta ave nació sin par, yo en serviros sin segundo, y vos sin igual en el mundo.* Todo lo envió a su Majestad con un hidalgo natural de Toro, que se decía Diego de Soto, y no me acuerdo bien, si fue en aquella sazón un Juan de Ribera, que era tuerto de un ojo, que tenía una nube, el cual había sido Secretario de Cortés: a lo que yo sentí del Ribera, era un hombre no de buenas entrañas; porque cuando jugaba a naipes, y a dados, no me parecía que jugaba bien: y además de esto tenía muchos malos reveses; y esto digo, porque llegado a Castilla se alzó con los pesos de oro, que le dio Cortés para su padre Martín Cortés, y porque se lo pidió Martín Cortés, y por ser el Ribera de suyo mal inclinado, no mirando a los bienes que Cortés le había hecho, siendo un pobre hombre, en lugar de decir verdad, y bien de su amo, dijo tantos males, y por tal manera los razonaba, que como tenía gran retórica, y había sido su Secretario del mismo Cortés, le daban crédito, especial el Obispo de Burgos: y como el Narváez, y el Cristóbal de Tapia, y los Procuradores del Diego Velázquez, y otros que les ayudaban, y había acaecido en aquella sazón la muerte de Francisco de Garay, todos juntos tornaron otra vez a dar muchas quejas de Cortés ante su Majestad, y tantas y de tal manera, y dieron que fueron parciales los jueces que puso su Majestad, por dádivas que Cortés les envió para aquel efecto, que otra vez estaba revuelta la cosa, y Cortés tan desfavorecido, que lo pasara mal, sí no fuera por el Duque de Béjar, que lo favoreció, y quedó por su fiador que le enviase su Majestad a tomar residencia, y que no le hallaría culpado: y esto hizo el Duque, porque ya tenía tratado casamiento a Cortés con una señora sobrina suya, que se decía Doña Juana de Zúñiga, hija del Conde de Aguilar Don Carlos de Arellano y hermana de unos Caballeros y privados del Emperador: y como en



aquella sazón llegaron los ochenta mil pesos de oro, y las cartas de Cortés, dando en ellas muchas gracias y ofrecimientos a su Majestad, por las grandes mercedes que le había hecho en darle la gobernación de México, y haber sido servido mandarle favorecer con justicia, en la sentencia que dio en su favor, cuando la junta que mando hacer de los Caballeros de su Real Consejo y Cámara. En fin de más razones, todo lo que estaba dicho contra Cortés, se tornó a sosegar, con que le fuesen a tomar residencia, y por entonces no se habló más en ello. Y dejemos ya de decir de estos nublados que sobre Cortés estaban ya para descargar, y digamos del tiro, y de su letrado de tan sublimado servidor, como Cortés se nombró, que como se supo en la Corte, y ciertos Duques, y Marqueses, y Condes, y hombres de gran valía, se tenían por tan grandes servidores de su Majestad, y tenían en sus pensamientos, que otros caballeros tanto como ellos no hubiesen servido a su Majestad tuvieron que murmurar del tiro, y aun de Cortés, tal blasón escribió. También otros grandes señores, como fue el Almirante de Castilla y el Duque de Béjar, y el Conde; de Aguilar, dijeron a los mismos caballeros que habían puesto en pláticas, que era muy bravoso el blasón de la culebrina: No se maravillen que Cortés ponga aquel escrito en el tiro: veamos ahora, ¿en nuestros tiempos ha habido Capitán que tales hazañas haga, y que tantas fierras haya ganado, sin gastar ni poner en ello su Majestad cosa ninguna, y tantos cuentos de gentes se hayan convertido a nuestra santa Fe? Y además de esto, no solamente el Cortés, sino los soldados y compañeros que tiene, que le ayudaron a ganar una tan fuerte ciudad, y de tantos vecinos; y de tantas tierras, son dignos de que su Majestad les haga muchas mercedes; porque si miramos en ello, nosotros de nuestros antepasadas, que hicieron heroicos hechos, y sirvieron a la Corona Real, y a los Reyes que en aquel tiempo reinaron, como Cortés y sus compañeros han hecho, lo heredamos, y nuestros blasones y tierras y rentas: y con estas palabras se olvidó lo del blasón: y porque no pasase de Sevilla la culebrina, tuvimos nueva que a Don Francisco de los Cobos, Comendador mayor de León, le hizo su Majestad merced de ella, y que la deshicieron y afinaron el oro, y lo fundieron en Sevilla, y dijeron que valió sobre veinte mil ducados: y en aquel tiempo, como Cortés envió aquel oro, y el tiro, y las riquezas que había enviado la primera vez, que fueron la Luna de plata, y el Sol de oro, y otras muchas joyas de oro, con Francisco de Montejo, y Alonso Hernández Puertocarrero, y lo que hubo enviado la Segunda vez con Alonso de Ávila y Quiñones, que esto fue la cosa más rica que hubo



en la Nueva España, que era la recámara de Moctezuma, y de Guatemuz y de los grandes Señores de México, y lo robó Juan Florín Francés; y como esto se supo en Castilla, tuvo Cortés gran fama así en Castilla, como en otras muchas partes de la Cristiandad, y en todas partes fue muy loado. Dejemos esto, y digamos en qué paró el pleito de Martín Cortés con el Ribera sobre los tantos mil pesos que enviaba Cortés a su padre, y es, que andando en el pleito, y pasando Ribera por la villa de Cadahalso, comió, o almorzó unos torreznos, y así como los comió, murió súpitamente y sin confesión, perdónele Dios, Amen. Dejemos lo acaecido en Castilla, y volvamos a decir de la Nueva España, como Cortés estaba siempre entendiendo en la ciudad de México que fuese muy bien poblada de los naturales Mexicanos como de antes estaba, y les dio franquezas y libertades, que no pagasen tributo a su Majestad hasta que tuviesen hechas sus casas, y aderezados calzadas y puentes, y todos los edificios y caños por donde solía venir el agua de Chalputepeque para entrar en México, y en la población de los Españoles tuviesen hechas Iglesias y hospitales, de los cuales cuidaba como Superior y Vicario el buen Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y había él mismo recogido en un hospital todos los Indios enfermos, y los curaba con mucha caridad, y otras cosas que convenían. Y en aquel tiempo vinieron de Castilla al puerto de la Veracruz doce Frailes Franciscos, y por Vicario general de ellos un muy buen Religioso, que se decía Fray Martín de Valencia, y era natural de una villa de tierra de Campo, que se decía Valencia de Don Juan, y este muy reverendo Religioso venia nombrado por el Santo Padre para ser Vicario, y lo que en su venida y recibimiento se hizo diré adelante.



CAPÍTULO CLXXI.

Cómo vinieron al puerto de la Veracruz doce Frailes Franciscos de muy santa vida, y venía por su Vicario y Guardián Fray Martín de Valencia, y era tan buen Religioso, que hubo fama que hacía milagros, y era natural de una villa de tierra de Campo, que se dice Valencia de Don Juan, y lo que Cortés hizo en su venida.

Como ya he dicho en los capítulos pasados que sobre ello hablan, habíamos escrito a su Majestad suplicándole nos enviase Religiosos Franciscos de buena y santa vida, para que nos ayudasen a la conversión y santa doctrina de los natales de esta tierra, para que se volviesen Cristianos, y les predicasen nuestra Santa Fe, como se la había Fray Bartolomé de Olmedo dado a entender desde que entramos en la Nueva España, y sobre ello había escrito Cortés juntamente con todos nosotros los Conquistadores que ganamos la Nueva España a Don Fray Francisco de los Ángeles, que era General de los Franciscos, que después fue Cardenal, para que nos hiciese merced que fuesen los Religiosos que enviase de santa vida, para que nuestra Santa Fe siempre fuese ensalzada, y los naturales de estas tierras conociesen lo que les decíamos cuando estábamos batallando con ellos, y les decíamos que su Majestad enviaría Religiosos, y de mucho mejor vida que nosotros éramos, para que les diesen a entender los razonamientos y predicaciones de nuestra Fe: y ellos nos preguntaban, si eran como el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y nosotros decíamos que sí. Dejemos esto, y digamos, como el General Don Fray Francisco de los Ángeles nos hizo merced que luego envió los Religiosos que dicho tengo: y entonces vino con ellos Fray Toribio Motalma, y le pusieron este nombre de Motolinea los Caciques y Señores de México, que quiere decir el Fraile pobre, porque cuanto le daban por Dios, lo daba a los Indios, y se quedaba algunas veces sin comer, y traía unos hábitos muy rotos, y andaba descalzo, y siempre les predicaba, y los Indios le querían mucho porque era una santa persona. Volvamos a nuestra relación: como Cortés supo que estaban en el puerto de la Veracruz, mandó en todos los pueblos así de Indios, como donde vivían Españoles, que por donde viniesen les barriesen los caminos, y a donde posasen les hiciesen ranchos si fuese en el campo, y en poblado, cuando llegasen a las villas o pueblos de Indios, les saliesen a recibir y les repicasen las campanas, y que todos comúnmente después de haberlos recibido les hiciesen mucho acato: y que los naturales llevasen candelas de cera



encendidas, y con las Cruces que hubiese, y por más humildad y porque los Indios lo viesan para que tomasen ejemplo, mandó a los Españoles se hincasen de rodillas a besarles las manos y hábitos, y aun les envió Cortés al camino mucho refresco, y les escribió muy amorosamente: y viniendo por su camino, ya que llegaban cerca de México, el mismo Cortés acompañado de Fray Bartolomé de Olmedo, y de nuestros valerosos Capitanes y esforzados soldados, los salimos a recibir, y juntamente fueron con nosotros Guatemuz el Señor de México con todos los más principales Mexicanos, y otros muchos Caciques de otras ciudades: y cuando Cortés supo que allegaban cerca, se apeó del caballo, y todos nosotros juntamente con él, y ya que nos encontramos con los reverendos Religiosos y el primero que se arrodilló delante del Fray Martín de Valencia, y le fue a besar las manos, fue Cortés, y no lo consintió, y le beso los hábitos, y el Padre Fray Bartolomé les abrazó y saludó muy tiernamente, y los besamos el hábito arrodillados todos los Capitanes y soldados que allí íbamos, y el Guatemuz y los Señores de México: y de que el Guatemuz y los demás Caciques vieron ir a Cortés de rodillas a besarle las manos, espantáronse en gran manera, y como vieron a los Frailes descalzos y flacos, y los hábitos rotos, y no llevar caballo, sino a pie, y muy amarillos, y ver a Cortés, que le tenían por ídolo o cosa como sus Dioses, así arrodillado delante de ellos, desde entonces tomaron ejemplo todos los Indios y que cuando ahora vienen Religiosos, les hacen aquellos recibimientos y acatos, según y de la manera que dicho tengo, y más digo, que cuando Cortés con aquellos Religiosos hablaba, que siempre tenía la gorra en la mano quitada, y en todo les tenía grande acato; y digo, que se me olvidaba, que Fray Bartolomé les hospedó por orden de Cortés en una muy buena casa, y se fue a vivir con ellos, y los regaló mucho. Dejémoslos en buena hora, y digamos de otra materia, y es que de ahí a tres años y medio, o poco tiempo más adelante, vinieron doce frailes Dominicos, y venia por Provincial o por Prior de ellos un Religioso que se decía Fray Tomás Ortiz, era Vizcaíno, y decían que había estado por Prior o Provincial en unas tierras que se dicen la Punta del Drago, y quiso Dios que cuando vinieron, les dio dolencia de mal de modorra, de que todos los más murieron, lo cual diré adelante, y cómo, y cuándo, y con quien vinieron, y la condición que decían que tenía el Prior, y otras cosas que pasaron: y después han venido otros muchos y buenos Religiosos, y de santa vida, y de la misma Orden del Señor Santo Domingo, en ejemplo muy santos, y han instruido a los naturales de estas Provincias de Guatemala en nuestra Santa Fe muy



bien, y han sido muy provechosos para todos. Quiero dejar esta materia de los Religiosos, y diré, que como Cortés siempre temía que en Castilla, por parte del Obispo de Burgos se juntarían otra vez los Procuradores de Diego Velázquez Gobernador de Cuba, y dirían mal delante del Emperador nuestro Señor, y como tuvo nueva cierta por cartas que le escribió su padre Martín Cortés, o Diego de Ordás, que le trataban casamiento con la Señora Doña Juana de Zúñiga, sobrina del Duque de Béjar Don Álvaro de Zúñiga, procuró de enviar todos los más pesos que podía allegar, así de sus tributos, como de los que le presentaban los Caciques de toda la tierra, lo uno para que conociese el Duque de Béjar sus grandes riquezas, juntamente con sus heroicos hechos y hazañas, y lo más principal, para que su Majestad le favoreciese y hiciese mercedes, y entonces le envió treinta mil pesos, y con ellos escribió a su Majestad, lo cual diré adelante.



CAPÍTULO CLXXII.

Cómo Cortés escribió a su Majestad, y le envió treinta mil pesos de oro, y como estaban entendiendo en la conversión de los naturales y reedificación de México, y de cómo había enviado un Capitán que se decía Cristóbal de Olid, a pacificar las provincias de Honduras con una buena armada, y se alzó con ella, y dio relación de otras cosas que había pasado en México; y en el navío que iban las cartas de Cortés, envió otras cartas muy secretas al Contador de su Majestad, que se decía Rodrigo de Albornoz, y en ellas decían mucho mal de Cortés y de todos los que con él pasamos, y lo que su Majestad sobre ello mandó que se proveyese.

Teniendo ya Cortés en sí la Gobernación de la Nueva España por mandado de su Majestad, le pareció sería bien hacerle sabedor cómo estaba entendiendo en la santa conversión de los naturales, y la reedificación de la gran ciudad de Tenustitlán México: y también le dio relación de cómo había enviado un Capitán, que se decía Cristóbal de Olid, a poblar unas provincias que se nombraron Honduras, y que le dio cinco navíos bien abastecidos, y gran copia de soldados, y muchos caballos, y tiros, y escopeteros, y ballesteros, y todo género de armas, y que gastó muchos millares de pesos de oro en hacer la armada, y que el Cristóbal de Olid se le alzó con ella, y quien le aconsejó que se alzase fue un Diego Velázquez, Gobernador de la isla de Cuba, que hizo compañía con él en el armada, y que si su Majestad era servido, que tenía determinado de enviar con brevedad otro Capitán para que le tome la misma armada, o le traiga preso, o ir él en persona por él, porque si quedaba sin castigo, se atreverían otros Capitanes a levantarse con otras armadas, que por fuerza había de enviar a conquistar y poblar otras tierras que están de guerra, y a esta causa suplicaba a su Majestad le diese licencia para ello: y también se envió a quejar del Diego Velázquez, no tan solamente de lo del Capitán Cristóbal de Olid, sino por las conjuraciones y escándalos, y por sus cartas que enviaba desde la isla de Cuba para que le matasen a Cortés, porque en saliendo de aquella ciudad de México para ir a conquistar algunos pueblos recios que se le levantaban, y hacían conjuraciones los de la parte del Diego Velázquez para matarle, y levantarse con la Gobernación, y que había hecho justicia de uno de los más culpados; y que este favor les daba el Obispo de Burgos, que estaba por Presidente de Indias, por ser muy amigo del Diego Velázquez: y escribió, como le enviaba y servía con treinta mil



pesos de oro, y que si no fuera por los bulliciosos, y conjuraciones pasadas, que recogiera mucho más oro, y que con el ayuda de Dios, y en la buena ventura de su Real Majestad, que en todos los navíos que de México fuesen, enviaría lo que pudiese: y asimismo escribió a su padre Martín Cortés, y a un su deudo, que se decía el Licenciado Francisco Núñez, que era Relator del Real Consejo de su Majestad: y también escribió a Diego de Ordás, en que les hacía saber todo lo atrás dicho: y también dio noticia, como un Rodrigo de Albornoz, que estaba por Contador en México, que secretamente andaba murmurando en México de Cortés, porque no le dio tan buenos Indios como él quisiera, también porque le demandó una Cacica, hija del Señor de Tezcucó, y no se la quiso dar, porque en aquella sazón la casó con una persona de calidad, y les dio aviso que había sabido, que fue Secretario de Flandes, y que era muy servidor de Don Juan Rodríguez de Fonseca, Obispo de Burgos, y que era hombre que tenía costumbre de escribir cosas nuevas, y aun por cifras, y que por ventura escribiría al Obispo como era Presidente de Indias, porque en aquel tiempo no sabíamos que le habían quitado el cargo; cosas contrarias de la verdad; que tuviesen aviso de todo: y estas cartas envió Cortés duplicadas, porque siempre se temió, que el Obispo de Burgos como era Presidente, había mandado a Pedro de Isasaga, y a Juan López de Recalte, Oficiales de la casa de la Contratación de Sevilla, que todas las cartas, y despachos de Cortés se las enviasen por la posta, para saber lo que en ellas iba, porque en aquella sazón su Majestad había venido de Flandes, y estaba en Castilla, para hacer relación a su Majestad Cesárea, y el Obispo de Burgos por ganar por la mano, antes que nuestros Procuradores le diesen las cartas de Cortés: y aun en aquella sazón no sabíamos en la Nueva España, que habían quitado el cargo al Obispo de Burgos Don Juan Rodríguez de Fonseca, de ser Presidente de Indias. Dejémonos de las cartas de Cortés, y diré, que de este navío donde iba el pliego que dicho tengo de Cortés, envió el Contador Albornoz, ya por mí memorado, otras cartas a su Majestad, y al Obispo de Burgos, y a el Real Consejo de Indias, y lo que en ellas decía por capítulos, hizo saber todas las causas, y cosas que de antes había sido acusado Cortés, cuando su Real Majestad le mandó poner Jueces a los Caballeros de su Real Consejo, ya otra vez por mí nombrados en el capítulo que de ello habla; cuando por sentencia que sobre ello dieron, nos dieron por muy leales servidores de su Majestad: y además de aquellos capítulos que hubieron acusado a Cortés, ahora de nuevo escribió el Albornoz, que Cortés demandaba a todos los Caciques de Nueva



España muchos tejuelos de oro, y les mandaba sacar mucho oro de minas, y esto que les decía Cortés, que era para enviar a su Real Majestad, y se quedaba con todo ello, y no lo enviaba a su Majestad, y que hizo unas casas muy fortalecidas, y que ha juntado muchas hijas de grandes señores, para casarlas con soldados Españoles, y se las piden hombres honrados por mujeres, y que no se las quiere dar por tenerlas por amigas; y dijo, que todos los Caciques y Principales le tenían en tanta estima como si fuese Rey, y que en esta tierra no conocen a otro Rey, ni Señor, si no es a Cortés, y como Rey llevaba quinto, y que tiene muy grande cantidad de barras de oro atesorado, y que no ha sentido bien de su persona si está alzado, o será leal para adelante, y que había necesidad que su Majestad con brevedad mandase venir a estas partes un Caballero con grande copia de soldados muy bien apercebidos para quitarle el mando y señorío, y escribió otras cosas sobre esta materia. Quiero dejar de más particularizar lo que iba en las cartas, y diré, que fueron a manos del Obispo de Burgos, que residía en Toro: y como en aquella sazón estaba en la Corte el Pánfilo de Narváez y Cristóbal de Tapia, ya otras muchas veces por mí nombrados, y todos los Procuradores del Diego Velázquez, y con aquella carta de Albornoz, les avisó el Obispo de Burgos, para que nuevamente se quejasen ante su Majestad de Cortés de todo lo que de antes le hubieron dado relación, y dijese, que los Jueces que puso su Majestad, se mostraron mucho de parte de Cortés; y que su Majestad fuese servido viese ahora nuevamente lo que escribe el Contador su Oficial; y para testigo de ello hicieron presentación de las cartas que dicho tengo. Pues viendo su Majestad las cartas, y las palabras y quejas que el Narváez decía muy entonado, porque así hablaba demandando justicia, creyó que eran verdaderas: y el Obispo de Burgos Don Juan Rodríguez de Fonseca, que les ayudó con otras muchas cartas de favor; dijo a su Majestad: Yo quiero enviar a castigar a Cortés, pues tanto mal dicen de él que hace, aunque más oro envíe; porque más riqueza es hacer justicia, que no todos los tesoros que puede enviar: y mandó proveer, que luego despachasen al Almirante de Santo Domingo, que viniese a costa de Cortés con seiscientos soldados, y si le hallase culpado le cortase la cabeza, y castigase a todos los que fuimos en desbaratar a Pánfilo de Narváez: y porque viniese el Almirante le había prometido su Majestad el Almirantazgo de la Nueva España, que en aquella sazón traía pleito en la Corte sobre él. Pues ya dadas las provisiones, pareció ser el Almirante se detuvo ciertos días o no se atrevió a venir, porque no tenía dineros, y asimismo, porque le aconsejaron que mirase la buena ventura



de Cortés, que con haber traído Narváez toda la armada que trajo, le desbarató, y que era aventurar su vida y estado, y no saldría con la demanda, especialmente, que no hallarían en Cortés, ni en ninguno de sus compañeros culpa ninguna, sino mucha lealtad: y además de esto, según pareció, dijeron a su Majestad, que era gran cosa dar el Almirantazgo de la Nueva España, por pocos servicios que le podría hacer en aquella jornada que le enviaba, y ya que se andaba aperciendo el Almirante para venir a la Nueva España, lo alcanzaron a saber los Procuradores de Cortés, y su padre Martín Cortés, y un Fraile que se decía Fray Pedro Melgarejo de Urrea: y como tenían las cartas que les envió Cortés duplicadas, y entendieron por ellas que había trato doble en el Contador Albornoz, o en otras personas que no estaban muy bien con Cortés, todos juntos se fueron luego al Duque de Béjar, y le dieron relación de todo lo arriba por mí memorado, y le mostraron las cartas de Cortés; y como supo que enviaban tan de repente al Almirante con muchos soldados, hubo muy grande sentimiento de ello el Duque, porque ya estaba concertado de casar a Cortés, con la Señora Doña Juana de Zúñiga, sobrina del mismo Duque de Béjar: y luego sin más dilación fue delante de su Majestad, acompañado con ciertos Condes amigos suyos y deudos; y con ellos iba el viejo Martín Cortés, padre del mismo Cortés, y Fray Pedro Melgarejo de Urrea, y cuando llegaron delante del Emperador nuestro Señor, se humillaron e hicieron todo el acatamiento debido, que eran obligados a nuestro Rey y Señor, y dijo el mismo Duque, que suplicaba a su Majestad, que no diese oídos a una carta de un hombre como era el Contador Albornoz, que era muy contrario a Cortés, hasta que hubiese otras informaciones de fe, y de creer, y que no enviase armada: y más dijo el Duque a su Majestad, que cómo siendo tan Cristianísimo y recto en hacer justicia, tan deliberadamente enviaba a mandar prender a Cortés, y a sus soldados, habiéndole hecho tan buenos y leales servicios, que otros en el mundo no se han hecho, ni aun hallado en ningunas escrituras, que hayan hecho otros vasallos a los Reyes pasados, y que ya una vez ha puesto la cabeza por fiadora de Cortés, y por todos sus soldados, y que son muy leales, y lo serán de aquí adelante, y que ahora la torna a poner de nuevo por fiadora, con todo su Estado, con mucho gusto, de que siempre nos hallaría muy leales, lo cual su Majestad vería adelante: y además de esto le mostraron las cartas que Cortés enviaba a su padre Martín Cortés, en que en ellas daba relación, por qué causa el Contador Albornoz escribía mal contra el Cortés, que fue, como dicho tengo, porque no le dio



buenos Indios, como los demandaba, y una hija de una Cacica muy Principal, y más le dijo el Duque, que pensase su Real Majestad, cuántas veces le había enviado y servido con mucha cantidad de oro, y dio otros muchos descargos por Cortés: y viendo su Majestad la justicia clara que Cortés, y todos nosotros los Conquistadores teníamos, mandó proveer que le viniese a tomar la residencia persona que fuese de calidad y ciencia, y temeroso de nuestro Señor. En aquella sazón estaba la Corte en Toledo, y por Teniente de Corregidor del Conde de Alcaudete un Caballero que se decía el Licenciado Luis Ponce de León, primo del mismo Conde Don Martín de Córdoba, que así se llamaba, porque en aquella sazón era Corregidor de aquella Ciudad, y su Majestad mandó llamar a este Licenciado Luis Ponce de León, y le mandó que fuese luego a la Nueva España, y tomase residencia a Cortés, y que si en algo fuese culpante, de lo que le acusaban, que con rigor de justicia le castigase: y el Licenciado Luis Ponce de León dijo, que él cumpliría el Real mandato, y se comenzó a apercibir para el camino, y no vino con tanta prisa, porque tardó en llegar a la Nueva España más de dos años y medio. Y dejarlos he aquí así a los del bando del Gobernador de Cuba Diego Velázquez, que acusaban a Cortés, como al Licenciado Luis Ponce de León, que se aderezaba para el viaje, como dicho tengo; y aunque vaya muy fuera de mi relación, y pase adelante, es por lo que ahora diré, que al cabo de unos años alcanzamos a saber todo lo por mí aquí dicho de las cartas de Cortés y del Albornoz, porque lo escribió Martín Cortés de la Corte: y para que sepan los curiosos lectores, cómo siempre tenía por costumbre el mismo Albornoz de escribir a su Majestad lo que no pasó, bien tendrán noticia las personas que han estado en la Nueva España, y en la Ciudad de México, como en el tiempo que era Virrey Don Antonio de Mendoza, que fue muy Ilustrísimo varón, digno de gran memoria, que haya santa gloria, y como gobernaba tan justificadamente, y con tan recta justicia, el Rodrigo de Albornoz no estaba bien con él, y escribió a su Majestad, diciendo mal de su gobernación, y las mismas cartas que envió a la Corte, volvieron a la Nueva España a manos del mismo Virrey: y como las hubo entendido, y el mal que decía, envió a llamar al Rodrigo de Albornoz, y con palabras muy blandas, y de espacio, que así hablaba vagoroso el Virrey, y le mostró las cartas, y le dijo: pues que tenéis por costumbre de escribir a su Majestad, escribid la verdad, y andad con Dios para ruin hombre; y quedó muy avergonzado y corrido el Contador. Dejemos de hablar de esta materia, y diré como Cortés sin saber en aquella sazón cosa de todo lo pasado



que en la Corte se había tratado contra él, envió una armada contra Cristóbal de Olid a Honduras, y lo que pasó diré adelante.



CAPÍTULO CLXXIII.

Cómo sabiendo Cortés, que Cristóbal de Olid se había alzado con la armada, y había hecho compañía con Diego Velázquez, Gobernador de Cuba, envió contra él un Capitán que se llamaba Francisco de las Casas, y lo que le sucedió diré adelante.

He menester volver muy atrás de nuestra relación para que bien se entienda. Ya he dicho en el capítulo que de ello habla, como Cortés envió a Cristóbal de Olid con una armada a las Higueras y Honduras, y se alzó con ella, y cómo Cortés supo que Cristóbal de Olid se había alzado con el armada con favor de Diego Velázquez, Gobernador de Cuba, estaba muy pensativo, y como era animoso, y no se dejaba mucho burlar en tales casos, y como ya había hecho relación de ello a su Majestad, como dicho tengo en la carta que le escribió, y que entendía de ir, o enviar contra el Cristóbal de Olid a otros Capitanes, en aquella sazón había venido de Castilla a México un Caballero que se decía Francisco de las Casas, persona de quien se podía fiar, y su deudo de Cortés, acordó de enviar contra el Cristóbal de Olid cinco navíos bien artillados y bastecidos, y cien soldados, y entre ellos iban Conquistadores de México, de los que Cortés había traído de la Isla de Cuba en su compañía, que era un Pedro Moreno Medrano, y un Juan Núñez de Mercado, y un Juan Vello, y otros que aquí no nombro, que murieron en el camino. Pues, ya despachado el Francisco de las Casas con poderes muy bastantes, y mandamientos para prender al Cristóbal de Olid, salió del puerto de la Veracruz con sus navíos buenos y bastecidos, y con sus pendones con las armas Reales, y con buen tiempo llegó a una bahía que llamaron el Triunfo de la Cruz, donde el Cristóbal de Olid tenía su armada, y allí junto poblada una villa que se llamó Triunfo de la Cruz, y según ya otras veces he dicho en el capítulo que de ello habla, y como el Cristóbal de Olid vio aquellos navíos surtos en su puerto, puesto que el Francisco de las Casas mandó poner en sus navíos banderas de paz, no lo tuvo por cierto el Cristóbal de Olid, antes mando apercebir dos carabelas muy artilladas con muchos soldados, y les defendía el puerto para no dejarles saltar en tierra: y como aquello vio el de las Casas, que era hombre animoso, mandó sacar y echar a la mar sus bateles con muchos hombres apercebidos, y con unos tiros falconetes, y escopetas y ballestas, y él con ellos con pensamiento de tomar tierra de una manera o de otra: y el Cristóbal de Olid para defenderla, tuvieron buena pelea, y el de las Casas echó una de las dos carabelas del contrario a fondo, y



mató a cuatro soldados, e hirieron a otros: y desde que vio el Cristóbal de Olid que no tenía allí todos los soldados, porque los había enviado pocos días había en dos Capitanías, a entrar en un río que llaman de Pechin a prender a otro Capitán que estaba conquistando en aquella Provincia que se decía Gil González de Ávila; porque aquel río del Pechin caía en la Gobernación del Golfo Dulce; y estaba aguardando por horas a sus gentes, acordó el Cristóbal de Olid de demandar partidos de paz al Francisco de las Casas, porque bien entendió el Cristóbal de Olid, que si tomaba tierra, que habían de venir a las manos; y por tener soldados juntos demandando las paces: y el de las Casas acordó de estar aquella noche con sus navíos en la mar, apartado de tierra al reparo, o esperando con intención de irse a otra bahía a desembarcar, y también porque cuando andaban las diferencias, y pelea de la mar, le dieron al de las Casas una carta secretamente, que serían en su ayuda ciertos soldados de la parte de Cortés, que estaban con el Cristóbal de Olid, y que no dejase de venir por tierra para prender al Cristóbal de Olid. Pues estando con este acuerdo fue la ventura tal de Cristóbal de Olid, y desdicha del de las Casas, que hubo aquella noche un viento Norte muy recio, y como es travesía en aquella costa, dio con los navíos de Francisco de las Casas al través en tierra, de manera que se perdió cuanto traía, y se ahogaron treinta soldados, y todos los demás fueron presos, y estuvieron sin comer dos días, muy mojados del agua salada, porque en aquel tiempo llovía mucho, y tuvieron trabajo y frio: y el Cristóbal de Olid estaba muy gozoso y triunfante por tener presa al Francisco de las Casas, y a los demás soldados que prendió, les hizo luego jurar que siempre serían en su ayuda, y serían contra Cortés si viniese a aquella tierra en persona: y como hubieron jurado, los soltó de las prisiones, solamente tuvo preso al Francisco de las Casas; y de ahí a poco tiempo vinieron sus Capitanes, que había enviado a prender a Gil González de Ávila; que según pareció, el Gil González de Ávila había venido por Gobernador, y Capitán de Golfo Dulce, y había poblado una villa, que la nombraron San Gil de Buenavista, que estaba obra de una legua del Puerto que ahora llaman Golfo Dulce, porque el río de Chipin en aquel tiempo era poblado de buenos pueblos, y el Gil González no tenía consigo sino muy pocos soldados, porque habían adolecido todos los más, y dejaba poblada con otros soldados la misma Villa de San Gil de Buenavista: y como el Cristóbal de Olid tuvo noticia de ello, les envió a prender, y sobre no dejarse prender, le mataron ocho Españoles de los de Gil González, y a un su sobrino que se decía Gil de Ávila: y como el Cristóbal de



Olid se vio con dos prisioneros que eran Capitanes, estaba muy alegre y contento; y como tenía fama de esforzado, y ciertamente lo era por su persona, para que se supiese en todas las islas, lo escribió a la isla de Cuba a su amigo Diego Velázquez, y luego se fue desde el Triunfo de la Cruz la tierra adentro a un pueblo, que en aquel tiempo estaba muy poblado, y había otros muchos pueblos en aquella comarca, el cual pueblo se dice Naco, que ahora está destruido él y todos los demás: y esto digo, porque yo los vi, y me hallé en ellos, y en San Gil de Buenavista, y en el Río de Pichin, y en el río de Balama, y lo he andado en el tiempo que fui con Cortés, según más largamente lo diré cuando venga su tiempo y lugar. Volvamos a nuestra relación, que ya que el Cristóbal de Olid estaba de asiento en Naco con sus prisioneros, y copia de soldados, desde allí enviaba a hacer entradas a otras partes, y envió por Capitán a un Briones, el cual Briones fue uno de los primeros consejeros para que se alzara el Cristóbal de Olid: y de suyo era bullicioso y aun tenía cortadas las asillas bajas de las orejas, y decía el mismo Briones, que estando en una fortaleza, siendo soldado, se las habían cortado, porque no se quería dar él, ni otros Capitanes, el cual Briones ahorcaron después en Guatemala por revolvedor y amotinador de ejércitos. Volvamos a nuestra relación: pues yendo por Capitán aquel Briones con gran nombre de su Majestad, y de Cortés, todos los que venían a favorecer la parte del Cristóbal de Olid, no osaron defenderle, antes luego los mandó prender el de las Casas; y después de hecho, se pregonó, que cualquiera persona que supiese de Cristóbal de Olid, y no le descubriese, muriese por ello, y luego se supo dónde estaba, y le prendieron, y se hizo proceso contra él, y por sentencia que entrambos a dos Capitanes dieron, le degollaron en la plaza de Naco, y así murió por haberse alzado por malos consejeros, con ser hombre muy esforzado, y sin mirar que Cortés le había hecho su Maese de Campo, y dado muy buenos Indios, y era casado con una Portuguesa que se decía Doña Filipa de Araujo, y tenía una hija en ella. Y porque en el capítulo pasado tengo dicho el estatura de Cristóbal de Olid, y facciones, y de qué tierra era, y qué condición tenía, en esto no diré más, sino que el Francisco de las Casas, y Gil González de Ávila se vieron libres, y su enemigo muerto, juntaron sus soldados entrambos a dos fueron Capitanes muy conformes, y el de las Casas pobló a Trujillo, y le puso aquel nombre, porque era él natural de Trujillo de Extremadura: y el Gil González envió mensajeros a San Gil de Buenavista, que dejaba poblada, a hacer saber lo que había pasado, y a mandar a su Teniente que se decía Armenta, que se estuviesen



poblados como los dejaba, y no hiciesen alguna novedad, porque iba a la Nueva España a demandar socorro, y ayuda de soldados a Cortés, y que presto volvería. Pues ya todo esto que he dicho concertado, acordaron entrambos Capitanes de venirse a México, a hacer saber a Cortés todo lo acaecido. Y dejarlo he aquí, hasta su tiempo y lugar, y diré lo que Cortés concertó sin saber cosa ninguna de lo pasado, que se hizo en Naco.



CAPÍTULO CLXXIV.

Cómo Hernando Cortés salió de México para ir camino de las Higueras en busca de Cristóbal de Olid, y de Francisco de las Casas, y de los demás Capitanes y soldados, y de los caballeros y Capitanes que sacó de México para ir en su compañía, y del aparato y servicio que llevó hasta llegar a la villa de Guacacualco, y de otras cosas que pasaron.

Como el Capitán Hernando Cortés había pocos meses que había enviado al Francisco de las Casas contra Cristóbal de Olid, como dicho tengo en el capítulo pasado, le pareció que por ventura no habría buen suceso la armada que había enviado, y también porque le decían que aquella tierra era rica en minas de oro, y a esta causa estaba muy codicioso, así por las minas, como pensativo en los contrastes que podrían acaecer a la armada, poniéndosele por delante las desdichas que en tales jornadas la mala fortuna suele acarrear; y como de su condición era de gran corazón, habíase arrepentido por haber enviado al Francisco de las Casas, sino haber ido él en persona, y no porque no conocía muy bien que el que envió era varón para cualquiera cosa de afrenta: y estando en estos pensamientos acordó de ir, y dejó en México buen recaudo de artillería, así en las fortalezas, como en las atarazanas, y dejó por Gobernadores en su lugar como Tenientes al Tesorero Alonso de Estrada, y al Contador Albornoz, y si supiera que el Contador Albornoz hubo escrito a Castilla a su Majestad, diciendo mucho mal de él no le dejara tal poder, y aún no sé yo como le aviniera por ello: y dejó por su Alcalde mayor al Licenciado Zuazo, ya otras muchas veces por mí nombrado, y por Teniente de Alguacil mayor, y su Mayordomo de todas sus haciendas a un Rodrigo de Paz su deudo, y dejó el mayor recaudo que pudo en México, y encomendó a todos aquellos oficiales de la hacienda de su Majestad, a quien dejaba el cargo de la Gobernación, que tuviesen muy grande cuidado de la conversión de los naturales, y asimismo lo encomendó a un Fray Toribio Motolinea de la Orden del Señor San Francisco, y al Padre Fray Bartolomé de Olmedo, de mí tantas veces nombrado, Fraile de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y que tenía mucha mano, y estimación en todo México; y lo merecía, porque era muy buen Fraile y Religioso; y les encargó que mirasen no se alzase México ni otras provincias: y porque quedase más pacífico, y sin cabeceras de los mayores Caciques, trajo consigo al mayor de México, que se decía



Guatemuz, otras muchas veces por mí memorado, que fue el que nos dio guerra cuando ganamos a México; y también al Señor de Tacuba, y a un Juan Velázquez Capitán del mismo Guatemuz, y a otros muchos principales y entre ellos a Tapiezuela que era muy principal; y aun de la provincia de Mechoacán trajo otros Caciques, y a Doña Marina la lengua, porque Jerónimo de Aguilar ya había fallecido, y trajo en su compañía muchos caballeros y Capitanes vecinos de México, que fueron Gonzalo de Sandoval que era Alguacil mayor, y Luis Marín, y Francisco Marmolejo, Gonzalo Rodríguez de Ocampo, Pedro de Ircio, Avalos, y Saavedra, que eran hermanos, y un Palacios Rubios, y Pedro de Saucedo el Romo, y Jerónimo Ruiz de la Mota, Alonso de Grado Santa Cruz Burgalés, Pedro de Solís Casquete, que así le llamábamos, Juan Jaramillo, Alonso Valiente, y un Navarrete, y un Serna, y Diego de Mazariegos primo del Tesorero, y Gil Gonzalez de Venavides, y Hernán López de Ávila, y Gaspar de Garnica, y otros muchos que no se me acuerdan sus nombres; y trajo a Fray Juan de las Varillas el de Salamanca Fraile de la Merced y un Clérigo, y dos Frailes Franciscos Flamencos buenos Teólogos que predicaban, y trajo por Mayordomo a un Carranza, y por Maestresala a Juan de Yaso, y a un Rodrigo Mañueco, y por botiller a Cerván Bejarano, y por repostero a un fulano de San Miguel, que solía vivir en Guaxaca, por despensero a un Guinea, que asimismo fue vecino de Guaxaca, y trajo grandes vajillas de oro y de plata, y quien tenía cargo de la plata era un Tello de Medina, y por Camarero un Salazar natural de Madrid, por Médico a un Licenciado Pedro López, vecino que fue de México, y Cirujano a Maese Diego de Pedraza, y otros muchos pajes, y uno de ellos era Don Francisco de Montejo, el cual fue Capitán en Yucatán el tiempo andando, no digo al Adelantado su padre; y dos pajes de lanza, que el uno se decía Puebla, y ocho mozos de espuelas, y dos cazadores halconeros que se decían Perales, y Garci Caro, y Álvaro Montañés: y llevó cinco chirimías y sacabuches, y dulzainas, y un volteador, y otro que jugaba de manos, y hacia títeres, y Caballerizo Gonzalo Rodríguez de Ocampo, y acémilas con tres acemileros Españoles, y una gran manada de puercos que venían comiendo por el camino: y venían con los Caciques que dicho tengo sobre tres mil Indios Mexicanos con sus armas de guerra, sin otros muchos que eran de su servicio de aquellos Caciques: y ya que estaba Cortés de partida para venir su viaje, viendo el Factor Salazar, y el Veedor Chirinos que quedaban en México, que no les dejaba Cortés cargo ninguno, ni se hacía tanta cuenta de ellos como quisieran, acordaron de hacerse muy amigos del Licenciado



Zuazo y de Rodrigo de Paz, de todos los amigos y viejos conquistadores de Cortés que quedaban en México, y todos juntos le hicieron un requerimiento a Cortés que no salga de México, sino que gobierne la tierra, y le ponen por delante que se alzaré toda la Nueva España, y sobre ello pasaron grandes pláticas y respuestas de Cortés a los que le hacían el requerimiento; y de que no le pudieron convencer a que se quedase, dijo el Factor y el Veedor que le querían venir a servir, y acompañarle hasta Guacacualco, que por allí era su viaje. Pues ya partidos de México de la manera que he dicho¹, saber yo decir los grandes recibimientos y fiestas que en todos los pueblos por donde pasaban se les hacía, fuera cosa maravillosa: y más se le juntaron en el camino otros cincuenta soldados, y gente extravagante nuevamente venidos de Castilla; y Cortés les mandó ir por dos caminos hasta Guacacualco, porque para todos juntos no habría tantos bastimentos. Pues yendo por sus jornadas el Factor, Gonzalo de Sandoval y el Veedor, le iban haciendo mil servicios a Cortés, en especial el Factor, que cuando con Cortés hablaba, estaba la gorra quitada hasta el suelo, y con muy grandes reverencias y palabras delicadas, y de grande amistad, con retórica muy subida le iba diciendo que se volviese a México, y no se pusiese en tan largo y trabajoso camino, y poniéndole por delante muchos inconvenientes, y aun algunas veces por complacerle iba cantando por el camino junto a Cortés, y decía en los cantares, *ay tío, volvámonos, ay tío volvámonos*: y respondía Cortés cantando, *adelante mi sobrino, adelante mi sobrino, no creáis en agüeros, que será lo que Dios quisiere, adelante mi sobrino, &c.* Dejemos de hablar en el Factor, y de sus blandas y delicadas palabras, y diré, cómo en el camino en un pueblezuelo de un Ojeda el tuerto, cerca de otro pueblo que se dice Orizaba, se casó Juan Jaramillo con Doña Marina la lengua delante de testigos. Pasemos adelante, y diré cómo iban camino de Guacacualco, y llegan a un pueblo grande que se dice Guazpaltepeque, que era de la Encomienda de Gonzalo de Sandoval, y como lo supimos en Guacacualco, que venía Cortés con tanto caballero, así Alcalde mayor como Capitanes, y todo el Cabildo, y Regidores, fuimos treinta y tres leguas a recibirle, y darle el para bien venido, como quien va a ganar beneficio; y esto digo aquí para que vean los curiosos lectores, y otras personas, cuán tenido y aun temido estaba Cortés, porque no se hacía más de lo que él quería, ahora sea bueno o malo: y desde Guazpaltepeque fue caminando a nuestra villa, y en un río grande que hay en el camino

¹ Cortés partió de México en el mes de Octubre de 1524. Gómara. *Crónica de la Nueva España*.



comenzó a tener contrastes, porque al pasar se le trastornaron tres canoas, y se le perdió cierta plata y ropa, y aun al Juan Jaramillo se le perdió la mitad de su fardaje, y no se pudo sacar cosa ninguna, a causa que estaba el río lleno de lagartos muy grandes: y desde allí fuimos a un pueblo que se dice Uluta, y hasta llegar a Guacacualco le fuimos acompañando, y todo por poblado; y quiero decir el gran recaudo de canoas que teníamos ya mandado que estuviesen aparejadas, y atadas de dos en dos en el gran río junto a la villa, que pasaban de trescientas. Pues el gran recibimiento que le hicimos con arcos triunfales, y con ciertas emboscadas de Cristianos y Moros, y otros grandes regocijos e invenciones de fuegos, y le aposentamos lo mejor que pudimos, así a Cortés como a todos los que traía en su compañía: y estuvo allí seis días, y siempre el Factor le iba diciendo que se volviese del camino que iba, y que mirase a quién dejaba en su poder, que tenía al Contador por muy revoltoso, y doblado, amigo de novedades, y que el Tesorero se jactaba que era hijo del Rey Católico, y que no sentía bien de algunas cosas de pláticas que en ellos vio que hablaban en secreto después que le dio el poder, ni aun de antes: y además de esto ya en el camino tenía Cortés cartas que enviaban desde México, diciendo mal de su gobernación de los que dejaba, y de ello avisaban al Factor sus amigos, y sobre ello decía el Factor a Cortés que también sabría él gobernar, y el Veedor que allí estaba delante, como los que dejaba en México, y se le ofrecieron muy servidores, y decía tantas cosas melosas, y con tan amorosas palabras que le convenció, para que le diesen poder al Factor y al Veedor Chirinos para qué fuesen Gobernadores, y fue con esta condición; que si viesen que el Estrada y el Albornoz no hacían lo que debían al servicio de nuestro Señor y de su Majestad gobernasen ellos solos. Estos poderes fueron causa de muchos males y revueltas que hubo en México, como diré de que haya pasado cuatro capítulos, y hayamos hecho un muy trabajoso camino, y hasta haberle acabado, y estar en una villa que se llama Trujillo, no contaré en esta relación lo acaecido en México: pero diré que el Padre Fray Bartolomé de Olmedo y los Frailes de San Francisco, murmuraban de Cortés, porque había dado estos poderes, y decían que plegue a Dios no haya Cortés arrepentimiento de ello, y no decían muy mal, como luego veremos: pero poco importó que ellos lo murmurasen, que no hacía Cortés mucha monta de ellos, aunque eran buenos Frailes, porque no los tenía tanta voluntad como al Padre Fray Bartolomé de Olmedo, que era siempre su consejero. Pero dejemos esto, y diré que cuando se despidieron el Factor y el Veedor de Cortés para volverse a México,



con cuántos cumplimientos y abrazos; y tenía el Factor una manera como de sollozos, que parecía que quería llorar al despedirse, y con sus provisiones en el seno de la manera que él las quiso notar; y el Secretario que se decía Alonso Valiente, que era su amigo, las hizo; vuélvense para México, y con ellos Hernán López de Ávila que estaba malo de dolores, y tullido de babas. Y dejémoslos ir su camino, que no tocaré en esta relación en cosa ninguna de los grandes alborotos y cizañas que en México hubo hasta su tiempo y lugar, desde que hubiéremos llegado con Cortés todos los caballeros por mí nombrados, con otros muchos que salimos de Guacacualco, y hasta que ya hayamos hecho esta tan trabajosa jornada, que estuvimos en punto de perdersnos, según adelante diré: y porque en una sazón acaecen dos o tres cosas, y por no quebrar el hilo de lo uno por decir de lo otro, acordé de seguir el demuestro el de nuestro trabajosísimo camino².

² Esta expedición de Cortés a Higueiras, o Honduras, o mejor diré peregrinación, de que va a tratar Castillo, es de las más largas, trabajosas, y difíciles que se han visto; una jornada de quinientas leguas, atravesando espesas montañas, ríos caudalosos, ciénagas profundas, páramos horribles, sufriendo ardentísimos calores, hambres extremas, y todo género de trabajos caracteriza el espíritu firme de Cortés que le conducía a reprimir, y castigar la osadía de un Oficial que se le alzó.



CAPÍTULO CLXXV.

De lo que Cortés ordenó, después que se volvió el Factor y Veedor a México, y del trabajo que llevamos en el largo camino, y de los grandes puentes que hicimos, y hambre que pasamos en dos años y tres meses que tardamos en este viaje.

Después de despedidos el Factor y el Veedor, lo primero que mandó Cortés fue escribir a la Villa Rica a un su Mayordomo, que se decía Simón de Cuenca, que cargase dos navíos que fuesen de poco porte, de bizcocho de maíz, porque en aquella sazón no se cogía pan de trigo en México, y seis pipas de vino, y aceite y vinagre, y tocinos, herraje, y otras cosas de bastimentos, y mandó que se fuesen costa a costa del Norte, y que le escribiría, y haría saber dónde había de aportar, y que el mismo Simón de Cuenca viniese por Capitán: y luego mandó que todos los vecinos de Guacacualco fuésemos con él, que no quedaron sino los dolientes. Ya he dicho otras veces que estaba poblada aquella villa de los Conquistadores más antiguos de México, y todos los más hijosdalgo que se habían hallado en las conquistas pasadas de México; y en el tiempo que habíamos de reposar de los grandes trabajos, y procurar de haber algunos bienes y granjerías, nos mandó ir jornada, de más de quinientas leguas, y toda la más tierra por donde íbamos de guerra, y dejamos perdido cuanto teníamos, y estuvimos en el viaje más de dos años y tres meses. Pues volviendo a nuestra plática, ya estábamos todos apercebidos con nuestras armas y caballos, que no le osábamos decir de no, y ya que alguno se lo decía, por fuerza le hacía ir; y éramos por todos, así los de Guacacualco, como los de México, sobre doscientos y cincuenta soldados, y los ciento y treinta de a caballo, y los demás escopeteros y ballesteros, sin otros muchos soldados nuevamente venidos de Castilla; y luego me mandó a mí que fuese por Capitán de treinta Españoles y de tres mil Indios Mexicanos, y fuese a unos pueblos que estaban de guerra, que se decían Cimatán, y que en aquellos pueblos mantuviese los tres mil Indios Mexicanos, y si los naturales de aquella provincia estuviesen de paz, o se viniesen a someter al servicio de su Majestad, que no les hiciese enojo, ni fuerza ninguna, salvo mandar dar de comer a aquellas gentes, y si no quisiesen venir, que los enviase a llamar tres veces de paz de manera que lo entendiesen muy bien, y por ante un escribano que iba conmigo y testigos; y si no quisiesen venir que les diese guerra, y para ello me dio poder, y sus instrucciones, las cuales tengo hoy día firmadas de su nombre, y de su Secretario



Alonso Valiente; y así hice aquel viaje como lo mandó, quedando de paz aquellos pueblos: más de ahí a pocos meses, como vieron que quedaban pocos Españoles en Guacacualco, e íbamos los Conquistadores con Cortés, se tornaron a alzar, y luego salí con mis soldados Españoles, e Indios Mexicanos al pueblo donde Cortés mandó que saliese, que se decía Iquinuapa. Volvamos a Cortés, y a su viaje, que salió de Guacacualco, y fue a Tonalá que hay ocho leguas, y luego pasó un río en canoas, y fue a otro pueblo que se dice el Ayagualulco, y pasó otro río en canoas, y desde el Ayagualulco pasó siete leguas de allí un estero que entra en la mar, y le hicieron un puente que había de largo cerca de medio cuarto de legua, cosa espantosa cómo lo hicieron en el estero, porque siempre Cortés enviaba adelante dos Capitanes de los vecinos de Guacacualco, y uno de ellos se decía Francisco de Medina hombre diligente, que sabía muy bien mandar a los naturales de esta tierra. Pasada aquel gran puente, fue por unos pueblezuelos hasta llegar a otro gran río, que se dice Mazapa, que es el que viene de Chiapa, que los marineros llaman río de dos bocas; allí tenían muchas canoas atadas de dos en dos; y pasado aquel gran río, fue por otros pueblos, adonde yo salí con mi compañía de soldados, que se dice Iquinuapa, como dicho tengo, y desde allí pasó otro río en puentes que hicimos de maderos, y luego un estero, y llegó a otro gran pueblo que se dice Copilco, y desde allí comienza la provincia que llaman la Chontalpa, y estaba toda muy poblada, y llena de huertas de cacao, y muy de paz; y desde Copilco pasamos por Nacaxuxuica, y llegamos a Zagután, y en el camino pasamos otro río por canoas. Aquí se le perdió a Cortés cierto herraje, y este pueblo cuando a él allegamos estaba de paz, y luego a la noche se fueron huyendo los moradores de él, y se pasaron de la parte de un gran río entre unas ciénagas; y mandó Cortés que les fuésemos a buscar por los montes, que fue cosa bien inconsiderada, y sin provecho aquello que mandó; y los soldados que los fuimos a buscar pasamos aquel gran río con harto trabajo, y trajimos siete principales, y gente menuda, mas poco aprovecharon, que luego se volvieron a huir, y quedamos solos y sin guías. En aquella sazón vinieron allí los Caciques de Tabasco con cincuenta canoas cargadas de maíz y bastimentos: también vinieron unos Indios de los pueblos de mi Encomienda, que en aquella sazón yo tenía, y trajeron cargadas ciertas canoas de bastimentos, los cuales pueblos se dicen Teapán y fuimos a Tepetitán, e Iztapa, y en el camino había un río muy caudaloso que se dice Chilapa, y estuvimos cuatro días en hacer barcas. Yo dije a Cortés, que el río arriba por



relación que tenía, había un pueblo que se dice Chilapa, que es del nombre del mismo río, que sería bien enviar cinco Indios de los que traíamos por guías en una canoa quebrada que allí hallamos, y les enviase a decir, que trajesen canoas, y con los cinco Indios fue un soldado, y como se lo dije a Cortés, y así lo mandó: y fueron el río arriba, y toparon dos Caciques, que traían seis grandes canoas y bastimentos; y con aquellas canoas y barcas pasamos, y estuvimos cuatro días en el pasaje: y desde allí fuimos a Tepetitán, y lo hallamos despoblado y quemadas las casas, y según supimos les habían dado guerra otros pueblos, y llevado mucha gente cautiva, y quemado el pueblo de pocos días pasados, y en todos los tres días que anduvimos de camino, después de pasado el río de Chilapa, era muy cenagoso, y atollaban los caballos, hasta las cinchas, y había muy grandes campos, y desde allí fuimos a otro pueblo que se dice Iztapa, y de miedo se fueron los Indios, y se pasaron de la parte de otro río muy caudaloso, y los fuimos a buscar, y trajimos los Caciques y muchos Indios con sus mujeres e hijos, y Cortés les habló con halagos, y mandó que les volviésemos cuatro Indias y tres Indios que les habíamos tomado en los montes, y en pago de ello, y de buena voluntad trajeron presentadas a Cortés ciertas piezas de oro de poca valía: y estuvimos en este pueblo tres días, porque había buena yerba para los caballos, y mucho maíz, y decía Cortés que era buena tierra para poblar allí una villa; porque tenía nueva que en los alrededores había buenas poblaciones para servicio de la tal villa: y en este pueblo de Iztapa se informó Cortés de los Caciques y mercaderes de los naturales del mismo pueblo, el camino que habíamos de llevar; y aun les mostró Cortés un paño de nequen que traía de Guacacualco, donde venían señalados todos los pueblos del camino por donde habíamos de ir hasta Huyacala, que en su lengua se dice la gran Acala, porque había otro pueblo que se decía Acata la chica; y allí dijeron que en todo lo más de nuestro camino había muchos ríos y esteros, y para llegar a otro pueblo que se dice Tamaztepeque, había otros tres ríos y un gran estero, y que habíamos de estar en el camino tres jornadas: y desde que aquello entendió Cortés, y supo de los ríos, les rogó que fuesen todos los Caciques a hacer puentes, y llevasen canoas, y no lo hicieron, y con maíz tostado y otras legumbres, hicimos mochila para los tres días, creyendo que era como lo decían, y por echarnos de sus casas dijeron que no había más jornada, y había siete jornadas, y hallamos los ríos sin puentes ni canoas, y hubimos de hacer un puente de muy gruesos maderos por donde pasaron los caballos, y todos nuestros soldados y Capitanes fuimos en cortar la madera



y acarrearla, y los Mexicanos ayudando lo que podían, y estuvimos en hacerla tres días, que no teníamos que comer sino yerbas, y unas raíces de unas que llaman en esta tierra quecuexque, montesinas, las cuales nos abrasaron las lenguas y bocas. Pues ya pasado aquel esterón no hallábamos camino ninguno, y hubimos de abrirle con las espada a manos, y anduvimos dos días por el camino que abrimos, creyendo que iba derecho al pueblo: y una mañana tomamos al mismo camino que abrimos, y desde que Cortés lo vio quería reventar de enojo, y como oyó el murmurar del mal que decían de él, y aun de su viaje, con la gran hambre que había, y que no miraba más de su apetito, sin pensar bien lo que hacía, y que era mejor que nos volviésemos para México, que no morir todos de hambre. Pues otra cosa había, que eran los montes muy altos en demasía y espesos, y a mala vez podíamos ver el cielo: pues ya que quisiesen subir en algunos árboles para atalayar la tierra, no veían cosa ninguna, según eran muy cerradas todas las montañas, y las guías que traíamos, las dos se huyeron, y la otra que quedaba estaba malo, que no sabía dar razón de camino, ni de otra cosa; y como Cortés en todo era diligente, y por falta de solicitud no se descuidaba, traíamos una aguja de marear, y a un piloto que se decía Pedro López, y con el dibujo del paño que traíamos de Guacacualco, donde venían señalados los pueblos, mandó Cortés que fuésemos con el aguja por los montes, y con las espadas abríamos caminos hacia el este, que era la señal del paño donde estaba el pueblo³: y aun dijo Cortés, que si otro día estábamos sin dar en pueblo que no sabía que hiciésemos: y muchos de nuestros soldados, y aun todos los más deseábamos volvernos a la Nueva España, y todavía seguíamos nuestra derrota por los montes, y quiso Dios que vimos, unos árboles antiguamente cortados, y luego una vereda chica, y yo y el Pedro López que íbamos delante abriendo camino con otros soldados, volvimos a decir a Cortés que se alegrase que había estancias, con lo cual todo nuestro ejército tomó mucho contento; y antes de llegar a las estancias estaba un río y ciénagas, mas con harto trabajo lo pasamos de presto, y dimos en el pueblo que aquel día se había despoblado, y hallamos muy bien de comer maíz y frísoles, y otras legumbres, y como íbamos muertos de hambre nos dimos buena hartazga, y aun los caballos se reformaron, y por todo dimos muchas gracias a Dios, y ya en el camino se había muerto el volteador que llamábamos ya por mí nombrado, y otros tres Españoles

³ Los de Tabasco, y Xicalanco dieron a Cortés un dibujo de algodón, en que estaba pintado todo el camino hasta Naco, y Nito, con todos los ríos, y sierras que habían de pasar, todos los lugares grandes, y las ventas donde hacían jornada, cuando iban a las ferias. Gómara. *Crónica de la Nueva España*, cap. 167.



de los recién venidos de Castilla: pues Indios de los de Mechoacán y Mexicanos morían muchos, y otros muchos caían malos, y se quedaban en el camino como desesperados. Pues como estaba despoblado aquel pueblo, y no teníamos lengua, ni quien nos guiase, mandó Cortés que fuésemos dos Capitanes por los montes y estancias a buscarlos, y en unas canoas que estaban en un gran río junto al pueblo, fueron otros soldados, y dieron con muchos Indios de aquel pueblo, y con buenas palabras, y halagos vinieron sobre treinta de ellos, y todos los más Caciques, y Papas, y Cortés les habló amorosamente con Doña Marina, y trajeron mucho maíz, y gallinas, y señalaron el camino que habíamos de llevar hasta otro pueblo, que se dice Izguatepeque, el cual estaba tres jornadas, que serían diez y seis leguas, y antes de llegar a él estaba otra pueblo sujeto de este Tamaztepeque donde salimos. Antes que pase más adelante quiero decir, que con gran Hambre que traíamos así Españoles como Mexicanos, pareció ser que ciertos Caciques de México apañaron dos o tres Indios de los pueblos que dejamos atrás, y los traían escondidos con sus cargas, a manera y traje como ellos, y con la hambre en el camino los mataron, y los asaron en hornos, que para ello hicieron debajo de tierra, y con piedras, como en su tiempo lo solían hacer en México, y se los comieron: y asimismo habían apañado las dos guías que traíamos, que se habían huido, y se los comieron, y lo alcanzó a saber Cortés, y mandó llamar a los Caciques Mexicanos, y riñó malamente con ellos, que si otra tal hacían, que los castigaría: y predicó un Fraile Francisco de los que traíamos, cosas muy santas y buenas, y de que hubo acabado el Sermón, mandó Cortés por justicia quemar a un Indio Mexicano, por la muerte de los Indios que comieron, puesto que supo que todos eran culpantes en ello, porque pareciese que hacía justicia, y que él no sabía de otros culpantes, sino el que quemó. Dejemos de contar muy por extenso otros muchos trabajos que pasábamos, y cómo las chirimías, y sacabuches, y dulzainas que Cortés traía, que otra vez hecho memoria de ello, como en Castilla eran acostumbrados a regalos, y no sabían de trabajos, y con la hambre habían adolecido, y no le daban música, excepto uno, y renegábamos todos los soldados de oírlo, y decíamos que parecían zorros, o adives que, aullaban, que más valiera tener maíz que comer que música. Volvamos a nuestra relación, y diré como algunas personas me han preguntado, que cómo habiendo tanta hambre como dicho tengo, porque no comíamos la manada de los puercos que traían para Cortés, pues a la necesidad de hambre no hay ley, y viendo la hambre que había, que Cortés los había de



mandar repartir por todos en tales tiempos: a esto digo, que ya había echado fama uno que venía por dispensero y mayordomo de Cortés, que se decía Guinea, y era hombre doblado, y hacia encreyente que en los ríos al pasar de ellos los habían comido tiburones y lagartos, y porque no los viésemos, venían siempre cuatro jornadas atrás rezagados: y además de esto, para tantos soldados como éramos, para un día no había en todos ellos, y a esta causa no se comieron; y además de esto para no enojar a Cortés. Dejemos esta plática, y diré que siempre por los pueblos y caminos por donde pasábamos, dejábamos puestas Cruces donde había árboles para labrarse, en especial ceibas, y quedaban señaladas las cruces, y son más fijas hechas en aquellos árboles, que no de maderos, porque crece la corteza, y quedan más perfectas, y quedaban cartas en partes que las pudiesen leer, y decía en ellas: Por aquí pasó Cortés en tal tiempo, y esto se hacía, porque si viniesen otras personas en nuestra busca, supiesen cómo íbamos adelante. Volvamos a nuestro camino para ir a Ciguatpeca, que fueron con nosotros sobre veinte Indios de aquel pueblo de Tamaztepeque, y nos ayudaron a pasar dos ríos, y en barcas, y en canoas, y aún fueron por mensajeros a decir a los Caciques del pueblo donde íbamos, que no hubiesen miedo, que no les haríamos ningún enojo: y así aguardaron en sus casas muchos de ellos, y lo que allí pasó diré adelante.



CAPÍTULO CLXXVI.

Cómo desde que hubimos llegado al pueblo de Ciguatoteca envió Cortés por Capitán a Francisco de Medina, para que tomando a Simón de Cuenca viniesen con los dos navíos, ya otra vez por mí memorados, al Triunfo de la Cruz al Golfo Dulce, y de lo que más pasó.

Pues como hubimos llegado a este pueblo que dicho tengo, Cortés halagó mucho a los Caciques, y Principales, y les dio buenos chalchihuites de México, y se informaron a qué parte salía un río muy caudaloso y recio, que junto a aquel pueblo pasaba, y le dijeron que iba a dar en unos esteros donde había una población que se dice Gueyatata, y que junto de él estaba otro gran pueblo que se dice Xicalango: le pareció a Cortés, que sería bien luego enviar a dos Españoles en canoas, para que saliesen a la costa del Norte, y supiesen del Capitán Simón de Cuenca, y sus dos navíos, que había mandado cargar de vituallas para el camino que dicho tengo; y le escribió haciéndole saber de nuestros trabajos, y que saliese por la costa adelante: y después de bien informado, cómo podría ir por aquel río hasta las poblaciones por mí dichas, envió dos españoles, y el más principal de ellos, que ya le he nombrado otras veces, se decía Francisco de Medina, y le dio poder para ser Capitán, juntamente con el Simón de Cuenca, que este Medina era muy diligente, y tenía lengua de toda la tierra: y éste fue el soldado que hizo levantar el pueblo de Chamula cuando fuimos con el Capitán Luis Marín a la conquista de Chiapa, como dicho tengo en el capítulo que de ello habla: y valiera más, que tal poder nunca le diera Cortés, por lo que adelante acaeció, y es: que fue por el río abajo, hasta que llegó a donde el Simón de Cuenca estaba con sus dos navíos en lo de Xicalango, esperando nuevas de Cortés; y después de dadas las cartas de Cortés, presentó sus provisiones para ser Capitán, y sobre el mandar tuvieron palabras entre ambos Capitanes, de manera que vinieron a las armas, y de la parte del uno y del otro murieron todos los Españoles que iban en el navío, que no quedaron sino seis o siete: y cuando vieron los Indios de Xicalango, y Gueyatata aquella revuelta, dan en ellos, y los acabaron de matar a todos, y queman los navíos, que nunca supimos cosa ninguna de ellas, hasta de ahí a dos años y medio. Dejemos más de hablar en esto, y volvamos al pueblo donde estábamos, que se dice Ciguatoteca, y diré cómo los Indios principales dijeron a Cortés, que había desde allí a Gueyacala tres jornadas, y que en el camino había de pasar dos ríos, y el uno de



ellos era muy hondo y ancho, y luego había unos malos tremedales, y grandes ciénagas, y que si no tenía canoas, que no podría pasar caballos, ni aun ninguno de su ejército; y luego Cortés envió a dos soldados con tres Indios principales de aquel pueblo, para que se lo mostrasen, y tanteasen el río y ciénagas, y viesen de qué manera podríamos pasar, y que trajesen buena relación de ello, y se llamaban los soldados que envió Martín García, y era Valenciano, y Alguacil de nuestro ejército, y el otro se decía Pedro de Ribera, y el Martín García, que era a quien más se lo encomendó Cortés, vio los ríos, y con unas canoas chicas que tenían en el mismo río, lo vio y miró, que con hacer puentes podría pasar, y no curó de ver las malas ciénagas que estaban una legua adelante; y volvió a Cortés, y le dijo, que con hacer puentes podrían pasar, creyendo que las ciénagas no eran trabajosas, como después las hallamos; y luego Cortés me mandó a mí, y a un Gonzalo Mejía, y mandó que fuésemos con ciertos principales de Ciguatpecad a los pueblos de Acala, y que halagásemos a los Caciques, y con buenas palabras los atrajésemos para que no huyesen, porque aquella población de Acala eran sobre veinte pueblezuelos, de ellos en tierra firme, y otros en unas como isletas, y todo se andaba en canoas por ríos y esteros: y llevamos con nosotros los tres Indios de los de Ciguatpecad por guías, y la primera noche que dormimos en el camino se nos huyeron, que no osaron ir con nosotros, porque según después supimos eran sus enemigos, y tenían guerra unos con otros, y sin guías hubimos de ir, y con trabajo pasamos las ciénagas, y llegados al primer pueblo de Acala, puesto que estaban alborotados, y parecía estar de guerra, con palabras amorosas, y con darles unas cuentas los halagamos, y les rogamos que fuesen a Ciguatpecad a ver a Malinche, y le llevasen de comer. Pareció ser que el día que llegamos a aquel pueblo, no sabían nuevas ningunas de cómo había venido Cortés, y que traía mucha gente, así de a caballo como Mexicanos; a otro día tuvieron nueva de Indios mercaderes, del gran poder que traía, y los Caciques mostraron más voluntad de enviar comida que cuando llegamos, y dijeron, que cuando hubiese llegado a aquellos pueblos, le servirían, y harían lo que pudiesen en darle de comer: y en cuanto a ir a donde estaba, que no querían ir, porque eran sus enemigos: pues estando que estábamos en estas pláticas con los Caciques, vinieron dos Españoles con cartas de Cortés, en que me mandaba, que con todo el bastimento que pudiese haber saliese de allí a tres días al camino con ello, por causa que ya le habían despoblado toda la gente de aquel pueblo, donde le había dejado, y me hizo saber que venía ya camino de Acala, y que no había



traído maíz ninguno, ni lo hallaba, y que pusiese mucha diligencia en que los Caciques no se ausentasen; y también los Españoles que me trajeron las cartas, me dijeron cómo Cortés había enviado el río arriba de Ciguatpecad cuatro Españoles, y los tres de ellos de los nuevamente venidos de Castilla en canoas a demandar bastimento a otros pueblos, que decían que estaban allí cerca, y que no habían vuelto, y que creían que los habían muerto, y salió así verdad. Volvamos a Cortés que comenzó de caminar, y en dos días llegó al gran río que ya otras veces he dicho, y luego puso mucha diligencia en hacer un puente, y fue con tanto trabajo, y con maderos gruesos, y grandes, que después de hecho se admiraron los Indios de Acala del haber de tal manera puesto los maderos, y se estuvo en hacer cuatro días; y como salió Cortés del pueblo, ya otras veces por mi nombrado, con todos sus soldados, no traían maíz ni bastimento, y con los cuatro días que estuvo en el camino pasaron muy gran hambre, y trabajo; y lo peor de todo, que no sabían si adelante tendrían maíz, o si estaba de paz aquella provincia; aunque algunos soldados viejos se remediaban con cortar árboles muy altos, que parecen palmas, que tienen por fruta unas al parecer de nueces muy encarceladas, y aquellas asaban, y quebraban, y comían. Dejemos de hablar en esta hambre, y diré cómo la misma noche que acabaron de hacer el puente llegué yo con mis tres compañeros, y con ciento y treinta cargas de maíz, y ochenta gallinas, y miel, y frísoles, y sal, y otras frutas, y como llegué de noche ya que oscurecía, estaban todos los más soldados aguardando el bastimento, porque ya sabían que yo había ido a traerlo, y Cortés les decía a los Capitanes, y soldados, que tenía esperanza en Dios, que presto tendrían todos de comer, pues que yo había ido a Acala para traerlo, sino me habían muerto los Indios, como mataron a los otros cuatro Españoles que envió a buscar comida. Y volviendo a nuestra materia, así como llegué con el maíz, y bastimento al puente, como era de noche, cargaron todos los soldados de ello, y lo tomaron todo, que no dejaron a Cortés, ni a ningún Capitán, ni a Sandoval cosa ninguna, con dar voces: Dejadlo que es para el Capitán Cortés: y asimismo su Mayordomo Carranza, que así se llamaba, y el dispensero Guinea daban voces, y se abrazaban con el maíz, que les dejasen siquiera una carga, y como era de noche, le decían los soldados; buenos puercos habéis comido vosotros, y Cortés, y nos habéis visto morir de hambre, y no nos dabais nada de ellos, y no curaban de cosa que les decían, sino que todo se lo apañaban. Pues como Cortés supo que se lo habían tomado, y que no le dejaron cosa ninguna, renegaba de la



paciencia, y pateaba, y estaba tan enojado, que decía que quería hacer pesquisa, y castigar a quien se lo tomó, y dijeron lo de los puercos que comió. Y como vio, y consideró que el enojo era por demás, y dar voces en desierto, me mandó llamar a mí, y muy enojado me dijo, que cómo puse tal cobro en el bastimento. Yo le dije, que procurara su Merced de enviar adelante guardas para ello; y aunque él en persona estuviera guardándolo, se lo tomaran, porque le guarde Dios de la hambre, que no tiene ley: y como vio que no había remedio ninguno, y que tenía mucha necesidad, me halagó con palabras melosas, estando delante el Capitán Gonzalo de Sandoval, y me dijo: Oh señor hermano Bernal Díaz del Castillo, por amor de mí, que si dejaste algo escondido en el camino, que partáis conmigo, que bien creído tengo de vuestra buena diligencia, que traerías para vos, y para vuestro amigo Sandoval. Y como oí sus palabras, y de la manera que lo dijo, hube lástima de él; y también Sandoval me dijo: pues yo juro a tal tampoco tengo un puño de maíz que tostar, y hacer cacalote, y entonces concerté, y dije, que conviene que esta noche al cuarto de la modorra, después que esté reposado el Real, vamos por doce carros de maíz, y veinte gallinas, y tres jarros de miel, y frísoles, y sal, dos Indias para hacer pan, que me dieron en aquellos pueblos para mí, y hemos de venir de noche, que nos lo arrebataran en el camino los soldados, y esto hemos de partir entre v. merced y Sandoval, y yo, y mi gente; y el se holgó en el alma, y me abrazó, y Sandoval dijo, que quería ir aquella noche conmigo por el bastimento, y lo trajimos, con que pasaron aquella hambre, y también le di una de las dos Indias a Sandoval: y preguntó Cortés si los Frailes tenían qué comer, y yo le respondí, que cuidaba Dios mejor de ellos, que él, porque todos los soldados les daban de lo que habían tomado por la noche, y que no morirían de hambre. He traído aquí esto a la memoria, para que vean en cuánto trabajo se ponen los Capitanes en tierras nuevas, que a Cortés que era muy temido, no le dejaron maíz que comer, y que el Capitán Sandoval no quiso fiar de otro la parte que le había de caber, que él mismo fue conmigo por ello, teniendo muchos soldados que pudiera enviar. Dejemos de contar del gran trabajo del hacer del puente, y de la hambre pasada, y diré como obra de una legua adelante dimos en las ciénagas muy malas, y eran de tal manera, que no aprovechaba poner maderos, ni ramos, ni hacer otra manera de remedios para poder pasar los caballos que atollaban todo el cuerpo sumido en las grandes ciénagas, que creímos no escapar ninguno de ellos, sino que todos quedarían allí muertos, y todavía porfiamos de ir adelante, porque estaba obra de medio



tiro de ballesta tierra firme, y buen camino, y como iban los caballos con tanto trabajo, y se hizo un callejón por la ciénaga de lodo, y agua, que pasaron sin tanto riesgo de quedarse muertos, puesto que iban a veces medio a nado entre aquella ciénaga, y el agua: pues ya llegados en tierra firme, dimos gracias a Dios por ello, y luego Cortés me mandó que con brevedad volviese a Acala, y que pusiese gran recaudo en los Caciques que estuviesen de paz, y que luego enviase al camino bastimento, y así lo hice, que el mismo día que llegué a Acala de noche envié tres Españoles que iban conmigo con más de cien Indios cargados de maíz y otras cosas, y cuando Cortés me envió por ello, dije, que mirase que él en persona lo aguardase, no lo tomasen como la otra vez; y así lo hizo, que se adelantó con Sandoval, y Luis Marín, y lo hubieron todo, y lo repartieron, y otro día, a obra de medio día, llegaron a Acala, y los Caciques le fueron a dar el bien venido, y le llevaron bastimento; y dejarlo he aquí, y diré lo que más pasó.



CAPÍTULO CLXXVII.

De lo que Cortés entendió después de llegado a Acala, y como en otro pueblo más adelante, sujeto al mismo Acala, mando ahorcar a Guatemuz gran Cacique de México, y a otro Cacique Señor de Tacuba, y la causa por qué; y otras cosas que pasaron.

Desde que Cortés hubo llegado a Gueyacala, que así se llamaba, y los Caciques de aquel pueblo le vinieron de paz, y les habló con Doña Marina la lengua, de tal manera, que al parecer se holgaban, y Cortés les daba cosas de Castilla, y trajeron maíz, y bastimento, y luego mandó llamar todos los Caciques, y se informó de ellos del camino que habíamos de llevar; y les preguntó, que si sabían de otros hombres como nosotros con barbas, y caballos; y si habían visto navíos ir por la mar, y dijeron que ocho jornadas de allí había muchos hombres con barbas, y mujeres de Castilla, y caballos, y tres acales (que en su lengua acales llaman a los navíos) de la cual nueva se holgó Cortés de saber; y preguntando por los pueblos, y camino por donde habíamos de ir, todo se lo trajeron figurado en unas mantas, y aun los ríos, y ciénagas, y atolladeros, y les rogó que en los ríos pusiesen puentes, y llevasen canoas, pues tenían mucha gente, y eran grandes poblaciones: y los Caciques dijeron, que puesto que eran sobre veinte pueblos, que no les querían obedecer todos los más de ellos, en especial unos que estaban entre unos ríos, y que era necesario que luego enviase de sus Teules, que así nos llamaban a los soldados, a hacerles traer maíz, y otras cosas, y que les mandase que los obedeciesen, pues que eran sus sujetos: y como aquello entendió Cortés, luego mandó a un Diego de Mazariegos primo del tesorero Alonso de Estrada, que quedaba por Gobernador en México, que porque viese, y conociese que Cortés tenía mucha cuenta de su persona, y le hacía honra de enviarle por Capitán a aquellos pueblos, y a otros comarcanos; cuando le envió secretamente le dijo, que porque él no entendía muy bien las cosas de la tierra, por ser nuevamente venido de Castilla, y no tenía tanta experiencia, por ser en cosa de Indios, que me llevase a mí en su compañía; y lo que yo le aconsejase no saliese de ello, y así lo hizo: y no quisiera escribir esto en esta relación, porque no pareciese que me jactaba de ello, y no lo escribiera, sino porque fue público en todo el Real, y después lo vi escrito de molde en unas cartas, y relaciones, que Cortés escribió a su Majestad, haciéndole saber todo lo que pasaba, y del viaje de Honduras; y



por esta causa lo escribo. Volvamos a nuestra materia: fuimos con el Mazariegos hasta ochenta soldados en canoas que nos dieron los Caciques, y cuando hubimos llegado a las poblaciones, todos de buena voluntad nos dieron de lo que tenían, y trajimos sobre cien canoas de maíz, y bastimento, y gallinas, y miel, y sal, y diez Indias que tenían por esclavas, y vinieron los Caciques a ver a Cortés; de manera, que todo el Real tuvo muy bien que comer, y de ahí a cuatro días se huyeron todos los más Caciques, que no quedaron sino tres guías, con los cuales fuimos nuestro camino, y pasamos dos ríos, el uno en puentes que luego se quebraron al pasar, y el otro en barcas, y fuimos a otro pueblo sujeto al mismo Acala, y estaba ya, despoblado, y allí buscamos comida, y maíz, que tenían escondido por los montes. Dejemos de contar nuestros trabajos, y caminos; y digamos cómo Guatemuz gran Cacique de México, y otros principales Mexicanos que iban con nosotros, habían puesto en plática, o lo ordenaban, de matarnos a todos, y volverse a México, y llegados a su ciudad juntar sus grandes poderes, y dar guerra a los que en México quedaban, y tornarse a levantar; y quien lo descubrió a Cortés, fueron dos grandes Caciques Mexicanos que se decían Tapia y Juan Velázquez. Este Juan Velázquez fue Capitán general de Guatemuz, cuando nos dieron guerra en México, y como Cortés lo alcanzó a saber, hizo información sobre ello, no solamente de los dos que lo descubrieron, sino de otros Caciques que eran en ello; y lo que confesaron era, que como nos veían ir por el camino descuidados y descontentos, y que, muchos soldados habían adolecido, y que siempre nos faltaba la comida, y que ya se habían muerto de hambre cuatro chirimías, y el volteador, y otros cinco soldados, y también se habían vuelto otros tres soldados camino de México, y se iban a su aventura por caminos por donde habían venido, y que más querían morir que ir adelante, que sería bien que cuando pasásemos algún río o ciénaga, dar en nosotros, porque eran los Mexicanos sobre tres mil, y traían sus armas y lanzas, y algunos con espadas: el Guatemuz confesó que así era como lo habían dicho los demás; empero que no salió de él aquel concierto, y que no sabe si todos fueron en ello, o se efectuaría, y que nunca tuvo pensamiento de salir con ello, sino solamente la plática que sobre ello hubo; y el Cacique de Tacuba dijo, que entre él y Guatemuz habían dicho, que valía más morir de una vez, que morir cada día en el camino, viendo la gran hambre que pasaban sus macechuelas y parientes. Y sin haber más probanzas, Cortés mandó ahorcar al Guatemuz, y al Señor de Tacuba, que era su primo, y antes que los ahorcasen, los



Frailes Franciscos, y el Mercenario fueron esforzándolos y encomendando a Dios con la lengua Doña Marina; y cuando le ahorcaron dijo el Guatemuz: oh Capitán Malinche, días había que yo tenía entendido, y había conocido tus falsas palabras, que esta muerte me habías de dar, pues yo no me la di cuando te entregaste en mi ciudad de México; ¿por qué me matas sin justicia? Dios te lo demande. El Señor de Tacuba dijo: que daba por bien empleada su muerte por morir junto con su Señor Guatemuz: y antes que los ahorcasen, los fue confesando Fray Juan el Mercenario, que sabía, como dicho he, algo de la lengua, y los Caciques les rogaban les encomendasen a Dios y que eran para Indios buenos Cristianos, y creían bien y verdaderamente: y yo tuve gran lástima del Guatemuz, y de su primo, por haberles conocido tan grandes Señores, y aun ellos me hacían honra en el camino en cosas que se me ofrecían, especial en darme algunos Indios para traer yerba para mi caballo. Y fue esta muerte que les dieron muy injustamente dada, y pareció mal a todos los que íbamos aquella jornada⁴. Volvamos a ir nuestro camino con gran concierto, por temor que los Mexicanos viendo ahorcar a su Señor no se alzasen; mas traían tanta mala aventura de hambre y dolencia, que no se les acordaba de ello: y después que los hubieron ahorcado, según dicho tengo, luego fuimos camino de otro pueblezuelo, y antes de entrar en él pasamos un río bien hondable en barcas, y hallamos el pueblo sin gente, quo aquel día se habían ido, y buscamos de comer por las estancias, y hallamos ocho Indios, que eran Sacerdotes de ídolos, y de buena voluntad se vinieron a su pueblo con nosotros; y Cortés les hablo con Doña

⁴ Gómara da por cierta la conjuración de Guatemuz: dice: "Llevaba Cortés consigo a Quahutimoc, y otros muchos Señores Mexicanos, porque no revolviesen la Ciudad, y tierra, y tres mil Indios de servicio y carga. Quahutimoc aflijido de tener guarda, y como tenía alientos de Rey, y veía los Españoles alejados de socorro, flacos del camino, metidos en tierra que no sabían, pensó matarlos por vengarse, especial a Cortés, y volverse a México, apellidando libertad, y alzarse por Rey, como solía ser: dio parte a los otros Señores, y avisó a los de México, para que en un mismo día matasen también ellos a los Españoles que allí había, pues no eran sino doscientos, y no tenían más de cincuenta caballos, y estaban reñidos, y en bandos: y si lo supiera hacer como pensar, no pensaba mal, porque Cortés llevaba pocos, y pocos eran los de México, y aquellos mal avenidos; había tan pocos entonces, por haber ido con Alvarado a Quahutemallam, con Casas a Higuera, y a las minas de Michuacán. Los de México se concertaron, para en viendo descuidados, o asidos los Españoles; y para el segundo mandamiento de Quahutimoc, hacían de noche gran ruido con sus atabales, huesos, caracoles, y bocinas: y como era más, y más ordinario, que antes tomaron sospecha los Españoles, y preguntaron la causa: recatáronse de ellos, no sé si por indicios, o por certificación, y salían siempre armados, y aun en las procesiones que hacían por Cortés, llevaban los caballos a par de sí, ensillados, y enfrenados. Mexicalcingo, que después se llamó Cristóbal, descubrió a Cortés la conjuración, y trato de Quahutimoc, mostrándole un papel con las figuras, y nombres de los Señores, que le urdían la muerte. Cortés loó mucho a Mexicalcingo, le prometió grandes mercedes, y prendió diez de aquellos que estaban pintados en el papel, sin que uno supiese de otro; les preguntó cuántos eran en aquella liga, diciendo al que examinaba cómo se lo había dicho, y a otros. Era tan cierto, según Cortés, que no podían negarlo, y así confesaron todos que Quahutimoc, Covancochcin, y Tepanquezatl habían movido aquella plática." Gómara, *Cron. de la Nueva Esp.*, cap. 170.



Marina para que llamasen sus vecinos, y que no hubiesen miedo; y que trajesen de comer, y ellos dijeron a Cortés, que le rogaban que mandase que no les llegasen a unos ídolos que estaban junto a la casa donde Cortés posaba, y que le traerían comida, y harían lo que pudiesen; y Cortés dijo, que él haría lo que decían, y que no llegarían a cosa ninguna, mas que para qué querían aquellas cosas de ídolos, que son de barro y de maderos viejos, y que eran cosas malas que les engañaban: y tales cosas les predicó con los frailes, y Doña Marina, que respondieron muy bien a lo que les decían, que los dejarían, y trajeron veinte cargas de maíz y unas gallinas: y Cortés se informó de ellos, que si sabían que tantos soles de allí había hombres con barbas como nosotros, y caballos; y dijeron que siete soles, que se decía el pueblo donde estaban los de a caballo Nito, y que ellos irían por guías hasta otro pueblo, y que habíamos de dormir una noche en despoblado antes de llegar a él: y Cortés les mandó hacer una Cruz en un árbol muy grande, que se dice Ceiba, que está junto a las casas adonde tenían los ídolos. También quiero decir, que como Cortés andaba mal dispuesto, aún muy pensativo y descontento del trabajoso camino que llevábamos, y como había mandado ahorcar a Guatemuz, y su primo el Señor de Tacuba, sin tener justicia para ello, y había cada día hambre, y que adolecían Españoles, y morían muchos Mexicanos, pareció ser que de noche no reposaba de pensar en ello, y se salió de la cama donde dormía a pasear en una sala, donde había ídolos, que era aposento principal de aquel pueblezuelo, donde tenían otros ídolos, y se descuidó y cayó más de dos estados abajo, y se descalabró la cabeza, y calló que no dijo cosa buena ni mala sobre ello, salvo curarse la descalabradura; y todo se lo pasaba y sufría: y otro día muy de mañana proseguimos a caminar con nuestras guías, y sin acontecer cosa que de constar sea, fuimos a dormir cabe un estero, y cerca de unos montes muy altos: y otro día fuimos por nuestro camino, y a hora de Misa mayor llegamos a un pueblo nuevo, y en aquel día se había despoblado y metido en unas ciénagas, y eran nuevamente hechas las casas, y de pocos días, y tenían en el pueblo hechas albarradas de maderos gruesos, y todo cercada de otros maderos muy recios, y hechas cavas hondas antes de la entrada en él, y dentro dos cercas, la una como barbacana, y con sus cubos y troneras; y tenían a otra parte por cerca a unas peñas muy altas, llenas de piedras hechizas a mano, con grandes mamparos; y por otra parte una gran ciénaga, que era fortaleza. Pues desde que hubimos entrado en las casas, hallamos tantos gallos de papada y gallina cocidas, como los Indios las comen con sus ajíes y pan



de maíz, que se dice entre ellos tamales, que por una parte nos admirábamos de cosa tan nueva; y por otro nos alegrábamos con la mucha comida, y nos dio qué pensar en tan nuevo caso; y también hallamos una gran casa llena de lanzas chicas, y arcos, y flechas; y buscamos por los alrededores de aquel pueblo si había maizales, y gente, y no había ninguna, ni aun grano de maíz. Estando de esta manera vinieron hasta quince Indios, que salieron de las ciénagas, que eran principales de aquel pueblo, y pusieron las manos en el suelo, y besaron la tierra, y dicen a Cortés medio llorando, que le piden por merced, que aquel pueblo, ni cosa alguna no se la quemén, porque son nuevamente venidos allí a hacerse fuertes, por causa de sus enemigos, que me parece que dijeron que se decían Lacandones, porque les han quemado y destruido dos pueblos en tierra llana adonde vivían, y les han robado y muerto mucha gente, los cuales pueblos habíamos de ver abrasados adelante por el camino, adonde habíamos de ir, que están en tierra muy llana: y allí dieron cuenta cómo y de qué manera les daban guerra, y la causa por qué eran sus enemistades: y Cortés les preguntó, que cómo tenían tanto gallo y gallinas a cocer, y dijeron que por horas aguardaban a sus enemigos que les habían de venir a dar guerra, y que si les vencían, que les habían de tomar sus haciendas, y gallos, y llevarles cautivos, que porque no lo hubiesen ni gozasen, se lo querían antes comer, y que si ellos les desbarataban a los enemigos, que irían a sus pueblos, y les tomarían sus haciendas: y Cortés dijo que le pesaba de ello y de su guerra, y por ir de camino no lo podía remediar: se llamaba aquel pueblo, y otras grandes poblaciones, por donde otro día pasamos, los Mazotecas, que quiere decir en su lengua, los pueblos o tierras de venados, y tuvieron razón de ponerles aquel nombre por lo que adelanta diré: y desde allí fueron con nosotros dos Indios de ellos, y nos fueron mostrando sus poblaciones quemadas, y dieron relación a Cortés como estaban los Españoles adelante; y dejarlo he aquí, y diré cómo otro día salimos de aquel pueblo, y lo que más hubo en el camino.



CAPÍTULO CLXXVIII.

Cómo seguimos nuestro viaje, y lo que en ello nos avino.

Como salimos del pueblo cercado, que así le llamábamos de allí adelante, entramos en bueno y llano camino, y todo cabañas, y sin árboles, y hacía un sol tan caluroso y recio, que otro mayor resistero no habíamos tenido en el camino. Y yendo por aquellos campos rasos, había tantos de venados, y corrían tan poco, que luego los alcanzábamos a caballo, por poco que corríamos tras ellos, y se mataron sobre veinte; y preguntando a las guías que llevábamos, que cómo corrían tan poco aquellos venados, y no se espantaban de los caballos, ni de otra cosa ninguna, dijeron que en aquellos pueblos, que ya he dicho que se decían los Mazotecas, que los tienen por sus Dioses, porque les ha parecido en su figura, y que les mandó su Ídolo que no les maten, ni espanten, y que así lo han hecho, y que a esta causa no huyen: y en aquella caza a un pariente de Cortés, que se decía Palacios Rubios, se le murió un Caballo, porque se le derritió la manteca en el cuerpo con el gran calor; y corrió mucho. Dejemos la caza, y digamos, que luego llegamos a las poblaciones quemadas, que era mancilla verlo todo destruido y quemado. Y yendo por nuestras jornadas, como Cortés siempre enviaba adelante corredores del campo a caballo, y sueltos peones, alcanzaron dos Indios naturales de otro pueblo que estaba adelante por donde habíamos de ir, que venían de caza, y cargados de un gran león, y muchas iguanas, que son de hechura de sierpes chicas, que en estas partes así las llaman iguanas, que son muy buenas de comer; y les preguntaron, que si estaba cerca su pueblo, y dijeron que sí, y que ellos guiarían hasta el pueblo, y estaba en una isleta cercada de agua dulce, que no podíamos pasar por la parte que íbamos sino en canoas, y rodeamos poco más de media legua, y tenían paso, que daba el agua hasta la cinta, y lo hallamos poblado con la mitad de los vecinos, porque los demás se habían dado buena prisa a esconder con sus haciendas entre unos carrizales donde tenían cerca sus sementeras, donde durmieron muchos de nuestros soldados, que se quedaron en los maizales, y tuvieron bien de cenar, y se bastecieron para otros días: y hallamos en el pueblo un gran lago de agua dulce y tan lleno de pescados grandes, que parecían como sábalos muy desabridos, que tienen muchas espinas, y con unas mantas viejas: y con redes rotas que hallamos en aquel pueblo, porque ya estaba despoblado, se pescaron todos los peces que había en el agua, que eran más de mil, y ahí buscamos



guías, las cuales se tomaron en unas labranzas: y de que Cortés les hubo hablado con doña Marina, que nos encaminasen a los pueblos a donde había hombres con barbas, y caballos, se alegraron cómo no les hacíamos mal ninguno: y dijeron, que ellos nos mostrarían el camino de buena voluntad, que de antes creían que los queríamos matar, y fueron cinco de ellos con nosotros por un camino bien ancho, y mientras más adelante íbamos, se iba enangostando a causa de un gran río y estero que allí cerca estaba; que parece ser en él se embarcaban, y desembarcaban en canoas, e iban por agua al pueblo donde habíamos de ir, que se dice Tayasal, el cual está en una isleta cerca de agua, y si no es en canoas, no pueden entrar en él por tierra, y blanqueaban las casas, y adoratorios de más de dos leguas que se parecían, y era cabecera de otros pueblos chicos que allí cerca están. Volvamos a nuestra relación, que como vimos que el camino ancho que de antes traíamos, se había vuelto en vereda muy angosta, bien entendimos que por el estero se mandaban y así nos lo dijeron las guías que traíamos, acordamos de dormir cerca de unos altos montes, y aquella noche fueron cuatro Capitanías de soldados por las veredas que salían al estero a tomar guías; y quiso Dios que se tomaron dos canoas con diez Indios, y dos mujeres, y traían las canoas cargadas con maíz, y sal, y luego los llevaron a Cortés, y les halagó, y habló muy amorosamente con la lengua Doña Marina, y dijeron que eran naturales del pueblo que estaba en la isleta, y que estaría de allí, a lo que señalaban, obra de cuatro leguas; y luego Cortés mandó que se quedase con nosotros la mayor canoa, y cuatro Indios, y las dos mujeres, y la otra canoa envió al pueblo con seis Indios y dos Españoles, a rogar al Cacique que traiga canoas al pasar del río, y que no se le haría ningún enojo, y le envió unas cuentas de Castilla; y luego fuimos nuestro camino por tierra hasta el gran río, y la una canoa fue por el estero, hasta llegar al río, y ya estaba el Cacique con otros muchos principales, aguardando al pasaje con cinco canoas, y trajeron cinco gallinas y maíz, y Cortés les mostró gran voluntad, y después de muchos buenos razonamientos que hubo de los Caciques a Cortés, acordó de ir con ellos a su pueblo en aquellas canoas, y llevó consigo treinta ballesteros, y llegado a las casas le dieron de comer, y poco oro bajo, y de poca valía, y unas mantas; y le dijeron que había Españoles, así como nosotros, en dos pueblos, que el uno ya he dicho que se decía Nito, que es el San Gil de Buenavista al Golfo Dulce, y ahora le dan nuevas que hay otros muchos Españoles en Naco, y que habrá de un pueblo al otro diez días de camino, y que el Nito es en la costa del Norte, y el Naco en la tierra adentro: y Cortés



nos dijo, que por ventura el Cristóbal de Olid había repartido su gente en dos villas, que entonces no sabíamos de los de Gil González de Ávila, que pobló a San Gil de Buenavista. Volvamos a nuestro viaje, que todos pasamos aquel gran río en canoas, y dormimos obra de dos leguas de allí, y no anduvimos más, porque aguardamos a Cortés que viniese del pueblo, y como vino, mandó que dejásemos en aquel pueblo un caballo morcillo, que estaba malo de la caza de los venados, se le había derretido el unto en el cuerpo, y no se podía tener: y en este pueblo se huyó un negro y dos Indias naborías, y se quedaron tres Españoles, que no se echaron menos hasta de ahí a tres días, que más querían quedar entre enemigos, que venir con tanto trabajo con nosotros. Este día estuve yo muy malo de calenturas, y del gran sol que se me había entrado en la cabeza, porque ya he dicho otra vez, que entonces hacía recio sol; y bien se pareció, porque luego comenzó a llover tan recias aguas, que en tres días y noches no dejó de llover, y no nos paramos en el camino, porque aunque quisiéramos aguardar que hiciera buen tiempo, no teníamos bastimento de maíz, y por temor no faltase, íbamos caminando. Volvamos a nuestra relación, que de ahí a dos días dimos en una sierrezuela de unas piedras que contaban como navajas; y puesto que fueron nuestros soldados a buscar otros caminos, para dejar aquella sierra de los Pedernales, más de una legua a una parte y a otra, no hallaron otro camino, sino pasar por el que íbamos, e hicieron tanto daño aquellas piedras a los caballos, que como llovía, resbalaban y caían, y se cortaban piernas y brazos, y aun en los cuerpos, y mientras más bajábamos peor era, porque ya era la bajada de la serrezuela: allí se nos quedaron ocho caballos muertos, y los más que escaparon desjarretados; y se le quebró una pierna a un soldado que se decía Palacios Rubios, deudo de Cortés: y cuando nos vimos fuera de la sierra de los Pedernales, que así la llamábamos desde allí adelante, dimos muchas gracias y loores a Dios. Pues ya que llegábamos cerca de un pueblo que se dice Taica, íbamos gozosos creyendo hallar bastimentos, y antes de llegar a él venía un río de una sierra entre grandes peñascos y derrumbaderos, y como había llovido tres días y tres noches, venía tan furioso, y con tanto ruido, que bien se oía a dos leguas por caer entre grandes peñas; y además de esto venía muy hondo, y pasarle era por demás, y acordamos de hacer un puente desde unas peñas a otras, y tanta prisa nos dimos en tenerlo hecho, con árboles muy gruesos, que en tres días comenzamos a pasar para ir al pueblo: y como estuvimos allí los tres días haciendo el puente, los Indios naturales del pueblo tuvieron lugar de esconder el maíz, y



todo el bastimento, y ponerse en cobro, que no los podíamos hallar en todos los rededores, y con la hambre que ya nos aquejaba, estábamos todos como atónitos, pensando en la comida y trabajos: yo digo que verdaderamente nunca había sentido tanto dolor en mi corazón como entonces viendo que no tenía de comer, ni que dar a mí gente, y estar con calenturas, puesto que con diligencia lo buscábamos más de dos leguas del pueblo en todos los rededores; y esto era víspera de Pascua de la Resurrección de nuestro Salvador Jesucristo. Miren los Lectores, qué Pascua podíamos tener sin comer, que con maíz fuéramos muy contentos. Pues como esto vio Cortés, luego envió de sus criados y mozos de espuelas, con las guías a buscar por los montes y barrancas maíz: el primer día de Pascua trajeron obra de una fanega; y como vio la gran necesidad, mandó llamar a ciertos soldados, todos los más vecinos de Guacacualco, y entre ellos me nombró a mí, y nos dijo, que nos rogaba mucho que trastornásemos toda la tierra y buscásemos de comer, que ya veíamos en qué estado estaba todo el Real: y en aquella sazón estaba delante de Cortés, cuando nos lo mandaba, Pedro de Ircio, que hablaba mucho, y dijo que le suplicaba que le enviase por nuestro Capitán, y le dijo Cortés, id en buena hora: y como aquello yo entendí, y sabía que Pedro de Ircio no podía andar a pie, y nos había de estorbar, antes que ayudar, secretamente dije a Cortés, y al Capitán Sandoval, que no fuese Pedro de Ircio que no podía andar por los lodos y ciénagas con nosotros, porque era paticorto, y no era para ello, sino para mucho hablar, y que no era para ir a entradas, que se pararía, o sentaría en el camino de rato en rato: y luego mandó Cortés, que se quedase, y fuimos cinco soldados con dos guías por unos ríos bien hondos, y después de pasados los ríos, dimos en unas ciénagas, y luego en unas estancias, donde estaba recogida toda la mayor parte de gente de aquel pueblo, y hallamos cuatro casas llenas de maíz, y muchos frísoles, y sobre treinta gallinas, y melones de la tierra, que se dicen en estas tierras ayotes, y apañamos cuatro Indios, y tres mujeres, y tuvimos buena Pascua; y esa noche llegaron a aquellas estancias sobre mil Mexicanos, que mandó Cortés que fuesen tras nosotros, y nos siguiesen, porque tuviesen de comer, y todos muy alegres cargamos a los Mexicanos todo el maíz que pudieron llevar, y que Cortés lo repartiese, y también le enviamos veinte gallinas para Cortés, y Sandoval, y los Indios y las Indias, y quedamos guardando dos casas de maíz, no las quemasen, o llevasen de noche los naturales del pueblo: y luego otro día pasamos más adelante con otras guías, y topamos otras estancias, y había maíz, y gallinas, y otras



cosas de legumbres, y luego hice tinta, y en un cuero de tambor escribí a Cortés, que enviase muchos Indios, porqué había hallado otras estancias con maíz: y como le envié las Indias y los Indios, y lo por mí dicho, y lo supieron en todo el Real, otro día vinieron sobre treinta soldados, y más de quinientos Indios, y todos llevaron recaudo; y de esta manera gracias a Dios se proveyó el Real, y estuvimos en aquel pueblo cinco días: y ya he dicho que se dice Tayca. Dejemos esto, y quiero decir, que como hicimos este puente, y en todos los caminos hicimos los grandes puentes, y después que aquellas tierras, y provincias estuvieron de paz, los Españoles que por aquellos caminos estaban y pasaban, y hallaban algunos de los puentes sin haberse deshecho al cabo de muchos años, y los grandes árboles que en ellos póniamoss, se admiran de ello, y suelen decir ahora: aquí son las puentes de Cortés, como si dijesen, las columnas de Hércules. Dejémonos de estas memorias, pues no hacen a nuestro caso, y digamos cómo fuimos por nuestro camino a otro pueblo que se dice Tania, y estuvimos en llegar a él dos días, y lo hallamos despoblado, y buscamos de comer, y hallamos maíz, y otras legumbres, mas no muy abastado, y fuimos por los rededores de él a buscar camino, y no le hallábamos sino todos ríos, y arroyos, y las guías que habíamos traído del pueblo que dejamos atrás, se huyeron una noche a ciertos soldados que las guardaban que eran de los recién venidos de Castilla, que pareció ser se durmieron; y de que Cortés lo supo quiso castigar a los soldados por ello, y por ruegos los dejó, y entonces envió a buscar guías y camino, y era por demás hallarlo por tierra enjuta, porque todo el pueblo estaba cercado de ríos, y arroyos, y no se podían tomar ningunos Indios ni Indias; y además de esto llovía a la continua, y no nos podíamos valer de tanta agua, y Cortés, y todos nosotros estaban espantados, y penosos, de no saber ni hallar, camino por donde ir, y entonces muy enojado dijo Cortés a Pedro de Ircio, y a otros Capitanes, que eran los de México: ahora querría yo que hubiese quien dijese que quería ir a buscar guías, o camino, y no dejarlo todo a los vecinos de Guacacualco: y Pedro de Ircio como oyó aquellas palabras, se apercibió con seis soldados sus conocidos y amigos, y fue por una parte, y un Francisco Marmolejo, que era persona de calidad, con otros seis soldados por otra parte, y un Santacruz Buralés, Regidor que fue de México, fue por otra con otros soldados, y anduvieron todos tres días; y puesto que fueron a una parte y a otra, no hallaron camino, ni guías, sino todo agua, y arroyos, y ríos, y cuando hubieron venido sin recaudo ninguno, quería reventar Cortés de enojo, y dijo al Sandoval, que me dijese



a mí el gran trabajo en que estábamos, y que me rogase de su parte, que fuese a buscar guías y camino: y esto lo dijo con palabras amorosas, y a manera de ruegos, por causa que supo cierto que yo estaba malo, como dicho tengo, que aún tenía calenturas, y aun me habían apercebido antes que a Sandoval, me hallase para ir con Francisco Marmolejo, que era mi amigo, y dije que no podía ir por estar malo, y cansado, que siempre me daban a mí el trabajo, y que enviasen a otro: y luego vino Sandoval otra vez a mi rancho, y me dijo por ruegos, que fuese con otros dos compañeros, los que yo escogiese, porque decía Cortés que después de Dios, en mí tenía confianza que traería recaudo; y puesto que yo estaba malo, no le pude perder vergüenza, y demandé que fuese conmigo un Hernando de Aguilar, y un Hinojosa, hombres que sabía que eran de sufrir trabajo; y salimos, y fuimos por unos arroyos abajo, y fuera de los arroyos, en el monte había unas señales de ramas cortadas, y seguimos aquel rastro más de una legua, y luego salimos del arroyo, y dimos en unos ranchos pequeños despoblados de aquel día, y seguimos el mismo rastro, y desde lejos en una cuesta vimos unos maízales, y una casa, y sentimos gente en ella, y como era ya puesta del Sol, estuvimos en el monte, hasta buen rato de la noche, que nos pareció que debían de dormir los moradores de aquellas milpas, y muy callando dimos presto en la casa, y prendimos tres Indios, y dos mujeres mozas y hermosas para ser Indias, y una vieja, y tenían dos gallinas, y un poco de maíz, y trajimos el maíz, y gallinas con los Indios e Indias, y muy alegres volvimos al Real: y cuando Sandoval lo supo, que fue el primero que estaba aguardando en el camino sobre tarde, de gozo no podía caber, y fuimos delante de Cortés, que lo tuvo en más que si le dieran otra buena cosa; entonces dijo Sandoval a Pedro de Ircio, si tuvo Bernal Díaz del Castillo razón el otro día cuando fue a buscar maíz, en decir que no quería ir, sino con hombres sueltos, y no con quien vaya todo el camino muy despacio, contando lo que le acaeció al Conde de Urueña, y a Don Pedro Girón su hijo (porque estos cuentos decía el Pedro de Ircio muchas veces) no tenéis razón de decir que él os revolvía con el señor Capitán, y conmigo: y todos se rieron de ello; y esto dijo el Sandoval, porque el Pedro de Ircio estaba mal conmigo, y luego Cortés me dio las gracias por ello, y dijo: siempre tuve que había de traer recaudo. Quiero dejar de estas alabanzas, pues son vaciadizas, que no traen provecho ninguno, que otros las dijeron en México, cuando contaban de este trabajoso viaje. Volvamos a decir, que Cortés se informó de las guías, y de las dos mujeres, y todos conformaron, que por un río abajo



habíamos de ir a un pueblo, que está de allí dos días de camino: el nombre del pueblo se decía Oculizti, que era de más de doscientas casas, y estaba despoblado de pocos días pasados, y yendo por nuestro río abajo, topamos unos grandes ranchos, que eran de Indios mercaderes, donde hacían jornada, y allí dormimos; y otro día entramos en el mismo río y arroyo, y fuimos obra de media legua por él, y dimos en buen camino, y a aquel pueblo de Coliste llegamos aquel día, y había mucho maíz, y legumbres; y en una casa de adoratorios de ídolos se hiló un bonete viejo colorado, y un alpargate, ofrecido a los ídolos: y ciertos soldados que fueron por las barrancas, trajeron a Cortés dos Indios viejos, y cuatro Indias que se tomaron en los maizales de aquel pueblo, y Cortés les preguntó con nuestra lengua Doña Marina por el camino, y que tanto estaban de allí los Españoles, y dijeron que dos días, y que no había poblado ninguno hasta allá, y que tenían las casas junto a la costa de la mar: y luego in continenti mandó Cortés a Sandoval que fuese a pie con otros seis soldados, y que saliese a la mar, y que de una manera o de otra procurase saber e inquirir, si eran muchos Españoles los que allí estaban poblados con Cristóbal de Olid, porque en aquella sazón no creíamos que hubiese otro Capitán en aquella tierra. Y esto quería saber Cortés para que diésemos sobre Cristóbal de Olid de noche, si allí estuviese, o prenderle a él, o a sus soldados: y el Gonzalo de Sandoval fue con los seis soldados, y tres Indios por guías, que para ello llevaba de aquel pueblo de Oculizti, y yendo por la costa del Norte, vio que venía por la mar una canoa a remo, y a la vela, y se escondió de día en un monte, porque vieron venir la canoa con los Indios mercaderes, y venía costa a costa, y traían mercaderías de sal, y de maíz, y iban a entrar en el río grande del Golfo Dulce, y de noche la tomaron en un ancón, que era puerto de canoas, y en la misma canoa se metió el Sandoval con dos compañeros, y con los Indios remeros que traía la misma canoa, y con las tres guías, y se fue costa a costa, y los demás soldados se fueron por tierra, porque supo que estaba cerca el río grande: y llegados que hubieron cerca del río grande, quiso la ventura que habían venido aquella mañana cuatro vecinos de la villa que estaba poblada, y un Indio de Cuba de los de Gil González de Ávila en una canoa, y pasaron de la parte del río a buscar una fruta, que llaman capotes, para comer asados, porque en la villa donde estaban, pasaban mucha hambre, y estaban todos los más dolientes, y no osaban salir a buscar bastimentos a los pueblos, porque les habían dado guerra los Indios cercanos, y muerto diez soldados después que los dejó allí Gil González de Ávila. Pues estando



derrocando los de Gil González los capotes del árbol, y estaban encima del árbol los dos hombres, cuando vieron venir la canoa por la mar, en que venía el Gonzalo de Sandoval, y sus compañeros, se espantaron, y admiraron de cosa tan nueva, y no sabían si huir, si esperar; y como llegó Sandoval a ellos, les dijo, que no hubiesen miedo, y así estuvieron quedos, y muy espantados: y después de bien informados el Sandoval, y sus compañeros de los Españoles, cómo, y de qué manera estaban allí poblados los de Gil González de Ávila, y del mal suceso de la armada del de las Casas que se perdió, y cómo el Cristóbal de Olid los tuvo presos al de las Casas, y al Gil González de Ávila, y cómo degollaron en Naco a Cristóbal de Olid, por sentencia que dieron contra él, y cómo eran partidos para México; y supieron quién, y cuántos estaban en la villa, y la gran hambre que pasaban, y como había pocos días que habían ahorcado en aquella villa al Teniente y Capitán que les dejó allí el Gil González de Ávila, que se decía Armenta, y por qué causa le ahorcaron, que fue porque no les dejaba ir a Cuba, acordó Sandoval de llevar luego aquellos hombres a Cortés, y no hacer novedad, ni ir a la villa sin él, para que de sus personas fuese informado: y entonces un soldado que se decía Alonso Ortiz, vecino que después fue de una villa, que se dice San Pedro, suplicó a Sandoval que le hiciese merced de darle licencia para adelantarse una hora, para llevar las nuevas a Cortés, y a todos los que con él estábamos, porque le diésemos albricias, y así lo hizo; de las cuales nuevas se holgó Cortés, y todo nuestro Real, creyendo que allí acabáramos de pasar tantos trabajos como pasábamos, y se nos doblaron mucho más, según adelante diré. Y a Alonso Ortiz que llevo estas nuevas, Cortés le dio luego un caballo muy bueno rosillo, que llaman cabeza de Moro, y todos le dimos de lo que entonces teníamos, y luego llegó el Capitán Sandoval con los soldados, y el Indio de Cuba, y dieron relación a Cortés de todo lo por mí dicho, y de otras muchas cosas que les preguntaba, y cómo tenían en aquella villa un navío que estaban calafeteando en un puerto obra de media legua de allí, el cual tenían para embarcarse todos en él, e irse a Cuba, y que porque no les había dejado embarcar el Teniente Armenta, le ahorcaron, y también porque mandaba dar garrote a un Clérigo que revolvía la villa, y alzaron por Teniente a un Antonio Nieto en lugar de la Armenta que ahorcaron. Dejemos de hablar de las nuevas de los dos Españoles, y digamos los llores que en su villa se hicieron, viendo que no volvían aquella noche los vecinos, y el Indio de Cuba, que habían ido a buscar la fruta, que creyeron que Indios los habían muerto, o tigres, o leones, y el uno de los vecinos



era casado, y su mujer lloraba por él, y todos los vecinos, y también el Clérigo, que se llamaba el Bachiller fulano Velázquez, y se juntaron en la Iglesia, y rogaban a Dios que les ayudase, y que no viniesen más males sobre ellos, y no hacia la mujer sino rogar a Dios por el ánima del marido. Volvamos a nuestra relación, que luego Cortés nos mando a todo nuestro ejército ir camino de la mar, que sería seis leguas, y aun en el camino había un estero muy crecido, y hondo, que crecía, menguaba, y estuvimos aguardando que menguase medio día, y lo pasamos a vuela pie y a nado, y llegamos al gran río del Golfo Dulce; y el primero que quiso ir a la villa, que estaba de allí dos leguas, fue el mismo Cortés con seis soldados, sus mozos de espuelas, y fue, y las dos canoas atadas, que una era en que habían venido los soldados de Gil González a buscar capotes; y la otra, que Sandoval había tomado en la costa a los Indios que para aquel menester las habían varado en tierra, y escondido en el monte para pasar en ellas, y las tornaron a echar al agua, y se ataron una con otra, de manera que estaban bien fijas, y en ellas pasó Cortés, y sus criados, y luego en las mismas canoas mandó que le pasasen dos caballos; y es de esta manera: en las canoas remando, y los caballos del cabestro nadando junto a las canoas, y con maña, y no dar mucho largo al caballo, porque no trastorne la canoa; y mandó que hasta que viésemos su carta, o mandato, que no pasásemos ningunos en las mismas canoas, por el gran riesgo que había en el pasaje, que Cortés se vio arrepentido de haber ido en ellas, porque venía el río con gran furia. Y dejarlo he aquí, y diré lo que más nos paso.



CAPÍTULO CLXXIX.

Cómo Cortés entró en la villa donde estaban poblados los de Gil González de Ávila, y de la gran alegría que todos los vecinos hubieron, y lo que Cortés ordenó.

Después que Cortés hubo pasado el gran río del Golfo Dulce, de la manera que dicho tengo, fue a la villa donde estaban poblados los Españoles de Gil González de Ávila, que sería de allí dos leguas, que estaban junto a la mar, y no donde solían estar primero poblados, que llamaron San Gil de Buenavista: y cuando vieron entre sus casas hombres a caballo, y otros seis a pie, se espantaron en gran manera, y como supieron que era Cortés, que tan nombrado era en todas estas partes de las Indias, y en Castilla, no sabían qué hacer de placer: y después de venir todos a besarle las manos, y darle el parabienvenido, Cortés les habló muy amorosamente, y mandó al Teniente que se decía Nieto, fuese donde daban carena al navío, y trajesen dos bateles que tenían, y que si había canoas, que asimismo las trajesen atadas de dos en dos, y mandó que se buscase todo el cazabe que allí tenían, y lo llevasen al Capitán Sandoval, que otro pan de maíz, no había para que comiesen, y repartiese entre todos nosotros los de su ejército; y el Teniente lo buscó luego, y no se hallaron cincuenta libras de ello, porque no comían sino capotes asados, y legumbres, y algún marisco que pescaban, y aun aquel cazabe que dieron, guardaron para el matalotaje para irse a Cuba cuando estuviese calafeteado el navío, y con dos bajeles, y ocho marineros, que luego vinieron, escribió Cortés a Sandoval, que él mismo en persona, y el Capitán Luís Marín, fuesen los postreros que pasasen aquel gran río, y que mirase, que no se embarcasen más de los que él mandase: y los bateles pasaron sin mucha carga, por causa de la gran corriente del río, que venía muy crecido, y recio, y con cada batel dos caballos, y en las canoas no pasase caballo ninguno, que se perderían, y trastornarían, según la furia del corriente: y sobre el pasar delante uno que se decía Saavedra, hermano de otro Avalos, parientes de Cortés, querían pasar primero, puesto que Sandoval decía, que en la primera barca pasarían, porque pasaban en aquella sazón los tres Religiosos, y que era justo tener primero cumplimiento con ellos: y como el Saavedra era pariente de Cortés, no quisiera que Sandoval le pusiera impedimento, sino que callara, y le respondió no tan bien mirado como convenía: y el Sandoval que no se las sufría, tuvieron palabras de manera que el Saavedra echó mano a un puñal, y puesto que el Sandoval como estaba dentro en el río a



más de la rodilla el agua, deteniendo que los bateles no se cargasen demasiado, así como estaba, arremetió al Saavedra, y le tenía tomada la mano donde tenía el puñal, y le derrocó en el agua, y si de presto no nos metiéramos entre ellos, y los despartiéramos, ciertamente el Saavedra librara mal, porque todos los más soldados nos mostramos de la parte del Sandoval. Dejemos esta cuestión, y diré, como estuvimos cuatro días en pasar aquel río, y de comer ni por pensamiento, si no era de unas pacayas que nacen de unas palmillas chicas, y otras como nueces, que asábamos, y las partíamos, y los meollos de ellas comíamos, y en aquel río se ahogó un soldado con su caballo, el cual soldado se decía Tarifa, que pasaba en una canoa, y no pareció más él, ni el caballo. También se ahogaron dos caballos, y el uno era de un soldado que se decía Solís Casquete, que hacia bramuras por él, y maldecía a Cortés, y a su viaje. Quiero decir de la grande hambre que allí en el pasar del río hubo, y aun del murmurar de Cortés, y de su venida, y aun de todos nosotros que le seguíamos: pues cuando hubimos llegado al pueblo no había bocado de cazabe que comer, ni aun los vecinos lo tenían, ni sabían caminos, sino era de dos pueblos que allí cerca solían estar, que se habían ya despoblado, y luego Cortés mandó al Capitán Luis Marín, que con los vecinos de Guacacualco fuésemos a buscar maíz, lo cual adelante diré.



CAPÍTULO CLXXX.

Cómo otro día después de haber llegado a aquella villa, que yo no le sé otro nombre, sino San Gil de Buenavista, fuimos con el Capitán Luis Marín hasta ochenta soldados todos a pie a buscar maíz, y a descubrir la tierra, y lo que más pasó diré adelante.

Ya he dicho, que como llegamos a aquella villa, que Gil González de Ávila tenía poblada, no tenían qué comer, y eran hasta cuarenta hombres, y cuatro mujeres de Castilla, y las dos mulatas, y todos dolientes, y las colores muy amarillas; y como no teníamos qué comer nosotros, ni ellos, no veíamos la hora de irlo a buscar: y Cortés mandó, que saliese el Capitán Luis Marín con los de Guacacualco, y buscásemos maíz; y fuimos con él sobre ochenta soldados a pie, hasta ver si había caminos para caballos, y llevábamos con nosotros un Indio de Cuba, que nos fuese guiando a unas estancias y pueblos que estaban de allí ocho leguas, donde hallamos mucho maíz, y infinitos cacaguatales, y frísoles, y otras legumbres, donde tuvimos bien que comer, y aun enviamos a decir a Cortés, que enviase todos los Indios Mexicanos, y llevarían maíz, y le socorrimos entonces con otros Indios con diez fanegas de ello, y luego enviamos por nuestros caballos: y como Cortés supo que estábamos en buena tierra, y se informó de Indios mercaderes que entonces se habían prendido en el río del Golfo Dulce, que para ir a Naco, donde degollaron a Cristóbal de Olid, era camino derecho por donde estábamos, envió a Gonzalo de Sandoval con toda la mayor parte de su ejército, que nos siguiese, y que nos estuviésemos en aquellas estancias, hasta ver su mandado. Y como llegó al Sandoval a donde estábamos, y vio que había abastadamente que comer, se holgó mucho, y luego envió a Cortés sobre treinta fanegas de maíz con Indios Mexicanos, lo cual repartió a los vecinos que en aquella villa quedaban; y como estaban hambrientos, y no eran acostumbrados sino a comer capotecas asados, y cazabe, y como se hartaron de tortillas con el maíz que les enviamos, se les hincharon las barrigas, y como estaban dolientes se murieron siete de ellos: y estando de esta manera con tanta hambre, quiso Dios que aportó allí un navío que venía cargado de las islas de Cuba con siete caballos y cuarenta puercos, y ocho picas de tasajos salados, y pan cazabe, y venían hasta quince pasajeros, y ocho marineros; y cuya era toda la más cargazón de aquel navío, se decía Antón de Camargo, y Cortés compró fiado todo cuanto bastimento



traía, y repartió de ello a los vecinos, y como estaban de antes en tanta necesidad, y debilitados se hartaron de la carne salada, dio a muchos de ellos camaras, de que murieron catorce. Pues como vino aquel navío con la gente, y marineros, le pareció a Cortés, que era bien ir a ver, y calar, y bojar aquel tan poderoso río, si había poblaciones arriba, y qué tierra era: y luego mandó calafetear un bergantín que estaba al través, que era de lo de Gil González de Ávila, y adobar un batel, y hacerle como barco del descargo, y con cuatro canoas atadas unas con otras, y con treinta soldados, y los ocho hombres de la mar de los nuevamente venidos en el navío, y Cortés por su Capitán, y con veinte Indios Mexicanos se fue por el río; y obra de diez leguas que hubo ido el río arriba, halló una laguna muy ancha, que tenía el ojo de anchor seis leguas, y no había población ninguna alrededor de ella, porque todo era anegadizo: y siguiendo el río arriba, venia ya muy corriente más que de antes, y había unos saltaderos, que no podían ir con el bergantín, y los bateles canoas, acordó de dejarlas allí en un remanso con seis Españoles en guarda de ellas, y fue por tierra por un camino angosto, y llegó a unos pueblezuelos despoblados, y luego dio en unos maizales, y de allí tomó tres Indios por guías, que le llevaron a unos pueblos chicos, donde tenían mucho maíz, y gallinas, y aun tenían faisanes; que en estas tierras llaman sacachueles, y perdices de la tierra, y palomas; y esto de tener perdices de esta manera, yo lo he visto, y hallado en pueblos que están en comarca de estos de Golfo Dulce, cuando fui en busca de Cortés, como adelante diré. Volvamos a nuestra relación, que allí tomó Cortés guías, y pasó adelante, y fue a otros pueblezuelos que se dicen Cinacatan Tencintle, donde tenían grandes cacaguatales, y maizales, y algodón, y antes que a ellos llegasen, oyeron tañer atabalejos, y trompetillas, haciendo fiestas, y borracheras, y por no ser sentido Cortés, estuvo escondido con sus soldados en un monte: y cuando vio que era tiempo de ir a ellos, arremeten todos a una, y prendieron hasta diez Indios, y quince mureres, y todos los más Indios de aquel pueblo de presto se fueron a tomar sus armas, y vuelven con arcos, y flechas, y lanzas, y comenzaron a flechar a los nuestros; y Cortés con los suyos fue contra ellos, y acuchillaron ocho Indios que eran principales; y como vieron el pleito mal parado, y las mujeres tomadas, enviaron cuatro hombres viejos, y los dos eran Sacerdotes de ídolos, y vinieron muy mansos a rogar a Cortés, que les diese los presos, y trajeron ciertas joyezuelas de oro de poca valía: y Cortés les habló con Doña Marina, que allí iba con Juan Jaramillo su marido, porque Cortés sin ella no podía entender los



Indios; y les dijo, que llevasen el maíz, y gallinas, y sal, y todo el bastimento que allí les señaló, y dió a entender a donde habían quedado los vergantines, y el barco, y las canoas, y luego los daría los presos; y les dieron a entender en qué parte del río quedaban, y dijeron, que así harían, y que cerca de allí estaba uno como estero que salía al río, y luego hicieron barcas, y medio nadando la llevaron hasta que dieron en fondo que pudieron nadar bien. Pues como Cortés había quedado de darles todos los presos, pareció ser, mandó Cortés que se quedasen tres mujeres con sus maridos, para hacer pan, y servirse de los Indios, y no se las dieron, y sobre ello se apellidan todos los Indios de aquel pueblo, y sobre las barrancas del río dan una buena mano de vara, flecha, y piedra a Cortés, y a sus soldados, de manera que hirieron a Cortés, y a sus soldados, de manera que hirieron a Cortés en la cara, y a otros doce soldados: allí se les desbarató una barca, y se perdió la mitad de la que traía, y se ahogó un Mexicano; y en aquel río hay tantos moxicotes, que no se podían valer, y Cortés todo lo sufría, y da vuelta para su villa, que no se cómo se la nombró, y la bastece mucho más de lo que estaba. Ya he dicho, que el pueblo donde llegó Cortés, se decía Cinacán, y me han dicho ahora que estará de Guatemala setenta leguas, y tardó Cortés en este viaje, y volver a la villa, veinte y seis días: y como vio que no era bien poblar allí, por no haber pueblos de Indios, y como tenía mucho bastimento, así de lo que antes estaba, como de lo que al presente traía, acordó de escribir a Gonzalo de Sandoval, que luego se fuese a Naco, y le hizo saber todo lo aquí por mí dicho de su viaje del Golfo Dulce, según lo tengo aquí relatado, y cómo iba a poblar a puerto de Caballos, y que le enviase diez soldados de los de Guacacualco, que sin ellos no se hallaba en las entradas.



CAPÍTULO CLXXXI.

Cómo Cortés se embarcó con todos los soldados que había traído en su compañía, y los que había en San Gil de Buenavista, y fue a poblar a donde ahora llaman puerto de Caballos, y se le puso nombre la Natividad, y lo que en él se hizo.

Pues como Cortés vio, que en aquel asiento que halló poblando a los de Gil González de Ávila, no era bueno, acordó de embarcarse en los dos navíos, y bergantín, con todos cuantos en aquella villa estaban, que no quedó ninguno, y en ocho días de navegación fue a desembarcar a donde ahora llaman Puerto de Caballos, y como vio aquella bahía buena para puerto, y supo de Indios, que había cerca poblaciones, acordó de poblar una villa, que la nombró Natividad, y puso por su Teniente a un Diego de Godoy, y desde allí hizo dos entradas en la tierra adentro a unos pueblos cercanos, que ahora están despoblados, tomó lengua de ellos, como había cerca otros pueblos, basteció la villa de maíz, y supo que estaba el pueblo de Naco, donde degollaron a Cristóbal de Olid, cerca, y escribió a Gonzalo de Sandoval, creyendo que ya había llegado, y estaba de asiento en Naco, que le enviase diez soldados de los de Guacacualco, y decía en la carta, que sin ellos no se hallaba en hacer entradas, y le escribió, como quería ir desde allí al puerto de Honduras, donde estaba poblada la villa de Trujillo, y que el Sandoval con sus soldados pacificasen aquellas tierras, y poblasen una villa, la cual carta vino a poder de Sandoval, estando que estábamos en las estancias por mí ya dichas, que no habíamos llegado a Naco. Y dejemos de decir de Cortés, y sus entradas que hacía desde Puerto de Caballos, y de los muchos mosquitos que en ellas le picaban así de día como de noche; que a lo que después le oía decir, tenía con ellos tan malas noches, que estaba la cabeza sin sentido de no dormir. Pues como Gonzalo de Sandoval vio las cartas de Cortés, luego se fue donde aquellas estancias que dicho tengo, a unos pueblezuelos que se dice Cuyoacán, que estaban de allí siete leguas, y no se pudo ir luego a Naco, como Cortés le había mandado, por no dejar atrás en los caminos muchos soldados que se habían apartado a otras estancias, por tener que comer ellos, y sus caballos, y por causa que al pasar de un río muy hondo, que no se podía vadear, y era camino de las estancias, y por dejar recaudo de una canoa con que pasasen los Españoles que quedaban rezagados, y muchos Indios Mexicanos que venían dolientes: y esto fue también, porque de unos pueblos cercanos de las estancias, que confinaban con el río, y Golfo Dulce,



venían cada día allí de guerra muchos Indios de los pueblos, y porque no hiciesen algún mal recaudo, y muertes de Españoles, y de Indios Mexicanos, mandó Sandoval, que quedásemos a aquel paso ocho soldados, y a mí me dejó caudillo de ellos, y que tuviésemos una canoa del pasaje, siempre varada en tierra, y que estuviésemos alerta, si daban voces pasajeros de los que estaban en las estancias, para luego pasarles: y una noche vinieron muchos Indios guerreros de los pueblos cercanos, y de las estancias, creyendo que no nos velábamos, y por tomarnos la canoa, dan de repente en los ranchos en que estábamos, y les pusieron fuego; y no vinieron tan secreto, que ya les habíamos sentido, y nos recogimos todos ocho soldados, y cuatro Mexicanos de los que estaban sanos, y arremetimos a los guerreros, y a cuchilladas les hicimos volver por donde habían venido, puesto que flecharon a dos soldados, y a un Indio, mas no fueron mucho las heridas: y como aquello vimos, fuimos. tres compañeros a las estancias adonde sentíamos que habían quedado Indios, y Españoles dolientes, que sería una legua de allí, y trajimos a un Diego de Mazariegos, ya otras veces por mí nombrado, y a otros Españoles que estaban en su compañía, y a Indios Mexicanos que estaban dolientes, y luego les pasamos el río, y fuimos a donde Sandoval estaba; y yendo que íbamos nuestro camino, como un Español de los que habíamos recogido en las estancias, iba muy malo, y era de los nuevamente venidos de Castilla, y medio Isleño; hijo de Ginoves, y como iba malo, y sin tener qué darle de comer, sino tortillas, y pinol, ya que llegábamos obra de media legua de donde estaba Sandoval, se murió en el camino, y no tuve gente para llevar el cuerpo muerto hasta el Real: y llegado donde el Sandoval estaba, le dije de nuestro viaje, y del hombre que se quedó muerto, y hubo enojo conmigo, porque entre todos nosotros no le trajimos a cuestras, o en un caballo, y le dijimos al Sandoval, que traíamos dos dolientes en cada caballo, y nos veníamos a pie, y que por esta causa no se pudo traer: y un soldado que se decía Bartolomé de Villanueva, que era mi compañero, respondió al Sandoval muy soberbio, que harto teníamos que traer nuestras personas, sin traer muertos a cuestras, y que renegaba de tanto trabajo, y pérdida, como Cortés nos había causado: y luego mandó Sandoval a mí, y al Villanueva, sin más parar, le fuésemos a enterrar, y llevamos dos Indios Mexicanos, y un azadón, y le hicimos su sepultura, y lo enterramos, y le pusimos una Cruz, y hallamos en la faltriquera del muerto una taleguilla con muchos dados, y un papel escrito que era una memoria de donde era natural, y cuyo hijo era, y qué bienes tenía en Tenerife: y después



el tiempo andando, se envió aquella memoria a Tenerife, perdóneme Dios, Amén. Dejemos de contar cuentos, y quiero decir, que luego Sandoval acordó, que fuésemos a otros pueblos, que ahora están cerca de unas minas que descubrieron hacía tres años; y desde allí fuimos a otro pueblo que se dice Quinistán, y otro día a hora de Misa fuimos a Naco; y en aquella sazón era buen pueblo, y hallámosle despoblado de aquel mismo día, y después de aposentarnos en unos patios muy grandes, donde habían degollado al Maestre de Campo Cristóbal de Olid, otras veces por mí nombrado, que estaba el pueblo bien bastecido de maíz, y de frísoles, y ají, y también hallamos un poco de sal, que era la cosa que más deseábamos, y allí asentamos nuestro fardaje, como si hubiéramos de estar en él para siempre. Hay en este pueblo la mejor agua que habíamos visto en toda la Nueva España, y un árbol, que en mitad de la siesta, por recio Sol que hiciese, parecía que la sombra del árbol refrescaba el corazón, y caía del uno como rocío muy delgado, que confortaba las cabezas: y este pueblo en aquella sazón fue muy poblado, y en buen asiento, y había fruta de los capotes colorados, y de los chicos, y estaba en comarca de otros pueblos chicos. Y dejarlo he aquí, y diré lo que allí nos avino.



CAPÍTULO CLXXXII.

Cómo el Capitán Gonzalo de Sandoval comenzó a pacificar aquella provincia de Naco, y de los grandes rencuentros que con los de aquella provincia tuvo, y lo que más se hizo.

Desde que hubimos llegado al pueblo de Naco, y recogido maíz, frísoles, y ají, y con tres principales de aquel pueblo, que allí en los maizales prendimos, a los cuales Gonzalo de Sandoval halagó, y dió cuentas de Castilla, y les rogó, que fuesen a llamar a los demás Caciques, que no se les haría enojo ninguno, fueron así como se lo mandó, y vinieron dos Caciques, mas no pudo acabar con ellos, que se poblase el pueblo, salvo traer de cuando en cuando poca comida; ni nos hacían bien ni mal, ni nosotros a ellos, y así estuvimos los primeros días: y Cortés había escrito a Gonzalo de Sandoval, como de antes dicho tengo, que luego le enviase a Puerto de Caballos diez soldados de los de Guacacualco, y todos nombrados por sus nombres, y entre ellos era yo uno; y en aquella sazón estaba yo algo malo, y dije: Sandoval, que me excusase, porque estaba mal dispuesto, y él que lo había gana, y así quedé, y envió ocho soldados muy buenos varones para cualquier afrenta, y aun fueron de tan mala voluntad, que renegaban de Cortés, y aun de su viaje; y tenían mucha razón, porque no sabían cierto, si la tierra por donde habían de ir, estaba de paz: acordó Sandoval de demandar a los Caciques de Naco cinco principales Indios, que fuesen con ellos hasta el puerto de Caballos, y les puso temores, que si algún enojo recibía alguno de los soldados que les quemaría el pueblo, y que les iría a buscar, y dar guerra; y mandó que en todos los pueblos por donde pasasen, les diesen muy bien de comer: y fueron su viaje hasta el Puerto de Caballos, donde hallaron a Cortés, que se quería embarcar para ir a Trujillo, y se holgó con ellos, y supo como quedábamos buenos, y los llevó consigo en los navíos, y luego se embarcó, y dejó en aquella villa de Puerto de Caballos a un Diego de Godoy por su Capitán, con hasta cuarenta vecinos que eran todos los más de los que solían ser de Gil González de Ávila, y de los nuevamente venidos de las Islas: y de que Cortés se hubo embarcado, y su Teniente Godoy quedó en la villa con los soldados que más sanos tenía, hacía entradas en los pueblos comarcanos, y trajo dos de ellos de paz; mas como los Indios vieron que los soldados que allí quedaban, estaba todos los más de ellos dolientes y se morían cada día, no hacían cuenta de ellos, y a esta causa no les acudían con comida, ni ellos eran



para ello a buscar, y pasaban gran necesidad de hambre, y en pocos días se murieron la mitad de ellos, y se despoblaron otros tres de ellos, que se vinieron huyendo donde estábamos con Sandoval. Y dejarlo he aquí en este estado, y volveré a Naco, que como Sandoval había visto que no se querían venir a poblar el pueblo los Indios vecinos, y naturales de Naco, aunque los enviaba a llamar muchas veces, y a los demás pueblos comarcanos, no venían, ni hacían cuenta de nosotros, acordó de ir en persona y hacer de manera que viniesen, y fuimos luego a unos pueblos que se decían Girimonga, y Aculaco, y a otros tres pueblos que estaban cerca de Naco, y todos vinieron a dar la obediencia a su Majestad, y luego fuimos a Quizmitán, y a otro pueblo de la tierra, y así mismo vinieron: por manera que todos los Indios de aquella comarca venían de paz, y como no se les demandaba cosa ninguna más de lo que ellos querían dar, no tenían pesadumbre de venir, y de esta manera estaba todo de paz hasta donde pobló Cortés la villa que ahora se dice Puerto de Caballos. Y dejémonos esta materia, porque por fuerza tengo de volver a decir de Cortés, que fue a desembarcar al puerto de Trujillo, y porque en una sazón acaecen dos o tres cosas, como otras veces he dicho en los capítulos pasados, y tengo de meter la pluma por los pasos contados, donde, y de qué manera nosotros conquistábamos, y poblábamos, como muy claramente lo habrán visto los curiosos Lectores, y aunque se deje por ahora de decir de Sandoval, y todo lo que en la Provincia de Naco le avino, quiero decir lo que Cortés hizo en Trujillo.



CAPÍTULO CLXXXIII.

Cómo Cortés desembarcó en el puerto que llaman de Trujillo, y cómo todos los vecinos de aquella villa le salieron a recibir, y se holgaron mucho con él, y de todo lo que allí hizo.

Como Cortés se hubo embarcado en el Puerto de Caballos, y llevó en su compañía muchos soldados de los que trajo de México, y los que le envió Gonzalo de Sandoval, y con buen tiempo, en seis días llegó al puerto de Trujillo: y cuando los vecinos que allí vivían, que dejó poblados Francisco de las Casas, supieron que era Cortés, todos fueron a la mar, que estaba cerca, a recibirle, y le besaron las manos, porque muchos vecinos de aquellos eran bandoleros de los que echaron de Panuco, y fueron en dar consejo a Cristóbal de Olid para que se alzase, y los habían desterrado de Panuco, según dicho tengo en el capítulo que de ello habla, y como se hallaban culpantes, suplicaron a Cortés, que les perdonase: y Cortés con muchas caricias, y ofrecimientos, los abrazó a todos, y los perdonó; y luego se fue a la Iglesia, y después de hecha oración le aposentaron lo mejor que pudieron, y le dieron cuenta de todo lo acaecido del Francisco de las Casas, y del Gil González de Ávila, y por qué causa degollaron a Cristóbal de Olid, y cómo se habían ido camino de México, y como habían pacificado algunos pueblos de aquella provincia: y como Cortés bien lo hubo entendido, a todos los honró de palabras, y con dejarles los cargos, según y de la manera que los tenían, excepto que hizo Capitán General de aquellas provincias a su primo Saavedra, que así se llamaba, lo cual tuvieron por bien, y luego envió a llamar a todos los pueblos comarcanos; y como tuvieron nueva que era el Capitán Malinche (que así se llamaban) y sabían que había conquistado a México, luego vinieron a su llamado, y le trajeron presentes de bastimentos: y cuando se hubieron juntado los Caciques de cuatro pueblos más principales, Cortés les habló con Doña Marina, y les dijo las cosas tocantes a nuestra santa Fe, y que todos éramos vasallos del gran Emperador, que se dice Don Carlos de Austria, y que tiene muy grandes Señores por vasallos, y que nos envió a estas partes para quitar sodomías, y robos, e idolatrías, y para que no consienta comer carne humana, ni hubiese sacrificios, ni robasen, ni se diesen guerra unos a otros, sino que fuesen hermanos, y como tales se tratasen: y también venía para que diesen la obediencia a tan alto Rey y Señor, como les había dicho que tenemos, y le contribuyan



con servicios, y de lo que tuvieren, como hacemos todos sus vasallos, y les dijo otras muchas cosas la Doña Marina que lo sabía bien decir: y los que no quisiesen venir a someterse al dominio de su Majestad, que les castigaría, y aun Fray Juan de las Varillas, y los dos Religiosos Franciscos que Cortés traía, les predicaron cosas muy santas, y buenas, y lo que decían los Frailes Franciscos, se lo declaraban dos Indios Mexicanos que sabían la lengua Española, con otros intérpretes de aquella lengua: y más les dijo, que en todo les guardaría justicia, porque así lo mandaba nuestro Rey y Señor; y porque hubo otros muchos razonamientos, y lo entendieron muy bien los Caciques, dijeron que se daban por vasallos de su Majestad, y que harían lo que Cortés les mandaba, y luego les dijo, que trajesen bastimento a aquella villa; y también les mando, que viniesen muchos Indios, y trajesen hachas, y que talasen un monte que estaba dentro en la villa, para que desde allí se pudiese ver la mar, y puerto: y también les mandó que fuesen en canoas a llamar tres o cuatro pueblos que están en unas isletas, que se llaman los Guanages, que en aquella sazón estaban pobladas, y que trajesen pescado, pues que tenían mucho, y así lo hicieron; que dentro de cinco días vinieron los pueblos de las isletas, y todos traían presentes de pescado, y gallinas; y Cortés les mandó dar unas puercas, y un barraco que se halló en Trujillo, y de los que traía de México, para que hiciesen casta, porque le dijo un Español, que era buena tierra para multiplicar con soltarles en las isletas, sin ponerles guarda; y así fue como dijo, que dentro en dos años hubo muchos puercos, y los iban a montar. Dejemos esto, pues no hace a nuestra relación, y no me lo tengan por prolijidad en contar cosas viejas, y diré, que vinieron tantos Indios a talar los montes de la villa que Cortés les mandó, que en dos días se vio claramente muy bien la mar, e hicieron quince casas, y una para Cortés muy buena: y esto hecho, se informó Cortés, qué pueblos, y tierras estaban rebeldes, y no querían venir de paz: y unos Caciques de un pueblo que se dice Papayeca, que era cabecera de otros pueblos, que en aquella sazón era grande pueblo, que ahora está con muy poca gente, o casi ninguna, le dio a Cortés una memoria de muchos pueblos, que no querían venir de paz, que estaban en grandes sierras, y tenían fuerzas hechas: y luego Cortés envió al Capitán Saavedra con los soldados que le pareció que convenían ir con él: y con los ocho de Guacacualco fue por su camino, hasta que llegó a las poblaciones que solían estar de guerra, y salieron de paz los más de ellos, excepto tres pueblos que no quisieron venir; y tan temido era Cortés de los naturales, y tan nombrado, que hasta los



pueblos de Olancho, donde fueron las minas ricas, que después se descubrieron, era temido, y acatado, y le llamaban en todas aquellas provincias el Capitán Hue, Hue de Marina, que quiere decir el Capitán viejo que trae a Doña Marina. Dejemos a Saavedra que está con su gente sobre los pueblos que no se querían dar, que me parece que se decían los Acaltecas, y volvamos a Cortés, que estaba en Trujillo, y ya le habían adolecido los Frailes Franciscos, y un su primo que se decía Avalos, y el Licenciado Pedro López, y Carranza el Mayordomo, y Guinea el dispensero, y un Juan Flamenco, y otros muchos soldados, así de los que traía, como de los que halló en Trujillo, y aun el Antón de Carmona que trajo el navío con el bastimento; y acordó de enviarlos a la isla de Cuba, a La Habana, o a Santo Domingo, si viesen que el tiempo hacía bueno en la mar, y para ello les dio él un navío bien aderezado, y calafateado con el mejor matalotaje que se pudo haber, y escribió a la Audiencia Real de Santo Domingo, y a los Frailes Jerónimos, y a La Habana, dando cuenta cómo había salido de México en busca de Cristóbal de Olid, y cómo dejó sus poderes a los oficiales de su Majestad, y del trabajoso camino que había traído, y cómo el Cristóbal de Olid hubo preso a un Capitán que se decía Francisco de las Casas, que Cortés había enviado para tomar el armada al mismo Cristóbal de Olid; y que también había preso a un Gil González de Ávila, siendo Gobernador del Golfo Dulce: y que teniéndolos presos los dos Capitanes se concertaron, y le dieron de cuchilladas, y por sentencia, después que lo tuvieron preso le degollaron, y que al presente estaba poblando la tierra, y pueblos sujetos a aquella villa de Trujillo, y que era tierra rica de minas, y que enviasen soldados, que en aquella tierra de Santo Domingo no tenían con que sustentarse; y para dar crédito que había oro, envió muchas joyas, y piezas de las que traía en su recámara, y vajilla de lo que trajo de México, y aun de la vajilla de su aparador, y por su Capitán de aquel navío a un su primo que se decía Ávalos; y le mandó, que de camino tomase veinte y cinco soldados que había dejado un Capitán, que tuvo nueva que andaba a saltar Indios en las isletas en lo de Cozumel. Y partido del puerto de Honduras, que así se llamaba, unas veces con buen tiempo, y otras con contrario, pasaron adelante de la punta de San Antón, que está junto a las sierras que llaman de Guaniguanico, que será de La Habana sesenta o setenta leguas, y con temporal dieron con el navío en tierra, de manera que se ahogaron los Frailes, y el Capitán Avalos, y muchos soldados, y de ellos se salvaron en el batel, y en tablas, y con mucho trabajo aportaron a La Habana: y desde allí fue la fama volando por toda la isla



de Cuba, cómo Cortés, y todos nosotros éramos vivos, y en pocos días fue la nueva a Santo Domingo, porque el Licenciado Pedro López Médico, que iba allí, que escapó en una tabla, escribió a la Real Audiencia de Santo Domingo, en nombre de Cortés, todo lo acaecido: y cómo estaba poblando en Trujillo, y que había menester bastimento, y vino, y caballos, y que para comprarlo traían mucho oro, y que se perdió en la mar de la manera que ya dicho tengo. Y como aquella nueva se supo, todos se alegraron, porque ya había fama, y lo tenían por cierto, que Cortés, y todos nosotros sus compañeros, éramos muertos, las cuales nuevas supieron en la Española de un navío que fue de la Nueva España: y como en Santo Domingo se supo que estaba de asiento poblando Cortés las provincias que dicho tengo, luego los Oidores, y mercaderes, comenzaron de cargar dos navíos viejos, con caballos, y potros, y camisas, y bonetes, y cosas de bujerías, entretanto que se armaban los navíos para venir, que aún no habían llegado al puerto. Quiero decir, que como Cortés estaba en Trujillo, se le vinieron a quejar ciertos Indios de las islas de los Guanages, que sería de allí ocho leguas; y dijeron, que estaba anclado un navío junto a su pueblo, y el batel del navío lleno de Españoles, con escopetas, y ballestas, y que les querían tomar por fuerza sus maceguals, que se dice entre ellos vasallos: y que a lo que han entendido, son robadores, y que así les tomaron los años pasados muchos Indios, y los llevaron presos en otro navío como aquel que estaba surto; y que enviase Cortés a poner cobro en ello: y como Cortés lo supo, luego mandó armar un bergantín con la mejor artillería que había, y con veinte soldados, y con buen Capitán, y les mandó, que en todo caso tomasen el navío que los Indios decían, y se lo trajesen preso con todos los Españoles que dentro andaban, pues que eran robadores de los vasallos de su Majestad; y mandó a los Indios, que armasen sus canoas, y con varas y flechas que fuesen junto al bergantín, y que ayudasen a prender aquellos hombres, y para ello dio poder al Capitán. Pues yendo con su bergantín armado, y muchas canoas de los naturales de aquellas isletas; como los del navío que estaba surto los vieron ir a la vela, no aguardaron mucho, que alzaron velas, y se fueron huyendo, porque bien entendieron que iban contra ellos, y no los pudo alcanzar el bergantín: y después se alcanzó a saber, que era un Bachiller Moreno, que había enviado la Audiencia Real de Santo Domingo negocio a nombre de Dios, y parece ser descayeron del viaje, o vino de hecho sobre cosa pensada a robar los Indios de los Guanajes. Y



volvamos a Cortés, que se quedó en aquella provincia pacificándola, y volveré a decir lo que a Sandoval le acaeció en Naco.



CAPÍTULO CLXXXIV.

Cómo el Capitán Gonzalo de Sandoval, que estaba en Naco, prendió a cuarenta soldados Españoles, y a su Capitán, que venía de la provincia de Nicaragua, y hacían muchos daños, y robos a los Indios de los pueblos por donde pasaban.

Estando Sandoval en el pueblo de Naco atrayendo de paz todos los más pueblos de aquella comarca, vinieron ante él cuatro Caciques de dos pueblos que se decían Quecuspa, y Tanchinalchapa, y dijeron, que estaban en sus pueblos muchos Españoles de la manera de los que con él estábamos, con armas, y caballos, y que les tomaban sus haciendas, y hijas, y mujeres, y que las echaban en cadenas de hierro, de lo cual hubo gran enojo el Sandoval: y preguntando que qué tanto sería de allí donde estaban, dijeron que en un día llegaríamos: y luego nos mandó apercibir a los que habíamos de ir con él, lo mejor que podíamos con nuestras armas, y caballos, y ballestas, y escopetas; y fuimos con él sesenta hombres, y llegados a los pueblos donde estaban los soldados, les hallamos muy de reposo, sin pensamiento que los habíamos de prender: y como nos vieron ir de aquella manera, se alborotaron, y echaron mano a las armas, y de presto prendimos al Capitán, y a otros muchos de ellos, sin que hubiese sangre ni de una parte, ni de otra: y Sandoval les dijo con palabras algo desabridas, si les parecía bien andar robando a los vasallos de su Majestad, y si sería buena conquista, y pacificación aquella; y unos Indios y Indias que traían en collares, se los hizo sacar de ellos, y se los dio a los Caciques de aquel pueblo; y a los demás mando que se fuesen a sus tierras, que era cerca de allí. Pues como aquello fue hecho, mandó al Capitán que allí venía, que se decía Pedro de Garro, que él, y sus soldados fuesen presos, y se fuesen con nosotros al pueblo de Naco, y caminamos con ellos, y traían los soldados muchas Indias de Nicaragua, y algunas de ellas hermosas, e Indias Naborías que tenían en su servicio, y todos los más de ellos traían caballos; y como nosotros estábamos trillados y desechos de los caminos pasados, y no teníamos Indias que nos hiciesen pan, eran ellos unos Condes en el servirse, según nuestra pobreza. Pues como llegarlos con ellos a Naco, Sandoval les dio posadas en partes convenientes, porque venían entre ellos ciertos hidalgos, y personas de calidad: y cuando hubieron reposado un día, y su Capitán Garro vio que éramos de los de Cortés, se hizo muy amigo de Sandoval, y de nosotros, y se holgaba con nuestra compañía: y quiero decir, cómo y de qué manera, y por qué causa



venia aquel Capitán con aquellos soldados, y es de esta manera que diré. Pareció ser, que Pedro Arias de Ávila Gobernador que fue en aquella sazón de Tierrafirme, envió un su Capitán que se decía Francisco Hernández, persona muy principal entre ellos, a conquistar, y pacificar las tierras de Nicaragua, y lo más que descubriese, y le dio copia de soldados así a caballo, como ballesteros, y llegó a las Provincias de Nicaragua, y León, que así las llaman, las cuales pacificó, y pobló: y como se vio, con muchos soldados y próspero, y apartado del Pedro Arias de Ávila, y por consejeros que tuvo para ello; y también según entendí, un Bachiller Moreno, por mí ya nombrado, que el Audiencia Real de Santo Domingo, y los Frailes Jerónimos que gobernaban en las islas, le habían enviado a Tierrafirme a cierto pleito, que tengo en mi pensamiento, que era sobre la muerte de Balboa yerno de Pedro Arias, al cual degolló sin justicia cuando le hubo casado con su hija Doña Isabel Arias de Peñalosa, que así se llamaba: y el Bachiller Moreno dijo al Capitán Francisco Hernández, que como conquistase cualquiera tierra, acudiese a nuestro Rey y Señor, para que le hiciese Gobernador de ella, que no hacia traición; y que el Balboa que degolló Pedro Arias siendo su yerno, que fue contra toda justicia, que el Balboa primero envió sus Procuradores a su Majestad para ser Adelantado: y socolor de estas palabras que tomó del Bachiller Moreno, envió el Francisco Hernández a su Capitán Pedro de Garro, para qué por la banda del Norte le buscase puerto para hacer sabidor a su Majestad de las provincias que había pacificado, y poblado, para que le hiciese merced que él fuese Gobernador de de ellas, pues estaban tan apartadas de la gobernación de Pedro Arias. Y viniendo que venía el Pedro de Garro para aquel efecto, le prendimos, como dicho tengo. Y como el Sandoval entendió el intento a lo que venían, platicó con el Garro, y el Garro con él secretamente, y se dio orden, que lo hiciésemos saber a Cortés, que estaba en Trujillo, y que el Sandoval tenía por cierto, que Cortés le ayudaría, para que quedase el Francisco Hernández por Gobernador de Nicaragua. Pues ya esto concertado, envían Sandoval y el Garro diez hombres, los cinco de los nuestros, y los otros cinco del Garro, para que costa a costa fuesen a Trujillo con las cartas, porque allí residía Cortés entonces, como dicho tengo en el capítulo que de ello habla: y llevaron sobre veinte Indios de Nicaragua de los que trajo Garro, para que les ayudasen a pasar los ríos. Y yendo por sus jornadas, no pudieron pasar el río de Pichin, ni otro que se decía Balama, porque venían muy crecidos; y acabo de quince días vuelven los soldados a Naco, sin hacer cosa ninguna de



lo que les fue mandado, de lo cual hubo tanto enojo el Sandoval, que de palabra trató mal al que iba por caudillo: y luego sin más tardar ordena que vaya por la tierra adentro el Capitán Luis Marín con diez, soldados, los cinco de Garro, y los demás de los nuestros, y yo fui con ellos, y fuimos todos a pie, y atravesamos muchos pueblos que estaban de guerra: y si hubiese de escribir por extenso los grandes trabajos, y rencuentros que con Indios de guerra tuvimos, y los ríos y ancones que pasamos en barcas, y a nado, y la hambre que algunos días tuvimos, era para no acabar tan presto, y cosas muy de notar; mas digo que había día que pasábamos tres ríos caudalosos en barcas, y a nado: y como llegamos a la costa, hubo muchos esteros, donde había lagartos; y en un río que se dice Xagua, que está del Triunfo de la Cruz diez leguas, estuvimos dos días en el pasar en barcas, según venia de recio; y allí hallamos calaveras, y huesos de siete caballos que se habían muerto de mala yerba que habían pacido, y fueron de los de Cristóbal de Olid: y de allí fuimos al Triunfo de la Cruz, y hallamos naos quebradas dadas al través: y de allí fuimos en cuatro días a un pueblo que se dice Quemara, y salieron muchos Indios de guerra contra nosotros, y traían unas lanzas grandes y gordas, que con sus rodela mandaban con la mano derecha, y sobre el brazo izquierdo, y jugaban de la manera que nosotros peleamos con las picas, y se nos venían a juntar pie con pie, y con las ballestas que llevábamos y a cuchilladas nos dieron lugar que pasaremos adelante; y allí hirieron dos de nuestros soldados: y estos Indios que he dicho que salieron de guerra, no creyeron que éramos de los de Cortés, sino de otros Capitanes que les íbamos a robar sus Indios. Dejemos de contar trabajos pasados, y digo que en otros dos días de camino llegamos a Trujillo: y antes de entrar en él, que sería hora de Vísperas, vimos a cinco de a caballo, y era Cortés, y otros caballeros que se habían salido a pasear por la costa: y cuando nos vieron de lejos y no sabían qué cosa nueva podía ser, y como nos conoció Cortés, se apeó del caballo y con las lágrimas en los ojos nos vino a abrazar, y nosotros él, y nos dijo: oh hermanos y compañeros míos, qué deseo tenía de veros, y saber qué tales estabais: y estaba tan flaco, que hubimos lástima de verle, porque según supimos, había estado a punto de morir de calenturas, y tristeza que en sí tenía, y aun en aquella sazón no sabía cosa buena ni mala de lo de México; y dijeron otras personas, que estaba ya tan a punto de morir, que le tenían hechos unos hábitos de San Francisco para enterrarle con ellos: y luego a pie se fue con todos nosotros a la villa, y nos aposentó, y cenamos con él, y tenía tanta pobreza, que



aun de cazabe no nos hartamos: y como le hubimos dado relación a lo que veníamos, y leído las cartas sobre lo de Francisco Hernández, para que le ayudase, dijo, que haría cuanto pudiese por él. Y en aquella sazón que llegamos a Trujillo, había tres días que habían venido los dos navíos chicos con las mercaderías que enviaban de Santo Domingo, que era caballos, y potros, y armas viejas, y unas camisas, y bonetes colorados, y cosas de poca valía, y no trajeron sino una pipa de vino, ni fruta, ni cosa de provecho; que valiera más que aquellos navíos no vinieran, según todos nos adeudamos en comprar de aquellas bujerías. Pues estando que estábamos con Cortés, dando cuenta de nuestro trabajoso camino, vieron venir en alta mar un navío a la vela; y llegado al puerto venía de La Habana, que enviaba el Licenciado Zuazo, el cual Licenciado había dejado Cortés en México por Alcalde mayor, y enviaba un poco de refresco para Cortés, con una carta, la cual es esta que se sigue: y si no dijere las palabras formales que en ella venían, a lo menos diré la sustancia de ella.



CAPÍTULO CLXXXV.

Cómo el Licenciado Zuazo envió una carta desde La Habana a Cortés, y lo que en ella se contiene, es lo que diré adelante.

Pues como hubo tomado puerto el navío que dicho tengo, un hidalgo que venía por Capitán de él, cuando saltó en tierra, luego fue a besar las manos a Cortés, y le dio una carta del Licenciado Zuazo: y después que Cortés la hubo leído, tomó tanta tristeza, que luego comenzó al parecer a sollozar en su aposento, y no salió de donde estaba hasta otro día por la mañana, que era Sábado, y se confesó con Fray Juan aquella noche, y le mandó, que dijese Misa de nuestra Señora muy de mañana, y comulgó: y después de dicha Misa, nos rogó que le escuchásemos, y sabríamos nuevas de la Nueva España, como echaron fama que todos éramos muertos, y como nos habían tomado nuestras haciendas, y las habían vendido en el almoneda, y quitado nuestros Indios, y repartido en otros Españoles, sin tener méritos, y comenzó a leer la carta, y decía así. Y lo primero que leyó fue las nuevas que vinieron de Castilla de su padre Martín Cortés, y de Ordás, y cómo el Contador Albornoz le había sido contrario en las cartas que escribió el Albornoz a su Majestad, y al Obispo de Burgos; y lo que su Majestad sobre ellas había mandado proveer, de enviar al Almirante de Santo domingo con seiscientos hombres, según ya lo tengo dicho en el capítulo que de ello habla; y cómo el Duque de Béjar quedó por su fiador, y puso su Estado y cabeza por el Cortés, y por nosotros, que éramos muy leales servidores de su Majestad, y otras cosas que ya las he referido en el capítulo que de ello habla: y como al Capitán Narváez le dieron una Conquista del río de Palmas: y que a un Nuño de Guzmán le dieron la gobernación de Panuco; y que el Obispo de Burgos era fallecido; y en las cosas de la Nueva España dijo: que como Cortés hubo dado en Guacacualco los poderes y provisiones al Factor Gonzalo de Salazar, y a Pedro Almindez Chirinos para ser Gobernadoras de México, si viesen que el Tesorero Alonso de Estrada, y el Contador Albornoz no gobernaban bien; así como llegaron a México el Factor, y Veedor con sus poderes, se hicieron muy amigos del mismo Licenciado Zuazo, que era Alcalde mayor, y de Rodrigo de Paz, que era Alguacil mayor del Capital, y de Andrés de Tapia, y Jorge de Alvarado, y de todos los demás Conquistadores de México: y cuando se vio el Factor con tantos amigos de su banda dijo, que el mismo Factor y Veedor habían de gobernar, y no el Tesorero, ni el



Contador, y sobre ello hubo muchos ruidos, y muertes de hombres, los unos por favorecer al Factor, y al Veedor, y otros por ser amigos del Tesorero, y el Contador, de manera que quedaron con el cargo de Gobernadores el Factor, y Veedor, y echaron presos a los contrarios Tesorero, y Contador, ya otros muchos que fueron en su favor, y cada día había cuchilladas, y revueltas, y que los Indios que vacaban los daban a sus amigos, aunque no tenían méritos; y que al Licenciado Zuazo que no le dejaban hacer justicia: y que al Rodrigo de Paz le había echado preso, porque le iba a la mano, y que el mismo Licenciado Zuazo los volvió a concertar y hacer amigos así al Factor, y Tesorero, y Contador, y a Rodrigo de Paz, y que estuvieron ocho días en concordia: y que en esta sazón se levantaron ciertas provincias que se decían los Capotecas, y Minxes, y un pueblo y fortaleza donde había un gran Peñol, que se dice Coatlán; y que enviaron a él muchos soldados de los que habían venido nuevamente de Castilla; y de otros que no eran Conquistadores, y envió por Capitán de ellos al Veedor Chirinos, y que gastaban muchos pesos de oro de las haciendas de su Majestad, y lo que estaba en su Real caja, y que llevaban tantos bastimentos al Real donde estaban, que todo era behetrías, y juego de naipes, y que a los Indios no se les daba por ellos cosa ninguna, y que de repente do noche se salían los Indios del Peñol, y daban en el Real del Veedor, y le mataron ciertos soldados, y le hirieron otros muchos: y a esta causa envió el Factor con el mismo cargo a un Capitán de los de Cortés que se decía Andrés de Monjaraz, para que estuviese en compañía del Veedor, porque este Monjaraz se había hecho muy amigo del Factor: y en aquella sazón estaba tullido el Monjaraz de bubas, que no era para hacer cosa que buena fuese, y los Indios estaban muy victoriosos, y que México estaba cada día para alzarse; y que el Factor procuró por todas vías de enviar oro a Castilla a su Majestad, y al Comendador mayor de León Don Francisco de los Cobos; porque en aquella sazón echó fama el Factor, que Cortés, y todos nosotros éramos muertos en poder de Indios en un pueblo que se dice Xicalango: y en aquel tiempo había venido de Castilla Diego de Ordás, que es el que Cortés hubo enviado por Procurador de la Nueva España, y lo que procuró fue para él una Encomienda de Santiago, y trajo por cédula de su Majestad sus Indios, y unas armas del volcán que está cabe Guaxocingo: y que como llegó a México, dijo el Ordás, que quería ir a buscar a Cortés; y esto fue, porque vio, las revueltas y cizañas, y que se hizo muy amigo del Factor, y fue por la mar a ver si era vivo o muerto Cortés, con un navío grande, y un



bergantín, y fue costa a costa hasta que llegó a un pueblo que se dice Xicalango, donde habían muerto al Simón de Cuenca, y al Capitán Francisco de Medina, y a los Españoles que consigo estaban, según más largo lo tengo escrito en el capítulo que de ello habla: y como aquella nueva supo el Ordás, se volvió a la Nueva España; sin desembarcar en tierra, escribió al Factor con unos pasajeros, que tiene por cierto que Cortés es muerto. Y como echó esta nueva el Ordás, en el mismo navío que fue en busca de Cortés, luego atravesó la isla de Cuba a comprar becerras, y yeguas. Y cuando el Factor vio la carta de Ordás, la anduvo mostrando en México a unos y a otros, y echó fama que era muerto Cortés, y todos los que con él fuimos, y se puso luto, e hizo hacer un túmulo y monumento en la Iglesia Mayor de México, e hizo las honras por Cortés: y luego se hizo pregonar con trompetas, y atabales por Gobernador, y Capitán General de la Nueva España, y mando, que todas las mujeres que se habían muerto sus maridos en compañía de Cortés, que hiciesen bien por sus almas, y se casasen, y aun lo envió a decir a Guacacualco, y a otras villas: y porque una mujer de un Alonso Valiente, que se decía Juana de Mansilla, no sé quiso casar y dijo, que su marido, y Cortés, y todos nosotros éramos vivos, y que no éramos los Conquistadores viejos personas de tan poco ánimo, como los que estaban en el Peñol de Coatlán con el Veedor Chirinos, porque los Indios les daban guerra, y no ellos a los Indios, y que tenía esperanza en Dios, que presto vería a su marido Alonso Valiente, y a Cortés, y a todos los más Conquistadores viejos de vuelta para México, y que no se quería casar: porque dijo estas palabras, la mando el Factor azotar por las calles públicas de México por hechicera: y también, como hay en este mundo hombres traidores aduladores, era uno de ellos uno que le teníamos por hombre honrado, que por su honor aquí no le nombro, dijo al Factor delante otras muchas personas, que estaba malo de espanto, porque yendo una noche pasada cerca de Taltelulco, que es la Iglesia del Señor Santiago, donde solía estar el ídolo mayor que se decía Huichilobos, que vio en el patio, que se ardía en vivas llamas el alma de Cortés, y de Doña Marina, y la del Capitán Sandoval, y que de espanto de ello estaba muy malo. También vino otro hombre que no nombro, que también le tenía en buena reputación, y dijo al Factor, que andaban en los patios de Tezcuco unas cosas malas, y que decían los Indios, que era el alma de Doña Marina, y la de Cortés: y todas eran mentiras, y traiciones, sino por congraciarse con el Factor dijeron aquello, o el Factor se lo mandó decir. Y en aquel tiempo había llegado a México Francisco de las Casas, y Gil González



de Ávila, que son los Capitanes por mí muchas veces nombrados, que degollaron a Cristóbal de Olid: y de que el de las Casas vio aquellas revueltas, y que el Factor se había hecho pregonar por Gobernador, dijo públicamente, que era mal hecho, y que no se había de consentir tal cosa, porque Cortés era vivo, y que él así lo creía, y que ya que eso fuese, lo cual Dios no permitiese, que para Gobernador, que más persona y Caballero, y más méritos tenía Pedro de Alvarado, que no el Factor, y que le enviasen a llamar al Pedro de Alvarado: y secretamente su hermano Jorge de Alvarado, y aun el Tesorero, y otros vecinos Mexicanos le escribieron, para que se viniese en todo caso a México, con todos los soldados que tenía, y que procurarían de darle la Gobernación, hasta saber si Cortés era vivo, y enviar a hacer saber a su Majestad, si fuese servido mandar otra cosa: y que ya que el Pedro de Alvarado con aquellas cartas se venía para México, tuvo temor del Factor, según las amenazas le envió a decir al camino que le mataría: y como supo que habían ahorcado a Rodrigo de Paz, y preso al Licenciado Zuazo, se volvió a su conquista: y en aquel tiempo, que había recogido el Factor cuanto oro pudo haber en México, y Nueva España, para hacer con ello mensajero a su Majestad, y enviar con ello a un su amigo que se decía Peña, con sus cartas secretas; y el Francisco de las Casas, y el Licenciado Zuazo, y Rodrigo de Paz se lo contradijeron, y aun también el Tesorero, y Contador, que hasta saber nuevas ciertas si Cortés era vivo, que no hiciese relación que era muerto, pues no lo tenían por cierto, y que si oro quería enviar a su Majestad de sus Reales Quintos, que era muy bien; mas que fuese juntamente, con parecer y acuerdo del Tesorero, y Contador, y no solo en su nombre: y porque lo tenían ya en los navíos, y para hacerse a la vela con ello, fue el de las Casas con mandamientos del Alcalde Mayor Zuazo, y con favor de Rodrigo de Paz, y de los demás oficiales de la hacienda de su Majestad, y Conquistadores, que detuviesen el navío hasta que escribiesen a nuestro Rey de la manera que estaba la Nueva España; porque según pareció, el Factor no consentía que otras personas escribiesen, sino solamente sus cartas: y después que el Factor vio, que el de las Casas, y el Licenciado no eran buenos amigos, y le iban a la mano, luego los mandó prender, e hizo proceso contra el Francisco de las Casas, y contra el Gil González de Ávila sobre la muerte de Olid, y los sentenció a degollar; y de hecho quería ejecutar la sentencia, por más que apelaba ante su Majestad, y con gran importunidad les otorgó la apelación, y los envió a Castilla presos con los procesos que contra ellos hizo; y hecho esto, da luego tras el



mismo Zuazo; y que en justo y en creyente lo arrebataron, y llevaron en una acémila al puerto de la Veracruz, y le embarcaron para la isla de Cuba, diciendo, que porque fuese a dar residencia del tiempo que fue en ella Juez: y que al Rodrigo de Paz que le echó preso, y le demandó el oro y plata que era de Cortés, porque como su Mayordomo sabía de ello, diciendo que lo tenía escondido, porque lo quería enviar a su Majestad, pues era de los bienes que tenía Cortés usurpados a su Majestad, y porque no lo dio, pues era claro que lo tenía, sobre ello le da tormento, y con aceite y fuego le quemó los pies, y aun parte de las piernas, y estaba muy flaco y malo de las prisiones y para morir: y no contento con los tormentos y viendo el Factor que si le daba vida, que se iría a quejar de él a su Majestad, le mandó ahorcar por revoltoso, y bandolero, y que a todos los más soldados, y vecinos de México, que eran de la banda de Cortés, los mandó prender, y se retrajeron en la casa de los Frailes Franciscos Jorge de Alvarado, y Andrés de Tapia: y todos los más eran con Cortés, puesto que otros muchos Conquistadores se allegaron al Factor porque les daba buenos Indios, y que andaban a viva quien vence, y que en la casa de la munición de las armas todas las sacó el Factor, y las mandó llevar a sus Palacios, y que la artillería que estaba en la fortaleza, y atarazanas, las mandó asestar delante de sus casas, e hizo Capitán de ella a un Don Luis de Guzmán, deudo del Duque de Medina Sidonia: y puso por Capitán de su guarda a un Artiaga, que ya no se me acuerda el nombre: y para guarda de su persona un Ginés Nortes, y un Pedro González Sabiote, y otros soldados que eran de los de Cortés: y más decía en la carta que escribió Zuazo a Cortés, que mirase que fuese luego a poner recaudo en México, porque demás de todos estos males, y escándalos, había otros peores, que había escrito el Factor a su Majestad, que le habían hallado en su recámara de Cortés un cuño, con que marcaba el oro que los Indios le traían a escondidas, y que no pagaba quinto de ello: y también dijo, que porque viese cual andaba la cosa en México, que porque un vecino de Guacacualco que vino a aquella Ciudad a demandar unos Indios, que en aquel tiempo vacaron por muerte de otro vecino de los que estaban poblados en la Villa, por muy secretamente que dijo el vecino de Guacacualco a una mujer donde posaba, que por qué se había casado, que ciertamente era vivo su marido, y todos los que fueron con Cortés, y dio causas y razones para ello: como lo supo el Factor, que luego le fueron con la parlería, envió por él a cuatro Aguaciles, y lo llevaron engarrafado a la cárcel, y lo quería mandar ahorcar por revolvedor, hasta que el pobre vecino que se decía Gonzalo Hernández,



tornó a decir que como vio llorar a la mujer por su marido, que por consolarla lo había dicho que era vivo; mas que ciertamente todos éramos muertos, y luego le dio los Indios que demandaba, y le mandó que no estuviere más en México, y que no dijese otra cosa, porque le mandaría ahorcar: y más decía en el cabo de su carta, como luego de a poco tiempo que había salido de México Cortés, había muerto el buen Padre Fray Bartolomé, que era un santo hombre, y que le había llorado todo México, y que le habían enterrado con grande pompa en Señor Santiago, y que los Indios habían estado todo el tiempo desde que murió, hasta que le enterraron, sin comer bocado, y que los Padres Franciscos habían predicado a sus honras y enterramiento, y que habían dicho de él que era un santo varón, que le debía mucho el Emperador, pero más los Indios, pues si al Emperador le había dado aquellos vasallos, como Cortés, y los demás Conquistadores viejos, a los Indios les había dado el conocimiento de Dios, y ganado sus almas para el cielo: y que había convertido, y bautizado más de dos mil y quinientos Indios en Nueva España, que así se lo había dicho el Padre Fray Bartolomé de Olmedo algunas veces al tal Predicador, y que había hecho mucha falta Fray Bartolomé de Olmedo, porque con su autoridad, y santidad componía las disensiones, y ruidos, y hacia bien a los pobres: y luego decía Zuazo, que todo en México estaba perdido: y acababa su carta diciendo: esto que aquí escribo a merced pasa así, y los dejé allá, y me embarcaron preso en una cémila, y con grillos aquí donde estoy⁵. Y después que Cortés la hubo leído, estábamos tan tristes y enojados, así del Cortés que nos trajo con tantos trabajos, como del Factor recibíamos, y le echábamos dos mil maldiciones así al uno como al otro, y se nos saltaban los corazones de coraje. Pues Cortés no pudo tener las lágrimas, que con la misma carta se fue luego a encerrar a su aposento, y no quiso que le viésemos hasta más de medio día, y todos nosotros aun le dijimos y rogamos, que luego se embarcase en tres navíos que allí estaba, y que nos fuésemos a la Nueva España, y él nos respondió muy amorosa y mansamente, y nos dijo: ¡oh hijos, y compañeros míos!, que veo por una parte aquel mal hombre del Factor, que está muy poderoso, y temo cuando sepa que estamos en el puerto, no haga otras desvergüenzas, y atrevimientos aun más de lo que ha hecho, y me mate, o ahogue, o eche preso, así a mí como a vuestras personas, yo me embarcaré luego con el ayuda de Dios, y ha de ser solamente con cuatro o cinco de

⁵ Cuando Cortés hubo leído las cartas del Licenciado Zuazo, dijo: *Al ruin ponedle en mando, y veréis quién es: Yo me lo merezco, que hice honrar a desconocidos, y no a los míos, que me siguieron toda su vida.* Gómara, *Crónica de la Nueva España*, cap. 175.



vuestras mercedes, y tengo de ir muy secretamente a desembarcar a puerto que no sepan en México de nosotros, hasta que desconocidos entremos en la Ciudad: y de más de esto Sandoval hasta en Naco con pocos soldados, y ha de ir por tierra de guerra, En especial por Guatemala, que no está de paz; conviene que vos Señor Luis Marín con todos los compañeros que aquí vinisteis en mi busca, os volváis, y os juntéis con Sandoval, y se vayan camino de México. Dejemos esto, y quiero volver a decir, que luego Cortés escribió al Capitán Francisco Hernández, que estaba en Nicaragua, que fue el que enviaba a buscar puerto con el Pedro de Garro y se le ofreció Cortés, que haría por él todo lo que pudiese, y le envió dos acémilas cargadas de herraje, porque sabía que tenía falta de ello, y también le envió herramientas de minas, y ropas ricas para su vestir, y cuatro tazas y jarros de plata de su vajilla, y otras joyas de oro, lo cual entregó a un hidalgo que se decía fulano de Cabrera, que fue uno de los cinco soldados que fueron con nosotros en busca de Cortés; y este Cabrera fue después Capitán de Venalcazar, y fue muy esforzado Capitán, y extremado hombre por su persona natural de Castilla la Vieja, el cual fue Maestre de Campo de Blasco Núñez Vela, y murió en la misma batalla que murió el Virrey. Quiero dejar cuentos viejos, y quiero decir, que como yo vi que Cortés se había de ir a la Nueva España por la mar, le fui a pedir por merced, que en todo caso me llevase en su compañía, y que mirase que en todos sus trabajos y guerras me había hallado siempre a su lado, y lo había ayudado, y que ahora era tiempo que yo conociese de él, si tenía respeto de los servicios que yo le había hecho, y amistad, y ruego presente: entonces me abrazó, y me dijo: pues si os llevo conmigo, ¿quién irá con Sandoval? Os ruego hijo, que vais con vuestro amigo Sandoval, que yo os prometo, y empeño estas barbas, yo os haga muchas mercedes, que bien os lo debo antes de ahora: en fin no aprovechó cosa ninguna, que no me dejó ir consigo. También quiero decir, cómo estando que estábamos en aquella villa de Trujillo, un hidalgo que se decía Rodrigo Mañueco Maestresala de Cortés, hombre de Palacio, por dar contento y alegría a Cortés, que estaba muy triste, y tenía razón, apostó con otros caballeros, que subiría armado de todas armas a una casa que nuevamente habían hecho los Indios de aquella provincia para Cortés, según lo he declarado en el capítulo que de ello habla, las cuales casas estaban en un cerro algo alto, y subiendo armado, reventó al subir de la cuesta, y murió de ello, y así mismo como vieron ciertos hidalgos de los que halló Cortés en aquella villa, que no les dejaba cargos como ellos quisieran, estaban revolviendo



bandos, y Cortés lo apaciguó con decir que los llevaría en su compañía a México, y que allá les daría cargos honrosos. Y dejémoslo aquí, y diré lo que Cortés más hizo, y es que mando a un Diego de Godoy, que había puesto por Capitán en el puerto de Caballos, con ciertos vecinos que estaban malos y no se podían valer de pulgas, y mosquitos, y no tenían con que mantenerse, que todas estas miserias tenían, que se pasasen a Naco, pues era buena tierra, y que nosotros nos fuésemos con el Capitán Luis Marín camino de México, y si hubiese lugar, que fuésemos a ver la provincia de Nicaragua, para demandarla a su Majestad en Gobernación el tiempo andando, si aportase a México: y después que Cortés nos abrazó, y nosotros a él, y le dejamos embarcado, se fue a la vela para su vía de México, y nosotros partimos para Naco, y muy alegres en saber que habíamos de caminar la vía de México, y con muy gran trabajo y falta de comida llegamos a Naco: y Sandoval se holgó con nosotros: y cuando llegamos, ya el Pedro de Garro con todos sus soldados se había despedido del Sandoval, y se fue muy gozoso a Nicaragua a dar cuenta a su Capitán Francisco Hernández de lo que había concertado con Sandoval: y luego otro día que llegamos a Naco, nos partimos, y fuimos camino de México, y los soldados de la compañía de Garro, que habían ido con nosotros a Trujillo, se fueron camino de Nicaragua con el presente, y carta que Cortés enviaba al Francisco Hernández. Dejaré de decir de nuestro camino, y diré lo que sobre el presente sucedió a Francisco Hernández con el Gobernador Pedro Arias de Ávila.



CAPÍTULO CLXXXVI.

Cómo fueron por la posta desde Nicaragua ciertos amigos del Pedro Arias de Ávila a hacerle saber, como Francisco Hernández, que envió por Capitán a Nicaragua, se carteaba con Cortés, y se le había alzado con las provincias de Nicaragua, y lo que sobre ello Pedro Arias hizo.

Como un soldado que se decía fulano Garavito, y un compañero, y otro que se decía Zamorano, eran íntimos amigos de Pedro Arias de Ávila Gobernador de Tierrafirme, vieron que Cortés había enviado presentes a Francisco Hernández, y habían entendido que Pedro de Garro, y otros soldados hablaban secretamente con el Francisco Hernández, y tuvieron sospecha que quería dar aquellas provincias y tierras a Cortés, y además de esto el Garavito era enemigo de Cortés, porque siendo mancebos en la Isla de Santo Domingo el Cortés le había acuchillado sobre amores de una mujer: y como el Pedro Arias lo alcanzó por cartas y mensajeros a saber, viene más que de paso con gran copia de soldados a pie, y a caballo, y prende al Francisco Hernández, y ya el Pedro de Garro como alcanzó a saber que venía el Pedro Arias, y muy enojado contra él de presto se huyó, y se vino a nosotros, y si Francisco Hernández quisiera venir, tiempo tuvo para hacer lo mismo, y no quiso, creyendo que Pedro Arias lo hiciera de otra manera con él, porque habían sido muy grandes amigos: y después que el Pedro Arias hubo hecho proceso contra el Francisco Hernández, y halló que se le alzaba, por sentencia le degolló en la misma villa donde estaba poblando, y en esto paró lo venida de Garro, y los presentes de Cortés. Y dejarlo he aquí, y diré como Cortés volvió al puerto de Trujillo con tormenta, y lo que más pasó.



CAPÍTULO CLXXXVII.

Cómo yendo Cortés por la mar la derrota de México, tuvo tormenta, y dos veces tornó arriba al puerto de Trujillo, y lo que allí le avino.

Pues como dicho tengo en el capítulo pasado, que Cortés se embarcó en Trujillo para ir a México; pareció ser, tuvo tormentas en la mar unas veces con tiempo contrario, y otra vez se le quebró el mástil del trinquete, y mandó arribar a Trujillo: y como estaba flaco y mal dispuesto, y quebrantado de la mar, y muy temeroso de ir a la Nueva España, por temor no le prendiese el Factor, le pareció que no era bien ir en aquella sazón a México: y desembarcado en Trujillo, mandó a Fray Juan, que se había embarcado con Cortés, que dijese Misas al Espíritu Santo, e hiciese procesión, y rogativas a nuestro Señor Dios, y a Santa María nuestra Señora la Virgen, que le encaminase lo que más fuese para su santo servicio: y pareció ser, el Espíritu Santo le alumbró de no ir por entonces aquel viaje, sino que conquistase, y poblase aquellas tierras, y luego sin más dilación envió por la posta a mataballo tres mensajeros tras nosotros que íbamos camino de México, y nos envió sus cartas, rogándonos que no pasásemos más adelante, y que conquistásemos, y poblásemos la tierra, porque el Santo Ángel de su guarda se lo ha alumbrado, y puesto en el pensamiento, y que él así lo piensa hacer. Y cuando vimos la carta, y que tan de hecho lo mandaba, no lo pudimos sufrir, y le echábamos mil maldiciones, y que no hubiese ventura en todo cuanto pusiese mano, pues así nos había echado a perder; y además de esto dijimos todos a una al Capitán Sandoval, que si quería poblar, que se quedase con los que quisiese, que hartos conquistados y perdidos nos traía, y que jurábamos que no le habíamos de aguardar más, sino irnos a las tierras de México que ganamos: y así mismo el Sandoval era de nuestro parecer: y lo que con nosotros pudo acabar fue, que le escribiésemos por la posta, con los mismos sus mensajeros que nos trajeron las cartas, dándole a entender nuestra voluntad: y en pocos días recibió nuestras cartas con firmas de todos: y las respuestas que a ellas nos dio, fue ofrecerse en gran manera a los que quisiésemos quedar a poblar aquella tierra, y en cabo de aquella carta traía una cortapisa que decía, que si no le querían obedecer como lo mandaba, que en Castilla y en todas partes había soldados. Y de que aquella respuesta vinos, todos nos queríamos ir camino de México, y perderle la vergüenza: y como aquello vio el Sandoval, muy afectuosamente, y con



grandes ruegos nos importunó, que aguardásemos algunos días, que él en persona iría a hacer embarcar a Cortés, y le escribimos en respuesta de la carta: que ya había de tener compasión, y otro miramiento del que tiene, de habernos traído de aquella manera, y que por su causa nos han robado, y vendido nuestras haciendas, y tomado los Indios, y los más soldados que allí con nosotros estaban que eran casados, dijeron, que ni sabían de sus mujeres, e hijos, y le suplicamos todos, que luego se volviese a embarcar y se fuese camino de México; porque así como dice, que hay soldados en Castilla, y en todas partes, que también sabe que hay Gobernadores, y Capitanes puestos en México, y que do quiera que llegaremos nos darán nuestros Indios, aunque les pese, y no le estaremos a Cortés aguardando que por su mano nos lo dé: y luego fue Sandoval, y llevó en su compañía a un Pedro de Sauzedo el romo, y a un herrador que se decía Francisco Donaire, y llevó consigo su buen caballo que se decía Motilla, y juro que había de hacer embarcar a Cortés, y que se fuese a México. Y porque he traído aquí a la memoria del caballo Motilla, fue de mejor carrera y revuelto, y en todo de buen parecer, castaño oscuro, que hubo en la Nueva España; y tanto fue de bueno, que su Majestad tuvo noticia de él, y aun el Sandoval se lo quiso enviar presentado. Dejemos de hablar del caballo Motilla, y volvamos a decir, que Sandoval me demandó a mí mi caballo, que era muy bueno, así de juego como de carrera, y de camino, y este caballo hube en seiscientos pesos, que solía ser de un Avalos, hermano de Saavedra, porque otro que traje me le mataron en una entrada de un pueblo, que se dice Zulaco, que me había costado en aquella sazón sobre seiscientos pesos, y el Sandoval me dio otro de los suyos a trueco del que le di, que no me duró el que me dio dos meses, que también me lo mataron en otra guerra, y no me quedó sino un potro muy ruin, que había mercado de los mercaderes que vinieron a Trujillo, como otras veces he dicho en el capítulo que de ello habla. Volvamos a nuestra relación, y dejemos de contar de las averías de caballos, y de mi trabajo, y que antes que Sandoval de nosotros partiese, nos habló a todos con mucho amor, y dejó a Luis Marín por Capitán, y nos fuimos luego a unos pueblos que se dicen Marayani, y desde allí a otro pueblo que en aquella sazón era de muchas casas, que se decía Acalteca, y que allí esperásemos la respuesta de Cortés, y en pocos días llevo Sandoval a Trujillo, y se holgó mucho el Cortés de ver al Sandoval, y como vio lo que le escribíamos, no sabía qué consejo tomar, porque ya había mandado a su primo Saavedra, que era Capitán, que fuese con todos los soldados a pacificar los pueblos que



estaban de guerra, y por más palabras y importunaciones que el Sandoval dijo a Cortés, y Pedro de Saucedo el romo, y el Fray Juan de las Varillas, que también deseaba volverse a México, para ver qué dejó ordenado Fray Bartolomé, y si habían venido más Frailes de su Hábito, nunca se quiso embarcar Cortés, y lo que pasó diré adelante.



CAPÍTULO CLXXXVIII.

Cómo Cortés envió un navío a la Nueva España, y por Capitán de él a un criado suyo y que se decía Martín de Orantes, y con cartas y poderes para que gobernase Francisco de las Casas, y Pedro de Alvarado, si ahí estuviese, y si no, el Alonso de Estrada, y el Albornoz.

Pues como Gonzalo de Sandoval no pudo acabar que Cortés se embarcase, sino que todavía quiso conquistar y poblar aquella tierra, que en aquella sazón era bien poblada, y había fama de minas de oro, fue acordado por Cortés y Sandoval, que luego sin más dilación enviase un navío a México con un criado suyo que se decía Martín de Orantes, hombre diligente, que se podía fiar de él cualquier negocio de importancia, y fuese por Capitán del navío, y llevó poderes para Pedro de Alvarado, y Francisco de las Casas, si estuviesen en México para que fuesen Gobernadores de la Nueva España, hasta que Cortés fuese, y si no estaba en México, que gobernase el Tesorero Alonso de Estrada, y el Contador Albornoz, según y de la manera que les había de antes dado el poder, y revocó los poderes del Factor, y Veedor, y escribió muy amorosamente así al Tesorero, como a Albornoz, puesto que supo de las cartas contrarias que hubo escrito a su Majestad contra Cortés; y también escribió a todos sus amigos de los Conquistadores, y mandó al Martín de Orantes, que fuese a desembarcar a una bahía entre Panuco, y la Veracruz: y así se lo mandó Cortés al piloto y marineros, y aun se lo pagó muy bien, y que no echasen en tierra otra persona, salvo al Martín de Orantes, y que luego en echándolo en tierra, alzasen anclas, y diesen velas, y se fuesen a Panuco. Pues ya dado uno de los mejores navíos de los tres que allí estaban, y metido matalotaje; y después de haber oído Misa dan velas, y quiere nuestro Señor darle tan buen tiempo, que en pocos días llegaron a la Nueva España, y se van derechamente a la bahía cerca de Panuco, la cual bahía sabía muy bien el Martín de Orantes, y cómo saltó en tierra, dando muchas gracias a Dios por ello; luego se disfrazó el Martín de Orantes, porque no le conociesen, y quitó sus vestidos, y tomó otros como de labrador, porque así le fue mandado por Cortés, y aun llevó hechos los vestidos de Trujillo, y con todas sus cartas y poderes bien liados en el cuerpo, de manera que no hiciesen bulto, iba a más andar por su camino a pie, que era suelto peón, a México, y cuando llegaba a los pueblos de Indios, donde había Españoles, se metía entre los Indios por no tener pláticas, no le



conociesen los Españoles, y ya que no podía menos de tratar con Españoles, no le podían conocer, porque ya había dos años y tres meses que salimos de México, y le habían crecido las barbas, y cuando le preguntaban algunos cómo se llamaba, a dónde iba o venia, que acaso no podía menos de responderles, decía que se decía Juan de Flechilla, y que era labrador, por manera que en cuatro días que salió del navío, entró en México de noche, y se fue a la casa de los Frailes del Señor San Francisco; donde halló a muchos retraídos. y entre ellos a Jorge de Alvarado, y a Andrés de Tapia, y a Juan Núñez de Mercado, y a Pedro Moreno Medrano, y a otros Conquistadores y amigos de Cortés, y como vieron al de Orantes, y supieron que Cortés era vivo, y vieron sus cartas, no podían estar de placer los unos, y los otros, y saltaban y bailaban: pues los Frailes Franciscos, y entre ellos Fray Toribio Motolinea, y un Fray Domingo Altamirano, daban todos saltos de placer, y muchas gracias a Dios por ello, y luego sin más dilación cierran todas sus puertas del Monasterio, porque ninguno de los traidores, que había muchos, fuesen a dar mandado, ni hubiese pláticas sobre ello: y a media noche lo hacen saber al Tesorero, y al Contador Albornoz, y a otros amigos de Cortés: y así como lo supieron, sin hacer ruido vinieron a San Francisco, y vieron los poderes que Cortés les enviaba, y acordaron sobre todas cosas de ir a prender al Factor, y toda la noche se les fue en apercibir amigos, y armas para otro día por la mañana prenderle, porque el Veedor en aquel tiempo estaba sobre el Peñol de Coatlán: y como amaneció, fue el Tesorero con todos los del bando de Cortés, y el Martín de Orantes con ellos, porque le conociesen, y se alegrasen, y fueron a las casas del Factor, diciendo, viva, viva el Rey nuestro Señor, y Hernando Cortés en su Real nombre, que es vivo, y viene ahora a esta ciudad, y yo soy su criado Orantes: y como oían aquel ruido los vecinos, y tan de mañana, y oían decir viva el Rey, todos acudieron como eran obligados a tomar armas, creyendo que había alguna otra cosa, para favorecer las cosas de su Majestad; y después que oyeron decir, que Cortés era vivo, y vieron al Orantes, se holgaban, y luego se juntaron con el Tesorero para ayudarle muchos vecinos de México, porque según pareció, el Contador no ponía en ello mucho calor, antes le pesaba, y andaba doblado, hasta que el Alonso de Estrada se lo reprehendió, y aun sobre ello tuvieron palabras muy sentidas, y feas, que no le contentaron mucho, al Contador: y yendo que iban a las casas del Factor, ya estaba muy apercibido, que luego lo supo, que le avisó de ello el mismo Contador, cómo le iban a prender, y mandó asestar su artillería delante de sus casas, y era Capitán de ella



Don Luis de Guzmán, primo del Duque de Medina Sidonia, y tenía sus Capitanes apercebidos con muchos soldados: se decían los Capitanes Artiaga, y Ginés, y Pedro González: y así como llegó el Tesorero, y Jorge de Alvarado, y Andrés de Tapia, y Pedro Moreno, con todos los demás Conquistadores, y el Contador, aunque flojamente, y de mala gana con todas sus gentes, apellidando, aquí del Rey, y Hernando Cortés en su Real nombre, les comenzaron a entrar unos por las azoteas, y otros por las puertas de los aposentos, y por otras dos partes: todos los que eran de la parte del Factor desmayaron, porque el Capitán de la artillería, que fue Don Luis de Guzmán, tiró por su parte, y los artilleros por la suya, y desmampararon los tiros: pues el Capitán Artiaga dio prisa en esconderse, y el Ginés Nortes se descolgó, y echó por unos corredores abajo, que no quedó con el Factor sino Pedro González Sabiote, y otros cuatro criados del Factor: y como se vio desmamparado, el mismo Factor tomó un tizón para poner fuego a los tiros, más le dieron tanta prisa, que no pudo más, y allí le prendieron, y le pusieron guardas, hasta que hicieron una red de maderos gruesos, y le metieron dentro, y allí le daban de comer: y en esto pasó la cosa de su Gobernación, y luego hicieron mensajeros a todas las villas de la Nueva España, dando relación de todo lo acaecido: y estando de esta manera, a unas personas les placía, y a los que el Factor había dado Indios, y cargos les pesaba: y fue la nueva al Peñol de Coatlán, y a Guaxaca donde estaba el Veedor: y como lo supo él y sus amigos, fue tan grande la tristeza, y pesar que tomó, que luego cayó malo, y dejó el cargo de Capitán a Andrés de Monjaraz, que estaba malo de bubas, ya otra vez por mí nombrado, y se vino en posta a la ciudad de Tezcucó, y se metió en el Monasterio de San Francisco: y como el Tesorero, y el Contador, que ya eran Gobernadores, lo supieron, le enviaron a prender allí en el Monasterio, porque antes que se viniese el Veedor, habían enviado Alguaciles con mandamientos, y soldados a prenderle do quiera que le hallasen, y aun a quitarle el cargo de Capitán: y como supieron los Alguaciles que estaba en Tezcucó, le sacaron del Monasterio, y le trajeron a México, y le echaron en otra jaula como al Factor: y luego en posta envían mensajeros a Guatemala a Pedro de Alvarado, y le hacen saber de la prisión del Factor, y Veedor; y como Cortés estaba en Trujillo, que no es muy lejos de su conquista, que fuese luego en su busca, y le hiciese venir a México, y le dieron cartas, y relación de todo lo por mí arriba dicho, según, y de la manera que pasó: y además de esto la primera cosa que el Tesorero hizo fue mandar honrar a Juana de Mansilla, que había mandado azotar el



Factor por hechicera, y fue de esta manera; que mandó cabalgar a caballo a todos los Caballeros de México, y el mismo Tesorero la llevó a las ancas de su caballo por las calleas de México, y decía que como matrona Romana hizo lo que hizo, y la volvió en su honra de la afrenta que el Factor la había hecho: y con mucho regocijo la llamaron de allí adelante Doña Juana de Mansilla; y dijeron, que era digna de mucho loor, pues no la pudo hacer el Factor que se casase, ni dijese menos de lo que primero había dicho, que su marido, y Cortés, y todos éramos vivos.



CAPÍTULO CLXXXIX.

Cómo el Tesorero con otros muchos Caballeros rogaron a los Frailes Franciscos, que enviasen a un Fray Diego de Altamirano, que era deudo de Cortés, que fuese en un navío a Trujillo, y lo hiciese venir, y lo que sucedió.

Como el Tesorero, y otros Caballeros de la parte de Cortés, vieron que convenía que luego viniese Cortés a la Nueva España, porque ya se comenzaban bandos, y el Contador no estaba de buena voluntad, para que el Factor ni el Veedor estuviesen presos, y sobre todo temía el Contador a Cortés en gran manera, cuando supiese lo que había escrito de él a su Majestad, según lo tengo ya dicho en dos partes en los capítulos pasados que de ello hablan, acordaron de ir a rogar a los Frailes Franciscos, que dieseen licencia a Fray Diego Altamirano, que en un navío que le tenían presto, y bien bastecido, y con buena compañía, fuese a Trujillo, e hiciera venir a Cortés; porque este Religioso era su pariente, y hombre que antes que se metiese Fraile, había sido soldado, y hombre de guerra, y sabía de negocios, y los Frailes lo hubieron por bien, y el Fraile Altamirano que lo tenía en voluntad. Dejemos de hablar en el viaje del Fraile, que se está apercibiendo, y diré: que como el Factor y Veedor estaban presos, y pareció ser, que como dicho tengo otras veces el Contador andaba muy doblado, y de mala voluntad; y viendo que las cosas de Cortés se hacían prósperamente, y como el Factor solía tener por amigos a muchos hombres bandoleros, que siempre quisieron cuestiones y revueltas, y porque tenían buena voluntad al Factor, y al Chirinos, porque les daban pesos de oro, e Indios, acordaron de juntarse muchos de ellos, y aun algunas personas de calidad, y de todos jaeces, y tenían concertado de soltar al Factor, y al Veedor, y de matar al Tesorero, y a los carceleros; y dicen que lo sabía el Contador, y se holgaba mucho de ello: y para ponerlo en efecto, hablaron muy secretamente a un cerrajero, que hacia ballestas, que se decía Guzmán, hombre soez, que decía gracias, y chocarrerías, y le dijeron muy secreto, que les hiciese unas llaves para abrir las puertas de la cárcel, y de las redes, donde estaba el Factor, y el Veedor, y que se lo pagarían muy bien, y le dieron un pedazo de oro en señal de la hechura de las llaves, y le previnieron, y dijeron, y encargaron que mirase que lo tuviese en muy secreto; y el cerrajero dijo con palabras muy halagüeñas y alegres, que le placía, y que hubiesen ellos más secreto de lo que mostraban, pues aquel caso en que tanto iba, se lo descubrieron a él sabiendo quién era,



que no lo descubriese a otros, y que se holgaba que el Factor y Veedor saliesen de la prisión: y preguntándoles que quién, y cuántos eran en el negocio, y a dónde se habían de llegar cuando fuesen a hacer aquella buena obra, y qué día, y qué hora; y todo se lo decían muy claramente, según lo tenían acordado: y comenzó a forjar unas llaves, según la forma de los moldes que le traían para hacerlas, y no para que las hiciese perfectas, ni podrían abrir con ellas, y esto hacía adrede porque fuesen y viniesen a su tienda a la obra de las llaves, para que las hiciese buenas, y entretanto saber más de raíz el concierto que estaba hecho: y mientras más se dilató la hechura de las llaves, mejor lo alcanzó a saber: y venido el día que habían de ir con sus llaves, que ya había hecho buenas, y todos puestos a punto con sus armas, fue el cerrajero de presto en casa del Tesorero. Alonso de Estrada, y le da relación de ello: y sin más dilación y cuando lo supo el Tesorero, enviase secretamente a aperebir a todos los que eran del bando de Cortés, sin hacerlo saber al Contador, y van a la casa donde estaban recogidos los que habían de soltar al Factor, y de presto prenden hasta veinte hombres de los que estaban armados y otros se huyeron, que no se pudieron haber: y hecha la pesquisa a que se habían juntado, se halló que era para soltar a los por mí nombrados, y matar al Tesorero; y allí también se supo que el Contador lo había por bien, y como había entre ellos tres o cuatro hombres muy revoltosos, y bandoleros, y en todas las cizañas, y revueltas que en México en aquella sazón habían pasado, se habían hallado, y aun el uno de ellos había hecho fuerza a una mujer de Castilla: después que se hizo proceso contra ellos, el cual hizo un Bachiller que se decía Ortega, que estaba por Alcalde mayor, y era de su tierra de Cortés, sentenció los tres de ellos a ahorcar, y a otros a azotar; y se decían los que ahorcaron, el uno Pastrana, y el otro Valverde, y el otro Escobar, y los que azotaron no me acuerdo sus nombres; y el cerrajero se entendió por muchos días que hubo miedo no le matase la parcialidad del Factor, por haber descubierto aquello que con tanto secreto se lo dijeron. Dejemos de hablar en esto, pues que ya son muertos, y aunque vaya tan gran salto, como diré, fuera de nuestra relación también lo que ahora diré viene a coyuntura, y es, que como el Factor hubo enviado la nao con todo el oro que pudo haber para su Majestad, según dicho tengo en los capítulos pasados, y escribió a su Majestad, que Cortés era muerto, y como se le hicieron las honras, y hizo saber otras cosas que le convenían, y enviaba a suplicar a su Cesárea Majestad que le hiciese merced de la gobernación: pareció ser, que en la misma nao que él envió sus despachos, iban otras



cartas muy encubiertas, que el Factor no pudo saber de ellas y las cuales cartas eran para su Majestad, y que supiese todo lo que pasaba en la Nueva España, y de las injusticias, y cosas atroces que el Factor, y Veedor habían hecho: y además de esto ya tenía su Majestad relación de ello por parte de la Audiencia Real de Santo Domingo, y de los Frailes Jerónimos, como Cortés era vivo, y que estaba sirviendo a su Real Corona en conquistar, y poblar la provincia de Honduras: y de que los del Real Consejo de las Indias, y el Comendador mayor de León lo supieron, lo hicieron saber a su Majestad: y entonces dicen que dijo el Emperador nuestro Señor; mal hecho ha sido todo lo que han hecho en la Nueva España, en haberse levantado contra Cortés, y mucho me han deservido, pues es vivo: le tengo por tal, que serán castigados por justicia los malhechores, en llegando que llegue a México. Volvamos a nuestra relación, y es que el Fraile Altamirano se embarcó en el puerto de la Veracruz, según estaba acordado, y con buen tiempo en pocos días llegó al puerto de Trujillo, donde estaba Cortés: y cuando los de la villa, y Cortés vieron un navío poderoso venir a la vela hacia el puerto, luego pensaron lo que fue, que venía de la Nueva España para llevarle a México. Y como hubo tomado puerto, y salió el Fraile a tierra muy acompañado de los que traía en su compañía, y Cortés conoció algunos de ellos, que había visto en México, todos le fueron a besar las manos, y el Fraile le abrazó; y con palabras muy santas, y buenas se fueron a la Iglesia a hacer oración, y desde allí a los aposentos, a donde el Padre Fray Diego Altamirano le dijo que era su primo, y le contó le acaecido en México, según más largamente lo tengo escrito, y lo que Francisco de las Casas había hecho por Cortés, y como era ido a Castilla; todo lo cual que le dijo el Fraile lo sabía Cortés por la carta del Licenciado Zuazo, como dicho tengo en el capítulo que de ello habla; y Cortés mostró gran sentimiento de ello, y dijo, que pues nuestro Señor Dios fue servido que aquello pasase, que le daba muchas gracias por ello y por estar México ya en paz, y que él se quería ir luego por tierra, porque por la mar no se atrevía, porque como se hubo embarcado la otra vez dos veces, y no pudo navegar, porque las aguas vienen muy corrientes, y contrarias, y había de ir siempre con trabajo, y también como estaba flaco, luego le dijeron los pilotos, que en aquel tiempo, era el mes de Abril, y que no hay corrientes, y es la mar bonanza: por manera que acordó de embarcarse, y no se pudo hacer luego a la vela hasta que viniese el Capitán Gonzalo de Sandoval, que le había enviado a unos pueblos que se dicen Olancho, que estaban de allí hasta cincuenta y



cinco leguas, porque había ido pocos días había a echar de aquella tierra un Capitán de Pedro Arias de Ávila, que se decía Rojas, el que había enviado Pedro Arias a descubrir tierras, y buscar minas desde Nicaragua, después que hubo degollado al Francisco Hernández, como dicho tengo: porque según pareció, los Indios de aquella provincia de Olancho se vinieron a quejar a Cortés, cómo muchos soldados de los de Nicaragua les tomaban sus hijas, y mujeres, y les robaban sus gallinas, y todo lo que tenían: y el Sandoval fue con brevedad, y llevó sesenta hombres, y quiso prender al Rojas, y por ciertos Caballeros que se metieron de por medio de la una parte, y de la otra, los hicieron amigos, y aun le dio el Rojas al Sandoval un Indio paje, para que le sirviese; y luego en aquella sazón llegó la carta de Cortés al Sandoval, para que luego sin más dilación se viniese con todos sus soldados, y le dio relación de cómo vino el Fraile, y todo lo acaecido en México: y como lo entendió, hubo mucho placer, y no veía la hora que dar vuelta, y vino en posta después de haber echado de allí al Rojas; y luego Cortés como vio al Sandoval hubo mucho placer, y da sus instrucciones al Capitán Saavedra, que quedaba por su Teniente en aquella provincia, y lo que tenía de hacer, y escribió al Capitán Luis Marín, y a todos nosotros, que luego nos fuésemos camino de Guatemala, y nos hizo saber todo lo acaecido en México, según y de la manera que aquí se hace mención, y lo de la venida del Fraile, y de la prisión del Factor y Veedor, según, y como aquí va declarado: y también mandó que el Capitán Godoy que quedaba en Puerto de Caballos poblado, se pasase a Naco con toda su gente: las cuales cartas dio a Saavedra, para que con gran diligencia nos las enviase, y el Saavedra no quiso encaminarlas por malicia, y se descuidó, y supimos que de hecho no quiso darlas, que nunca supimos de ellas. Y volviendo a nuestra relación, Cortés se confesó con su Confesor Fray Juan, y recibió al cuerpo de Cristo una mañana, porque como estaba tan malo, temía morir, y se embarcó con todos sus amigos, y con buen tiempo llegó en el paraje de La Habana, y porque le hizo mejor tiempo, que para la Nueva España, fue al puerto, con el cual se holgaron todos los vecinos de La Habana sus conocidos, y tomaron refresco, y supo nuevas de un navío que había pocos días que había aportado y venido de la Nueva España, que estaba en paz y sosegado México, y que el Peñol de Coatlán, como supieron los Indios que en él estaban hechos fuertes, y daban guerra a los Españoles, que Cortés, y los Conquistadores éramos vivos, vinieron de paz al Tesorero, debajo de ciertas condiciones: y pasaré adelante.



CAPÍTULO CXI.

Cómo Cortés se embarcó en La Habana para ir a la Nueva España, y con buen tiempo llegó a la Veracruz, y de las alegrías que todos hicieron con su venida.

Como Cortés hubo descansado en La Habana cinco días, no veía la hora que estar en México, y luego manda embarcar toda su gente, y se hace a la vela, y en doce días con buen tiempo llegó cerca del puerto de Medellín, enfrente de la isla de Sacrificios, y allí mando anclar los navíos por aquella soche, y acordó con veinte soldados sus amigos, que saltaron en tierra, y se van a pie obra de media legua, junto a San Juan de Ulua, que así se llamaba, y quiso su ventura, que toparon una harria de caballos, que venía a aquel puerto de Ulua, con ciertos pasajeros para embarcarse para Castilla, y se va Cortés a la Veracruz, en los caballos, y mulos de la harria, que serian cinco leguas de andadura, y mandó que no fuesen ningunos a avisar como venia: y antes que amaneciese con dos horas, llegó a la villa, y fuese derecho a la Iglesia, que estaba abierta la puerta, y se metió dentro en ella con toda su compañía, y como era muy de mañana, vino el Sacristán, que era nuevamente venido de Castilla, y como vio la Iglesia toda llena de gente forastera, y no conocía a Cortés, ni a los que con él estaban, salió dando voces a la calle, llamando a la justicia, que estaban en la Iglesia muchos hombres forasteros, para que les mandasen salir de ella: y a las voces que dio el Sacristán vino el Alcalde mayor, y otros Alcaldes ordinarios, con tres Alguaciles, y otros muchos vecinos con armas, pensando que era otra cosa, y entraron de repente, y comenzaron a decir con palabras airadas, que saliesen de la iglesia: y como Cortés estaba flaco del camino, no le conocieron, hasta que le oyeron hablar, y por los hábitos blancos conocieron a Fray Juan de las Varillas, aunque él los traía sucios de la mar; y como vieron que era Cortés, le van todos a besar las manos, y darle la buena venida: pues los Conquistadores que vivían en aquella villa, Cortés los abrazaba, y los nombraba por sus nombres, que tales estaban, y les decía palabras amorosas: y luego se dijo Misa, y le llevaron a aposentar en las mejores casas que había de Pedro Moreno Medrano, y estuvo allí ocho días, y le hicieron muchas fiestas, y regocijos, y luego por la posta envían mensajeros a México, a decir cómo había llegado, y Cortés escribió al Tesorero, y al Contador, puesto que supo no era su amigo el Contador, y a todos sus amigos, y al Monasterio de San Francisco, de las cuales nuevas todos se alegraron: y como lo supieron todos los Indios de la redonda,



le traen presentes de oro, y mantas, y canoas:, y gallinas, y frutas, y luego se partió de Medellín, y yendo por su jornada le tenía el camino limpio, y hechos aposentos con grandes enramadas, y con mucho bastimento para Cortés, y todos los que iban en su compañía. Pues saber yo decir lo que los Mexicanos hicieron de alegrías, que se juntaron con todos los pueblos de la redonda de la laguna, y le enviaron al camino gran presente de joyas de oro, y ropa, y gallinas, y todo género de frutas de la tierra, que en aquella zona había, y le enviaron a decir que les perdone, por ser de repente su llegada, que no le envían más, que de que vaya a su ciudad, harán lo que son obligados, y le servirán como a su Capitán, que los conquistó, y los tiene en justicia: y de aquella misma manera vinieron otros pueblos. Pues la provincia de Tlascala no se olvidó mucho, que todos los principales le salieron a recibir con danzas, y bailes, y regocijos, y muchos bastimentos: y desde que llegó a obra de tres leguas de la ciudad de Tezcucó, que es casi aquella ciudad tamaña población con sus sujetos como México, de allí salió el Contador Albornoz, que a aquel efecto había venido para recibir a Cortés, por estar bien con él, que le temía en gran manera, y juntó muchos Españoles de todos los pueblos de la redonda, y con los que estaban en su compañía; y los Caciques de aquella ciudad, con grandes invenciones de juegos, y danzas, fueron a recibir a Cortés más de dos leguas, con lo cual se holgó: y cuando llegó a Tezcucó, le hicieron otro gran recibimiento, y durmió allí aquella noche, y otro día de mañana fue camino de México, y le escribió el Tesorero, y el Cabildo, y todos los Caballeros, y Conquistadores amigos de Cortés, que se detuviese en unos pueblos dos leguas de Tenustitlán México, que bien pudiera entrar aquel día, y que lo dejase para otro día por la mañana, porque gozasen todos del gran recibimiento que le hicieron: y salió el Tesorero con todos los Conquistadores, y Caballeros, y Cabildo de aquella ciudad, y todos los oficiales en ordenanza, y llevaron los más ricos vestidos, y calzas, y jabones que pudieron, con todo género de instrumentos, y los Caciques Mexicanos por su parte, con muchas maneras de invenciones de divisas, y libreas que pudieron haber, y la laguna llena de canoas y Indios guerreros, en ellas, según, y de la manera que solían pelear con nosotros en el tiempo de Guatemuz, los que salieron por las calzadas. Fueron tantos los juegos, y regocijos, que se quedaran, por decir, pues en todo el día por las calles, de México, todo era bailes, y danzas, y después que anocheció, muchas lumbres a las puertas. Pues aun lo mejor quedaba por decir a que los Frailes Franciscos, otro día después que Cortés



hubo llegado, hicieron procesiones, dando muchos loores a Dios por las mercedes que les había hecho en haber venido Cortés. Pues volviendo a su entrada en México, se fue luego al Monasterio de Señor San Francisco, donde hizo decir Misas; y daba loores a Dios, que le sacó de los trabajos pasados de Honduras, y le trajo a aquella ciudad, y luego se pasó a sus casas, que estaban muy bien labradas, con ricos palacios, y allí era servido, y temido, y tenido de todos como un Príncipe; y los Indios de todas las provincias le venían a ver, y le traían presentes de oro; y aun los Caciques del Peñol de Coatlán, que se habían alzado, le vinieron a dar la bienvenida, y le trajeron presentes; y fue su entrada de Cortés en México por el mes de Junio, año de mil y quinientos y veinte y cuatro, o veinte y cinco: y como Cortés hubo descansado, luego mandó prender a los bandoleros, y comenzó a hacer pesquisas sobre los tratos del Factor y Veedor; y también prendió a Gonzalo de Ocampo, o a Diego de Ocampo, que no sé bien el nombre de pila, que fue al que hallaron los papeles de los libelos infamatorios; y también se prendió a un Ocaña Escribano, que era muy viejo, que llamaban cuerpo y alma del Factor: y después que los tuvo presos, tenía pensamiento Cortés, viendo la justicia que para ello había, de hacer proceso contra el Factor y Veedor; y por sentencia los despachó, y si de presto lo hiciera, no hubiera en Castilla quien dijera, mal hizo Cortés, y su Majestad lo tuviera por bien hecho: y esto yo lo oí decir a los del Real Consejo de Indias, estando presente el Señor Obispo Fray Bartolomé de las Casas y en el año de mil y quinientos y cuarenta, cuando yo allá fui sobre mis pleitos, que se descuidó mucho Cortés en ello, y se lo tuvieron a flojedad.



CAPÍTULO CXCI.

Cómo en este instante llegó al puerto de San Juan de Ulua con tres navíos el Licenciado Luis Ponce de León, que vino a tomar residencia a Cortés, y lo que sobre ello pasó: y hay necesidad de volver algo atrás, para que bien se entienda lo que ahora diré.

Ya he dicho en los capítulos pasados las grandes quejas que de Cortés dieron ante su Majestad, estando la Corte en Toledo; y los que dieron las quejas, fueron los de la parte de Diego Velázquez, con todos los por mí nombrados, y también ayudaron a ellas las cartas del Albornoz: y como su Majestad creyó que era verdad, había mandado al Almirante de Santo Domingo, que viniese con gran copia de soldados a prender a Cortés, y a todos los que fuimos en desbaratar a Narváez: y también he dicho, que como lo supo el Duque de Béjar Don Álvaro de Zúñiga, que fue a suplicar a su Majestad, que hasta saber la verdad, que no se creyese de cartas de hombres que estaban muy mal con Cortés, y cómo no vino el Almirante, y las causas por qué, y cómo su Majestad proveyó que viniese un hidalgo que en aquella sazón estaba en Toledo, que se decía el Licenciado Luís Ponce de León, primo del Conde de Alcaudete, y le mandó que le viniese a tomar residencia, y si le hallase culpado en las acusaciones que le pusieron, que le castigase de manera, que en todas partes fuese sonada la justicia que sobre ello hiciese: y para que tuviese noticia de todas las acusaciones que acusaban a Cortés, trajo consigo las memorias de las cosas que habían dicho contra Cortés, e instrucciones por donde había de tomar la residencia: y luego se puso en la jornada, y viaje con tres navíos, que esto no se me acuerda bien si era tres o cuatro, y con buen tiempo que le hizo llegó al puerto de San Juan de Ulua, y luego se desembarcó, y se vino a la villa de Medellín; y como supieron quién era, y que venía por juez a tomar residencia a Cortés, luego un mayordomo de Cortés que allí residía, que se decía Gregorio de Villalobos, en posta se lo hizo saber a Cortés, y en cuatro días lo supo en México, de que se admiró Cortés, que tan de repente le tomaba su venida, porque quisiera saberlo más temprano para irle a hacer la mayor honra, y recibimiento que pudiera: y al tiempo que le vinieron las cartas estaba en Señor San Francisco, que quería recibir el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, y con mucha humildad rogaba a Dios, que en todo le ayudase. Y como tuvo las nuevas por muy ciertas, de presto despachó mensajeros para saber quien eran los que



venían, y si traían cartas de su Majestad, y desde que vino la primera nueva, de ahí a dos días vinieron tres mensajeros que enviaba Luis Ponce de León para Cortés, y una era de su Majestad, por las cuales supo, que su Majestad mandaba que le tomasen residencia: y vistas las Reales cartas, con mucho acato y humildad las besó, y puso sobre su cabeza, y dijo, que recibía gran merced que su Majestad le enviase quien le oyese de justicia, y luego despachó mensajeros con respuesta para el mismo Luis Ponce, con palabras sabrosas, y ofrecimientos muy mejor dichos que yo lo sabré decir, y que le diese aviso, por cuál de los dos caminos quería venir, porque para México había un camino por una parte, y otro por un atajo, para que tuviese aparejado lo que convenía para servir a criado de tan alto Rey y Señor. Y desde que el Licenciado vio las cartas, respondió que venía muy cansado de la mar, y que quería reposar algunos días, y dándole muchas gracias, y mercedes, por la gran voluntad que mostraba. Pues como algunos vecinos de aquella villa, que eran enemigos de Cortés, y otros de los que trajo Cortés consigo de lo de Honduras, que no estaban bien con él, que fueron de los que hubo desterrado de Panuco, y por cartas que luego le escribieron a Luis Ponce de México otros contrarios de Cortés, le dijeron, que Cortés quería hacer justicia del Factor y Veedor antes que llegase a México el Licenciado; y más le dijeron, que mirase bien por su persona, que si Cortés le escribió con tantos ofrecimientos, es para saber por cuál de los dos caminos quería venir: que era para despacharle, y que no se fiase de sus palabras ni ofertas, y le dijeron otras muchas cosas de males que decían había hecho Cortés, así a Narváez como a Garay, y de los soldados que dejaba perdidos en Honduras, y sobre tres mil Mexicanos que murieron en el camino: y que un Capitán que se decía Diego de Godoy, que dejó allá poblando con obra de treinta soldados, todos dolientes, que creen que serán muertos, y salió verdad, así como se lo dijeron a Godoy y soldados: y que le suplicaban que luego en posta fuese a México, y que no curase de hacer otra cosa, y que tomase ejemplo en lo del Capitán Narváez, y en lo del Adelantado Garay, y en lo de Cristóbal de Tapia que no quiso obedecer, y le hizo embarcar, y se volvió por donde vino: y le dijeron otros muchos daños, y desatinos contra Cortés por ponerle mal con él, y aun le hicieron encreyente que no le obedecería. Y como aquello vio el Licenciado Luis Ponce, y traía consigo otros hidalgos que fueron el Alguacil mayor Proaño, natural de Córdoba, y a un su hermano, y a Salazar de la Pedraza, que venía por Alcaide de la fortaleza, que murió, luego de dolor de costado, y a un Licenciado o Bachiller y que se decía Marcos



de Aguilar, y a un soldado que se decía Bocanegra de Córdoba, y a ciertos Frailes de Santo Domingo, y por Provincial de ellos un Fray Tomás Ortiz, que decían había estado ciertos años por Prior en una tierra que llamaban, no me acuerdo el nombre; y de este Religioso que venía por Prior, decían todos los que venían en su compañía, que era más desenvuelto para entender en negocios, que no para el santo cargo que traía. Pues volviendo a nuestra relación, el Luis Ponce tomó consejo con estos hidalgos que traía en su compañía, si iría luego a México, o no, y todos le aconsejaron, que no se parase ni de día, ni de noche, creyendo que era verdad lo que decían de los males de Cortés; por manera que cuando los mensajeros de Cortés llegaron con otras cartas en respuesta de las que le escribió el Licenciado, y mucho refresco que le traían, ya estaba el Licenciado cerca de Iztapalapa, donde se le hizo un gran recibimiento con mucha alegría, y contento que Cortés tenía con su venida, y le mandó hacer un banquete muy cumplido: y después de bien servidos en la comida de muchos y buenos manjares, dijo Andrés de Tapia, que sirvió en aquella fiesta de Maestresala, que por ser cosa de apetito para en aquel tiempo en estas tierras, porque era cosa nueva, que si quería su merced que le sirviesen de natas, y requesones, y todos los caballeros que allí comían con el Licenciado, se holgaron que los trajesen, y estaban muy buenas las natas y requesones, y comieron algunos tanto de ellos, que se le revolvió el estómago a uno de ellos, y rebotó, y éste porque comió demasiado de ellos; y otros no tuvieron ningún sentimiento de haberles hecho mal ni daño en el estómago: y entonces dijo aquel Religioso que venía por Prior, o Provincial, que se decía Fray Tomas Ortiz, que las natas, y requesones venían revueltas con rejalgas, y que él no las quiso comer por aquel temor: y otros que allí comieron, dijeron que vieron comer al Fraile de ellas hasta hartarse, y había dicho que estaban muy buenas; y por haber servido de Maestresala el Tapia, sospecharon lo que nunca por el pensamiento le pasó. Y volvamos a nuestra relación, que en este recibimiento de Iztapalapa no se halló Cortés, que en México se quedó, mas fama hubo echadiza muy secretamente, que enviaba a Luis Ponce un buen presente de tejuelos, y barras de oro, esto no lo sé bien, ni lo afirmo: otros dijeron, que nunca tal pasó. Pues como Iztapalapa está dos leguas de México, y tenía puestos hombres para que le avisasen a qué hora venía a México, para salirle a recibir; fue Cortés con toda la caballería que en México había, en que iban el mismo Cortés, y Gonzalo de Sandoval, y el Tesorero Alonso de Estrada, y el Contador, y todo el Cabildo de México, y los



Conquistadores, y Jorge de Alvarado, y Gómez de Alvarado, porque Pedro de Alvarado en aquella sazón no estaba en México, sino en Guatemala, que había ido en busca de Cortés y de nosotros, y salieron otros muchos caballeros que nuevamente habían venido de Castilla: y cuando encontraron a Luis Ponce en la calzada, se hicieron grandes acatos entre él y Cortés; y el Licenciado Luis Ponce en todo pareció muy bien mirado, que se hizo muy de rogar sobre que Cortés le dio la mano derecha, y él no la quería tomar, y estuvieron en cortesías, hasta que la tomó: y como entraron en la ciudad, el Licenciado iba admirado de la gran fortaleza que en ella había, y de las muchas ciudades y poblaciones que había visto en la laguna, y decía que tenía por cierto no haber habido Capitán en el universo, que con tan pocos soldados hubiese ganado tantas tierras, ni haber tomado tan fuerte ciudad: y yendo hablando en esto, se fueron derechos al Monasterio de San Francisco, donde les dijeron Misa: y después de acabada la Misa, Cortés dijo al Licenciado Luis Ponce, que presentase las Reales provisiones, y entendiese en hacer lo que su Majestad le mandaba, porque él tenía que pedir justicia contra el Factor y Veedor: y respondió que se quedase para otro día, y de allí le llevó Cortés acompañado de toda la caballería que le había salido a recibir, a aposentar en sus palacios, donde le tenían todo entapizado, y una muy solemne comida, y servida con tantas vajillas de oro, y plata, y con tal concierto, que el mismo Luis Ponce dijo secretamente al Alguacil mayor Proaño, y a un Bocanegra: que ciertamente que parecía que Cortés en todos los cumplimientos, y en sus palabras, y obras que era de muchos años atrás gran Señor. Y dejaré de hablar de estas loas, pues no hacen a nuestra relación, y diré que otro día fueron a la Iglesia mayor, y después de dicha Misa mandó que el Cabildo de aquella ciudad estuviese presente, y los oficiales de la Real Hacienda, y los Capitanes y Conquistadores de México, y cuando a todos los vio juntos, delante de dos Escribanos, y el uno era de los del Cabildo, y el otro que Luis Ponce traía consigo, presento sus Reales provisiones, y Cortés con mucho acato las besó, y puso sobre su cabeza, y dijo que las obedecía como mandamiento y cartas de su Rey y Señor, y las cumpliría pecho por tierra, y así lo hicieron todos los Caballeros Conquistadores, y Cabildo, y Oficiales de la Real Hacienda de su Majestad; y después que esto fue hecho tomó el Licenciado las varas de la justicia al Alcalde mayor, y Alcaldes ordinarios, y de la Hermandad, y Alguaciles, y como las tuvo en su poder, se las volvió a dar, y dijo a Cortés: señor Capitán, esta Gobernación de v. merced me manda su Majestad que tome



en mí, no porque deja de ser merecedor de otros muchos y mayores cargos, mas hemos de hacer lo que nuestro Rey y Señor nos manda: y Cortés con mucho acato le dio gracias por ello, y dijo, que él siempre está presto para lo que en servicio de su Majestad le fuese mandado, lo cual vería muy presto, y conocería, cuán lealmente había servido a nuestro Rey y Señor, por las informaciones y residencia que de él tomaría, y conocería las malicias de algunas personas que ya le habían a él ido con consejos, y cartas llenas de malicias: y el Licenciado respondió, que donde hay hombres buenos, también hay otros que no son tales, que así es el mundo, que a los que han hecho buenas obras dirán bien de él, y a los que malas al contrario, y en esto se pasó aquel día: y otro día después de haber oído Misa, que se le dijo en los mismos palacios donde posaba el Licenciado, con mucho acato envió con un Caballero a que llamase a Cortés, estando delante el Fray Tomás Ortiz, que venía por Prior, sin haber otras personas delante, sino todos tres en secreto, con mucho acato le dijo el Licenciado Luis Ponce: señor Capitán, sabrá v. merced que su Majestad me mandó, y encargó, que a todos los Conquistadores que pasaron desde la isla de Cuba, que se hallaron en ganar estas tierras, y ciudad, y a todos los demás Conquistadores que después vinieron, que les dé buenos Indios en encomienda, y anteponga, y favorezca algo más a los primeros; y esto digo, porque soy informado, que muchos de los Conquistadores que con v. merced pasaron están con pobres repartimientos, y los ha dado a personas que ahora nuevamente han venido de Castilla, que no tienen méritos: si así es, no le dio su Majestad la Gobernación para este efecto, sino para cumplir sus Reales mandos: y Cortés dijo que a todos había dado Indios, y que la ventura de cada uno era, que a unos cupieron buenos Indios, y a otros no tales, y que lo podrá enmendar pues para ello es venido, y los Conquistadores son merecedores de ello: y también le preguntó que qué eran de los Conquistadores que había llevado a Honduras en su compañía, que como los dejaba allá perdidos, y muertos de hambre, en especial que le informaron, que un Diego de Godoy que dejó por caudillo de treinta o cuarenta hombres en Puerto de Caballos, que le habían muerto Indios, porque todos estaban muy malos: y así como lo dijeron salió verdad, como adelante diré, y que fuera bueno, que pues habían ganado aquella ciudad, y la Nueva España, que quedarán a gozar el provecho, y a los que habían nuevamente venido de Castilla, aquellos llevará a conquistar y poblar: y preguntó por el Capitán Luis Marín, y por Bernal Díaz del Castillo, y por ciertos soldados, y los demás soldados que consigo



llevó: y Cortés le respondió, que para cosas de afrenta y guerras, no se atreviera a ir a tierras largas, si no llevara soldados conocidos, y que presto vendrían a aquella ciudad, porque ya deben de venir camino, y que en todo su merced les ayudase, y les diese buenas encomiendas de Indios. Y también le dijo el Licenciado Luis Ponce algo con palabras ásperas, que cómo había ido contra el Cristóbal de Olid tan lejos y largo camino, sin tener licencia de su Majestad, y dejar a México, en condición de perderse. A esto respondió, que como Capitán General de su Majestad, que le pareció que convenía aquello a su Real servicio, porque otros Capitanes no se alzasen, y que de ello hizo primero relación a su Majestad: y además de esto le preguntó sobre la prisión y desbarate de Narváez, y de cómo se le perdió la armada y soldados de Francisco de Garay, y de qué murió tan presto, y de cómo hizo embarcar a Cristóbal de Tapia, y le preguntó de otras muchas cosas que aquí no relato: y Cortés a todo le respondió dándole razones muy buenas de que Luis Ponce en algo parecía que quedaba contento; y todo esto que le preguntaba traía por memoria de Castilla, y de otras muchas cosas que ya le habían dicho en el camino, y en México se habían informado de ello: y como a estas preguntas que he dicho estaba presente el Fray Tomás Ortiz, como las hubieron acabado de decir, se fue Cortés a su posada, y secretamente apartó el Fraile a tres Conquistadores amigos de Cortés, y les dijo que Luis Ponce quería cortar la cabeza a Cortés, porque así lo traía mandado por Su Majestad, y a aquel efecto le había preguntado lo sobredicho, y aun el mismo Fraile otro día muy de mañana de secreto se lo dijo a Cortés por estas palabras: señor Capitán, por lo mucho que os quiero, y de mi oficio y Religión es avisar en tales casos, os hago, señor, saber, que Luis Ponce trae provisiones de su Majestad para degollaros. Y cuando Cortés esto oyó, y habían pasado los razonamientos por mí dichos, estaba muy penoso y pensativo, y por otra parte le habían dicho que aquel Fraile era de mala condición y bullicioso, y que no le creyese muchas cosas de lo que decía; y según pareció, dijo el Fraile aquellas palabras a Cortés, a efecto que le echase por intercesor y rogador, que no le ejecutase el tal mandado, y porque le diese por ello algunas barras de oro. Otras personas dijeron, que el Luis Ponce lo dijo por meterle temor a Cortés, y le echase rogadores que no le degollase: y como aquello sintió Cortés, respondió al Fraile con mucha cortesía, y con grandes ofrecimientos, y le dijo, que antes tenía creído que su Majestad como Cristianísimo Rey, que le enviaría a hacer mercedes por sus muchos y buenos, y leales servicios que siempre le hizo, y no se



hallará deservicio ninguno que haya hecho, y que con esta confianza estaba, y que él tenía al Señor Luis Ponce por persona, que no saldría de lo que su Majestad le mandaba: y como aquello oyó el Fraile, y no le rogó que fuese su intercesor para con Luis Ponce, quedó confuso, y diré lo que más pasó, porque Cortés jamás le dio ningunos dineros de lo que le había prometido.



CAPÍTULO CXCH.

Cómo el Licenciado Luis Ponce después que hubo presentado las Reales provisiones, y fue obedecido, mandó pregonar residencia contra Cortés, y los que habían tenido cargos de justicia, y cómo cayó malo de mal de modorra, y de ella falleció, y lo que más le sucedió.

Después que hubo presentado Luis Ponce las Reales provisiones, con mucho acato de Cortés, y el Cabildo, y los demás Conquistadores, fue obedecido, mandó pregonar residencia general contra Cortés, y contra los que habían tenido cargo de justicia, y habían sido Capitanes: y como muchas personas que no estaban bien con Cortés, y otros que tenían justicia sobre lo que pedían, que prisa se daban de dar quejas de Cortés, y de presentar testigos, que en toda la ciudad andaban pleitos: y las demandas que le ponían, unos que no les dio partes de oro, como era obligado, y otros le demandaban que no les dio Indios, conforme a lo que su Majestad mandaba, y que los dio a criados de su padre Martín Cortés, y a otras personas sin méritos, criados de Señores de Castilla. Otros le demandaban caballos que les mataron en las guerras, que puesto que habían habido mucho oro, de que se les pudieran pagar, que no se les satisfizo por quedarse con el oro. Otros demandaban afrentas de sus personas, que por mandado de Cortés les habían hecho. Volvamos a nuestra residencia, que luego que se comenzó a tomar, quiso nuestra Señor Jesucristo, que por nuestros pecados, y desdicha, cayó malo de modorra el Licenciado Luis Ponce, y fue de esta manera, que viniendo del Monasterio de Señor San Francisco de oír Misa, le dio una muy recia calentura, y se echó en la cama, y estuvo cuatro días amodorrado, sin tener el sentido que convenía; y todo lo más del día, y de la noche era dormir: y como aquello vieron los Médicos que le curaban, que se decían el Licenciado Pedro López, y el Doctor Ojeda, y otro Médico que él traía de Castilla, todos a una les pareció que se confesase, y recibiese los santos Sacramentos; y el mismo Licenciado lo tuvo en gran voluntad, y después de recibidos con gran humildad, y contrición hizo testamento, y dejó por su Teniente de Gobernador al Licenciado Marcos de Aguilar, que había traído consigo desde la Española. Otros dijeron que era Bachiller, y no Licenciado, y que no tenía autoridad para mandar, y le dejó el poder de esta manera, que todas las cosas de pleitos, y debates, y residencias, y la prisión del Factor, y Veedor se estuviese en el estado que lo dejaba, hasta que su



Majestad fuese sabidor de lo que pasaba; y que luego hiciese mensajeros en un navío a su Majestad. Y ya hecho su testamento, y ordenada su ánima, al noveno día que cayó malo dio la ánima a nuestro Señor Jesucristo; y como hubo fallecido, fueron grandes los lutos, y tristezas que todos los Conquistadores a una sintieron, como si fuera padre de todos, así lo lloraban, porque ciertamente, él venía para remediar a los que hallase que derechamente habían servido a su Majestad, y antes que muriese así lo suplicaba: y le hallaron en los capítulos e instrucciones que de su Majestad traía, que diese de los mejores repartimientos de Indios a los Conquistadores; de manera, que conociesen, mejoría en todo, y Cortés con todos los más Caballeros de la ciudad se pusieron luto, y le llevaron a enterrar con gran pompa a San Francisco, y con toda la cera que entonces se pudo haber fue su enterramiento muy solemne para en aquel tiempo. Oí decir a ciertos Caballeros que se hallaron presentes cuando cayó malo, que como Luis Ponce era músico, y de suyo regocijado, por alegrarle le iban a tañer con una viguela, y a dar música, y que mandó que le tañasen una baja, y con los pies estando en la cama hacía sentido en la boca, y los meneaba hasta acabarla, y acabada perdió el habla, que fue todo uno. Pues como fue muerto, y enterrado, de la manera que dicho tengo, oír el murmurar que en México había de las personas que estaban mal con Cortés, y con Sandoval, que dijeron, y afirmaron que le dieron ponzoña con que murió, que así había hecho al Francisco de Garay: y quien más lo afirmaba era Fray Tomás Ortiz, ya que venia por Prior de ciertos Frailes que traía en su compañía, que también murió de modorra el mismo Prior de ahí a dos meses, él, y otros Frailes: y también quiero decir, que pareció ser, que en el navío en que vino el Luis Ponce, que dio pestilencia en ellos, porque a más de cien personas que en él venían, les dio modorra, y dolencia de que murieron en la mar, y después de desembarcados en la villa de Medellín murieron muchos de ellos, y aun de los Frailes quedaron muy pocos, y fue fama que aquella modorra cundió en México.



CAPÍTULO CXCI.

Cómo después que murió el Licenciado Ponce de León comenzó a gobernar el Licenciado Marcos de Aguilar, y las contiendas que sobre ello hubo, y cómo el Capitán Luis Marín con todos los que veníamos en su compañía, topamos con Pedro de Alvarado que andaba en busca de Cortés, y nos alegramos los unos con los otros, porque estaba la tierra de guerra, por poderla pasar sin tanto peligro.

Según que lo había dejado en el testamento Luis Ponce, todos los más Conquistadores que estaban mal con Cortés, quisieran que fuera la residencia adelante, como lo habían comenzado a tomar, y Cortés dijo que no se podía entender en el conforme al testamento de Luis Ponce, mas que si quisiera tomársela el Marcos de Aguilar, que fuesen mucho en buena hora: y había otra contradicción por parte del Cabildo de México, en que decían que no podía mandar Luis Ponce en su testamento, que gobernase el Licenciado Aguilar solo, lo uno, porque era muy viejo, y caducaba, y estaba tullido de bubas, y era de poca autoridad: y así lo mostraba en su persona, y no sabía las cosas de la tierra, ni tenía noticia de ella, no de las personas que tenían méritos: y que además de ello, que no le tenían respeto, ni le acatarían, y que sería bien que para todos temiesen, y la justicia de su Majestad fuese de todos muy acatada, que tomase por acompañado en la gobernación a Cortés, hasta que su Majestad mandase otra cosa: y el Marcos de Aguilar dijo, que no saldría poco ni mucho de lo que Luis Ponce mandó en el testamento, y que si querían poner otro Gobernador por fuerza, que no hacían lo que su Majestad mandaba: y además de ello que dijo Marcos de Aguilar, Cortés temió si otra cosa se hiciese, por más palabras que le decían los Procuradores de las ciudades y villas de la Nueva España, que procurase de gobernar, y que ellos atraerían con buenas palabras al Marcos de Aguilar para ello, pues que estaba claro, que estaba muy doliente, y era servicio de Dios y de su Majestad; y por más que le decían a Cortés, nunca quiso tocar más en aquella tecla, sino que el viejo Aguilar solo gobernase; y aunque estaba tan doliente y hético, que le daba de mamar una mujer de Castilla, y tenía unas cabras que también bebía leche de ellas; y en aquella sazón se le murió un hijo que traía consigo de modorra, según y de la manera que murió Luis Ponce; dejaré esto hasta su tiempo, y quiero volver muy atrás de lo de mi relación, y diré lo que el Capitán Luis Marín hizo, que quedaba con su gente en Naco, esperando respuesta de Sandoval, para saber si



Cortés era embarcado, o no, y nunca habíamos tenido respuesta ninguna. Ya he dicho cómo Sandoval se partió de nosotros para hacer embarcar a Cortés que fuese a la Nueva España, y que nos escribiría lo que sucediese, para que nos fuésemos con Luis Marín camino de México: y puesto que escribió Sandoval y Cortés por dos partes, nunca tuvimos respuesta, porque el Saavedra nunca nos quiso escribir, con malicia: y fue acordada por Luis Marín; y por todos los que con él veníamos, que con brevedad fuésemos soldados a caballo a Trujillo, a saber de Cortés, y fue Francisco Marmolejo por nuestro Capitán, y yo fui uno de los diez, y fuimos por la tierra adentro de guerra, hasta llegar a Olancho, que ahora llaman Guayape, donde fueron las minas ricas de oro, y allí tuvimos nueva de dos Españoles, que estaban dolientes, y de un negro, como Cortés era embarcado pocos días había con todos los Caballeros y Conquistadores que consigo traía, y que le envió a llamar la ciudad de México, que todos los vecinos Mexicanos estaban con voluntad de servirle, y que vino un Fraile Francisco por él, y que su primo de Cortés Saavedra, quedaba por Capitán cerca de allí en unos pueblos de guerra: de las cuales nuevas nos alegramos, y luego escribimos al Capitán Saavedra con Indios de aquel pueblo de Olancho, que estaba de paz, y en cuatro días vino respuesta del Saavedra, y nos hiso relación de algunas cosas, y dimos muchas gracias a Dios por ello, y a buenas jornadas volvimos donde Luis Marín estaba: y me acuerdo que tiramos piedras a la tierra que dejábamos atrás, y con el ayuda de Dios iremos a México, y yendo por nuestras jornadas hallamos a Luis Marín en un pueblo que se dice Acalteca: y así como llegamos con aquellas nuevas, tomó mucha, alegría, y luego tiramos camino de un pueblo que se dice Maniani, y hallamos en él a seis soldados que eran de la compañía de Pedro de Alvarado, que andaba en nuestra busca, y uno de ellos fue Diego de Villanueva Conquistador, buen soldado, y uno de los fundadores de esta Ciudad de Guatemala, natural de Villanueva de la Serena, que es en el Maestrazgo de Alcántara: y cuando nos conocimos, nos abrazamos los unos a los otros, y preguntando por su Capitán Pedro de Alvarado, dijeron que, allí cerca venía con muchos caballeros, que venían en busca de Cortés, y de nosotros, y nos contaron todo lo acaecido en México, ya por mí dicho, y cómo habían enviado a llamar a Pedro de de Alvarado, para que fuese Gobernador, y la causa porque no fue, según he dicho en el capítulo que de ello habla, fue por temor del Factor: y yendo por nuestro camino, luego de allí a dos días nos encontramos con el Pedro de Alvarado, y sus soldados, que fue junto a un pueblo que se



dice la Choluteca Malalaca. Pues saber decir cómo se holgó en saber que Cortés era ido a México, porque excusaba el trabajoso camino que había de llevar en su busca, fue harto descanso para todos; y estando allí en el pueblo de la Choluteca, habían llegado en aquella sazón ciertos Capitanes de Pedro Arias de Ávila, que se decían Garavito, y Campañón, y otros que no se me acuerdan los nombres, que según ellos decían, venían a descubrir tierras, y a partir términos con el Pedro de Alvarado; y como llegamos a aquel pueblo con el Capitán Luis Marín, estuvimos juntos tres días los de Pedro Arias, y Pedro de Alvarado, y nosotros: y desde allí envió el Pedro de Alvarado a un Gaspar Arias de Ávila, vecino que fue de Guatemala, a tratar ciertos negocios con el Gobernador Pedro Arias de Ávila, y oí decir que era sobre casamientos, porque el Gaspar Arias era gran servidor de Pedro de Alvarado. Y volviendo a nuestro viaje, en aquel pueblo se quedaron los de Pedro Arias, y nosotros fuimos camino de Guatemala, y antes de llegar a la provincia de Cuzcatlán, en aquella sazón llovía mucho, y venía un río que se decía Lempa, muy crecido, y no le pudimos pasar en ninguna manera, acordamos de cortar un árbol que se llama Ceiba, y era de tal gordor que de él se hizo una cania, que en estas partes otra mayor no la había visto, y con gran trabajo estuvimos cinco días en pasar el río, y aun hubo mucha falta de maíz: y pasado el río dimos en unos pueblos que pusimos por nombre los Chapanastiques, que era así su nombre, donde mataron los Indios naturales de aquellos pueblos un soldado que se dice Nicuesa, e hirieron otros tres de los nuestros, que habían ido a buscar de comer, y venían ya desbaratados, y les fuimos a socorrer: y por no detenernos se quedaron sin castigo; y esto es en la provincia donde ahora está poblada la villa de San Miguel: y desde allí entramos en la provincia de Cuzcatlán, que estaba de guerra, y hallamos bien de comer, y desde allí veníamos a unos pueblos cerca de Petapa, y en el camino tenían los Guatemaltecas unas sierras cortadas, y unas barrancas muy hondas, donde nos aguardaron, y estuvimos en tomárselas, y pasar tres días: allí me hirieron de un flechazo, mas no fue nada la herida, y luego vinimos a Petapa, y otro día dimos en este valle, que llamamos del Tuerto, donde ahora está poblada esta ciudad de Guatemala, que entonces todo estaba de guerra, sobre pasarlos con los naturales: y me acuerdo, que cuando veníamos por un repecho abajo, comenzó a temblar la tierra, de tal manera, que muchos soldados cayeron en el suelo, porque duró gran rato el temblor, y luego fuimos camino del asiento de la ciudad de Guatemala la vieja, donde solían estar los Caciques,



que se decían Cinacan, y Sacachul, y antes de entrar en la dicha ciudad estaba una barranca muy honda, y aguardándonos todos los escuadrones de los Guatemaltecas, para no dejarnos pasar, y les hicimos ir con la mala ventura, y pasamos a dormir a la ciudad; y estaban los aposentos y las casas con tan buenos edificios, y ricos, en fin como de Caciques que mandaban todas las provincias comarcanas, y desde allí nos salimos a lo llano, e hicimos ranchos, y chozas, y estuvimos en ellos diez días, porque el Pedro de Alvarado envió dos veces a llamar de paz a los de Guatemala, y a otros pueblos que estaban en aquella comarca, y hasta ver su respuesta aguardamos los días que he dicho: y de que no quisieron venir ningunos de ellos, fuimos por nuestras jornadas largas, sin pasar hasta donde Pedro de Alvarado había dejado su ejército, porque estaba todo de guerra, y estaba en él por Capitán un hermano que se decía Gonzalo de Alvarado: se llamaba aquella población donde los hallamos, Olinstepeque, y estuvimos descansando ciertos días: y luego fuimos a Soconusco, y desde allí a Teguantepeque, y entonces fallecieron en el camino dos vecinos Españoles de México, que venían de aquella trabajosa jornada con nosotros, y un Cacique Mexicano que se decía Juan Velázquez, Capitán que fue de Guatemuz: y por la posta fuimos a Guaxaca, porque entonces alcanzamos a saber la muerte de Luis Ponce, y otras cosas por mí ya dichas, y decían muchos bienes de su persona, y que venía para cumplir lo que su Majestad le mandaba, y no veíamos la hora de haber llegado a México. Pues como remamos sobre ochenta soldados, y entre ellos Pedro de Alvarado, y llegamos a un pueblo que se dice Chalco, desde allí, enviamos a hacer saber a Cortés cómo habíamos de entrar en México otro día, que nos tuviesen aparejadas posadas, porque veníamos muy destrozados, que había más de dos años, y tres meses que salimos de aquella ciudad, Y de que se supo en México que llegábamos a Iztapalapa, a las calzadas salió Cortés con muchos Caballeros, y el Cabildo a recibirnos, y antes de ir a parte ninguna, así como veníamos fuimos a la Iglesia Mayor a dar gracias a Nuestro Señor Jesucristo, que nos volvió a aquella Ciudad: y desde la Iglesia Cortés nos llevó a sus palacios, adonde nos tenía aparejada una muy solemne comida, y muy bien Servida; y ya tenía aderezada la posada de Pedro de Alvarado, que entonces era su casa la fortaleza, porque en aquella sazón estaba nombrado por Alcaide de ella, y de las atarazanas, y al Capitán Luis Marín llevó Sandoval a posar a sus casas, y a mí, y a otro amigo mío, que se decía el Capitán Luis Sánchez, nos llevó Andrés de Tapia a las suyas, y nos hizo mucha honra, y el Sandoval



me envió ropas para ataviarme, y oro, y cacao para gastar, y así hizo Cortés, y otros vecinas de aquella ciudad a soldados amigos conocidos de los que veníamos allí. Y otro día después de encomendarnos a Dios, salimos por la ciudad yo y mi compañero el Capitán Luis Sánchez, y llevamos por intercesores al Capitán Sandoval, y Andrés de Tapia, y fuimos a ver, y hablar al Licenciado Marcos de Aguilar, que como he dicho, estaba por Gobernador, por el poder que para ello le dejó el licenciado Luis Ponce, y los intercesores que fueron con nosotros, que ya he dicho que era el Capitán Sandoval, y Andrés de Tapia, hicieron relación a Marcos de Aguilar de, nuestras personas, y servicios para suplicarle que nos diese Indios en México, porque los Indios de Guacacualco no eran de provecho; y después de muchas palabras, y ofertas que sobre ello nos dio el Marcos de Aguilar, con prometimientos dijo, que no tenía poder para dar ni quitar Indios, porque así lo dejó en el testamento Luis Ponce de León al tiempo que falleció, que todas las cosas de pleitos, y vacaciones de Indios de la Nueva España, se estuviesen en el estado que estaban, hasta que su Majestad enviara a mandar otra cosa, y que si le enviaban poder para dar Indios, que nos dada de lo mejor que hubiese en la tierra, y luego nos despedimos de él. En este tiempo vino de la isla de Cuba Diego de Ordás, y como fue el que hubo escrito las cartas que envió el Factor, diciendo que todos éramos muertos cuantos habíamos salido de México con Cortés, Sandoval, y otros Caballeros, con palabras muy desabridas le dijeron, que porque había escrito lo que no sabía, no teniendo noticia de ello, y que fueron aquellas cartas tan malas, que se hubiera de perder la Nueva España por ellas. Y el Diego de Ordás respondió con grandes juramentos, que nunca tal escribió, sino solamente que tuvo nueva de un pueblo que se dice Xicalango, que habían venido los pilotos, y Capitanes, y marineros de dos navíos, y se habían muerto los del un bando con el otro, y que los Indios acabaron de matar a ciertos marineros que quedaban en los navíos, y que pareciesen las mismas cartas, y verían si era así; que si el Factor las glosó, e hizo otras, que no tenía culpa. Pues para saber Cortés la verdad, el Factor, y Veedor estaban presos en las jaulas, y no se atrevía a hacer justicia de ellos, según lo dejó mandado el Luis Ponce de León; y como Cortés tenía otros muchos debates, acordó de callar en lo del Factor hasta que viajase mandado de su Majestad, y temió no le viniesen más males sobre ellos; y porque entonces puso demandad que le volviesen mucha cantidad de sus haciendas que le vendieron, y tomaron para decir Misas, y honras por su alma, pues que fueron hechas todas aquellas



honras por su alma, pues que fueron hechas todas aquellas honras con malicia no siendo muerto, y por dar crédito a toda la ciudad que éramos muertos, y no por su alma, que pues veían que hacían bienes, y honras por Cortés, y por nosotros, creyesen que era verdad que éramos muertos. Y andando en estos pleitos, un vecino de México, que se decía Juan de Cáceres el Rico, compró los bienes, y Misas que habían hecho por el alma de Cortés, que fuesen por la de Cáceres. Y dejaré de contar cosas viejas, y diré, como el Diego de Ordás, como era hombre de buenos consejos, viendo que a Cortés ya no le tenían acato, ni se daban nada por él después que vino Luis Ponce de León, y le habían quitado la Gobernación, y que muchas personas se le desvergonzaban, y no le tenían en nada, le aconsejó que se sirviese como Señor, y se llamase Señoría, y pusiese dosel, y que no solamente se nombrase Cortés, sino Don Hernando Cortés. También le dijo el Ordás, que mirase que el Factor fue criado del Comendador Mayor Don Francisco de los Cobos, que es el que manda a toda Castilla, y que algún día le habría menester al Don Francisco de los Cobos, y que el mismo Cortés no estaba bien acreditado con su Majestad, ni con los de su Real Consejo de Indias, y que no curase de matar al Factor, hasta que por justicia fuese sentenciado, porque había grandes sospechas en México, que le quería despachar, y matar en la misma jaula. Y pues viene ahora a coyuntura, quiero decir antes que más pase adelante en esta mi relación, porque tan secretamente en todo lo que escribo cuando viene a pláticas de decir de Cortés, no le he nombrado ni nombro Don Hernando Cortés, ni otros Títulos de Marqués, ni Capitán, salvo Cortés a boca llena. La causa de ello es, porque él mismo se preciaba de que le llamasen solamente Cortés: y en aquel tiempo aún no era Marqués, porque era tan tenido y estimado este nombre de Cortés en toda Castilla, como en tiempo de los Romanos solían tener a Julio César, y a Pompeyo, y en nuestros tiempos teníamos a Gonzalo Hernández, por sobrenombre Gran Capitán, y entre los Cartagineses Aníbal, o de aquel valiente nunca vencido caballero Diego García de Paredes. Dejemos de hablar en los blasones pasados, y diré como el Tesorero Alonso de Estrada en aquella sazón casó dos hijas, la una con Jorge de Alvarado hermano de Don Pedro de Alvarado, y la otra con un caballero que se decía Don Luis de Guzmán hijo de Don Juan de Saavedra Conde del Castellar: y entonces se concertó, que Pedro de Alvarado fuese a Castilla a suplicar a su Majestad, le hiciese merced de la gobernación de Guatemala; y entretanto que iba, envió a Jorge de Alvarado por su Capitán a la pacificación de ella: y cuando el Jorge de



Alvarado vino, trajo consigo de camino sobre doscientos Indios de Tlascala, y de Cholula, y Mexicanos y de Guacachula, y de otras provincias que le ayudaron en las guerras. También en aquella sazón envió el Marcos de Aguilar a poblar la provincia de Chiapa, y fue un caballero que se decía Don Juan Enríquez de Guzmán deudo muy cercano del Duque de Medina-Sidonia: y también envió a poblar la provincia de Tabasco, que es el río que llaman de Grijalva, y fue por Capitán un hidalgo que se decía Baltasar Osorio natural de Sevilla; y asimismo envió a pacificar los pueblos de los Capotecas, que están en unas muy altas sierras, y fue por Capitán un Alonso de Herrera natural de Jerez, y este Capitán fue de los soldados de Cortés: y por no contar al presente lo que cada uno de estos Capitanes hizo en sus Conquistas, lo dejaré de decir hasta que venga a tiempo, y sazón y quiero hacer relación de como en este tiempo falleció el Marcos de Aguilar, y lo que pasó sobre el testamento que hizo, para que gobernase el Tesorero.



CAPÍTULO CXCV.

Cómo Marcos de Aguilar falleció, y dejó en el testamento, que gobernase el Tesorero Alonso de Estrada, y que no entendiese en pleitos del Factor, ni Veedor, ni dar ni quitar Indios, hasta que su Majestad mandase lo que más en ello fuese servido, según y de la manera que le dejó el poder Luis Ponce de León.

Teniendo en sí la gobernación Marcos de Aguilar, como dicho tengo, estaba muy hético, y doliente, y malo de bubas: los Médicos le mandaron que mamase a una mujer de Castilla, y con leche de cabras se sostuvo cerca de ocho meses, y de aquella dolencia, y calenturas que le dieron falleció, y en el testamento que hizo mandó, que solo gobernase el Tesorero Alonso Estrada, ni más ni menos que tuvo el poder de Luis Ponce de León; y viendo el Cabildo de México, y otros Procuradores de ciertas ciudades, que en aquella sazón se hallaron en México, que el Alonso de Estrada solo no podía gobernar tan bien como convenía, por causa que Nuño de Guzmán, que había dos años que vino de Castilla por Gobernador de la provincia de Panuco, se metía en los términos de México, y decía, que eran sujetos de su provincia: y como venia furioso, y no miraba a lo que su Majestad le mandaba en las provisiones que de ello traía; porque un vecino de México, que se decía Pedro González de Trujillo persona muy noble, dijo, que no quería estar debajo de su gobernación, sino de la de México; pues los Indios de su Encomienda no eran de los de Panuco, y por otras palabras que pasaron, sin más ser oído le mandó ahorcar: y además de esto hizo otros desatinos, que ahorcó a otros Españoles, por hacerse temer, y no tenía acato, ni se le daba nada por Alonso de Estrada el Tesorero, aunque era Gobernador, ni le tenía en la estima que era obligado: y viendo aquellos desatinos de Nuño de Guzmán el Cabildo de México, y otros Caballeros vecinos de aquella ciudad, porque temiese el Nuño de Guzmán, e hiciese lo que su Majestad mandaba, suplicaron al Tesorero, que juntamente con él gobernase Cortés, pues convenía al servicio de Dios, Nuestro Señor, y de su Majestad, y el Tesorero no quiso, y otras personas dicen, que Cortés no lo quiso aceptar, porque no dijese maliciosos, que por fuerza quería señorear, y también porque hubo murmuraciones, que tenían sospecha, en la muerte de Marcos de Aguilar, que Cortés fue causa de ella, y dio, con que murió: y lo que se concertó fue, que juntamente con el Tesorero, gobernar Gonzalo de Sandoval, que era Alguacil Mayor, y persona que se hacía mucha cuenta de



él, y lo hubo por bien el Tesorero; mas otras personas dijeron, que si lo aceptó fue, por casar una hija con el Sandoval, y si se casara con ella, fuera el Sandoval muy más estimado, y por ventura hubiera la gobernación, porque en aquella sazón no se tenía en tanta estima esta Nueva España como ahora. Pues estando gobernando el Tesorero, y el Gonzalo de Sandoval, pareció ser, como en este mundo hay hombres muy desatinados, que un fulano Proaño, que dicen que se fue en aquella sazón a lo de Jalisco huyendo de México, que después fue muy rico; y el Sandoval como Gobernador que era, que había de hacer justicia sobre ello, y prender al Proaño, no lo hizo, porque se fue huyendo a donde no podía ser habido, por mucha diligencia que sobre ello puso, y puesto que claramente se supo que no podría alcanzar justicia, lo disimuló. Dejemos esto, y quiero decir, que en aquellos días que anduvieron los conciertos dichos, para que Cortés gobernase con el Tesorero, y pusieron al Sandoval por compañero en la gobernación, según ya dicho tengo, aconsejaron a Alonso de Estrada, que negó por la posta fuese en un navío a Castilla, y hiciese relación de ello a su Majestad, y aun le indujeron que dijese, que por fuerza le pusieron a Sandoval por compañero, según ya dicho tengo, porque no quiso, ni consintió que Cortés juntamente gobernase con él: y además de esto ciertas personas, que no estaban bien con Cortés, escribieron otras cartas de por sí, y en ellas decían, que Cortés había mandado dar ponzoña a Luis Ponce de León, y a Marcos de Aguilar, y que así mismo al Adelantado Garay, y que en unos requesones que les dieron en un pueblo que se dice Iztapalapa, creían que les dieron rejalgas en ellos, y que por aquella causa no quiso comer un Fraile de la Orden de Señor Santo Domingo de ellos, y todo lo que escribían de Cortés, eran maldades y traiciones que le levantaron: y también escribieron, que Cortés quería matar al Factor y Veedor: y en aquella sazón también fue a Castilla el Contador Albornoz, que jamás estuvo bien con Cortés. Y como su Majestad, y los del Real Consejo de Indias vieron las cartas que he dicho, que enviaron, diciendo mal de Cortés, y se informaron del Contador Albornoz, y lo de Luis Ponce, y lo de Marcos de Aguilar, ayudó muy mal contra Cortés, y haber oído lo del desbarate del Narváez, y del Garay, y lo de Tapia, y lo de Catalina Suarez la Marcaida su primera mujer, y estaban mal informados de otras cosas, y creyeron ser verdad lo que ahora escribían: luego mandó su Majestad proveer, que solo Alonso de Estrada gobernase, y dio por bueno cuanto había hecho, y en los Indios que encomendó; que sacasen de las prisiones y jaulas al Factor, y Veedor, y le volviesen sus bienes: y por la



posta vino un navío con las provisiones; y para castigar a Cortés de lo que le acusaban, mandó qué luego viniese un caballero que se decía Don Pedro de la Cueva, Comendador mayor de Alcántara, y que a costa de Cortés trajese trescientos soldados, y que si le hallase culpado, le cortase la cabeza, y a los que juntamente con él habían hecho algún deservicio a su Majestad, y que a los verdaderos Conquistadores que les diese de los pueblos que quitasen a Cortés: y asimismo mandó proveer, que viniese Audiencia Real, creyendo con ella habría recta justicia. Y ya que se estaba apercibiendo el Comendador Don Pedro de la Cueva, para venir a la Nueva España, por ciertas pláticas que después hubo en la Corte, o porque no le dieron tantos mil ducados como pedía para el viaje, y porque con el Audiencia Real creyendo que lo pusieran en justicia, se estorbó su jornada, que no vino, y porque el Duque de Béjar quedó por nuestro fiador otra vez, Y quiero volver al Tesorero; que como se vio tan favorecido de su Majestad, y haber sido tantas veces Gobernador, y ahora de nuevo le mandaba su Majestad gobernar solo, y aun le hicieron creer al Tesorero, que habían informado al Emperador, nuestro Señor, que era hijo del Rey Católico, y estaba muy ufano, y tenía razón; y lo primero que hizo fue enviar a Chiapa por Capitán a un su primo, que se decía Diego de Mazariegos, y mandó tomar residencia a Don Juan Enríquez de Guzmán, el que había enviado por Capitán Marcos de Aguilar, y más robos y quejas se halló que había hecho en aquella provincia que bienes: y también envió a conquistar y a pacificar los pueblos de los Capotecas, y Minxes, y que fuesen por dos partes, para que mejor los pudiesen atraer de paz, que fuese por la parte de la banda del Norte, y envió a un fulano de Barrios, que decían que había sido Capitán en Italia, y que era muy esforzado, que nuevamente había venido de Castilla a México: no digo por Barrios el de Sevilla el cuñado que fue de Cortés: y le dio sobre cien soldados, y entre ellos muchos escopeteros, y ballesteros. Llegado este Capitán con sus soldados a los pueblos de los Capotecas, que se decían los Tiltepeques, una noche salen los Indios naturales de aquellos pueblos, y dan sobre el Capitán, y sus soldados, y tan de repente dieron en ellos que mataron al Capitán Barrios, y a otros siete soldados, y a todos los más hirieron; y si de presto no tomaran las de Villa Diego, y se vinieran a acoger a unos pueblos de paz, todos murieran. Aquí verán cuánto va de los Conquistadores viejos a los nuevamente venidos de Castilla, que no saben qué cosa es guerra de Indios, ni sus astucias: en esto paró aquella conquista. Digamos ahora del otro Capitán que fue por la parte de



Guaxaca, que se decía Figuero, natural de Cáceres que también dijeron que había sido Capitán en Castilla, y era muy amigo del Tesorero Alonso de Estrada; y llevó otros cien soldados de los nuevamente venidos de Castilla a México, y muchos escopeteros, y ballesteros, y aun diez de a caballo: y como llegaron a las provincias de los Capotecas y envió llamar a un Alonso de Herrera, que estaba en aquellos pueblos por Capitán de treinta soldados, por mandado de Marcos de Aguilar en el tiempo que gobernaba, según lo tengo dicho en el capítulo que de ello hace mención: y venido el Alonso de Herrera a su llamado, porque según pareció, traía poder el Figuero para que estuviese debajo de su mano; y sobre ciertas pláticas que tuvieron, o porque no quiso quedar en su compañía, vinieron a echar mano a las espadas, y el Herrera acuchilló al Figuero, y a otros tres de los soldados que traía que le ayudaban. Pues viendo el Figuero que estaba herido, y manco de un brazo, y no se atrevía a entrar en las sierras de los Minxes, que eran muy altas, y malas de conquistar, y los soldados que traía no sabían conquistar aquellas tierras, acordó de andarse a desenterrar sepulturas de los enterramientos de los Caciques de aquella provincia, porque en ellas halló cantidad de joyas de oro, con que antiguamente tenían costumbre de enterrarse los Principales de aquellos pueblos, y dióse tal maña, que sacó de ellas sobre cien mil pesos de oro, y con otras joyas que hubo de dos pueblos, acordó de dejar la conquista, y pueblos en que estaba, y los dejó muy más de guerra a algunos de ellos, que los halló, y fue a México, y desde allí se iba a Castilla el Figuero con su oro: y embarcando en la Veracruz fue su ventura tal, que el navío en que iba dio con recio temporal al través junto a la Veracruz, de manera que se perdió él, y su oro, y se ahogaron quince pasajeros, y todo se perdió: y en aquello pararon los Capitanes que envió el Tesorero a conquistar aquellos pueblos, que nunca vinieron de paz, hasta que los vecinos de Guacacualco los conquistamos; y como tienen altas sierras, y no pueden ir caballos, me quebranté el cuerpo de tres veces que me hallé en aquellas conquistas, porque puesto que en los veranos los atraíamos de paz, en entrando las aguas se tornaban a levantar y mataban a los Españoles que podían haber desmandados: y como siempre les seguíamos, vinieron de paz, y está poblada una villa que dicen San Alfonso. Pasemos adelante, y dejaré de traer a la memoria desastres de Capitanes, que no han sabido conquistar, y digo, que como el Tesorero supo que habían acuchillado a su amigo el Capitán Figuero, como dicho tengo, envió luego a prender a Alonso de Herrera, y no se pudo haber, porque se fue huyendo a unas sierras, y los



Alguaciles que envió trajeron preso a un soldado de los que solía tener el Herrera consigo: y así como llegó a México, sin más ser oído, le mandó el Tesorero cortar la mano derecha: se llamaba el soldado Cortejo, y era hijodalgo. Y además de esto, en aquel tiempo un mozo de espuelas de Gonzalo de Sandoval tuvo otra cuestión con otro criado del Tesorero, y lo acuchilló y de que hubo muy gran enojo el Tesorero, y le mandó cortar la mano, y esto fue un tiempo que Cortés ni Sandoval no estaban en México, que se habían ido a un gran pueblo que se dice Cornabaca, y se fueron por quitarse de bullicios, y parlerías, y también por apaciguar ciertos encuentros que había entre los Caciques de aquel pueblo. Pues como supieron Cortés, y Gonzalo de Sandoval por cartas, que el Cornejo y mozo de espuelas estaban presos, y que les querían cortar las manos, de presto vinieron a México: y de que hallaron lo que dicho tengo, y no había remedio en ello sintieron mucho aquella afrenta que el Tesorero hizo a Cortés, y a Sandoval, y dicen que le dijo Cortés tales palabras al Tesorero en su presencia, que no las quisiera oír, y aun tuvo temor que le quería mandar matar, y con este temor allegó el Tesorero soldados y amigos para tener en su guarda, y sacó de las jaulas al Factor y Veedor, para que como oficiales de su Majestad, se favoreciesen los unos a los otros contra Cortés: y de que los hubo sacado, de ahí a ocho días, por consejo del Factor, y otras personas que no estaban bien con Cortés, le dijeron al Tesorero, que en todo caso, luego desterrase a Cortés de México, porque entre tanto que estuviese en aquella ciudad, jamás podría gobernar bien, ni habría paz, y siempre habría bandos. Pues ya este destierro firmado del Tesorero, se lo fueron a notificar a Cortés, y dijo que lo cumpliría muy bien; y que daba gracias a Dios que de ello era servido, que de las tierras y ciudad que él con sus compañeros, había descubierto, y ganado, derramando de día y noche mucha sangre de su cuerpo, y muerte de tantos soldados, que le viniesen a desterrar personas que no eran dignas de bien ninguno, ni de tener los oficios que tienen, y que él iría a Castilla a dar relación de ello a su Majestad, y demandar justicia contra ellos, y que fue gran ingratitud del Tesorero, desconocido del bien que le había hecho Cortés; y luego se salió de México, y se fue a una villa suya que se dice Cuyoacán, y desde allí a Tezcucó, y de allí a pocos días a Tlascala: y en aquel instante la mujer del Tesorero, que se decía Doña Marina Gutiérrez de la Caballería, cierto digna de buena memoria, por sus muchas virtudes, como supo el desconcierto que su marido había hecho en sacar de las jaulas al Factor y Veedor, y haber desterrado a Cortés, con gran pesar que tenía, le



dijo a su marido: pluga a Dios, que por estas cosas que habéis hecho no os tenga mal de ello, y le trajo a la memoria los bienes y mercedes que siempre Cortés le había hecho, y los pueblos de Indios que le dio, y que procurase de tornar a hacer amistades con él, para que vuelva a la ciudad de México, o que se guardase muy bien, no le matasen; y tantas cosas le dijo, que según muchas personas después platicaban, se había arrepentido el Tesorero de haberlo desterrado, y aun de haber sacado de las jaulas al Factor y Veedor, porque en todo le iban a la mano, y eran muy contrarios a Cortés. Y en aquella sazón vino de Castilla Don Fray Julián Garcés, primer Obispo que fue de Tlascala, y era natural de Aragón, y por honra del Cristianísimo Emperador nuestro Señor, se llamó Carolense, y fue gran Predicador, y se vino por su Obispado de Tlascala; y como supo lo que el Tesorero había hecho en el destierro de Cortés, le pareció muy mal, y por poner concordia entre ellos, se vino a una ciudad ya otras veces por mí nombrada, que se dice Tezcuco, y como estaba junto a la laguna, se embarcó en dos canoas grandes, y con dos Clérigos, y un Fraile, y su fardaje, se vino a la ciudad de México: y antes de entrar en ella, supieron su venida en México, y le salieron a recibir con toda la pompa, y Cruces, y Clerecía, y Religiosos, y Cabildo, y Conquistadores, y Caballeros, y soldados que en México se hallaron; y cuando el Obispo hubo descansado dos días, el Tesorero le echó por intercesor, para que fuese a donde Cortés estaba en aquella sazón, y los hiciese amigos, y le alzaba el destierro, y que se volviese a México: y fue el Obispo, y trató las amistades, y nunca pudo acabar cosa ninguna con Cortés, antes como dicho tengo, se fue a Tezcuco, o a Tlascala, muy acompañado de caballeros, y otras personas: y en lo que entendía Cortés, era en allegar todo el oro y plata que podía para ir a Castilla, y demás de lo que le daban de los tributos de sus pueblos, empeñaba otras rentas, e Indios que le prestaban amigos, y asimismo se aparejaban, el Capitán Gonzalo de Sandoval, y Andrés de Tapia, y llegaron y recogían todo el oro y plata que podían de sus pueblos y porque estos dos Capitanes fueron en compañía de Cortés, a Castilla. Pues como estaba Cortés en Tlascala, le iban a ver muchos vecinos de México, y de otras villas, y soldados que no tenían encomiendas de Indios, y los Caciques de México le iban a servir: y aun como hay hombres bulliciosos, y amigos de escándalos, y novedades, le iban a aconsejar, para que si se quería alzar por Rey en la Nueva España, que en aquel tiempo tenía lugar, y que ellos serian en ayudarle: y Cortés echó presos a dos hombres de los que le vinieron con aquellas pláticas, y les trató mal, llamándoles de traidores, y



estuvo para ahorcarlos; y también le trajeron otra carta de otros bandoleros, que le enviaron de México, y le decían lo mismo; y esto era, según dijeron, para tentar a Cortés, o tomarle en algunas palabras que de su boca dijese, sobre aquel mal caso: y como Cortés en todo era servidor de su Majestad, con amenazas dijo a los que le venían con aquellos pleitos, que no viniesen más delante de él con aquellas parlerías de traiciones, que los mandaría ahorcar: y luego escribió al Obispo lo que pasaba, para que él dijese al Tesorero, que como Gobernador mandase castigar a los traidores que le venían con aquellos consejos, si no que él los mandaría ahorcar. Dejemos a Cortés en Tlascala aderezando para irse a Castilla, y volvamos al Tesorero, y Factor y Veedor, que así como venían a Cortés hombres bandoleros que deseaban ruidos, y andar en bullicios, también iban y decían al Tesorero, y al Factor, que ciertamente Cortés estaba llegando gente para venirlos a matar, aunque echaba fama que para venir a Castilla, y a aquel efecto estaban todos los Caciques Mexicanos, y de Tezcuco en Tlascala, y de todos los más pueblos de alrededor de la laguna en su compañía, para ver cuándo les mandaba dar guerra: entonces temió mucho el Factor y Veedor y el Tesorero, creyendo que les quería matar, y para saber e inquirir si era verdad, volvieron a importunar al mismo Obispo que fuese a ver qué cosa era; y escribieron con grandes ofertas a Cortés, demandándole perdón, y el Obispo lo hubo por bueno el ir a hacer amistades por visitar a Tlascala y desde que llegó donde Cortés estaba, después de salirle a recibir toda aquella provincia, y ver la gran lealtad, y lo que había hecho Cortés en prender los bandoleros, y las palabras que sobre aquel caso le escribió, luego hizo mensajeros al Tesorero, y dijo, que Cortés era muy, muy leal caballero, y gran servidor de su Majestad, y que en nuestros tiempos se podía poner en la cuenta de los muy afamados servidores de la Corona Real; y que en lo que estaba entendiendo, era aviarse para ir ante su Majestad, y que podían estar sin sospecha de lo que pensaban, y también le escribió, que tuvo mala consideración en haberle desterrado, y que no lo acertó: entonces dicen que le dijo en la carta que le escribió; Oh señor Tesorero Alonso de Estrada, y cómo ha dañado y estragado este negocio. Dejemos esto de la carta, que no me acuerdo bien si volvió Cortés a México para dejar recaudo a las personas, a quien había de dar los poderes para entender en su estado y casa, y cobrar los tributos de los pueblos de su encomienda, salvo sí, que dejó el poder mayor al licenciado Juan Altamirano, y a Diego de Ocampo, y Alonso Valiente, y a Santa Cruz Burgalés, y sobre todos a Altamirano: y ya tenía



llegado muchas aves de las diferenciadas de otras que hay en Castilla, que era cosa muy de ver, y dos tigres, y muchos barriles de liquidámbar, y bálsamo cuajado, y otro como aceite, y cuatro Indios maestros de jugar el palo con los pies y que en Castilla, y en todas partes es cosa de ver, y otros Indios bailadores, que suelen hacer una manera de ingenio al parecer, como que vuelan por alto estando bailando, y llevo tres Indios corcovados, de tal manera, que era cosa monstruosa, porque estaban quebrados por el cuerpo, y eran muy enanos; y también llevó Indios y Indias muy blancos, que con el gran blancor no veían bien: y entonces los Caciques de Tlascala le rogaron que llevase en su compañía tres hijos de los más Principales de aquella provincia, y entre ellos fue un hijo de Xicotenga el viejo ciego, que después se llamó Don Lorenzo de Vargas, y llevó otros Caciques Mexicanos: y estando aderezando su partida, le llegaron nuevas de la Veracruz, que habían venido dos navíos muy buenos veleros, y en ellos le trajeron cartas de Castilla; y lo que se contenía en ellas diré adelante.



CAPÍTULO CXCV.

Cómo vinieron cartas a Cortés de España del Cardenal de Sigüenza Don García de Loyosa, que era Presidente de Indias, y luego fue Arzobispo de Sevilla, y de otros Caballeros, para que en todo caso se fuese luego a Castilla, y le trajeron nuevas que era muerto su padre Martín Cortés, y lo que sobre ello hizo.

Ya he dicho en el capítulo pasado lo acaecido entre Cortés, y el Tesorero, y el Factor y Veedor, y por qué causa lo desterró de México, y como vino dos veces el Obispo de Tlascala a entender en amistades, y Cortés nunca quiso responder a cartas, ni a cosa ninguna que le dijese, y se apercibió para ir a Castilla: y le vinieron cartas del Presidente de Indias Don García de Loyosa, y del Duque de Béjar, y de otros caballeros, en que le decían, que como estaba ausente, daban quejas delante de su Majestad, y decían en las quejas muchos males, y muertes que había hecho dar a los Gobernadores que su Majestad enviaba, y que fuese en todo caso a volver por su honra; y le trajeron nuevas, que su padre Martín Cortés era fallecido: y como vio las cartas, le pesó mucho, así de la muerte de su padre, como de las cosas que de él decían que había hecho, no siendo así, y se puso luto, puesto que lo traía en aquel tiempo por la muerte de su mujer Doña Catalina Suárez la Marcaida, e hizo gran sentimiento por su padre, y las honras lo mejor que pudo: y si mucho deseo tenía de antes, de ir a Castilla, desde allí adelante se dio mayor prisa, porque luego mandó a su Mayordomo, que se decía Pedro Ruiz de Esquivel natural de Sevilla, que fuese a la Veracruz, y de dos navíos que habían llegado, que tenían fama que eran nuevos, y veleros, que los comprase, y estaba apercibiendo bizcocho, y cecina, y tocinos, y lo perteneciente para el matalotaje muy cumplidamente, como convenía para un gran señor, y rico, que Cortés era; y cuantas cosas se pudieron haber en la Nueva España, que eran buenas para el mar, y conservas que a Castilla vinieron, y fueron tantas, y de tanto género, que para dos años se pudieran mantener otros dos navíos, aunque tuvieran mucha más gente, con lo que en Castilla les sobró. Pues yendo el Mayordomo por la laguna de México en una canoa grande, para ir a un pueblo que se dice Ayotzingo, que es donde desembarcan las canoas, que por ir más presto a hacer lo que Cortés le mandaba fue por allí, y llevó seis Indios Mexicanos remeros, y un negro, y ciertas barras de oro, para comprar los navíos; y quien quiera que fue, le aguardó en la misma laguna, y le mató, que nunca se supo quién, ni quién no, ni



pareció canoa, ni Indios, ni el negro que la remaba, salvo que de ahí a cuatro días hallaron al Esquivel en una isleta de la laguna, el medio cuerpo comido de aves carniceras. Sobre la muerte de este Mayordomo hubo grandes sospechas, porque unos decían que era hombre que se alababa de cosas que decía él mismo que pasaba con damas, y con otras señoras, y decían otras cosas malas que dizque hacía: y a esta causa estaba mal quisto, y ponían sospechas de otras muchas cosas que aquí no aclaro: por manera que no se supo de su muerte, ni aun se pesquisó muy de raíz quien le mató, perdónele Dios: y luego Cortés volvió a enviar de presto a otros Mayordomos, para que le tuviesen aparejados los navíos: y metido el bastimento, y pipas de vino, y mandó dar pregones, que cualesquier personas que quisieren ir a Castilla, les dará pasaje, y comida de balde, yendo con licencia del Gobernador: y luego Cortés acompañado de Gonzalo de Sandoval, y de Andrés de Tapia, y otros caballeros, se fue a la Veracruz: y como se hubo confesado, y comulgado, se embarcó: y quiso nuestro Señor Dios darle tal viaje, que en cuarenta y un días llegó a Castilla, sin parar en La Habana, ni en isla ninguna, y fue a desembarcar cerca de la villa de Palos junto a nuestra Señora de la Rábida: y como se vieron en salvamento en aquella tierra, hincan las rodillas en tierra, y alzan las manos al Cielo, dando muchas gracias a Dios por las mercedes que siempre les hacía; y llegaron a Castilla en el mes de Diciembre de mil y quinientos y veinte y siete años. Y pareció ser, que Gonzalo de Sandoval iba muy doliente, y a grandes alegrías hubo, tristezas, que fue Dios servido de ahí a pocos días de llevarle de esta vida en la villa de Palos: y en la posada que estaba, era de un Cordonero de hacer jarcias, y cables, y maromas; y antes que muriese, le hurtó el huésped trece barras de oro, lo cual vio el Sandoval por sus ojos, que se las sacaron de una caja, porque aguardó el Cordonero que no estuviese allí persona ninguna en compañía del Sandoval, y tuvo tales astucias, que envió a sus criados del Sandoval, que fuesen por la posta a la Rábida a llamar a Cortés, y el Sandoval puesto que lo vio, no quiso dar voces, porque como estaba muy debilitado, y flaco, y malo, temió que el Cordonero, que le pareció mal hombre, no le echase el colchón o almohada sobre la boca y le ahogase: y luego se fue el huésped a Portugal huyendo con las barras de oro, y no se pudo cobrar cosa ninguna. Volvamos a Cortés y cuando supo que estaba muy malo el Sandoval, vino luego por la posta donde estaba; y el Sandoval le dijo la maldad que su huesped le había hecho, y cómo le hurtó las barras de oro, y se fue huyendo, en lo cual puesto que pusieron gran diligencia para



que se cobrasen, como se pasó a Portugal, se quedó con ello: y el Sandoval cada día iba empeorando de su mal, y los Médicos que le curaban, le dieron, que luego se confesase, y recibiese los Santos Sacramentos, e hiciese testamento, y él lo hizo con grande devoción, y mandó muchas mandas así a pobres, como a Monasterios, y nombró por su albacea a Cortés, y heredera a una hermana, o hermanas, y la una hermana el tiempo andando, se casó con un hijo bastardo del Conde de Medellín: y como hubo ordenado su alma, y hecho testamento, dio el ánima a Nuestro Señor Dios que la crió, y por su muerte se hizo gran sentimiento, y con toda la pompa que pudieron le enterraron en el Monasterio de Nuestra Señora de la Rábida; y Cortés con todos los Caballeros que iban en su compañía se pusieron luto: perdónele Dios, amén. Y luego Cortés envió correo a su Majestad, y al Cardenal de Sigüenza, y al Duque de Béjar, y al Conde de Aguilar, y a otros Caballeros, e hizo saber, cómo había llegado a aquel puerto, y de cómo Gonzalo de Sandoval había fallecido, e hizo relación de la calidad de su persona, y de los grandes servicios que había hecho a su Majestad, y que fue Capitán de mucha estima, así para mandar ejércitos, como para pelear por su persona: y como aquellas cartas llegaron a su Majestad, recibió alegría de la venida de Cortés, puesto que le pesó de la muerte del Sandoval, porque ya tenía noticia de su generosa persona; y asimismo le pesó al Cardenal Don García de Loyosa, y al Real Consejo de Indias; pues el Duque de Béjar, y el Conde de Aguilar, y otros Caballeros, se holgaron en gran manera, puesto que a todos les pesó la muerte del Sandoval, y luego fue el Duque de Béjar, juntamente con el Conde de Aguilar a dar más relación de ello a su Majestad, puesto que ya tenía la carta de Cortés, y dijo, que bien sabía la gran lealtad de quien había fiado, y que Caballero que tan grandes servicios le había hecho, que en todo lo demás lo había de mostrar en lealtad como era obligado a su Rey y Señor, lo cual se ha parecido bien ahora por la obra. Y esto dijo el Duque, porque en el tiempo que ponían las acusaciones, y decían muchos males contra Cortés delante su Majestad, puso tres veces su cabeza, y estando por fiador de Cortés, y de los soldados que estábamos en su compañía, que éramos muy leales, y grandes servidores de su Majestad, y dignos de grandes mercedes, porque en aquel tiempo no estaba descubierto el Perú, ni había la fama de lo que después hubo: y luego su Majestad envió a mandar, que por todas las ciudades, y villas por donde Cortés pasase, le hiciesen mucha honra, y el Duque de Medina-Sidonia le hizo gran recelamiento en Sevilla, y le presentó caballos muy buenos: y después que reposó allí



dos días, fue a jornadas largas a Nuestra Señora de Guadalupe para tener novenas, y fue su ventura tal, que en aquella sazón había allí llegado la Señora Doña María de Mendoza mujer del Comendador mayor de León Don Francisco de los Cobos, y había traído en su compañía muchas Señoras de grande estado, y entre ellas una señora doncella hermana suya, que de ahí a dos años casó con el Adelantado de Canarias y como Cortés lo supo, hubo gran placer, y luego como llegó, después de haber hecho oración delante de Nuestra Señora, y dado limosna a los pobres, y mandar decir Misas; puesto que llevaba luto por su padre, y su mujer, y por Gonzalo de Sandoval, fue muy acompañado de los Caballeros que llevó de la Nueva España, y con otros que se le habían allegado para su servicio, y fue a hacer gran acato a la Señora Doña María de Mendoza, y a una señora doncella su hermana, que era muy hermosa, y a todas las más señoras que con ellas venían: y como Cortés en todo era muy cumplido, y regocijado, y la fama de sus grandes hechos volaba por toda Castilla; pues plática, y agraciada expresiva no le faltaba, y sobre todo mostrarse muy franco, y tener riquezas de que dar, comenzó a hacer grandes presentes de muchas joyas de oro de diversas hechuras a todas aquellas señoras, y después de las joyas dio penachos de plumas verdes llenas de argentería de oro, y de perlas, y en todo lo que dio fue muy aventajada la Señora Doña María de Mendoza; y a la Señora su hermana: y después que hubo hecho aquellos ricos presentes, dio por sí solo a la Señora doncella ciertos tejuelos de oro muy fino, para que hiciese joyas, y tras esto mandó dar mucho liquidámbar, y bálsamo, para que se sahumasen, y mandó a los Indios maestros de jugar el palo con los pies, que delante da aquellas señoras les hiciesen fiesta, y trajesen el palo de un pie al otro, que fue cosa de que se contentaron, y aun se admiraron de verlo: y además de todo esto supo Cortés, que de la tierra por donde había venido la Señora doncella, se le mancó una acémila, y secretamente mandó comprar dos muy buenas, y que las entregasen a los mayordomos que traían cargo de su servicio: y aguardó en la villa de Guadalupe, hasta que partiesen, para la Corte, que en aquella sazón estaba en Toledo, y les fue acompañando, y sirviendo, y haciendo banquetes, y fiestas, y tan gran servidor se mostró, que lo sabía muy bien hacer y representar, que la Señora Doña María de Mendoza le trató casamiento con su hermana, y si Cortés no fuera desposado con la Señora Doña Juana de Guzmán sobrina del Duque de Béjar, ciertamente tuviera grandísimos favores del Comendador mayor de León, y de la Señora Doña María de Mendoza su mujer, y su



Majestad le diera la gobernación de la Nueva España. Dejemos de hablar en este casamiento, pues todas las cosas son guiadas y encaminadas por la mano de Dios, y diré como escribió la Señora Doña María de Mendoza al Comendador mayor de León su marido, sublimando en gran manera las cosas de Cortés, y que no era nada la fama que tiene de sus heroicos hechos, para lo que ha visto, y conocido de su persona, y conversación y franqueza, y le representó otras gracias que en él había conocido, y los servicios que le había hecho, y que le tenga por su muy gran servidor, y a su Majestad le haga sabedor de todo, y le suplique que le haga mercedes: y como el Comendador mayor vio la carta de su mujer, se holgó con ella, y como era el más privado que hubo en nuestros tiempos del Emperador, le llevó la misma carta a su Majestad, y de su parte le suplicó, que en todo le favoreciese, y así su Majestad lo hizo, como adelante diré: y dijo el Duque de Béjar, y el Almirante al Cortés como por pasatiempo cuando hubo llegado a la Corte, que había oído decir a su Majestad cuando supo que había venido a Castilla, que tenía deseo de ver y conocer a su persona, que tantos y tan buenos servicios le ha hecho, y de quien tantos males le han informado que hacía con mañas y astucias. Pues llegado Cortés a la Corte, su Majestad le mandó señalar posada. Pues por parte del Duque de Béjar, y del Conde de Aguilar, y de otros grandes señores sus deudos, le salieron a recibir, y se le hizo mucha honra: y otro día con licencia de su Majestad fue a besarle sus Reales pies, llevando en su compañía por sus intercesores, por más honrarle, al Almirante, y al Duque de Béjar, y al Comendador mayor de León; y Cortés después de demandar licencia para hablar, se arrodilló en el suelo, y su Majestad le mandó levantar, y luego representó sus muchos y notables servicios, y todo lo acontecido en las conquistas, e ida de Honduras, y las tramas que hubo en México del Factor y Veedor; y recontó todo lo que llevaba en la memoria, y porque era muy larga relación, y por no embarazar más a su Majestad, entre otras pláticas dijo: ya vuestra Majestad estará cansado de oírme, y para un tan gran Emperador y Monarca de todo el mundo como vuestra Majestad es, no es justo que un vasallo como yo tenga tanto atrevimiento, y mi lengua no está acostumbrada a hablar con vuestra Majestad, y podría ser, que mi sentido no diga con aquel tan debido acato que debo, todas las cosas acaecidas, aquí tengo este memorial, por donde vuestra Majestad podrá ver, si fuere servido, todas las cosas muy por extenso como pasaron; y entonces se hincó de rodillas para besarle los pies por las mercedes que fue servido hacerle en haberlo oído: y el



Emperador nuestro Señor le mandó levantar, y el Almirante, y el Duque de Béjar dijeron a su Majestad, que era digno de grandes mercedes; y luego lo hizo Marqués del Valle, y le mandó dar ciertos pueblos, y aun le mandaba dar el hábito de Señor Santiago, y como no se lo señalaron con renta, se calló por entonces, que esto yo no lo sé bien de qué manera fue; y le hizo Capitán General de la Nueva España, y mar del Sur, y Cortés se tornó a humillar para besarle sus Reales pies, y su Majestad le mandó que se levantara: y después de hechas estas grandes mercedes, desde ahí a pocos días que había llegado a Toledo, adoleció Cortés, que llegó a estar tan al cabo, que creyeron que se muriera; y el Duque de Béjar, y el Comendador mayor Don Francisco de los Cobos, suplicaron a su Majestad, que pues que Cortés tan grandes servicios le había hecho, que le fuese a visitar antes de su muerte a su posada: y su Majestad fue acompañado de Duques, Marqueses, y Condes, y le visitó, que fue muy grande favor, y por tal se tuvo en la Corte: y después que estuvo Cortés bueno, como se tenía por grande privado de su Majestad, y el Conde de Nasao le favorecía, y el Duque de Béjar, y el Almirante de Castilla, un Domingo yendo a Misa, ya su Majestad estaba en la Iglesia mayor, acompañado de Duques y Marqueses, y Condes, y estaban asentados en sus asientos, conforme al estilo, y calidad que entre ellos se tenía por costumbre de asentarse, vino Cortés algo tarde a Misa, sobre cosa pensada, y pasó por delante de aquellos Ilustrísimos Señores con su falda de luto alzada, y se fue a asentar cerca del Conde de Nasao, que estaba su asiento el más cercano del Emperador: y de que así lo vieron pasar delante de aquellos grandes Señores de salva, lo murmuraron de su grande presunción, y osadía, y lo tuvieron por desacato, y que no se le había de atribuir a la policía de lo que de él decían, y entre aquellos Duques, y Marqueses estaba el Duque de Béjar, y el Almirante de Castilla, y el Conde de Aguilar; y dijeron, que aquello no se le había de tener a Cortés a mal miramiento, porque su Majestad por honrarle le había mandado que se fuese a sentar cerca del Conde de Nasao: y que además de aquello, que su Majestad mandó, que mirasen y tuviesen noticia, que Cortés con sus compañeros había ganado tantas tierras, que toda la cristiandad le era en cargo, que ellos los Estados que tenían que los habían heredado de sus antepasados por servicios que habían hecho, y que por estar desposado Cortés con su sobrina, su Majestad le mandaba honrar. Volvamos a Cortés y diré, que viéndose tan sublimado en privanza con el Emperador, y con el Conde de Nasao, y con el Duque de Béjar, y aun del Almirante, y ya con título de



Marqués, comenzó a tenerse en tanta estima, que no tenía cuenta como era razón con quien le había favorecido, y ayudado para que su Majestad le diese el Marquesado, ni al Cardenal Fray García de Loyosa, ni a Cobos, ni a los del Real Consejo de Indias, que todo se le pasaba por alto, y todos sus cumplimientos eran con el Duque de Béjar, y Conde Nasao, y el Almirante: y creyendo que tenía muy bien entablado su juego, con tener privanza con tan grandes señores, comenzó a suplicar con mucha insistencia a su Majestad, que le hiciese merced de la gobernación de la Nueva España, y para ello representó otra vez sus servicios, y que siendo Gobernador entendía descubrir por la mar del Sur islas, y tierras muy ricas, y se ofreció con otros muchos cumplimientos, y aun echó otra vez por intercesores al Conde Nasao, y el Duque de Béjar, y al Almirante; y su Majestad les respondió, que se contentase que le había dado el Marquesado de mucha renta, y que también había de dar a los que le ayudaron a ganar la tierra, que eran merecedores de ello, que pues lo conquistaron que lo gocen: y desde allí adelante comenzó de caer de la grande privanza que tenía porque según dijeron muchas personas, el Cardenal que era Presidente del Real Consejo de Indias, y los del Real Consejo de Indias habían entrado en consulta con su Majestad sobre las cosas y mercedes de Cortés, y les pareció qué no fuese Gobernador: otros dijeron, que el Comendador mayor, y la Señora Doña María de Mendoza, le fueron algo contrarios, porque no hacía cuenta de ellos: ahora sea por lo uno o por lo otro, el Emperador no le quiso más oír, por más que le importunaban sobre la gobernación y en este instante se fue su Majestad a embarcar a Barcelona para pasar a Flandes, y fueron acompañándole muchos Duques, y Marqueses, y siempre él echaba por intercesores aquellos Duques, y Marqueses, para suplicar a su Majestad que le diese la gobernación, y su Majestad respondió al Conde Nasao, que no le hablase más de aquel caso, que ya le había dado un Marquesado que tenía más renta de la que el Conde Nasao tenía con todo su estado. Dejemos a su Majestad embarcado con buen viaje, y volvamos a Cortés, y las grandes fiestas que se hicieron a sus velaciones, y de las ricas joyas que dio a la Señora Doña Juana de Zúñiga su mujer, y fueron tales, que según dijeron quien las vio, y la riqueza de ellas, que en toda Castilla no se habían dado más estimadas, y de algunas de ellas la Serenísima Emperatriz Doña Isabel nuestra Señora tuvo voluntad de haberlas, según lo que de ellas le contaban los lapidarios; y aun dijeron, que ciertas piedras que Cortés le hubo presentado, que se descuidó, o no quiso darlo de las más ricas como las que dio a la Marquesa su mujer.



Quiero traer a la memoria otras cosas que a Cortés le acaecieron en Castilla el tiempo que estuvo en la Corte, y fue, que triunfaba con mucha alegría, y según dijeron muchas personas que vinieron de allá que estaban en su compañía, que hubo fama que la Serenísima Emperatriz Doña Isabel nuestra Señora no estaba tan bien en los negocios de Cortés, como al principio que llegó a la Corte, cuando alcanzó a saber que había sido ingrato al Cardenal, y al Real Consejo de Indias, y aun al Comendador mayor de León, y con la Señora Doña María de Mendoza; y alcanzó a saber que tenía otras muy ricas piedras, mejores que las que le hubo dado: y con todo esto que le informaron, mandó a los del Real Consejo de Indias, que en todo fuese ayudado: y entonces capituló Cortés, que enviaría por ciertos años por la mar del Sur dos navíos de armada bien bastecidos, y con setenta soldados y Capitanes, con todo género de armas a su costa, a descubrir islas, y otras tierras, y que de lo que descubriese le harían ciertas mercedes: a las cuales Capitulaciones me remito, porque ya no se me acuerdan. Y también en aquel instante estaba en la Corte Don Pedro de la Cueva Comendador mayor de Alcántara, hermano del Duque de Alburquerque, porque este Caballero fue el que su Majestad había mandado, que fuese a la Nueva España con gran copia de soldados a cortar la cabeza a Cortés, si le hallase culpado, y a otras cualesquier personas que hubiesen hecho alguna cosa en deservicio de su Majestad: y como vio a Cortés, y supo que su Majestad le había hecho Marqués, y era casada con la Señora Doña Juana de Zúñiga, se holgó mucho de ello, y se comunicaba cada día el Comendador Don Pedro de la Cueva con el Marqués Don Hernando Cortés: y dijo al mismo Cortés, que si por ventura fuera a la Nueva España, y llevara los soldados que su Majestad le mandaba, que por más leal y justificado que le hallase, que por fuerza había de pagar la costa de los soldados, y aun su ida, y que fueran más de trescientos mil pesos, y que lo hizo mejor de venir ante su Majestad. Y porque tuvieron otras muchas pláticas, que aquí no relato, las cuales de Castilla nos escribieron personas que se hallaron presentes a ellas, y de todo lo demás por mí relatado en el capítulo que de ello habla; y además de esto, nuestros Procuradores lo escribieron, y aun el mismo Marqués escribió los grandes favores que de su Majestad alcanzó, y no declara la causa, porque no le dieron la gobernación. Dejemos esto, y digo que desde ahí a pocos días después que fue Marqués, envió a Roma a besar los santos pies de nuestro muy Santo Padre el Papa Clemente, porque Adriano que hacía por nosotros, ya había fallecido tres o cuatro años había, y envió por



su Embajador a un hidalgo, que se decía Juan de Herrada, y con él envió un rico presente de piedras ricas, y joyas de oro, y dos Indios maestros de jugar el palo con pies, y le hizo relación de su llegada a Castilla, y de las tierras que había ganado, y de los servicios que hizo a Dios primeramente, y a nuestro gran Emperador, y le dio toda la relación por un memorial, de las tierras cómo son muy grandes, y la manera que en ellas hay, y que todos los Indios eran idólatras, y que se han vuelto Cristianos, y otras muchas cosas, que convenían decir a nuestro muy Santo Padre: y porque yo no lo alcancé a saber tan por extenso, como en la carta iba, lo dejaré aquí de decir, y aun esto que aquí digo, después lo alcanzamos a saber del mismo Juan de Herrada, cuando vino de Roma a la Nueva España: y supimos que enviaba a suplicar a nuestro muy Santo Padre, que se quitasen parte de los diezmos. Y para que bien entiendan los curiosos Lectores quién es este Juan de Herrada, fue un buen soldado que hubo ido en nuestra compañía a las Honduras, cuando fue Cortés; y después que vino de Roma fue al Perú, y le dejó Don Diego de Almagro por ayo de su hijo Don Diego el mozo: y este fue tan privado de Don Diego de Almagro, y fue el Capitán de los que mataron a Don Francisco Pizarro el viejo, y después Maese de Campo de Almagro el mozo. Volvamos a decir lo que le aconteció en Roma al Juan de Herrada, que después que fue a besar los santos pies de su Santidad, y presentó los dones que Cortés le envió, y los Indios que traían el palo con los pies, su Santidad lo tuvo en mucho, y dijo, que daba gracias a Dios, que en sus tiempos tan grandes tierras se hubiesen descubierto, y tantos números de gentes se hubiesen vuelto a nuestra Santa Fe, y mandó hacer procesiones, y que todos diesen gracias por ello a Dios nuestro Señor; y dijo, que Cortés, y todos sus soldados habíamos hecho grandes servicios a Dios primeramente, y al Emperador Don Carlos nuestro Señor, y a toda la Cristiandad, y que éramos dignos de grandes mercedes, y entonces nos envió bulas para absolvernos la culpa, y a pena, de todos nuestros pecados, y otras indulgencias para los Hospitales, Iglesias con grandes perdones, y dio por muy bueno todo lo que Cortés, según y cómo su antecesor el Papa Adriano, y en lo de los diezmos no sé si le hizo cierta merced: y escribió a Cortés en respuesta de su carta, y lo que en ella se contenía yo no lo supe, porque como dicho tengo de este Juan de Herrada, y de un soldado que se decía Campo, que volvieron desde Roma, alcancé a saber lo que aquí escribió: porque según dijeron, después que hubo estado en Roma diez días, y habían los Indios maestros de jugar el palo con los pies estado delante de su Santidad, y de los



sacros Cardenales, de que se holgaron mucho de verlo, su Santidad le hizo merced al Juan de Herrada de hacerle Conde Palatino, y le mando dar cierta cantidad de ducados, para que se volviese, y una carta de favor para el Emperador nuestro Señor, que le hiciese su Capitán, y le diese buenos Indios de Encomienda; y como Cortés ya no tenía mando en la Nueva España, y no le dio cosa ninguna de lo que el Santo Padre mandaba, se pasó al Perú, donde fue Capitán.



CAPÍTULO CXCVI.

Cómo entretanto que Cortés estaba en Castilla con título de Marqués, vino la Real Audiencia a México, y en lo que entendió.

Pues estando Cortés en Castilla con título de Marqués, en aquel instante llegó la Real Audiencia a México, según su Majestad lo había mandado, como dicho tengo en el capítulo que de ello habla, y por Presidente Nuño de Guzmán, que solía estar por Gobernador en Panuco, y cuatro Licenciados por Oidores, los nombres de ellos se decían Matienzo, que era natural de Vizcaya, o cerca de Navarra, y Delgadillo de Granada, y un Maldonado de Salamanca: no es este el Licenciado Alonso Maldonado el bueno, que fue Gobernador de Guatemala, y vino un Licenciado Parada, que solía estar en la isla de Cuba: y así como llegaron estos Oidores a México después que les hicieron gran recibimiento en la entrada de la ciudad, en obra de quince o veinte días que habían llegado, se mostraron muy justificados en hacer justicia, y traían los mayores poderes que nunca a la Nueva España después trajeron Virreyes, ni Presidentes, y era para hacer el repartimiento perpetuo, y anteponer a los Conquistadores, y hacerles muchas mercedes; porque así se lo mandó su Majestad. Y luego hacen saber de su venida a todas las ciudades, y villas, que en aquella sazón estaban pobladas en la Nueva España, para que envíen Procuradores con las memorias, y copias de los Indios que hay en cada provincia para hacer el repartimiento perpetuo, y en pocos días se juntaron en México los Procuradores de las ciudades, y villas, y otros Conquistadores; y en aquella sazón estaba yo en México por Procurador Síndico de la villa de Guacacualco, donde en aquel tiempo era vecino; y como vi lo que el Presidente, y Oidores mandaron, fui por la posta a nuestra villa para elegir quiénes habían de venir por Procuradores para hacer el repartimiento perpetuo: y cuando llegué hubo muchas contrariedades en elegir los que habían de venir, porque unos vecinos querían que viniesen sus amigos, y otros no lo consentían; y por votos hubimos de salir elegidos el Capitán Luis Marín, y yo. Llegados a México, demandamos todos los Procuradores de las más villas, y ciudades que se habían juntado, el repartimiento perpetuo, según su Majestad mandaba; y en aquella sazón estaba trastocado el Nuño de Guzmán, y el Matienzo, y Delgadillo, porque los otros dos Oidores, que fueron Maldonado, y Parada, luego que a aquella ciudad llegaron, fallecieron de dolor de costado: y si allí estuviera Cortés, según hay



maliciosos, también le infamaran, y dijeran, que Cortés los había muerto. Y volviendo a nuestra relación, fue causa de volverles el propósito, que no hiciesen el repartimiento según su Majestad mandaba, dijeron muchas personas que lo entendieron muy bien, que fue el Factor Salazar, porque se hizo tan indigno amigo de Nuño de Guzmán, y de Delgadillo, que no se hacía otra cosa sino lo que mandaba, y tal como el consejo dieron, en tal paró todo: y lo que le aconsejaron fue que no hiciese el repartimiento perpetuo por vía ninguna, porque si lo hacían, que no serían tan señores, ni los tendrían en santo acato los Conquistadores, y pobladores, con decir, que no les podía dar ni quitar más Indios de los que entonces les diese, y de otra manera que los tendrían siempre debajo de su mano, y podrían dar, y quitar a quien quisiesen, y serían muy ricos, y poderosos: y también trataron entre el Factor, y Nuño de Guzmán, y Delgadillo, que fuese el mismo Factor a Castilla por la Gobernación de la Nueva España para Nuño de Guzmán, porque ya sabían, que Cortés no tenían tanto favor con su Majestad, como al principio que fue a Castilla, y no se le habían dado por más intercesores que echó ante su Majestad para que se la diesen. Pues ya embarcado el Factor en una nao, que llamaban la sornosa, dio al través con gran tormenta en la costa de Guacacualco, y se salvó en un batel, y volvió a México; y no hubo efecto su ida a Castilla. Dejemos de esto, y diré en lo que entendieron luego que a México llegaron el Nuño de Guzmán, y Matienzo, y Delgadillo, y fue en tomar residencia al Tesorero Alonso de Estrada, la cual dio muy buena; y si se mostrara tan raro, como creímos que lo fuera, él se quedara por Gobernador, porque su Majestad no le mandaba quitar la gobernación, antes como dicho tengo en el capítulo pasado, había venido mandado pocos meses había de su Majestad que gobernase solo el Tesorero, y no juntamente con él Gonzalo de Sandoval; y dio por muy buenas las Encomiendas que había de antes dado, y al Nuño de Guzmán: no le nombraban en las provisiones más de por Presidente, y repartidor juntamente con los Oidores; y además de esto si se pusiera de hecho en tener la gobernación en sí, todos los vecinos de México, y los Conquistadores que en aquella sazón estábamos en aquella ciudad, le favorecíamos, pues veíamos que su Majestad no le quitaba del cargo que tenía: y además de esto vimos en el tiempo que gobernó hacía justicia, y tenía mucha voluntad y buen celo de cumplir lo que en su Majestad mandaba; y desde a pocos días falleció de enojo de ello. Dejemos de hablar en esto, y diré en lo que luego entendieron en la Audiencia Real, y fueron muy contrarios en las cosas del Marqués; y enviaron a



Guatemala a tomar residencia a Jorge de Alvarado, y vino un Orduña el Viejo, natural de Tordesillas, y lo que pasó en la residencia yo no lo sé: y luego le pusieron en México muchas demandas a Cortés por vía del Fiscal, y el Factor Salazar, y asimismo le puso otras demandas, y los escritos que daba en los Estados, era con muy gran desacato, y palabras muy mal dichas, y que había hecho muchos deservicios a su Cesárea Majestad, y otras muchas cosas feas, y tan malas, que el Licenciado Juan Altamirano, ya por mí otra vez nombrado, que era la persona a quien Cortés hubo dejado su poder cuando fue a Castilla, se levantó en pie, con su gorra quitada en los mismos estrados, y dijo al Presidente, y Oidores con mucho acato, que suplicaba a su Alteza, que le mandasen al Factor, que en los escritos que diese que fuese bien mirado, y que no le consientan que diga del Marqués, pues es buen caballero, y tan grande servidor de Vuestra Alteza, tan malas y feas palabras, y que demande su justicia como debe: y no aprovechó cosa ninguna lo que el Licenciado Altamirano allí en los estrados les suplicó, porque para otro día tuvo el Factor otros más feos escritos, y fue la cosa, según después alcanzamos a saber, que el Nuño de Guzmán, y el Delgadillo, le daban lugar a ello en tal manera, que el Licenciado Altamirano, y el Factor del Presidente, y Oidores, sobre los escritos vinieron a palabras muy feas, y sentidas que entre ellos dijeron, y el Altamirano echó mano a un puñal para el Factor, y le iba a dar, si no se abrazara con el Nuño de Guzmán, y Matienzo, y Delgadillo, y luego toda la ciudad revuelta, y llevaron preso a las atarazanas al Licenciado Altamirano, y al Factor a su posada: y los Conquistadores fuimos al Presidente a suplicar por el Altamirano, y desde allí a tres días le sacaron de la prisión, y los hicimos amigos. Y pasemos adelante, que hubo luego otra tormenta mayor, y fue, que en aquella sazón había aportado allí a México un deudo del Capitán Pánfilo de Narváez, el cual se decía Zavallos, que le enviaba desde Cuba su mujer del Pánfilo de Narváez, la cual se decía María de Valenzuela, en busca de su marido Narváez, que había ido por Gobernador al río de Palmas, porque ya tenía fama que era perdido o muerto; y trajo su poder para haber sus bienes do quiera que los hallase, y también creyendo que había aportado a la Nueva España: y como llegó a México este Zavallos secretamente según el Zavallos dijo, y así fue fama, el Nuño de Guzmán, y el Matienzo, y Delgadillo le hablaron para que ponga demanda de queja de todos los Conquistadores que fuimos juntamente con Cortés en desbaratar a Narváez, y se le quebró el ojo, y se quemó su hacienda; y también demandó la muerte de los que allí



murieron: y el Zavallos dada su queja como se lo mandaron, y grandes informaciones de ello, prendieron a todos los más Conquistadores que en aquella ciudad nos hallamos, que en las probanzas vieron que fueron en ello, que pasaron de más de doscientos y cincuenta, y a mí también me prendieron, y nos sentenciaron en ciertos pesos de oro de Tipuzque, y nos desterraron de cinco leguas de México, y luego nos alzaron el destierro, y aun a muchos de nosotros no nos demandaron el dinero de la sentencia, porque era poca cosa: y tras esta tormenta ponen a Cortés otra demanda las personas que mal le querían, y fue, que se había alzado con mucha cantidad de oro y joyas, y plata de gran valía, que se hubo en la toma de México, y aun la recámara de Guatemuz, y que no dio parte de ello a los Conquistadores, sino a cosa de ochenta pesos, y que en su nombre lo envió a Castilla, diciendo que servía a su Majestad con ello, y se quedó con la mayor parte de ello, que no lo envió todo, y eso que envió, que lo robó en la mar un Juan Florín Francés corsario, que fue el que ahorcaron en el Puerto Rico, como dicho tengo en los capítulos que de ello hablan; y que era obligado el Cortés a pagar todo aquello que el Juan Florín robó, y más lo que escondió: y le pusieron otras demandas, y en todas le condenaban, que lo pagase de sus bienes, y se los vendían. Y también tuvieron manera, y concertaron para que un Juan Suárez cuñado de Cortés, demandase públicamente en los estrados la muerte de su hermana Doña Catalina Suárez la Marcaida, la cual demandó en los estrados, como se lo mandaron, y presentó testigos, como, y de qué manera dicen que fue su muerte: y luego tras esto hubo otros impedimentos, y fue, que como le pusieron a Cortés la demanda que dicho tengo de la recámara de Guatemuz, y del oro y plata que se hubo en México, muchos de los que éramos amigos de Cortés, nos juntamos, con licencia de un Alcalde Ordinario en casa de un García Holguín, y firmamos, que no queríamos parte de aquellas demandas del oro, ni de la recámara, ni por nuestra parte fuese compelido Cortés a que pagase ninguna de ello, y decíamos que sabíamos cierto, y claramente que lo enviaba a su Majestad, y lo hubimos por bueno hacer aquel servicio a nuestro Rey y Señor: y como el Presidente, y los Oidores vieron que dimos peticiones sobre ello, nos mandaron prender a todos, diciendo, que sin su licencia no nos habíamos de juntar, ni firmar cosa ninguna: y como vieron la licencia del Alcalde, puesto que nos sentenciaron en destierro de México cinco leguas, luego nos lo alzaron, y todavía lo recibíamos por grandes molestias, y agravios: y luego tras esto se pregonó, que todos los que venían del linaje



de Indios, o Moros hubiesen quemado, o ensanbenitado por la santa Inquisición en el cuarto grado a sus padres, o abuelos, que dentro de seis meses saliesen de la Nueva España, so pena de perdimiento de la mitad de sus bienes; y en aquel tiempo vieran el acusar que acusaban unos a otros, y el infamar que hacían, y no salieron de la Nueva España sino dos. Y para los Conquistadores, como eran tan buenos, y cumplían lo que su Majestad mandaba, en cuanto al dar Indios a los que eran verdaderos Conquistadores, a ninguno dejaban de dar Indios, y de lo que vacaba les hacían muchas mercedes. Lo que les echó a perder, fue la demasiada licencia que daban para herrar esclavos. Pues en lo de Panuco se herraron tantos, que casi despoblaron aquella provincia: y el Nuño de Guzmán, que era franco, y de noble condición, envió en aguinaldo una cédula de un pueblo, que se dice Guazpaltepeque, al Contador Albornoz, que había pocos días que volvió de Castilla, y vino casado con una señora que se decía Doña Catalina de Loaisa, y aun trajo el Rodrigo de Albornoz de España licencia de su Majestad para hacer un ingenio de azúcar en un pueblo que se dice Cempoal, el cual pueblo en pocos años destruyó. Volvamos a nuestro cuento, que como el Nuño de Guzmán hacía aquellas franquezas, y herraba tantos Indios por esclavos, e hizo muchas molestias a Cortés: y del Licenciado Delgadillo decían, que hacía dar Indios a personas que le acudían con cierta renta, y hacía compañías; y también porque puso por Alcalde mayor en la villa de Guaxaca a su hermano, que se decía Berrio, y hallaron que el hermano llevaba cohechos, y hacía muchos agravios a los vecinos; y también se halló, que en la villa de los Capotecas puso otro Teniente, que se decía Delgadillo como él, que también llevaba cohechos, y hacía injusticias; y el Licenciado Matienzo era viejo: y fueron tantas las cosas que de ellos decían con probanzas, y aun cartas de los Prelados y Religiosos, que viendo su Majestad, y los del Real Consejo de Indias las informaciones y cartas que contra ellos fueron, mandó que luego sin más dilación se quitase redondamente toda la Real Audiencia, y los castigasen, y pusiesen otro Presidente e Oidores, que fuesen de ciencia, y buena conciencia, y rectos en hacer justicia; y mandó, que luego fuesen a la provincia de Panuco a saber que tantos mil esclavos habían herrado, y fue el mismo Matienzo por mandado de su Majestad, que a este viejo Oidor hallaron con menos cargos, y mejor Juez que a los demás; y además de esto luego se dieron por ningunas las cédulas que habían dado para herrar esclavos, y se mandaron quebrar todos los hierros con que se herraban, y que desde allí adelante no se hiciesen más esclavos, y aun se



mandó hacer memoria de los que había en toda la nueva España, para que no se vendiesen, ni se sacasen de una provincia a otra: y además de esto mandó, que todos los repartimientos, y Encomiendas de Indios que había dado el Nuño de Guzmán, y los demás Oidores a deudos, y paniaguados, y a sus amigos, o a otras personas que no tenían méritos, que luego sin ser más oídos se los quitasen, y los diesen a las personas que su Majestad había mandado que los hubiesen. Quiero traer aquí a la memoria que de pleitos y debates hubo sobre este tornar a quitar los Indios de Encomienda que ya les había dado el Nuño de Guzmán, juntamente con los Oidores: unos alegaban ser Conquistadores, no siéndolo, y otros pobladores de tantos años, y que si entraban, y salían en casa del Presidente, y Oidores, que era para servirles y honrarles, y acompañarles, y hacer lo que por ellos les fuese mandado en cosas que fuesen cumplideras al servicio de su Majestad, y que no entraban en sus casas por criados, ni paniaguados, y cada uno defendía y alegaba lo que más a su provecho podía; y fue de tal manera la cosa, que a pocos de los que les habían dado los Indios, se los tornaron a quitar, si no fue a los que diré aquí; el pueblo de Guazpaltepeque al Contador Rodrigo de Albornoz, que le hubo enviado el Nuño de Guzmán en aguinaldo, y también le quitaron a un Villarroel, marido que fue de Isabel de Hojeda, otro pueblo de Cornabaca, y también los quitaron a un Mayordomo de Nuño de Guzmán, que se decía Villegas, y a otros deudos y criados de los mismos Oidores, y otros se quedaron con ellos. Pues como se supo esta nueva en México, que vino de Castilla, que quitaban redondamente toda la Audiencia Real, en lo que entendieron Nuño de Guzmán; y Delgadillo, y Matienzo, fue luego enviar Procuradores a Castilla, para abonar sus cosas con probanzas de testigos que ellos quisieron tomar como quisieron, para que dijese que eran muy buenos jueces, y que hacían lo que su Majestad les mandaba, y otros abonos que les convenía decir, para que en Castilla los diesen por buenos jueces. Pues para elegir a las personas que habían de ir con los poderes, así para cosas que convenían a aquella ciudad, y Nueva España, y a la gobernación de ella, mandaron, que nos juntásemos en la Iglesia mayor todos los Procuradores que teníamos poder de las ciudades, y villas, que en aquella sazón nos hallamos en México, y con nosotros juntamente algunos Conquistadores personas de cuenta, y por nuestros votos quisieron que eligiéramos, para que fuese Procurador a Castilla al Factor Salazar, porque como ya he dicho otras veces, puesto que el Nuño de Guzmán, y el Matienzo, y Delgadillo hacían algunos desatientos, ya



atrás por mí memorados, por otra parte eran tan buenos para todos los Conquistadores, y pobladores, que nos daban de los Indios, que vacaban, y con esta confianza creyeron que votáramos por el Factor, que era la persona que ellos querían enviar en su nombre. Pues como nos hubimos juntado en la Iglesia mayor de aquella ciudad, como nos fue mandado, eran tantas las voces, y tabaola, y behetría que daban muchas personas de las que no eran llamadas para aquel efecto, que se entrarían por fuerza en la Iglesia, que aunque les mandábamos salir fuera de ella, no querían ni aun callar; en fin como cosa de comunidad daban voces: y como aquello vimos, fuimos a decir al Presidente, y Oidores, que para otro día lo dejábamos, y que en casa del mismo Presidente, donde hacían la Real Audiencia, elegiríamos a quien viésemos que convenía; y después nos pareció, que solamente querían nombrar personas amigos del Nuño de Guzmán, y Delgadillo, y Matienzo; y acordamos se eligiese una persona por parte de los mismos Oidores, y otra por la parte de Cortés: y fueron nombrados a Bernardino Vázquez de Tapia por la parte de Cortés, y por la parte de los Oidores a un Antonio de Carbajal, que fue Capitán de bergantines: mas a lo que entonces a mí me pareció, así el Bernardino Velázquez de Tapia, como el Carbajal, eran aficionados a las cosas del Nuño de Guzmán mucho más que a las de Cortés, y tenían razón, porque ciertamente nos hacían más bien, y cumplían algo de lo que su Majestad mandaba en dar Indios, que no Cortés, puesto que los pudiera dar muy mejor que todos en el tiempo que tuvo el mando: mas como somos tan leales los Españoles, por haber sido Cortés nuestro Capitán, le teníamos afición, más que él tuvo voluntad de hacernos bien, habiéndoselo mandado su Majestad, pudiendo cuando era Gobernador. Pues ya elegidos, sobre los capítulos que habían de llevar hubo otras contiendas, porque decía el Presidente, y Oidores, que era cumplidero al servicio de Dios, y de su Majestad, y con parecer de todos los Procuradores, que no volviese Cortés a la Nueva España, porque estando en ella siempre habría bandos y revueltas, y quedando en ella no habría buena gobernación, y por ventura se alzaría con ella; y todos los más Procuradores lo contradecíamos, y que era muy leal, y gran servidor de su Majestad: y en aquella sazón llegó Don Pedro de Alvarado a México, que había venido de Castilla, y traía la gobernación de Guatemala, y Adelantado, y Comendador de Santiago, y casado con una señora, que se decía Doña Francisca de la Cueva, y falleció aquella señora así como llegó a la Veracruz. Pues como llegó a México con mucho luto él y sus criados, y como entendió los capítulos que enviaban por parte del Presidente y



Oidores, se tuvo orden, que el mismo Adelantado con los demás Procuradores escribiésemos a su Majestad todo lo que la Audiencia Real intentaba; y como fueron los Procuradores por mí ya nombrados a Castilla, con los recaudos y capítulos que había de pedir, y los del Real Consejo de Indias conocieron que todo iba guiado contra Cortés, por pasión, no quisieron hacer cosa que conviniese al Nuño de Guzmán, ni a los demás Oidores, porque ya estaba mandado por su Majestad, que de hecho les quitasen el cargo: y también en este instante Cortés estaba en Castilla, que en todo les fue muy contrario, y volvía por su honra y estado, y luego se apercibió Cortés para venir a la Nueva España con la Señora Marquesa su mujer y casa; y entretanto que viene diré cómo Nuño de Guzmán fue a poblar una provincia, que se dice Jalisco, y acertó en ello muy mejor que no Cortés en lo que envió a descubrir, como adelante verán.



CAPÍTULO CXCVII.

Cómo Nuño de Guzmán supo por cartas ciertas de Castilla, que le quitaban el cargo, porque había mandado su Majestad, que le quitasen de Presidente a él y a los Oidores, y viniesen otros en su lugar; acordó de ir a pacificar y conquistar la provincia de Jalisco, que ahora se dice la Nueva Galicia.

Pues como Nuño de Guzmán supo cartas ciertas que le quitaban el cargo de ser Presidente a él y a los Oidores, y venían otros Oidores; como en aquella sazón todavía era Presidente el Nuño de Guzmán, allegó todos los más soldados que pudo, así de a caballo, como escopeteros y ballesteros, para que fuesen con él a una provincia, que se dice Jalisco: y los que no querían ir de grado, los apremiaba que fuesen, o por fuerza, o habían de dar dineros a otros soldados que fuesen en su lugar, y si tenían caballos se los tomaban, y cuando mucho no les pagaban sino la mitad menos de lo que valían, y los vecinos ricos de México ayudaron con lo que podían, y llevó muchos Indios Mexicanos cargados, y otros de guerra, para que le ayudasen, y por los pueblos que pasaba con su fardaje, les hacía grandes molestias, y fue a la provincia de Mechoacán, que por allí era su camino, y tenían los naturales de los pueblos de aquella provincia de los tiempos pasados mucho oro, y aunque era bajo, porque estaba revuelto con plata, le dieron cantidad de ello: y porque el Cazonci era el mayor Cacique de aquella provincia, que así se llamaba, no le dio tanto oro como le demandaba el Nuño de Guzmán, le atormentó, y le quemó los pies, y porque le demandaba Indios, e Indias para su servicio, y por otras trancanillas que se levantaron al pobre Cacique, le ahorcó, que fue una de las más malas y feas cosas que Presidente, ni otras personas podían hacer; y todos los que iban en su compañía, se lo tuvieron a mal, y a crueldad: y llevó de aquella provincia muchos Indios cargados hasta donde pobló la ciudad, que ahora llaman de Compostela, con harta costa de la hacienda de su Majestad, y de los vecinos de México, que llevó por fuerza: y porque yo no me hallé en esta jornada, se quedará aquí: mas cierto que Cortés ni el Nuño de Guzmán jamás se hubieron bien: y también sé que siempre se estuvo en aquella provincia el Nuño de Guzmán, hasta que su Majestad mandó que enviasen por él a Jalisco a su costa, y le trajeron preso a México a dar cuenta de las demandas y sentencias que contra él dieron en la Real Audiencia, que nuevamente en aquella sazón



vino, y lo prendiesen a pedimento de Matienzo, y Delgadillo. Lo quiero dejar en este estado, y diré cómo llegó la Real Audiencia de México, y lo que hizo.



CAPÍTULO CXCVIII.

Cómo llegó la Real Audiencia a México, y lo que hizo.

Ya he dicho en el capítulo pasado, cómo su Majestad mandó quitar toda la Real Audiencia de México, y dio por ningunas las encomiendas de Indios que habían dado el Presidente y Oidores que en ella residían; porque los daban a sus deudos y paniaguados, y a otras personas, que no tenían méritos, y mandó su Majestad que se los quitasen, y los diesen a los Conquistadores que estaban con pobres repartimientos: y porque tuvieron noticia que no hacían justicia, ni cumplieron sus Reales mandatos: y mandé venir otros Oidores que fuesen de ciencia y conciencia, y les encargó que en todo hiciesen justicia; y por Presidente vino Don Sebastián Ramírez de Villaescusa, que en aquella sazón era Obispo de Santo Domingo, y cuatro Licenciados por Oidores, que se decían el Licenciado Alonso Maldonado de Salamanca, y el Licenciado Cainos de Toro o de Zamora, y el Licenciado Vasco de Quiroga de Madrigal, que después fue Obispo de Mechoacán, y el Licenciado Salmerón de Madrid, y primero llegaron a México los Oidores, que llegase el Obispo de Santo Domingo; y se les hizo dos grandes recibimientos, así a los Oidores que vinieron primero, como al Presidente que vino de ahí a pocos días, y luego mandaron pregonar residencia general, y de todas las ciudades y villas vinieron muchos vecinos y Procuradores, y aun Caciques y principales, y dieron tantas quejas del Presidente y Oidores pasados de agravios, y cohechos, e injusticias que les habían hecho, que estaban espantados, el Presidente y Oidores que les tomaban la residencia. Pues los Procuradores de Cortés les ponen tantas demandas de los bienes y hacienda que les hicieron vender en las almonedas, como dicho tengo antes de ahora, que si todo en lo que les condenaban, hubieran de pagar, montaba sobre doscientos mil pesos de oro. Y como el Nuño de Guzmán estaba en Jalisco, y no quería venir a la Nueva España a dar su residencia, respondía el Delgadillo, y Matienzo en la residencia que les tomaban, que todas aquellas demandas que les ponían eran a cargo de Nuño de Guzmán, que como Presidente lo mandaba de hecho, y no eran a su cargo, y que mandasen enviar por él, que venga a México a descargarse de los cargos que le ponen: y puesto que ya había enviado a Jalisco la Real Audiencia provisiones para que pareciese personalmente en México, no quiso venir: y el Presidente, y Oidores, por no alborotar la Nueva España, disimularon la cosa, y hacen saber de ello a su Majestad: y luego



enviaron sobre ello el Real Consejo de Indias, a un Licenciado, que se decía Fulano de la Torre, el cual decían que era natural de Badajoz, para que le tomase residencia en la provincia de Jalisco, y para que le traiga preso a México, y que le eche preso en la cárcel pública: y trajo comisión para que nos pagase el Nuño de Guzmán todo en lo que nos sentenció a los Conquistadores sobre lo de Narváez, y lo de las firmas, cuando nos echaron presos, como dicho tengo en el capítulo pasado que de ello habla, y dejaré apercibiendo a este Licenciado de la Torre para venir a la Nueva España, y diré en qué paró la residencia. Y es, que al Delgadillo, y Matienzo les vendieron sus bienes para pagar las sentencias que contra ellos dieron, y los echaron presos en la cárcel pública por lo que más debían, que no alcanzó a pagar con sus bienes; y a un hermano de Delgadillo, que se decía Berrio, que estaba por Alcalde mayor en Guaxaca, hallaron contra él tantos agravios y cohechos que había llevado, que le vendieron sus bienes para pagar a quien los había tomado, y le echaron preso por lo que no alcanzaba, y murió en la cárcel: y otro tanto hallaron contra otro pariente de Delgadillo, que estaba por Alcalde mayor en los Zapotecas, que también se llamaba Delgadillo, como el pariente, y murió en la cárcel. Y ciertamente eran tan buenos Jueces, y rectos en hacer justicia; los nuevamente venidos, que no entendían sino solamente en hacer lo que Dios, y su Majestad manda, y en que los Indios conociesen que les favorecían, y que fuesen bien doctrinados en la santa doctrina: y además de esto luego quitaron que no se herrasen esclavos, e hicieron otras buenas cosas: y como el Licenciado Salmerón, y el Licenciado Zaynos eran viejos, acordaron de enviar a demandar licencia a su Majestad para irse a Castilla, porque habían estado cuatro años en México, y estaban ricos, y habían servido bien en los cargos que habían traído, y su Majestad les envió licencia después de haber dado residencia, que dieron muy buena: pues el Presidente Don Sebastián Ramírez, Obispo, que en aquella sazón era de Santo Domingo, también fue a Castilla, porque su Majestad le envió a llamar para informarse del de las cosas de la Nueva España, y para ponerle por Presidente de la Chancillería Real de Granada: y desde cierto tiempo lo pasaron a la de Valladolid, y le dieron el Obispado de Tui: y de ahí a pocos días vacó el de León, y se lo dieron: y era Presidente, como dicho tengo en la Chancillería de Valladolid, y en aquel instante vacó el Obispado de Cuenca, y se lo dieron. Por manera, que se alcanzaban unas Bulas de los Obispados a otras, y por ser buen Juez vino a subir en el estado que he dicho: y en esta sazón vino la muerte a llamarle, y me parece a mí,



según nuestra santa Fe, que está en la gloria con los bienaventurados; porque a lo que conocí y comuniqué con él, cuando era Presidente en México, en todo era muy recto y bueno; y como tal persona había sido antes que fuese Obispo de Santo Domingo, Inquisidor en Sevilla. Volvamos a nuestra relación, y diré del Licenciado Alonso Maldonado, que su Majestad le mandó que viniese a la provincia de Guatemala y Honduras, y Nicaragua por Presidente y Gobernador, y en todo fue muy bueno y recto Juez, y gran servidor de su Majestad, y aun tuvo título de Adelantado de Yucatán, por capitulación que tuvo hecha con su suegro Don Francisco de Montejo. Pues el Licenciado Quiroga fue tan bueno, que le dieron el Obispado de Mechoacán. Dejemos de contar de estos prosperados por sus virtudes, y volvamos a decir del Delgadillo, y Matienzo, que fueron a Castilla, y a sus tierras muy pobres, y no con buenas famas, y de ahí a dos o tres años dijeron que murieron. Y ya en esta sazón había su Majestad mandado que viniese a la Nueva España por Virrey el Ilustrísimo y buen Caballero, y digno de loable memoria Don Antonio de Mendoza, hermano del Marqués de Mondéjar, y vinieron por Oidores el Doctor Quesada, natural de Ledesma, y el Licenciado Tejada de Logroño, y aún en aquel tiempo estaba por Oidor el Licenciado Maldonado, que aún no había ido a ser Presidente de Guatemala, y también vino por Oidor un Licenciado, que se decía Loaisa, natural de Ciudad Real, y como era hombre viejo, estuvo tres o cuatro años en México, y allegó pesos de oro para irse a Castilla, y se volvió a su casa: y de ahí a poco tiempo vino un Licenciado de Sevilla, que se decía Santillana, que después fue Doctor, y todos fueron muy buenos jueces: y después que se les hizo grandes recibimientos en la entrada de aquella ciudad, se pregonó residencia general contra el Presidente, y Oidores pasados, y todos los hallaron muy rectos y buenos, y usaron de sus cargos conforme a justicia. Y volviendo a nuestra relación cerca del Nuño de Guzmán, que se estaba en Jalisco, y como el Virrey Don Antonio de Mendoza alcanzo a saber que su Majestad mandó venir al Licenciado de la Torre a tomarle residencia en Jalisco, y echarle preso en la cárcel pública., y hacerle que pagase al Marqués del Valle lo que se hallase deberle, y a los Conquistadores también nos pagase en lo que nos sentenció sobre lo de Narváez; por hacerle bien, y porque no fuese molestado, y afrentado, le envió a llamar, que viniese luego a México sobre su palabra, y le señaló por posada, sus palacios, y el Nuño de Guzmán así lo hizo, que se vino luego, y el virrey le hacía mucha honra, y le favorecía, y comía con él, y en este instante



llegó a México el licenciado de la Torre; y como traía mandado de su Majestad, que luego echase preso a Nuño de Guzmán, y que en todo hiciese justicia, puesto que primero lo comunicó con el Virrey; y parece ser, no halló tanta voluntad para ello como quisiera, acordó de sacarle la posada del Virrey a do estaba, y decía a voces: Esto manda su Majestad, así se ha de hacer, y no otra cosa, y le llevó a la cárcel pública de aquella ciudad, y estuvo preso ciertos días, hasta que pagó por él el Virrey, que le sacaron de la cárcel; y como conocieron en el de la Torre, que traía recios aceros para no dejar de ejecutar la justicia, y tomar residencia muy a las derechas al Nuño de Guzmán:, y como la malicia humana muchas veces no deja cosa en que pueda infamar, que no infame, parece ser, que como el Licenciado de la Torre era algo aficionado al juego, especial de naipes, puesto que no jugaba sino al triunfo, y a la primera por pasatiempo; quien quiera que fue, por parte de Nuño de Guzmán, como en aquel tiempo se usaban traer unos tabardos con mangas largas, especial los Juristas, metieron en una de las mangas del tabardo del Licenciado de la Torre una baraja de naipes de los chicos, y ataron la manga de arte que no se pudiesen salir en aquel instante; y yendo el Licenciado por la plaza de México, acompañado de personas de calidad, quien quiera que fue en meterle los naipes, tuvo manera, que se le desató, y se le salieron los naipes pocos a pocos, y dejó rastro de ellos en el suelo en la plaza por donde iba, y las personas que le iban acompañando, desde que vieron salir de aquella manera los naipes, se lo dijeron, que mirase lo que traía en la manga del tabardo; y cuando el Licenciado vio tan grande burla, dijo con grande enojo: bien parece que no quieren que haga yo justicia a las derechas; mas si no me muero, yo la haré de manera que su Majestad sepa de este desacato que conmigo se ha hecho; y en pocos días cayó malo, y de pensamiento de ello, o de otras cosas de calenturas que le ocurrieron, murió.



CAPÍTULO CXCIX.

Cómo vino Don Fernando Cortés Marqués del Valle de España casado con la Señora Doña María de Zúñiga, con título de Marqués del Valle, y Capitán General de la Nueva España, y de la mar del Sur: y cómo trajo consigo al Padre Fray Juan Leguizamo, y otros once Frailes de la Merced, y del Recibimiento que se le hizo.

Como había mucho tiempo que Cortés estaba en Castilla, y ya casado, como dicho tengo, y con título de Marqués, y Capitán general de la Nueva España, y de la mar del Sur, tuvo gran deseo de volverse a la Nueva España a su casa y estado, y tomar posesión de su Marquesado: y como supo que estaban las cosas en México en el estado que he referido de la manera ya por mí dicha, se dio prisa, y se embarcó con toda su casa, y trajo en su compañía doce Frailes de la Merced, para que llevasen adelante lo que había dejado empezado Fray Bartolomé, ya por mí memorado, y los que después de él fueron: y estos de ahora no eran menos virtuosos y buenos que los otros, que se los dio por tales a Cortés el General de la Merced por mandado del Consejo de las Indias, y venía por cabeza de ellos un Fray Juan de Leguizamo Vizcaíno, buen Letrado y santo, según decían, y con él se confesaba el Marqués y la Marquesa: y como dicho he, se embarcaron todos, y con buen tiempo que les hizo en la mar, llegó Cortés con los suyos, menos un Fraile de los doce, que se murió a los pocos días de embarcación al puerto de la Veracruz, y se hizo recibimiento, mas no con la solemnidad que solía, y luego se fue por ciertas villas de su Marquesado: y llegado a México se le hizo otro recibimiento: y en lo que entendió fue en presentar sus provisiones de Marqués, y hacerse pregonar por Capitán General de la Nueva España, y del mar del Sur, y demandar al Virrey y Audiencia Real, que le contasen sus vasallos de la manera que él pensó: y esto me parece a mí que vino mandado de su Majestad, para que se los contase; porque a lo que yo entendí, cuando le dieron el Marquesado demandó a su Majestad, que le hiciese merced de ciertas villas y pueblos, con tantos mil vecinos tributarios: y porque esto yo no lo sé bien, me remito a los Caballeros, y otras personas que lo saben mejor, y a los pleitos que sobre ello se han traído, porque tenía el Marqués en el pensamiento, cuando demandó a su Majestad aquella merced de los vasallos, que se había de contar cada casa de vecino, o Cacique, o principal de aquellas villas por un tributario, como si dijésemos ahora, que no se habían de contar los hijos varones que eran ya casados, ni yernos, ni



otros muchos Indios que estaban en cada casa en servicio del dueño de ella, sino solamente cada vecino por un tributario, ora tuviese muchos hijos, o yernos, o otros allegados criados: y la Audiencia Real de México proveyó que lo fuese a contar un Oidor de la misma Real Audiencia, que se decía el Doctor Quesada, y comenzó a contar de esta manera, el dueño de cada casa por un tributario, y si tenían hijos de edad, cada hijo un tributario, y si tenía yernos, cada yerno un tributario: y los Indios que tenía en su servicio, aunque fuesen esclavos, cada uno contaban por un tributario. Por manera, que en muchas de las casas contaban diez, y doce, y quince tributarios: y Cortés tenía por sí, y así lo proponía, y demandó a la Real Audiencia, que cada casa era un vecino, y se había de contar solo un tributario: y si cuando el Marqués suplicó a su Majestad le hiciese merced del Marquesado, le declarara que le diera tal villa, y tal villa con los vecinos, y moradores que tenía su Majestad, le hiciera merced de ellas: y el Marqués creyó, y tenía por cierto, que demandando los vasallos, que acertaba en ello, y salió al contrario. Por manera, que nunca le faltaron pleitos, y a esta causa estuvo mal con las cosas del Doctor Quesada, que se los fue a contar, y aun con el Virrey y Audiencia Real, no le faltaron cosquillas, y se hizo relación de ello a su Majestad por parte de la Real Audiencia, para saber de la manera que habían de contar, y se estuvo suspenso el contar de los vasallos ciertos años, que siempre el Marqués llevó sus tributos de ellos sin haber cuenta. Volvamos a nuestra materia: como esto pasó, de ahí a pocos días se fue desde México a una villa de su Marquesado, que se dice Cornavaca, y llevó a la Marquesa, e hizo allí su asiento, que nunca más la trajo a la ciudad de México. Y además de esto como dejó capitulado con la Serenísima Emperatriz Doña Isabel nuestra Señora de gloriosa memoria, y con los del Real Consejo de Indias, que había de enviar armadas por la mar del Sur a descubrir islas y tierras, y todo a su costa, comenzó a hacer navíos en un puerto de una su villa, que era en aquel tiempo del Marquesado, que se dice Teguatepeque, y en otros puertos de Zacatula, y Acapulco: y las armadas que envié diré adelante, que nunca tuvo ventura en cosa que pusiese la mano, sino todo se lo tornaba espinas, y se le hacía mal: muy mejor acertó Nuño de Guzmán, como adelante diré.



CAPÍTULO CC.

De los gastos que el Marqués Don Hernando Cortés hizo en las armadas que envió a descubrir, y como en todo lo demás no tuvo ventura: y he menester volver mucho atrás de mi relación, para que bien se entienda lo que ahora dijere.

En el tiempo que gobernaba la Nueva España Marcos de Aguilar, por virtud del poder que para ello le dejó el Licenciado Luis Ponce de León al tiempo que falleció, según ya lo he declarado muchas veces antes que Cortés fuese a Castilla, envió el mismo Marqués del Valle cuatro navíos que había labrado en una provincia que se dice Zacatula, bien bastecidos de bastimento y artillería, con buenos marineros, y con doscientos y cincuenta soldados, y mucho rescate de cosas de mercería de Castilla, y todo lo que era menester de vituallas, y pan bizcocho para más de un año: y envió en ellos por Capitán General a un hidalgo y que se decía Álvaro de Saavedra: fueron su viaje, y derrota para las islas de los Malucos, y Especería, o la China, y esto fue por mandado de su Majestad, que se lo hubo escrito a Cortés desde la ciudad de Granada en veinte y dos de Junio de mil y quinientos y veinte y seis años: y porque Cortés me mostró la misma carta a mí, y a otros Conquistadores, que le estábamos teniendo compañía, lo digo y declaro aquí: y aun le mandó su Majestad a Cortés, que a los Capitanes que enviase, que fuesen a buscar una armada que había salido de Castilla para la China, y iba en ella por Capitán un Frey Don García de Loaysa Comendador de San Juan de Rodas; y en esta sazón que se apercibía el Saavedra para el viaje, aportó a la costa de Guantepeque un patache, que era de los que habían salido de Castilla con la armada del mismo Comendador que dicho tengo, y venia en el mismo patache por Capitán un Ortuño de Lango natural de Portugalete: del cual dicho Capitán y Pilotos que en el patache venían, se informó el Álvaro de Saavedra Cerón de todo lo que quiso saber, y aun llevó en su compañía a un Piloto, y a dos marineros, y se lo pagó muy bien, porque volviesen otra vez con él, y tomó plática de todo el viaje que habían traído, y de las derrotas que habían de llevar: y después de haber dado las instrucciones y avisos, que los Capitanes y Pilotos que van a descubrir suelen dar en sus armadas, después de haber oído Misa, y encomendándose a Dios, se hicieron a la vela en el puerto de Esguatanejo, que es la provincia de Colima, o Zacatula, que no lo sé bien y fue en el mes de Diciembre en el año de mil y quinientos y veinte y siete, o veinte y ocho, y quiso



nuestro Señor Jesucristo encaminarles que fueron a los Malucos, y a otras islas: y los trabajos y hambres, y dolencias que pasaron, y aun muchos que se murieron en aquel viaje, yo no lo sé; mas yo vi de ahí a tres años en México a un marinero de los que habían ido con el Saavedra, y contaba cosas de aquellas islas y ciudades donde fueron, que yo me estaba admirado: y estas son las tierras e islas que ahora van desde México con armada a descubrir y tratar: y aun oí decir, que los Portugueses que estaban por Capitanes en ellas, que prendieron al Saavedra, o a gente suya, y que los llevaron a Castilla, o que tuvo de ello noticia su Majestad: y como ha tantos años que pasó, y yo no me hallé en ello, mas de como dicho tengo haber visto la carta que su Majestad escribió a Cortés, en esto no diré más. Quiero decir ahora, cómo en el mes de Mayo de mil y quinientos y treinta y dos años, después que Cortés vino de Castilla, envió desde el puerto de Acapulco otra armada con dos navíos bien bastecidos con todo género de bastimentos, y marineros los que eran menester, y artillería, y rescate, y ochenta soldados escopeteros, y ballesteros: y envió por Capitán General a un Diego Hurtado de Mendoza: y estos dos navíos envió a descubrir por la costa del Sur a buscar islas, y tierras nuevas: y la causa de ello es, porque como dicho tengo en el capítulo que de ello habla, así lo tenía capitulado Cortés con los del Real Consejo de Indias, cuando su Majestad se fue a Flandes. Y volviendo a decir del viaje de los dos navíos, fue, que yendo el Capitán Hurtado sin ir a buscar islas, ni meterse mucho en la mar, ni hacer cosa que de contar sea, se apartaron de la compañía amotinados más de la mitad de los soldados que llevaba con él un navío, y dicen que ellos mismos por concierto que entre el Capitán, y los amotinados se hizo, fue darles el navío en que iban para volver a la Nueva España; mas nunca tal es de creer, que el Capitán les diera licencia, sino que ellos se la tomaron: y ya que daban vuelta los amotinados, les hizo el tiempo contrario, y les echó en tierra, y fueron a tomar agua, y con mucho trabajo vinieron a Jalisco, y dieron nuevas de ello, y desde allí voló la nueva a México: de lo cual le pesó mucha a Cortés, y el Diego Hurtado corrió siempre la costa, y nunca se oyó decir más de él, ni del navío, ni jamás apareció. Quiero dejar de decir de esta armada, pues se perdió, y diré cómo Cortés luego despachó otros dos navíos, que estaban ya hechos en el puerto de Guantepeque, los cuales abasteció muy cumplidamente, así de pan, como de carne, y todo lo necesario que en aquel tiempo se pudo haber, y con mucha artillería, y buenos marineros, y setenta soldados, y cierto rescate, y por Capitán de ellos a un hidalgo, que



se decía Diego Becerra de Mendoza: de los Becerras de Badajoz, o Mérida: y fue en el otro navío por Capitán un Hernando de Grijalva, y este Grijalva iba debajo de la mano de este Becerra, y fue por Piloto mayor un Vizcaíno, que se decía Ortuño Jiménez gran Cosmógrafo: y Cortés mandó a Becerra, que fuese por la mar en busca del Diego Hurtado, y si no le hallase, se metiese en mar alta, y buscasen islas y tierras nuevas, porque había fama de ricas islas de perlas: y el Piloto Ortuño Jiménez cuando estaba platicando con otros Pilotos en las cosas de la mar, antes que partiese para aquella jornada, decía y prometía de llevarles a tierras bien afortunadas, de riquezas, que así las llaman, y decía tantas cosas, como serían todos ricos, que algunas personas lo creían. Y después que salieron del puerto de Guantepeque, la primera noche se levantó un viento contrario, que apartó los dos navíos el uno del otro, que nunca más se vieron, y bien se pudieran tornar a juntar, porque luego hizo buen tiempo, salvo, que el Hernando de Grijalva por no ir debajo de la mano de Becerra, se hizo luego a la mar; y se apartó con su navío, porque el Becerra era muy soberbio y mal acondicionado, y en tal paró, según adelante diré: y también se apartó el Hernando de Grijalva, porque quiso ganar honra por sí mismo, si descubría alguna buena isla, y se metió dentro en la mar más de doscientas leguas, y descubrió una isla, que le puso nombre Santo Tomé, y estaba despoblada. Dejemos a Grijalva, y a su derrota, y volveré a decir lo que acaeció al Becerra, con el Piloto Ortuño Jiménez; es, que riñeron en el viaje, y como el Becerra iba mal quisto con todos los más soldados que iban en la nao, concertó el Ortuño con otros Vizcaínos marineros, y con los soldados, con quien había tenido palabras el Becerra, de dar en él una noche, y matarle, y así lo hicieron, que estando durmiendo le despacharon al Becerra, y a otros soldados, y si no fuera por dos Frailes Franciscos que iban en aquella armada, que se metieron en despartirlos, más males hubiera: y el Piloto Jiménez con sus compañeros se alzaron con el navío, y por ruego de los Frailes les fueron a echar en tierra de Jalisco, así a los Religiosos, como a otros heridos: y el Ortuño Jiménez dio vela, y fue a una isla, que le puso nombre Santa Cruz, donde dijeron que había perlas, y estaba poblada de Indios como salvajes: y como saltó en tierra para tomar agua, y los naturales de aquella bahía, o isla, estaban de guerra, los mataron, que no quedaron salvo los marineros que quedaban en el navío, y como vieron que todos eran muertos, se volvieron al puerto de Jalisco con el navío, y dieron nuevas de lo acaecido, y certificaron que la tierra era buena, y bien poblada, y rica de perlas: y luego



fue esta nueva a México, y como Cortés lo supo, hubo gran pesar de lo acaecido, y como era hombre de corazón que no reposaba, con tales sucesos acordó de no enviar más Capitanes, sino ir él en persona: y en aquel tiempo tenía sacados del astillero tres navíos de buen porte en el puerto de Guantepeque, y como le dieron las nuevas que había perlas, donde mataron al Ortuño Jiménez, y porque siempre tuvo en pensamiento de descubrir por la mar del Sur grandes poblaciones, tuvo voluntad de irlo a poblar, porque así lo tenía capitulado con la Serenísima Emperatriz doña Isabel de gloriosa memoria, como ya dicho tengo, y los del Real Consejo de Indias cuando su Majestad pasó a Flandes, y como en la Nueva España se supo, que el Marqués iba en persona, creyeron que era a cosa cierta y rica, y le vinieron a servir tanto soldados, así de a caballo, y otros arcabuceros, y ballesteros, y entre ellos treinta y cuatro casados, que se le juntaron por todos sobre trescientas y veinte personas, con las mujeres casadas: y después de bien bastecidos los navíos de mucho bizcocho, y carne, y aceite, y aun dijeron vino y vinagre, y otras cosas pertenecientes para bastimento: y llegó mucho rescate, y tres herreros con sus fraguas, y dos carpinteros de ribera con sus herramientas, y otras muchas cosas que aquí no relato por no detenerme, y con buenos y expertos Pilotos y marineros, mandó que los que se quisiesen ir a embarcar al puerto de Guantepeque, donde estaban los tres navíos, que se fuesen, y esto por no llevar tanto embarazo por tierra, y él se fue desde México con el Capitán Andrés de Tapia, y otros Capitanes y soldados, y clérigos y Religiosos que le decían Misa, y llevó médicos y cirujanos, y botica: y llegados al puerto donde se había de hacer a la vela, ya estaban allí los tres navíos que vinieron de Guantepeque, y como todos los soldados se vinieron juntos con sus caballos y a pie, Cortés se embarcó con los que le pareció que podría ir de la primera barcada, hasta la Isla, o Bahía, que nombraron de Santa Cruz, donde decían que había perlas, y como Cortés llegó con buen viaje a la Isla, que fue en el mes de Mayo de mil y quinientos y treinta y seis o siete años, que ya no me acuerdo, y luego despachó los navíos para que volviesen los demás soldados, y mujeres casadas, y caballos que quedaban aguardando con el Capitán Andrés de Tapia, y luego se embarcaron: y alzadas velas, yendo por su derrota, les dio un temporal que les echó cabe un gran río, que le pusieron nombre S. Pedro y S. Pablo: y asegurado el tiempo, volvieron a seguir su viaje, y les dio otra tormenta que les despartió a todos tres navíos, y el uno de ellos fue al puerto de Santa Cruz, donde Cortés estaba, y el otro fue a



encallar y dar al través en tierra de Jalisco, y los soldados que en él iban, estaban muy descontentos del viaje, y de muchos trabajos se volvieron a la Nueva España, y otros se quedaron en Jalisco: y el otro navío aportó a una bahía que llamaron el Guayabal, y le pusieron este nombre, porque había allí mucha fruta, que llaman guayabas: y como habían dado al través, tardaban tanto, y no acudían donde Cortés estaba, y les aguardaban por horas, porque se les habían acabado los bastimentos: y en el navío que dio al través en tierra de Jalisco, iba la carne y bizcocho, y todo el más bastimento: a esta causa estaban muy congojosos, así Cortés, como todos los soldados, porque no tenían qué comer: y en aquella tierra no cogen los naturales del maíz, que son gente salvaje, y sin policía, y lo que comen es frutas de las que hay entre ellos, y pesquerías y mariscos, y de los soldados que estaban con Cortés, de hambres, y de dolencias se murieron veinte y tres, y muchos más estaban dolientes, y maldecían a Cortés, y a su isla y bahía, y descubrimiento: y cuando aquello vio, acordó de ir en persona con el navío que allí aportó, y con cincuenta soldados, y con dos herreros, y carpinteros y tres calafates, en busca de los otros dos navíos, porque por los tiempos y vientos que habían corrido, entendió que habían dado al través: y yendo en busca de ellos, halló el uno encallado, como dicho tengo, en la costa de Jalisco, y sin soldados ningunos, y el otro estaba cerca de unos arrecifes, y con gran trabajo, y con tornarlos a aderezar y calafetear, volvió a la isla de Santa Cruz con sus tres navíos y bastimento: y comieron tanta carne los soldados que lo aguardaban, que como estaban debilitados de no comer cosas, de sustancia de muchos días atrás, les dio cámaras, y tanta dolencia, que se murieron la mitad de ellos, y por no ver Cortés delante de sus ojos tantos males, fue a descubrir a otras tierras, y entonces toparon con la California, que es una bahía, y como Cortés estaba tan trabajado y flaco, deseaba volverse a la Nueva España, sino que de empacho, porque no dijese de él que había gastando gran cantidad de pesos de oro y no había topado tierras de provecho, ni tenía ventura en cosa que pusiese la mano, y que eran maldiciones de los soldados y Conquistadores verdaderos de la Nueva España, a este efecto, no se iba. Y en aquel instante, como la Marquesa Doña Juana de Zúñiga su mujer no sabía ningunas nuevas, mas que había dado al través un navío en la costa de Jalisco, estaba muy penosa, creyendo no se hubiere muerto, o perdido, y luego envió en su busca dos navíos: los cuales uno de ellos fue en que había vuelto a la Nueva España el Grijalva, que había ido con el Becerra, y el otro navío era nuevo, que lo acabaron de



labrar en Guantepeque, los cuales dos navíos cargaron de bastimento lo que en aquella sazón pudieron haber, y envió por Capitán de ellos a un fulano de Ulloa, y escribió muy afectuosamente al Marqués su marido con palabras y ruegos, que luego se volviese a México a su estado y Marquesado, y que mirase los hijos y hijas que tenía, y dejase de porfiar más con la fortuna, y se contentase con los heroicos hechos y fama que en todas partes hay de su persona: y asimismo le escribió el Virrey Don Antonio de Mendoza muy sabrosa y amorosamente, pidiéndole por merced que se volviese a la Nueva España; los cuales dos navíos con buen viaje llegaron donde Cortés estaba, y cuando vio cartas del Virrey, y los ruegos de la Marquesa e hijos, dejó por Capitán con la gente que allí tenía a Francisco de Ulloa, y todos los bastimentos, que para él traía, y luego se embarcó, y vino al puerto de Acapulco, y tomado tierra a buenas jornadas, vino a Cornavaca, a donde estaba la Marquesa: con la cual hubo mucho placer, y todos los vecinos de México se holgaron con su venida, y aun el Virrey, y Audiencia Real; porque había fama que se decía en México, que se querían alzar todos los Caciques de la Nueva España viendo que no estaba en la tierra Cortés: y además de esto, luego se vinieron todos los soldados y Capitanes que había dejado en aquella isla, o bahía, que llaman la California, y esto de su venida, no sé de qué manera fue, si ellos de hecho se vinieron, o el Virrey, y la Audiencia Real les dio licencia para ello: y de ahí a pocos meses, como Cortés estaba algo más reposado, envió otros navíos bien bastecidos, así de pan y carne, como de buenos marineros y sesenta soldados, y buenos Pilotos, y fue en ellos por Capitán el Francisco de Ulloa, otras veces por mí nombrado, y estos navíos que envió, fue, que la Audiencia Real de México se lo mandaba expresamente, que los enviase para cumplir Cortés lo capitulado con su Majestad, según dicho tengo en los capítulos pasados que de ello hablan. Volvamos a nuestra relación, y es, que salieron del puerto de la Natividad por el mes de Junio de mil y quinientos y treinta y tantos años, y esto de los años no me acuerdo bien, y le mandó Cortés al Capitán que corriesen la costa adelante, y acabasen de bajar la California, y procurasen de buscar al Capitán Diego Hurtado, que nunca más apareció, y tardó en el viaje en ir y venir siete meses, y sé que no hizo cosa que de contar sea, y volvió al puerto de Jalisco. Y de ahí a pocos días que el Ulloa estaba en tierra descansando un soldado de los que había llevado en su Capitanía, le aguardó en parte que le dio de estocadas, donde le mató, y en esto que he dicho paró los viajes y descubrimientos que el Marqués hizo: y aun le oí decir muchas



veces, que había gastado en las armadas sobre trescientos mil pesos de oro: y para que su Majestad le pagase alguna cosa de ello, y sobre el contar de los vasallos, determinó de ir a Castilla, y para demandar a Nuño de Guzmán cierta cantidad de pesos de oro de los que la Real Audiencia le hubo sentenciado al Nuño de Guzmán que pagase a Cortés de cuando le mandó vender sus bienes: porque en aquel tiempo el Nuño de Guzmán fue preso a Castilla: y si miramos en ello, en cosa ninguna tuvo ventura después que ganó la Nueva España, y dicen que son maldiciones que le echaron.



CAPÍTULO CCI.

Cómo en México se hicieron grandes fiestas y banquetes por alegría de las paces del Cristianísimo Emperador nuestro señor de gloriosa memoria, con el Rey Francisco de Francia, cuando las vistas de Aguas muertas.

En el año de treinta y ocho, virio nueva a México, que el Cristianísimo Emperador nuestro señor de gloriosa memoria, fue a Francia, y el Rey Francisco de Francia le hizo gran recibimiento en un puerto que se dice Aguas muertas, donde se hicieron paces, y se abrazaron los Reyes con gran amor, estando presente Madama Leonor Reina de Francia, mujer del Rey Francisco, y hermana del Emperador de felice recordación, nuestro Señor, donde se hizo gran solemnidad y fiestas en aquellas paces: y por honra y alegría de ellas el Virrey Don Antonio de Mendoza, y el Marqués del Valle, y la Real Audiencia, y ciertos caballeros Conquistadores hicieron grandes fiestas. En esta sazón habían hecho amistades el Marqués del Valle, y el Virrey Don Antonio de Mendoza, que estaban algo amordazados sobre el contar de los vasallos del Marquesado, y sobre que el Virrey favoreció mucho al Nuño de Guzmán, para que no pagase la cantidad, de pesos de oro que se debía a Cortés desde el tiempo que fue el Nuño de Guzmán Presidente en México: y acordaron de hacer grandes fiestas y regocijos, y fueron tales, que otras como ellas, a lo que a mí me parece, no he visto hacer en Castilla, así de justas, y juegos de cañas, correr toros, encontrarse unos caballeros con otros, y otros grandes disfraces que había, y todo esto que he dicho, no es nada para las muchas invenciones de otros juegos, como se solían hacer en Roma, cuando entraban triunfando los Cónsules y Capitanes que habían vencido batallas, y los epitafios y carteles que sobre cada cosa había: y el inventor de aquellas Cosas fue un Caballero Romano, que se decía Luis de León; persona que decían que era de linaje de los Patricios y natural de Roma: y es, que como se acabaron de hacer las fiestas, mandó el Marqués apercibir navíos, y matalotaje para ir a Castilla, para suplicar a su Majestad, que le mandase pagar algunos pesos de oro de los muchos que había gastado en las armadas que envió a descubrir, y porque tenía pleitos con Nuño de Guzmán, que en aquella sazón le envió preso al Nuño de Guzmán la Audiencia Real a España, y también tenía pleitos sobre el contar de los vasallos; y entonces Cortés me rogó a mí, que fuese con él, y que en la Corte demandaría mejor mis pueblos ante los señores del Real



Consejo de Indias, que no en la Audiencia Real de México, y luego me embarqué, y fui a Castilla, y el Marqués no fue de ahí a dos meses, porque dijo que no tenía allegado tanto oro, como quisiera llevar, y porque estaba malo del empeine del pie del caño que le dieron, y esto fue en el año de quinientos y cuarenta: y porque el año pasado de quinientos y treinta y nueve, falleció la Serenísima Emperatriz nuestra señora, Doña Isabel de gloriosa memoria, la cual falleció en Toledo, en primero día del mes de Mayo, y fue llevado a sepultar su cuerpo a la ciudad de Granada, y por su muerte se hizo gran sentimiento en la Nueva España, y se pusieron todos los más Conquistadores grandes lutos, y yo como Regidor que era de la villa de Guacacualco, y Conquistador más antiguo, me puse grandes lutos, y con ellos fui a Castilla: y llegado a la Corte, me los torné a poner mucho mayores, como era obligado por la muerte de nuestra Reina y señora, y en aquel tiempo también llegó a la Corte Hernando Pizarro, que vino del Perú, y fue cargado de luto con más de cuarenta hombres que llevaba consigo, que le acompañaban: y también en esta sazón llegó Cortés a la Corte con luto, él y sus criados, que estaba en aquella sazón la Corte en Madrid: y los señores del Real Consejo de Indias, como supieron que Cortés llegaba cerca de Madrid, le mandaron salir a recibir, y lo señalaron por posada las casas del Comendador Don Juan de Castilla: y cuando algunas veces iba Cortés al Real Consejo de Indias, salía un Oidor hasta la puerta donde hacían el acuerdo del Real Consejo, y le llevaban con mucho acato a los estrados, donde estaba el Presidente Don Fray García de Laysa, Cardenal de Sigüenza, y después fue Arzobispo de Sevilla, y Oidores el Licenciado Gutiérrez Velázquez, y el Obispo de Lugo, y el Doctor Don Juan Bernal Díaz de Luco, y el Doctor Beltrán: y un poco junto de las sillas de aquellos señores caballeros le ponían a Cortés otra silla, y le oían: y desde entonces nunca más volvió a la Nueva España, porque entonces le tomaron residencia, y su Majestad no le quiso dar licencia para que se volviese a la Nueva España, puesto que echó por intercesores al Almirante de Castilla, y al Duque de Béjar, y al Comendador mayor de León: y aun también echó por intercesora a la señora Doña María de Mendoza, y nunca le quiso dar licencia su Majestad; antes mandó que le detuviesen, hasta acabar de dar la residencia, y nunca la quisieron concluir, y la respuesta que le daban en el Real Consejo de Indias, era, que hasta que su Majestad viniese de Flandes de hacer el castigo de Gante, que no podían darle licencia. Y también en aquella sazón al Nuño de Guzmán le mandaron desterrar de su tierra, y que siempre



anduviese en la Corte, y le sentenciaron en cierta cantidad de pesos de oro; mas no le quitaron los Indios de su Encomienda de Jalisco, y también andaba él y sus criados cargado de luto; y como en la Corte nos veían, así al Marqués Cortés, como al Pizarro, y al Nuño de Guzmán, y todos los demás que venimos de la Nueva España a negocios, y otras personas del Perú con lutos, tenían por chiste de llamarnos los Indianos Peruleros enlutados. Volvamos a nuestra relación y que también en aquel tiempo a Hernando Pizarro le mandaron echar preso en la Mota de Medina, y entonces me vine yo a la Nueva España, y supe que había pocos meses que se habían alzado en las provincias de Jalisco unos Peñoles, que se llaman Cochitlán, y que el Virrey Don Antonio de Mendoza los envió a pacificar a ciertos Capitanes, y a uno que se decía Cristóbal de Oñate, y los Indios alzados daban grandes combates a los Españoles y soldados, que de México enviaron a demandar socorro al Don Pedro de Alvarado, que en aquella sazón estaba en unos sus navíos de una gran armada que hizo en lo de Guatemala para la China, y fue a favorecer a los Españoles que estaban sobre los Peñoles por mí ya nombrados, y llevó gran copia de soldados, y de ahí a pocos días murió, por causa de un caballo que le tomó debajo, y le machucó el cuerpo, como adelante diré. Y quiero dejar esta plática, y traeré a la memoria dos armadas que salieron de la Nueva España: la una la que hizo el Virrey Don Antonio de Mendoza: y la otra fue la que hizo Don Pedro de Alvarado, según dicho tengo.



CAPÍTULO CCII.

Cómo el Virrey Don Antonio de Mendoza envió tres navíos a descubrir por la banda del Sur, en busca de Francisco Vázquez Coronado, y le envió bastimentos, y soldados, que estaba en la conquista de la Cíbola.

Ya he dicho en el capítulo pasado, que de ello habla, que el Virrey Don Antonio de Mendoza, y la Real Audiencia de México, enviaron a descubrir las siete ciudades, que por otro nombre se llama Cíbola, y fue por Capitán General un hidalgo, que se decía Francisco Vázquez Coronado, natural de Salamanca, que en aquella sazón se había casado con una señora, que además de ser virtuosa, era hermosa, hija del Tesorero Alonso de Estrada, y en aquel tiempo estaba el Francisco Vázquez por Gobernador, aunque se lo habían quitado. Pues partidos por tierra con muchos soldados de a caballo, y escopeteros, y ballesteros, había dejado por su Teniente en lo de Jalisco a un hidalgo, que se decía fulano de Oñate: y después de ciertos meses que hubo llegado a las siete ciudades, pareció ser que un Fraile Francisco, que se decía Fray Marcos de Nica, había ido de antes a descubrir aquellas tierras, o fue en aquel viaje con el mismo Francisco Vázquez Coronado, que esto no lo sé bien: y cuando llegaron a las tierras de la Cíbola, y vieron los campos tan llenos, y llenos de vacas y toros disformes de los nuestros de Castilla, y los pueblos y casas con sobrados, y subían por escaleras, le pareció al Fraile, que sería bien volver a la Nueva España, como luego vino a dar relación al Virrey Don Antonio de Mendoza, que enviase navíos por la costa del Sur con herraje, y tiros, y pólvora, y ballestas, y armas de todas maneras, y vino, y aceite, y bizcocho, porque le hizo relación, que tas tierras de la Cíbola estaban en la comarca de la costa del Sur, y que con los bastimentos y herraje serian ayudados el Francisco Vázquez y sus compañeros, que ya quedaban en aquella tierra: y a esta causa envió los tres navíos que dicho tengo, y fue por Capitán General un Hernando de Alarcón, Maestresala que fue del mismo Virrey, y fue por Capitán de otro navío un hidalgo que se dice Marcos Ruiz de Rojas, natural de Madrid; otros dijeron que había ido por Capitán de otro navío un fulano Maldonado; y porque yo no fui en aquella armada, mas de por oídas, lo digo de esta manera, y fueron dadas todas las instrucciones a los Pilotos, y Capitanes de lo que habían de hacer, y como se habían de regir y navegar.



CAPÍTULO CCIII.

De una muy grande armada que hizo el Adelantado Don Pedro de Alvarado, en el año de 1537.

Razón es que se traiga a la memoria, y no quede por olvido una muy buena armada, que el Adelantado Don Pedro de Alvarado hizo el año de mil y quinientos y treinta y siete en la provincia de Guatemala, donde era Gobernador, y en un puerto que se dice Acaxatla en la banda del Sur; y fue para cumplir ciertas capitulaciones, que con su Majestad hizo la segunda vez que volvió a Castilla, y vino casado con una señora que se decía Doña Beatriz de la Cueva: y fue el concierto que se capítulo con su Majestad, que el Adelantado pusiese ciertos navíos, y Pilotos, y marineros, y soldados, y bastimentos, y todo lo que hubiese menester a su costa, para enviar a descubrir por la vía del Poniente a la China, o Malucos, u otras cualesquier islas de la Especería, y para lo que descubriese, su Majestad le prometió en las mismas tierras, que le haría ciertas mercedes, y daría renta en ellas: y porque yo no he visto lo capitulado, me remito a ello, y por esta causa lo dejo de poner en esta relación. Y volviendo a nuestra materia, y es, que como siempre fue muy servidor de su Majestad, lo cual se pareció en las conquistas de la Nueva España, e ida del Perú, y en todo puso su persona con cuatro hermanos suyos, que sirvieron a su Majestad en lo que pudieron: y en esto de ir a lo del Poniente con buena armada, se quiso aventajar a todas las armadas que hizo el Marqués del Valle; de las cuales tengo hecha larga relación en los capítulos que de ello hablan: y esto que digo es, porque puso en la mar del Sur trece navíos de buen porte, y entre ellos una galera, y un patache, y todos muy bien bastecidos, así de pan, como de carne, y pipas de agua, y todo bastimento que en aquella sazón pudieron haber, y muy bien artillados, y con buenos Pilotos y marineros los que habían menester. Pues para hacer tan pujante armada, y estando tan apartados del puerto de la Veracruz, que son más de doscientas leguas, hasta donde se labraron los navíos, que en aquella sazón de la Veracruz se trajo el hierro para la clavazón, y anclas, y pipas, y otras muchas cosas pertenecientes para aquella flota, gastó en ella más millares de pesos de oro, que en Castilla se pudieran gastar, aunque se labraran en Sevilla ochenta navíos: y fueron tantos los gastos que hizo, que no le bastó la riqueza que trajo del Perú, ni el oro que le sacaban de las minas en la provincia de Guatemala, ni los tributos de sus pueblos, ni lo que le presentaron sus



deudos y amigos, y lo que tomó fiado de mercaderes: y ya que en aquella sazón se quisiera ayudar de traer anclas y hierro, y otras muchas cosas pertenecientes para los navíos desde el puerto de Caballos, no venían navíos, ni mercaderes, ni se trataba aquel puerto en aquella sazón, como ahora. Volvamos a nuestra relación, que aun no es nada los pesos de oro que gastó en los navíos, para lo que dio a Capitanes, y Alférez, y Maestres de campo, y seiscientos y cincuenta soldados, y los muchos caballos que entonces compró, que valían los buenos a trescientos pesos, y los comunes a ciento y cincuenta, y a doscientos; pues arcabuces y pólvora, y ballestas y todo género de armas, fueron tan excesivos gastos, los cuales se podrán colegir: y fueron tan altos los pensamientos que tuvo de hacer gran servicio a su Majestad, y descubrirle por el Poniente la China, o Malucos, y Especería, y aun de conquistar algunas islas de ella, y a lo menos dar traza, que por la parte de su gobernación, hubiese el trato de ella, pues que aventuraba toda su hacienda y persona. Pues ya puesto a punto sus naos para navegar, y en cada una sus estandartes Reales, y señalados Pilotos, y Capitanes, y dadas las instrucciones de lo que habían de hacer, y derrotas que habían de llevar, y las señas de los faroles para de noche, y a todos los soldados como dicho tengo, que fueron sobre seiscientos y cincuenta, con más de doscientos caballos: y después de oído Misa del Espíritu Santo, el mismo Adelantado por Capitán General de toda su armada dan velas. en ciertos días del año de mil y quinientos y treinta y ocho, y fue navegando por su derrota, hasta el puerto de la Purificación, que es en la provincia de Jalisco, porque en aquel puerto había de tomar agua, y más soldados, y bastimentos. Pues como supo el Virrey Don Antonio de Mendoza de esta tan pujante armada, que para en estas partes era muy grande, y de los muchos soldados, y caballos, y artillería que llevaba, tuvo por muy gran cosa de cómo pudo juntar, y armar trece navíos en la costa del Sur, y allegar tantos soldados, estando tan apartado del puerto de la Veracruz, y de México: es cosa de pensar en ello a las personas que tienen noticia de estas tierras, y saben los gastos que hacen. Pues como el Virrey, Don Antonio de Mendoza supo, y se informó, que era para descubrir la China, y alcanzó a saber de Pilotos y Cosmógrafos, que se podía descubrir muy bien por el Poniente, y se lo certificó un deudo suyo, que se decía Villalobos, que sabía mucho de alturas, y del arte de navegación, acordó de escribir desde México al Adelantado, con ofertas y buenos prometimientos, para que se diese orden en que la armada hiciese compañía con él: para efectuarlo fueron a hacer el concierto Don Luis de



Castilla, y un Mayordomo mayor del Virrey, que se decía Agustín Guerrero: y después que el Adelantado vio los recaudos que llevaban para hacer concierto, y bien platicado sobre el negocio, se concertó que se viesen el Virrey, y el Adelantado en un pueblo que se dice Chiribitio, que es en la provincia de Mechoacán, que era de la Encomienda de un Juan de Alvarado deudo del mismo Adelantado: y como el Virrey supo en dónde se habían de ver, fue en posta desde México al pueblo por mí nombrado, donde estaba el Adelantado aguardando al Virrey, para hacer la plática, y allí se vieron, y concertaron que fuesen entrambos a dos a ver la armada, y luego fueron, y cuando lo hubieron visto se volvieron a México, para desde allí enviar Capitán General de toda la flota, y el Adelantado quería que fuese un deudo suyo por General, que se decía Juan de Alvarado, no digo por el de Chiribitio, sino otro su sobrino, que tenía Indios en Guatemala, y el Virrey quería que fuese juntamente con él un fulano de Villalobos: y en este tiempo tuvo mucha necesidad el Adelantado de venir a su gobernador de Guatemala a cosas que le convenían, y lo dejó todo aparte, por estar presente en su armada: y fue al puerto de la Natividad por tierra, donde en aquella sazón estaban todos sus navíos y soldados, para que por su mano fuesen despachados: y ya que estaban para hacerse a la vela, le vino una carta que le envió un Cristóbal de Oñate, que estaba por Teniente de Gobernador de aquella provincia de Jalisco por ausencia de Francisco Vázquez Coronado, que había ido por Capitán a las siete ciudades, que llaman de Cíbola, como dicho tengo en el capítulo que de ello habla: y lo que en la carta el Oñate le decía, era, que pues en todo era gran servidor de su Majestad, en este caso que ahora ha ocurrido, se parecerán muy mejor sus servicios, que por amor de Dios que luego con brevedad le vaya a socorrer con su persona y soldados, y caballos, y arcabuceros, porque está cercado en partes, que si no son socorridos, no se podrá defender de muchas Capitanías de Indios guerreros, que están en unas fuerzas y Peñoles, que se dicen de Cochitlán, y que han muerto a muchos Españoles de los que estaban en su compañía, y se temía no le acabasen de desbaratar, y le significó en la carta otras muchas lástimas, y que a salir los Indios de aquellos Peñoles y fortaleza victoriosos, la Nueva España estaba en gran peligro. Y como el Adelantado vio la carta, y en ella las palabras que dicho tengo, y otros Españoles le dijeron en el peligro en que estaban, luego mandó juntar sus soldados, así de caballo, como arcabuceros, y ballesteros, y fue en posta a hacer aquel socorro, y cuando llegó al Real, estaban tan afligidos los cercados, que si no fuera por él, según se



vio, los mataran los Indios, y con su llegada aflojaron algo, y no que dejasen de dar muy bravosa guerra: y estando peleando entre unos Peñoles, un soldado pareció ser que el caballo en que iba se le derriscó, y vino rodando por el Peñol abajo con tan gran furia y saltos, por donde el Adelantado estaba, que no se pudo apartar a cabo ninguno, sino que el caballo le encontró de arte, que le trató mal, y le quebrantó todo el cuerpo, porque le tomó debajo, y fue de tal manera, que se sintió muy malo, y para guarecerle y curarlo, creyendo que no fuera tanto el quebranto, le llevaron en andas a curar a una villa, que era la más cercana de aquellos Peñoles, que se dice la Purificación: y yendo por el camino sé comenzó a pasmar, y llegado a la villa, de ahí a pocos días después de haberse confesado y comulgado, dio el ánima a Dios nuestro Señor que la creó. Algunas personas dijeron que hizo testamento, y no ha aparecido. falleció este Caballero por sacarle luego del Real, que si de allí no le sacaran, y le curaran como era razón, no se pasmara: y a todas las cosas que nuestro Señor hace y ordena démosle muchas gracias y loores por ello, pues ya es fallecido, perdónele Dios. En aquella villa lo enterraron con la mayor pompa que pudieron: y después he oído decir, que Juan de Alvarado el Encomendero de Piripitio llevó sus huesos de donde estaban enterrados al mismo pueblo de su Encomienda, y mando hacer muchas honras, y Misas, y limosnas por su ánima. Pues como se supo su muerte en el Real de Cochitlán, y en su flota y armada, como no había Capitán General, ni cabeza que los mandase, muchos de los soldados se fueron cada uno por su parte con las pagas que les dieron, y cuando a México llegó esta nueva, todos los más Caballeros juntamente con el Virrey la sintieron: y como faltó el Adelantado, luego en posta envían por el Virrey para que les vaya a socorrer, y el Virrey no pudo ir luego, y envió al Licenciado Maldonado, y hizo lo que pudo en aquel socorro, y luego fue el Virrey, y llevó todos los soldados que pudo allegar, y quiso Dios que venció a los Indios de los Peñoles, y desbaratados se volvieron a México a cabo de muchos días que en esta guerra estuvieron con gran trabajo. Dejemos aquel socorro que el Adelantado hizo, pues a todos los cercados ayudó, y él murió del arte que ya he dicho: y quiero decir, que como se supo en Guatemala de su muerte, la tristeza y llores que hubo en su casa: su querida mujer Doña Beatriz de la Cueva rompía la cara, y se mesaba los cabellos juntamente con sus damas y doncellas que tenía para casar: pues su amada hija, y señores hijos, y un Caballero yerno suyo, que se dice Don Francisco de la Cueva, primo segundo del Duque de Alburquerque, que dejaba por Gobernador de



aquella provincia, tuvieron mucho pesar, y todos los vecinos Conquistadores hicieron sentimiento, y le hicieron solemnes honras: porque el Obispo Don Francisco Marroquín de buena memoria sintió mucho su muerte, y con toda la clerecía, y cera y pompa que pudieron, rogaban a Dios por su ánima cada día: y en esto de las honras puso el Obispo gran solicitud. Y también quiero decir, que un Mayordomo del Adelantado, por mostrar más tristeza por la muerte de su señor, mandó que se entintasen todas las paredes de las casas con un betún de tinta, que no se pudiese quitar. Y también oí decir, que muchos Caballeros iban a consolar a la señora Doña Beatriz de la Cueva, mujer del Adelantado, porque no tomase tanta tristeza por su marido, y le decían que diese gracias a Dios, pues que de ello fue servido, y ella como buena cristiana decía, que así se las daba: y como las mujeres son tan lastimosas por lo que bien quieren, y que deseaba morirse, y no estar en este triste mundo con tantos trabajos; traigo aquí esto a la memoria por lo que el Coronista Francisco López de Gómara dice en su Crónica que dijo aquella señora, que ya no tenía nuestro señor Jesucristo en que más mal la pudiese hacer de lo hecho, y por aquella blasfemia fue servido, que desde a pocos días vino en esta ciudad una tormenta y tempestad de agua, y cieno, y piedras muy grandes, y maderos muy gordos, que descendió de un volcán que está media legua de Guatemala, que derribó toda la mayor parte de las casas donde vivía aquella señora mujer del Adelantado, estando en una recámara rezando con sus damas y doncellas, que las tomó a todas debajo, y las más se ahogaron. Y en las palabras que dijo el Gómara que había dicho aquella señora, no pasó como dice, sino como dicho tengo: y si nuestro Señor Jesucristo fue servido de llevarla de este mundo, fue secreto de Dios: de la cual avenida, y terremoto diré adelante en su tiempo y lugar, y quiero ahora referir otras cosas que son muy de notar, que con haber servido el Adelantado tan bien a su Majestad, y con sus cuatro hermanos, que se decían Jorge, Gonzalo, y Gómez, y Juan y todos Alvarados, cuando falleció, como dicho tengo, no les quedaron a sus hijos y hijas ningunos pueblos de los que tenía en su Encomienda, habiéndolos él ganado y conquistado, y haber venido a descubrir esta Nueva España con Juan de Grijalva y después con Cortés. Pues digamos ahora a donde murieron él, y sus hijos y mujer, y hermanos, que es cosa de mirar en ello. Ya he dicho que murió en lo de su hermano Jorge de Alvarado en la Villa de Madrid, yendo a suplicar a su Majestad le gratificase sus servicios, y esta fue en el año de mil y quinientos y cuarenta: y el Gómez de Alvarado, en el Perú; el Gonzalo de Alvarado no se me acuerda si murió en Guaxaca,



o en México: el Juan de Alvarado yendo a la isla de Cuba a poner cobro en la hacienda que dejó en aquella isla. Pues sus hijos el mayor, que se decía Don Pedro, fue a Castilla en compañía de un su tío, que se decía Juan de Alvarado el mozo, vecino que fue de Guatemala, e iba a besar los pies del Emperador nuestro Señor, y traerle a la memoria los servidos de su padre, y nunca más se supo nueva de ellos, porque creyeron que se perdieron en la mar, o los cautivaron Moros. Pues Don Diego el hijo menor, como se vio perdido, volvió al Perú, y en una batalla murió. Pues Doña Beatriz su mujer, ya he dicho dos veces como la tormenta la llevó de este mundo a ella y a otras señoras que estaban en su compañía. Tengan ahora más cuenta los curiosos Lectores de esto que aquí tengo referido, y miren que el Adelantado murió solo sin su querida mujer, y amadas hijas, y la mujer sin su querido marido; y los hijos, el uno yendo a Castilla, y el otro en una batalla en el Perú, y los hermanos, según y de la manera que dicho tengo: nuestro Señor Jesucristo los lleve a su santa gloria, amen. Ahora nuevamente se han hecho en esta ciudad de Guatemala dos sepulcros juntos al Altar de la Santa Iglesia mayor para traer los huesos del Adelantado Don Pedro de Alvarado, que están enterrados en el pueblo de Chiribito, y traído que sea a esta ciudad, enterrarles en el un sepulcro, y el otro sepulcro es para que cuando Dios nuestro Señor sea servido llevar de esta presente vida a Don Francisco de la Cueva, a Doña Leonor de Alvarado su mujer, y hija del mismo Adelantado, enterrarse en ellos, porque a su costa traen los huesos de su padre, y mandaron hacer el sepulcro en la Santa Iglesia, como dicho tengo. Dejemos esta materia, y volveré a decir en lo que paró la armada, y es que después que murió, como he referido, en un año poco más o menos tiempo, el Virrey Don Antonio de Mendoza mandó que tomasen ciertos navíos los mejores, y más nuevos de los trece que enviaba el Adelantado a descubrir la China por la banda de Poniente, y envió por Capitán de los navíos a un su deudo, que se decía fulano de Villalobos, y que se fuese la misma derrota que tenía concertado de enviar a descubrir, y en lo que paró este viaje yo no lo sé bien, y a esta causa no doy más relación de ello: y también he oído decir, que nunca los herederos del Adelantado cobraron cosa ninguna, así de navíos, como de bastimentos, sino que todo se perdió. Dejemos esta materia, y diré lo que Cortés hizo.



CAPÍTULO CCIV.

De lo que el Marqués del Valle hizo desde que estaba en Castilla.

Como su Majestad volvió a Castilla a hacer el castigo de Gante, e hizo la gran armada para ir sobre Argel, le fue a servir en ella el Marqués del Valle, y llevó en su compañía a su hijo el mayorazgo: también llevó a Don Martín Cortés, el que hubo en Doña Marina, y llevó muchos escuderos y criados, y caballos, y gran copia, y servicio, y se embarcó en una buena galera en compañía, de Don Enrique Enríquez, y como Dios fue servido hubiese tan recia tormenta, se perdió casi que toda la Real armada: también dio al través la galera en que iba Cortés, y escapó él y sus hijos, y todos los más Caballeros que en ella iban, con gran riesgo de sus personas: y en aquel instante como no hay tanto acuerdo como debía haber, especialmente viendo la muerte al ojo, dijeron muchos de los criados de Cortés que le vieron que se ató en unos paños revueltos al brazo, y en el paño ciertas joyas de piedras muy riquísimas que llevaba como gran Señor, como se suele decir, para no menester, y con la revuelta del salir en salvo de la galera, y con la mucha multitud de gente que había, se le perdieron todas las joyas y piedras que llevaba, que a lo que decían valían muchos pesos de oro. Y volveré a decir de la gran tormenta, y pérdida de Caballeros, y soldados que se perdieron. Aconsejaron a su Majestad los Capitanes, y Maestres de Campo, que eran del Real Consejo de Guerra, que luego alzase el cerco, y Real de sobre Argel, y se fuese por Bujía, pues que veían que Nuestro Señor Dios fue servido darles aquel tiempo contrario, y no se podía hacer más de lo hecho: en el cual acuerdo y consejo no llamaran a Cortés para que diese su parecer, y de que lo supo dijo, que si su Majestad era servido, que él entendía con el ayuda de Dios, y con buenaventura de nuestro César, que con los soldados que estaban en el campo de tomar a Argel; y también dijo a vueltas de estas palabras muchos loores de sus Capitanes, y compañeros que nos hallamos con él en la conquista de México, diciendo, que fuimos para sufrir hambres, y trabajos, y que do quiera que les llamase hacía con ellos heroicos hechos, y que heridos y entrapajados, no dejaban de pelear, y tomar cualquier ciudad, y fortaleza y aunque sobre ello aventurasen a perder las vidas: y como muchos caballeros le oyeron aquellas palabras, dijeron a su Majestad, que fuera bien haberle llamado a Consejo de Guerra, y que se tuvo a descuido no haberle llamado: otros caballeros dijeron, que si no fue llamado, fue porque sentían en el Marqués, que



sería de contrario parecer, y aquel tiempo de tanta tormenta no daba lugar a muchos consejos, salvo que su Majestad, y los más caballeros de la Real armada se pusiesen en salvo, porque estaban en muy gran peligro, y que el tiempo andando, con el ayuda de Dios volverían a poner cerco a Argel: y así se fueron por Bujía. Dejemos esta materia, y diré como volvieron a Castilla de aquella trabajosa jornada. Y como el Marqués estaba muy cansado, así de estar en Castilla en la Corte, y haber venido por Bujía, y ya era viejo, quebrantado del camino ya por mí dicho, deseaba en gran manera volver a la Nueva España, si le dieran licencia; y como había enviado a México por su hija la mayor, que se decía Doña María Cortés, que tenía concertado de casarla con Don Álvaro Pérez Osorio hijo del Marqués de Astorga, y heredero del Marquesado, y le había prometido sobre cien mil ducados de oro en casamiento, y otras muchas cosas de vestidos, y joyas; y vino a recibirla a Sevilla: y este casamiento le desconcertó, según dijeron muchos caballeros, por culpa de Don Álvaro Pérez Osorio, de que el Marqués recibió tanto enojo, que de calenturas, y cámaras que tuvo recias, estuvo al cabo: y andando con su dolencia, que siempre empeoraba, acordó salir de Sevilla por quitarse de muchas personas que le importunaban en negocios, y se fue a Castilleja de la Cuesta, para allí entender en su alma, y ordenar su testamento: y cuando lo hubo ordenado como convenía, y haber recibido los Santos Sacramentos, fue nuestro Señor Jesucristo servido de llevarle de este trabajoso mundo, y murió en dos días del mes de Diciembre de mil y quinientos y cuarenta y siete años; y se llevó su cuerpo a enterrar con grande pompa, y muchos lutos, y Clerecía, y grande sentimiento de muchos caballeros y fue enterrado en la capilla de los Duques de Medina-Sidonia: y después fueron traídos sus huesos a la Nueva España, y están en un sepulcro en Cuyoacán, o en Tezcuco: esto no lo sé bien, porque así lo mandó en su testamento. Quiero decir la edad que tenía, a lo que a mí se me acuerda, lo declararé por esta cuenta que diré: en el año que pasamos con Cortés desde Cuba a la Nueva España, fue el de quinientos y diez y nueve años, y entonces solía decir estando en conversación de todos nosotros los compañeros que con él pasamos, que había treinta y cuatro años, y veinte y ocho que habían pasado hasta que murió, que son sesenta y dos años. Las hijas e hijos que dejó legítimos, fue Don Martín Cortés Marqués que ahora es, y Doña María Cortés, la que he dicho que estaba concertada en el casamiento con Don Álvaro Pérez Osorio heredero del Marquesado de Astorga, que después casó esta Doña María con el Conde de Luna de León, y a Doña



Juana que casó con Don Hernando Enríquez, que ha de heredar el Marquesado de Tarifa, y a Doña Catalina de Arellano, que murió en Sevilla: y más digo, que las llevó la Señora Marquesa Doña Juana de Zúñiga su madre a Castilla cuando vino por ellas un Fraile de Santo Domingo, que se dice Fray Antonio de Zúñiga, el cual Fraile era hermano de la misma Marquesa: y también se casó otra señora doncella, que estaba en México, que se decía Doña Leonor Cortés, con un Juanes de Tolosa Vizcaíno, persona rica, que tenía sobre cien mil pesos, y unas buenas minas de plata, del cual casamiento tuvo mucho enojo el Marqués el mozo, que vino a la Nueva España: y también tuvo dos hijos varones bastardos, que se decían Don Martín Cortés, que fue Comendador de Santiago; este caballero hubo en Doña Marina la lengua, y a Don Luis Cortés, que también fue Comendador de Santiago, que hubo en otra Señora, que se decía Doña fulana de Hermosilla: y hubo otras tres hijas bastardas, la una hubo en una Indiana de Cuba, que se decía Doña fulana Pizarro, y la otra en otra India Mexicana, y sé yo que estas señoras doncellas tenían buen dote, porque desde niñas les dio buenos Indios, que fueron unos pueblos que se dicen Chinanta, y en el testamento, y mandas que hizo, yo no lo sé bien, mas tengo en mí, que como sabio lo haría bien, y tuvo mucho tiempo para ello, y como era viejo, que lo haría con mucha cordura, y mandaría descargar su conciencia, y mandó que hiciesen un Hospital en México, y también mandó, que en una su villa, que se dice Cuyoacán, que está obra de dos leguas de México, que se hiciese un Monasterio de Monjas, y que le trajesen sus huesos a la Nueva España, y dejó buenas rentas para cumplir su testamento, y las mandas fueron muchas y buenas, y de muy buen Cristiano, y por excusar prolijidad no lo declaró, y también por no acordarme de todas, aquí no las relato. La letra y blasón que traía en sus firmas y reposteros, fueron de muy esforzado varón, y conforme a sus heroicos hechos, y estaban en Latín, y como yo no sé Latín no lo declaro, y traía en ellos siete cabezas de Reyes presos en una cadena, y a lo que a mí me parece según vi, y entiendo, fueron los Reyes que ahora diré, Moctezuma gran Señor de México, y Cacamatzin su sobrino de Moctezuma, que también fue gran Señor de Tezcucó, y a Coadlabaca, que asimismo era Señor de Iztapalapa, y de otros pueblos, y al Señor de Tacuba, y al Señor de Cuyoacán, y a otro gran Cacique de dos provincias, que se decían Tulapa junto a Matalcingo. Este que dicho tengo, decían que era hijo de una su hermana de Moctezuma, y muy propincuo heredero de México, y el postrer Rey fue Guatemuz el que nos dio guerra, y defendía la



ciudad cuando la ganamos a ella, y a sus provincias; y estos siete grandes Caciques son los que el Marqués traía en sus reposteros, y blasones por armas, porque de otros Reyes yo no me acuerdo que se hubiesen preso, que fuesen Reyes, como dicho tengo en el capítulo que de ello habla: pasaré adelante, y diré su proporción, y condición del Cortés. Fue de buena estatura y cuerpo, y bien proporcionado, y membrudo, y la color de la cara tiraba algo a cenicienta, y no muy alegre: y si tuviera el rostro más largo, mejor le pareciera; los ojos en el mirar amorosos, y por otra graves: las barbas tenía algo prietas, y pocas y ralas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba, era de la misma manera que las barbas, y tenía el pecho alto, y la espalda de buena manera, y era cenceño, y de poca barriga, y algo estevado, y las piernas y muslos bien sacados; y era buen jinete, y diestro de todas armas, así a pie, como a Caballo, y sabía muy bien menearlas, y sobre todo, corazón y animo, que es lo que hace al caso. Oí decir, que cuando mancebo en la isla Española, fue algo travieso sobre mujeres, y que se acuchillaba algunas veces con hombres esforzados y diestros, y siempre salió con victoria, y tenía una señal de cuchillada cerca de un bezo debajo, que si miraban bien en ello, se le parecía, más se lo cubrían las barbas: la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas cuestiones. En todo lo que mostraba, así en su presencia, y meneo, como en pláticas y conversación, y en comer, y en el vestir, en todo daba señales de gran Señor. Los vestidos que se ponía eran según el tiempo y usanza, y no se le daba nada de no traer muchas sedas, ni damascos, ni rasos, sino llanamente, y muy pulido: ni tampoco traía cadenas grandes de oro y salvo una cadenita de oro de prima hechura, con un joyel con la imagen de nuestra Señora la Virgen Santa María con su hijo en los brazos, y con un letrero en Latín en lo que era de nuestra Señora, y de la otra parte del joyel el Señor San Juan Bautista con otro letrero: y también traía en el dedo un anillo muy rico con un diamante, y en la gorra, que entonces se usaban de terciopelo, traía una medalla, y no me acuerdo el rostro, que en la medalla traía figurado la letra de él, más después el tiempo andando siempre traía gorra de paño sin medalla. Se servía ricamente como gran Señor, con dos Maestresalas, y Mayordomos, y muchos pajes, y todo el servicio de su casa muy cumplido, y grandes vajillas de plata, y de oro. Comía a mediodía bien, y bebía una buena taza de vino aguado, que cabría un cuartillo, y también cenaba, y no era nada regalado, ni se le daba, nada por comer manjares delicados, ni costosos, salvo cuando veía que había necesidad que se gastase, o los hubiese menester. Era muy afable con



todos nuestros Capitanes, y compañeros, especial con los que pasamos con él de la isla de Cuba la primera vez: y era Latino, y oí decir, que era Bachiller en Leyes, y cuando hablaba con Letrados, y hombres Latinos, respondía a lo que le decían en Latín. Era algo Poeta, hacía coplas en metros, y en prosa; y en lo que platicaba lo decía muy apacible, y con muy buena retórica, y rezaba por las mañanas en unas Horas, y oía Misa con devoción: tenía por su muy abogada a la Virgen María nuestra Señora, la cual todo fiel Cristiano la debemos tener por nuestra intercesora, y abogada: y también tenía a Señor San Pedro, Santiago, y al Señor San Juan Bautista; y era limosnero. Cuando juraba decía: en mi conciencia, y cuando se enojaba con algún soldado de los nuestros sus amigos, le decía: Oh mal pese a vos; y cuando estaba muy enojado, se le hinchaba una vena de la garganta, y otra de la frente, y aun algunas veces de muy enojado, arrojaba una manta y no decía palabra fea, ni injuriosa a ningún Capitán, ni soldado: y era muy sufrido, porque soldados hubo muy desconsiderados, que decían palabras muy descomedidas, y no les respondía cosa muy sobrada, ni mala, y aunque había materia para ello, lo más que le decía, era; Callad, o idos con Dios, y de aquí adelante tened más miramiento en lo que dijereis, porque os costará caro por ello, y os haré castigar. Era muy porfiado, en especial en cosas de la guerra, que por más consejo y palabras que le decíamos sobre cosas desconsideradas de combates, que nos mandaba dar cuando rodeamos los pueblos grandes de la laguna, y en los Peñoles que ahora llaman del Marqués, le dijimos, que no subiésemos arriba en unas fuerzas, y Peñoles, sino que les tuviésemos cercados por causa de las muchas galgas que desde lo alto de la fortaleza venían derriscando, que nos echaban, porque era imposible defendernos del golpe, y ímpetu con que venían, y era aventurarnos todos a morir, porque no bastaría esfuerzo, ni consejo, ni cordura; y todavía porfió contra todos nosotros, y hubimos de comenzar a subir, y corrimos harto peligro, y murieron diez o doce soldados, y todos los más salimos descalabrados, y heridos, sin hacer cosa que de contar sea, hasta que mudamos otro consejo. Y además de esto en el camino que fuimos a las Higueras, o a lo de Cristóbal de Olid, cuando se alzó con la armada, yo le dije muchas veces, que fuésemos por las sierras, y porfió, que mejor era por la costa; y; tampoco acertó, porque si fuéramos por donde yo decía, era toda la tierra poblada. Y para que bien lo entienda quien lo ha andado, es de Guacacualco camino derecho de Chiapa, y de Chiapa a Guatemala, y de Guatemala a Naco, que es donde en aquella sazón estaba el Cristóbal



de Olid. Dejemos esta plática, y diré, que cuando luego vinimos con nuestra armada a la Villa Rica, y comenzamos a hacer la fortaleza, el primero que cavó, y saco tierra en los cimientos fue Cortés; y siempre en las batallas le vi que entraba en ellas juntamente con nosotros. Comenzaré a decir en las batallas de Tabasco, que él fue por Capitán de los de a caballo, y peleó muy bien. Vamos a la Villa Rica, ya he dicho acerca de lo de la fortaleza. Pues en dar como dimos con trece navíos al través por consejo de nuestros valerosos Capitanes, y fuertes soldados, y no como lo dice Gómara. Pues en las guerras de Tlascala en tres batallas se mostró muy esforzado Capitán. Y en la entrada de México con cuatrocientos soldados, cosa es de pensar en ello, y más tener atrevimiento de prender al gran Moctezuma dentro de sus Palacios, teniendo tan grandes números de guerreros; y también digo, que lo prendimos por consejo de nuestros Capitanes, y de todos los más soldados. Y otra cosa que no es de olvidar de la memoria, el quemar delante de sus Palacios a Capitanes del Moctezuma porque fueron en la muerte de un nuestro Capitán, que se decía Juan de Escalante, y de otros siete soldados, de los cuales Capitanes Indios no me acuerdo sus nombres, poco va en ello, que no hace a nuestro caso. Y también que atrevimiento y osadía fue, que con dádivas, y joyas de oro, y por buenas mañas, y ardides de guerra que se dio contra Pánfilo de Narváez Capitán de Diego Velázquez, que traía sobre mil y trescientos soldados contados, en ellos hombres de la mar, y traía noventa de a caballo, y otros tantos ballesteros, y ochenta espingarderos, que así se llamaban; y nosotros con doscientos y sesenta y seis compañeros sin caballos, ni escopetas, ni ballestas, sino solamente nuestras picas, y espadas, y puñales, y rodela, los desbaratamos, y prendimos a Narváez. Pasemos adelante, y quiero decir, que cuando entramos otra vez en México al socorro de Pedro de Alvarado, y antes que saliésemos huyendo cuando subimos el alto Cu de Huichilobos, vi que se mostró muy varón, puesto que no nos aprovecharon nada sus valentías, ni las nuestras. Pues en la derrota, y muy nombrada guerra de Obtumba, cuando nos estaban esperando toda la flor y valientes guerreros Mexicanos, y todos sus sujetos para matarnos allí. También se mostró muy esforzado cuando dio un encuentro al Capitán y Alférez de Guatemuz, que le hizo a batir sus banderas, y perder el gran brío de su valeroso pelear de todos sus escuadrones, con tanto esfuerzo como peleaban, y después de Dios nuestros esforzados Capitanes que le ayudaban, que fue Pedro de Alvarado, y Gonzalo de Sandoval, y Cristóbal de Olid, y Diego de Ordás, y Gonzalo



Domínguez, y un Lares y Andrés de Tapia, y otros esforzados soldados que aquí no nombro de los que no teníamos caballos, y de los de Narváez, también ayudaron muy bien; y quien luego mato al Capitán del estandarte fue un Juan de Salamanca natural de Ontiveros, y le quito un rico penacho, y se le dio a Cortés. Pasemos adelante, y diré, que también se hallo Cortés juntamente con nosotros en una batalla bien peligrosa en lo de Iztapalapa, y lo hizo como buen Capitán. Y en lo de Suchimileco, cuando le derribaron los escuadrones Mexicanos del caballo, y le ayudaron ciertos Tlascaltecas nuestros amigos, y sobre todos un nuestro esforzado soldado, que se decía Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja (tengan atención a esto que diré) que uno era Cristóbal de Olid, que fue Maese de Campo, y otro es Cristóbal de Olea; y esto declaro aquí, porque no arguyan sobre ello, y no digan que voy errado. También se mostró Cortés muy como esforzado, cuando sobre México estábamos, y en una calzadilla le desbarataron los Mexicanos, y le llevaron a sacrificar sesenta y dos soldados, y a Cortés le tenían engarrafado para llevarle a sacrificar, y le habían herido en una pierna, y quiso Dios, que por su buen esfuerzo, y pelear, y porque le socorrió el mismo Cristóbal de Olea, que fue el que la otra vez en Suchimileco le libró de los Mexicanos, y le ayudó a cabalgar, y salvó a Cortés la vida, y el esforzado Olea quedó allí muerto con los demás que dicho tengo: y ahora que lo estoy escribiendo, se me representa la manera y proporción de la persona del Cristóbal de Olea, y de su gran esfuerzo, y aún se me pone tristeza, por ser de mi tierra, y deudo de mis deudos. No quiero decir otras muchas proezas, y valentías que hizo nuestro Marqués del Valle, porque son tantos, y de tal manera, que no acabaré tan presto de relatarlos, y volveré a decir de su condición, que era muy aficionado a juegos de naipes y dados, y cuando jugaba era muy afable en el juego, y decía ciertos remoquetes, que suelen decir los que juegan a los dados. Era muy cuidadoso en todas las conquistas que hicimos, y muchas noches rondaba, y andaba requiriendo las velas; y entraba en los ranchos y aposentos de nuestros soldados, y al que hallaba sin armas, o estaba descalzo los alpargates, le reprehendía, y le decía, que a la oveja ruin le pesaba la lana, y le reprehendía con palabras agras. Cuando fuimos a las Higueras, vi que había tomado una maña o condición, que no solía tener en las guerras pasadas y que cuando comía, si no dormía un sueño, se le revolvía el estómago, y rebosaba, y estaba malo, y por excusar este mal, cuando íbamos camino, le ponían debajo de un árbol, u otra sombra, una alfombra que llevaban a mano para aquel efecto, o una capa, y aunque más



sol hiciese, o lloviese, no dejaba de dormir un poco, y luego caminar. Y también vi, que cuando estábamos en las guerras de la Nueva España, era cenceño, y de poca barriga, y después que volvimos de las Higueras, engordó mucho, y de gran barriga. Y también vi, que se paraba la barba prieta, siendo de antes que blanqueaba. También quiero decir, que solía ser muy franco cuando estaba en la Nueva España, y la primera vez que fue a Castilla; y cuando volvió la segunda vez en el año de mil y quinientos y cuarenta, le tenían por escaso, y le puso pleito un su criado, que se decía Ulloa, hermano de otro que mataron, que no le pagaba su servicio: y también si bien se quiere considerar, y miramos en ello, después que ganamos la Nueva España, siempre tuvo trabajos, y gastó muchos pesos de oro en las armadas que hizo: en la California, ni ida de las Higueras tuvo ventura, ni en otras, cosas desde que acabo; de conquistar la tierra, quizás para que la tuviese en el cielo, y yo lo creo así, que era buen caballero, y muy devoto de la Virgen, y del Apóstol San Pedro, y de otros Santos; Dios le perdone sus pecados, y a mí también, y me dé buen acabamiento, que importan más que las conquistas, y victorias que hubimos de los Indios.



CAPÍTULO CCV.

De los valerosos Capitanes, y fuertes soldados que pasamos desde la isla de Cuba con el venturoso y muy animoso Capitán Don Hernando Cortés, que después de ganado México fue Marqués del Valle, y tuvo otros dictados.

Primeramente el mismo Marqués Don Hernando Cortés murió junto a Sevilla en una villa que se dice Castilleja de la Cuesta. Y pasó Don Pedro de Alvarado, que después de ganado México, fue Comendador de Santiago, y Adelantado, y Gobernador de Guatemala, y Honduras, y Chiapa: murió en lo de Jalisco, yendo que fue a socorrer un ejército de Españoles que estaba sobre el Peñol de Cochitlán, según lo he dicho y declarado en el capítulo que de ello habla. Y pasó Gonzalo de Sandoval, que fue Capitán muy preeminente, y Alguacil Mayor, y fue Gobernador cierto tiempo en la Nueva España cuando Alonso de Estrada, y de sus heroicos hechos su Majestad, y murió en la villa de Palos, yendo que iba con Don Hernando Cortés a besar los pies a su Magestad: y pasó un Cristóbal de Olid, esforzado Capitán y Maestre de Campo, que fue en las guerras de México, y, murió en lo de Naco, degollado por justicia, porque se alzó con una armada que le había dado Cortés. Estos tres Capitanes que dicho tengo, fueron muy loados, y alabados delante de su Majestad cuando Cortés fue a la Corte; porque dijo al Emperador nuestro Señor, que tuvo en su ejército cuando conquistó a México y Nueva España, tres Capitanes que podían ser tenidos en tanta estima, como los muy afamados que hubo en el mundo. El primero que dijo, fue Don Pedro de Alvarado, que además de ser esforzado, tenía gracia en su persona y parecer para hacer gente de guerra: y dijo por el Cristóbal de Olid, que era un Héctor en el esfuerzo, para combatir persona por persona; y que si como era esforzado, tuviera consejo, fuera en muy más tenido en el esfuerzo que suelen decir de Héctor, mas había de ser mandado: y dijo por el Gonzalo de Sandoval, que era tan valeroso y esforzado Capitán, y da buenos consejos, que podía ser uno de los buenos Coroneles que ha habido en España, y que en todo era tan bastante, que osara decir y hacer: y también dijo Cortés, que tuvo muy buenos y valerosos soldados, y que peleábamos con muy gran esfuerzo; y lo que sobre este caso propone Bernal Díaz del Castillo, es, que si esto que ahora dice Cortés, escribiera la primera vez que hizo relación a su Majestad de las cosas de la Nueva España, bueno fuera: mas en aquel tiempo que escribió a su Majestad, toda la honra y



prez de nuestras conquistas se daba a sí mismo, y no hacia relación de cómo se llamaban los Capitanes, y fuertes soldados, ni de nuestros heroicos hechos, sino escribía a su Majestad, esto hice, esto otro mandé hacer a uno de mis Capitanes, y quedábamos en blanco hasta ya a la postre, que no podía ser menos de nombrarnos. Volvamos a nuestra relación. Pasó otro muy buen Capitán bien animoso, que se decía Juan Velázquez de León, murió en los puentes. Pasó Don Francisco de Montejo, que después de ganado México fue Adelantado de Yucatán, murió en Castilla. Y pasó Luis Marín, Capitán que fue en lo de México, persona preeminente, y bien esforzado, murió de su muerte. Y pasó un Pedro de Ircio, era ardid de corazón, y de mediana estatura, y pasicorto, y hablaba mucho, que había hecho y acontecido en Castilla por su persona, y lo que veíamos, y conocíamos de él, no era para nada, y le llamábamos, que era otro Agrajes sin obras; fue cierto tiempo Capitán en la Calzada de Tepeaquilla en el Real de Sandoval. Y pasó otro buen Capitán, que se decía Andrés de Tapia, fue muy esforzado, murió en México de su muerte. Pasó un Juan de Escalante, Capitán que fue en la Villa Rica cuando fuimos sobre México, murió en poder de Indios, en la batalla que nombramos de Almería, que son unos pueblos que están entre Tucapán, y Cempoal. También mataron en su compañía siete soldados, que ya no se me acuerdan sus nombres, y le mataron el caballo: éste fue el primer desmán que tuvimos en la Nueva España. Y también pasó un Alonso de Ávila, fue Capitán, y el primer Contador puesto por Cortés que hubo en la Nueva España, y persona muy esforzada, fue algo amigo de ruidos: y Don Hernando Cortés conociendo su inclinación, porque no hubiese cizañas, procuró de enviarlo por procurador a la isla Española, do residía la Audiencia Real, y los Frailes Jerónimos que estaban por Gobernadores, y cuando le envió, le dio buenas barras y joyas de oro por contentarle. Pasemos adelante. Pasó un Francisco de Lugo, Capitán que fue en algunas entradas, hombre bien esforzado, fue hijo bastardo de un caballero de Medina del Campo, que se decía Álvaro de Lugo el viejo, Señor de unas villas que están cabe Medina del Campo, murió de su muerte. Y pasó un Andrés de Monjaraz, Capitán que fue cierto tiempo en lo de México, estaba muy malo de bubas, y dolores, que le impedían harto para la guerra, murió de su muerte. Y pasó un su hermano, que se decía Gregorio de Monjaraz, buen soldado, ensordeció estando en la guerra de México, murió de su muerte. Y pasó Diego de Ordás, Capitán que fue en la primera vez que fuimos sobre México; y después de ganada la Nueva España, fue



Comendador de Santiago; y fue al río de Marañón por Gobernador, donde murió. Y pasaron cuatro hermanos de Don Pedro de Alvarado, que se decían Jorge de Alvarado, fue Capitán cierto tiempo en lo de México, y en la provincia de Guatemala, murió en Madrid en el año de mil quinientos y cuarenta: y el otro su hermano se decía Gómez de Alvarado, murió en el Perú: y el otro se llamaba Gonzalo de Alvarado: Juan de Alvarado era bastardo, murió en la mar yendo que iba a la isla de Cuba a comprar caballos. Pasó Juan Jaramillo, Capitán que fue de un bergantín cuando estábamos sobre México; y este es el que casó con Doña Marina la lengua, fue persona preeminente, murió de su muerte. Pasó un Cristóbal Flores, hombre de valía, murió en lo de Jalisco, yendo que fue con Nuño de Guzmán. Y pasó un Cristóbal Martín de Gamboa, Caballerizo que fue de Cortés, murió de su muerte. Pasó un Caicedo, fue hombre rico, murió de su muerte: y pasó un Francisco de Saucedo, natural de Medina de río seco, y porque era muy pulido, le llamábamos el galán; decían que había sido Maestresala del Almirante de Castilla, murió en los puentes. Pasó un Gonzalo Domínguez muy esforzado, y gran jinete, y murió en poder de Indios. Y pasó un Francisco de Morla, muy esforzado soldado, y buen jinete, natural de Jerez, murió en los puentes. También pasó otro buen soldado, que se decía Fulano de Mora, natural de Ciudad Rodrigo, murió en los Peñoles que están en la provincia de Guatemala. Y pasó un Francisco de Bonal, persona de valía, natural de Salamanca, murió de su muerte. Pasó un Fulano de Lares, bien esforzado, y buen jinete, murió en los puentes. Pasó otro Lares ballestero, también murió en los puentes. Pasó un Simón de Cuenca que fue Mayordomo de Cortés, lo mataron Indios en lo de Xicalango. También murieron en su compañía otros diez soldados, que no se me acuerdan sus nombres. Y también pasó un Francisco de Medina, natural de Aracena, fue Capitán en una entrada, murió en lo de Xicalango en poder de Indios. También murieron en su compañía otros quince soldados, que tampoco me acuerdo sus nombres. Y también pasó un Maldonado, que le llamábamos el ancho, natural de Salamanca, persona preeminente, y había sido Capitán de entradas, murió de su muerte. Y pasaron dos hermanos, que se decían Francisco Álvarez Chico, y Juan Álvarez Chico, naturales de Frenegal: el Francisco Álvarez era hombre de negocios, y estaba doliente, y murió en la isla de Santo Domingo: el Juan Álvarez murió en lo de Colima en poder de Indios. Y pasó un Francisco de Terrazas, Mayordomo que fue de Cortés, persona preeminente, murió de su muerte. Y pasó un Cristóbal del Corral, el



primer Alférez que tuvimos en lo de México, persona bien esforzada, se fue a Castilla, y allá murió. Pasó un Antonio de Villarreal, y dijo, que se decía Antonio Serrano de Cardona, murió de su muerte. Pasó un Francisco Rodríguez Magarino, persona preeminente, murió de su muerte. Y Francisco Flores pasó asimismo, que fue vecino de Guaxaca, persona muy noble, murió de su muerte. Y pasó Alonso de Grado, y era hombre más para entender en negocios, que guerra: y éste con importunaciones que tuvo con Cortés, le casó con Doña Isabel hija de Moctezuma, murió de su muerte. Pasaron cuatro soldados, que tenían por sobrenombres Solises, el uno que era hombre anciano, murió en los puentes, y el otro se decía Solís, y porque era travieso, le llamábamos Casquete, murió de su muerte en Guatemala. El otro se decía Pedro de Solís Tras de la puerta, porque estaba siempre en su casa tras la puerta mirando los que pasaban por la calle, y él no podía ser visto: fue yerno de Orduña el viejo, vecino de la Puebla, y murió de su muerte: y el otro Solís se decía el de la guerra, y nosotros le llamábamos sayo de seda, porque se preciaba mucho de traer sayo de seda, y murió de su muerte. Y pasó un esforzado soldado, que se decía Benítez, murió en los puentes. Y pasó otro muy esforzado soldado, que se decía Juan Ruano, murió en los puentes. Y pasó Bernardino Vázquez de Tapia, persona muy preeminente y rico, murió de su muerte. Y pasó un muy esforzado soldado, que se decía Cristóbal de Olea, natural de tierra de Medina del Campo; y bien se puede decir, que después de Dios, por éste salvó la vida Cortés la primera vez en lo de Suchilimeco, cuando se vio Cortés en gran aprieto, que le derribaron los Indios Mexicanos del caballo, que se decía el Romo, y este Olea llegó de los primeros a socorrerle, e hizo tales cosas por su persona, que tuvo lugar Cortés de cabalgar en el caballo, y luego le socorrimos ciertos soldados, que en aquel tiempo llegamos; y el Olea quedó mal herido: la postrera vez que le socorrió este Olea, cuando en México en la calzadilla le desbarataron los Mexicanos, y le mataron sesenta y dos soldados, y a Cortés le tenía ya engarrafado un escuadrón de Mexicanos para llevarle a sacrificar, y le habían dado una cuchillada en una pierna; y el buen Olea con su ánimo tan esforzado peleó tan bravosamente, que se le quitó, y allí perdió la vida este esforzado varón; que ahora que lo estoy escribiendo, se me entenece el corazón, y me parece que ahora le veo, y se me representa su presencia, y grande ánimo, como muchas veces nos ayudaba a pelear: y de aquella derrota escribió Cortés a su Majestad, que no fueron sino veinte y ocho los que murieron; y como he dicho, fueron sesenta y dos. Y



para que bien se entienda esto que escribo del Olea: y no digan algunas personas, que salgo de la orden de lo que pasó, sepan que el uno es Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja, y este que he dicho, y otro fue Cristóbal de Olid, que fue Maese de Campo, natural que fue de Úbeda, o de Linares, porque estos dos Capitanes casi que tienen un nombre. Volvamos a nuestro cuento. Que también pasó con nosotros un buen soldado, que tenía una mano menos, que se la cortaron en Castilla por justicia, murió en poder de Indios. Pasó otro soldado, que se decía Tuvilla, que cojeaba de una pierna, que decía él, que se había hallado en la del Garellano con el gran Capitán, murió en poder de Indios. Pasaron dos hermanos, que se decían Gonzalo López de Jimena, y Juan López de Jimena: el Gonzalo López murió en poder de Indios: y el Juan López fue Alcalde mayor en la Veracruz, y murió de su muerte. Y pasó un Juan de Cuéllar buen jinete, este casó por primera vez con una hija del señor de Tezcucó, la cual se decía Doña Ana, y era hermosa, murió de su muerte. Y pasó otro fulano que se decía Cuéllar, deudo de Francisco Verdugo, vecino de México, murió de su muerte. Y pasó un Santos Hernández hombre anciano, natural de Soria, que por sobrenombre lo llamábamos, el buen viejo jinete Batidor, murió de su muerte. Y pasó un Pedro Moreno Medrano, vecino que fue de la Veracruz, y muchas veces fue en ella Alcalde ordinario, y era recto en hacer justicia, y después fue a vivir a la Puebla: fue hombre que sirvió muy bien a su Majestad, así de soldado, como de hacer justicia, murió de su muerte. Y pasó un Juan de Limpias Carvajal buen soldado, Capitán que fue de bergantines, y ensordeció estando en la guerra, murió de su muerte. Y pasó un Román López que después de ganado México se le quebró un ojo, persona preeminente, murió en Guaxaca. Pasó un Villandrando, decían que era deudo del Conde de Ribadeo, persona preeminente, murió de su muerte. Pasó un Osorio, natural de Castilla la Vieja, buen soldado, y persona de mucha cuenta, murió en la Veracruz. Pasó un Rodrigo de Castañeda, fue Naguatato y buen soldado, murió en Castilla. Pasó un fulano de Pilar, fue buena lengua, murió en lo de Cuyoacán cuando fue con Nuño de Guzmán. Pasó otro soldado que se dice Granado, vive en México. Pasó un Martín López, fue un muy buen soldado, éste fue el Maestre de hacer los trece bergantines, que fue harta ayuda para ganar a México, y de soldado sirvió bien a su Majestad; vive en México. Pasó un Juan de Nájara buen soldado, y ballestero, sirvió bien en la guerra. Y pasó un Ojeda, vecino de los Capotecas, y le quebraron un ojo en lo de México. Pasó un fulano de la Serna, que tuvo unas minas de



plata, tenía una cuchillada por la cara que le dieron en la guerra, no me acuerdo qué se hizo de él. Y pasó un Alonso Hernández Puertocarrero primo del Conde de Medellín, Caballero preeminente, y éste fue a Castilla la primera vez que enviamos presentes a su Majestad, y en su compañía fue Don Francisco de Montejo antes que fuese Adelantado, y llevaron mucho oro en granos, sacado de las minas, y joyas de diversas hechuras, y el Sol de oro, y la Luna de plata. Y según pareció, el Obispo de Burgos, que se decía Don Juan Rodríguez de Fonseca Arzobispo de Rosano, mandó prender al Alonso Hernández Puertocarrero, porque decía al mismo Obispo, que quería ir a Flandes con el presente ante su Majestad, y porque procuraba por las cosas de Cortés; y tuvo achaque el Obispo para prenderle, porque le acusaron al Puertocarrero, que había traído a la isla de Cuba una mujer casada, y en Castilla murió: y puesto que era uno de los principales compañeros que con nosotros pasaron, se me olvidaba de poner en esta cuenta, hasta que me acordé de él. Y también pasó otro muy buen soldado, que se decía Alonso Luis, o Juan Luis, y era muy alto de cuerpo, y le decíamos por sobrenombre el Niño, murió en poder de Indios. Y pasó otro buen soldado, que se decía Hernando Burgueño, natural de Aranda de Duero, murió de su muerte. Y pasó otro buen soldado, que se decía Alonso de Monroy; y porque se decía que era hijo de un Comendador de Santisteban, porque no le conociesen se llamaba Salamanca, murió en poder de Indios. Y vamos adelante, que también pasó un fulano de Villalobos, natural de Santa Olalla, que se fue a Castilla rico. Y pasó un Tirado de la Puebla, era hombre de negocios, murió de su muerte. Y pasó un Juan Rico de Alanis buen soldado, murió en poder de Indios. Y pasó un Gonzalo Hernández de Alanis, bien esforzado soldado. Pasó un Juan Rico de Alanis, murió de su muerte. Y pasó un fulano Navarrete, vecino que fue de Panuco, murió de su muerte. Pasó un Francisco Martín de Vendabal, vivo le llevaron los Indios a sacrificar, y asimismo a otro su compañero, que se decía Pedro Gallego: y de esto echamos mucha culpa a Cortés, porque quiso echar una celada a unos escuadrones Mexicanos, y los Mexicanos se le echaron al mismo Cortés, y le arrebataron los dos soldados, y los llevaron a sacrificar delante de sus ojos, que no se pudieron valer. Y pasaron tres soldados, que se decían Trujillos, el uno natural de Trujillo, y era muy esforzado, y murió en poder de Indios: y el otro era natural de León, también murió en poder de Indios. Y pasó un soldado que se decía Juan Flamenco, murió de su muerte. Y pasó un Francisco de Barco natural del Barco de Ávila, Capitán que fue en la Choluteca, murió



de su muerte. Pasó un Juan Pérez, que mató a su mujer, que se decía la hija de la Vaquera, murió de su muerte. Y pasó otro buen soldado, que se decía Nájera el Corcobado, extremado hombre por su persona, murió en Colima, o en Zacatula. Y pasó otro buen soldado, que se decía Madrid el Corcobado, murió en Colima, o Zacatula. Y pasó otro soldado, que se decía Juan de Iniesta, fue balletero, murió de su muerte. Y pasó un fulano de Alamilla, vecino que fue de Panuco buen balletero, murió de su muerte. Y pasó un fulano Morón gran músico, vecino de Colima, o Zacatula, murió de su muerte. Paso un fulano de Varela buen soldado, vecino que fue de Colima, o Zacatula, murió de su muerte. Pasó un fulano de Valladolid, vecino de Colima, o Zacatula, murió en poder de Indios. Y pasó un fulano de Villafuerte, persona de valía, que casó con una deuda de la mujer que primero tuvo Hernando Cortés, y era vecino de Zacatula, o de Colima, murió de su muerte. Y pasó un fulano Gutiérrez vecino de Colima, o Zacatula, murieron de su muerte. Y pasó otro buen soldado, que se decía Valladolid el Gordo, murió en poder de Indios. Y pasó un Pacheco, vecino que fue de México, persona preeminente, murió de su muerte. Y pasó un Hernando de Lerma o de Lema, nombre anciano, que fue Capitán, murió de su muerte. Pasó un fulano Suarez el Viejo, que mató a su mujer con una piedra de moler maíz, murió de su muerte. Y pasó un fulano de Angulo, y un Francisco Gutiérrez, y otro mancebo, que se decía Santa Clara, vecinos que fueron de La Habana, que murieron en poder de Indios. Y pasó un García Caro, vecino que fue de México, murió de su muerte. Y pasó un mancebo que se decía Larios, vecino que fue de México, murió de su muerte, que tuvo pleito sobre sus Indios. Pasó un Juan Gómez, vecino que fue de Guatemala, fue rico a Castilla. Y pasaron dos hermanos que se decían los Jiménez, naturales que fueron de Linguijuela de Extremadura, el uno murió en poder de Indios, el otro de su muerte. Y pasaron dos hermanos, que se decían los Florines, murieron en poder de Indios. Y pasó un Francisco González de Nájera, y un su hijo, que se decía Pero González de Nájera, y dos sobrinos del Francisco González, que se decían los Ramírez; el Francisco González murió en los Peñoles que están en la provincia de Guatemala, y los sobrinos en las puentes de México. Y paso otro buen soldado, que se decía Amaya, vecino que fue de Guaxaca, murió de su muerte. Y pasaron dos hermanos, que se decían Carmonas, naturales de Jerez, murieron de sus muertes. Y pasaron otros dos hermanos, que se decían los Vargas, naturales de Sevilla, el uno murió en poder de Indios, y el otro de su muerte. Y



pasó otro buen soldado, que se decía Polanco, natural de Ávila, vecino que fue de Guatemala, murió de su muerte. Y pasó un Hernán López de Ávila, tenedor que fue de los bienes de los difuntos, fue rico a Castilla. Y pasó un Juan de Aragón, vecino de Guatemala, murió de su muerte. Y pasó un fulano de Cieza, que tiraba bien una barra, murió en poder de Indios. Pasó un Santisteban, viejo, balletero, vecino de Chiapa, murió de su muerte. Paso un Bartolomé Pardo, murió en poder de Indios. Pasó un Bernardino de Coria, vecino que fue de Chulpa, padre de uno que se decía Centeno, murió de su muerte. Y pasó un Pedro Escudero, y un Juan Cermeño, y otro su hermano, que se llamaba como él, buenos soldados: al Pedro Escudero, y a Juan Cermeño mando Cortés ahorcar, porque se alzaban con navío para ir a la isla de Cuba a dar mando a Diego Velázquez, de cuando enviamos los Embajadores, oro, y plata a su Majestad, para que los saliese a tomar en La Habana; y quien lo descubrió fue el Bernardino de Coria, y murieron ahorcados. Y pasó un Gonzalo de Umbría Piloto, muy buen soldado; a éste también mandó Cortés cortar los dedos de los pies, porque se iba por Piloto con los demás; y fuese a Castilla a quejar ante su Majestad, y le fue muy contrario a Cortés: y su Majestad le mandó dar su Real cédula, para que en la Nueva España le diesen mil pesos de oro cada año de renta en pueblos de Indios, y nunca volvió de Castilla, porque temió a Cortés. Y pasó un Rodrigo Rangel, que fue persona preeminente, y estaba muy tullido de bubas, nunca fue a la guerra para que de él se haga memoria, y de dolores murió. Y pasó un Francisco de Orozco, que también estaba malo de bubas, y muy doliente, y había sido soldado en Italia, que estuvo ciertos días por Capitán en lo de Tepeaca, entretanto que estuvimos en la guerra de México; no sé qué se hizo, ni dónde murió. Y pasó un soldado, que se decía Mesa, y había sido artillero en Italia, y así lo fue en la Nueva España, y murió abogado en un río después de ganado México. Y pasó otro muy esforzado soldado, que se decía fulano Arbolanche, natural de Castilla la Vieja, murió en poder de Indios. Y pasó otro soldado, que se decía Luis Velázquez, natural de Arévalo, murió en las Higueras cuando fuimos con Cortés. Y pasó un Martín García Valenciano, buen soldado, murió en lo de Higueras. Y pasó otro buen soldado, que se decía Alonso de Barrientos, este se fue desde Tuztepeque a acogerse entre los Indios de Chinanta, cuando se alzó México; y en lo de Tuztepeque murieron sesenta y seis soldados, y cinco mujeres de Castilla de los de Narváez, y de los nuestros que mataron los Mexicanos que estaban en guarnición en aquella provincia. Y pasó un Almodóvar el



viejo, y un su hijo, que se decía Álvaro de Almodóvar, y dos sobrinos que tenían el mismo sobrenombre de Almodóvar, y el un sobrino murió en poder de Indios; y el viejo, y el Álvaro, y el sobrino, murieron de sus muertes. Y pasaron dos hermanos, que se decían los Martínez, naturales de Fregenal, buenos hombres por sus personas, murieron en poder de Indios. Y pasó un buen soldado, que se decía Juan del Puerto, murió tullido de bubas, Y pasó otro buen soldado, que se decía Lagos, murió en poder de Indios. Y pasó un Fraile de nuestra Señora de la Merced, que se decía Fray Bartolomé de Olmedo, y era Teólogo, y gran cantor, y virtuoso, murió de su muerte. Y pasó otro soldado, que se decía Sancho de Ávila, natural de las Garrobillas: éste según decían, había llevado a Castilla de la isla de Santo Domingo seis mil pesos de oro en unos borceguíes, que cogió de unas minas ricas: y como llegó a Castilla, lo jugó y lo gastó, y se vino con nosotros, e Indios le mataron. Y pasó un Alonso Hernández de Palo, ya hombre viejo: y dos sobrinos, el uno se decía Alonso Hernández, buen balletero, y el otro no se me acuerda el nombre: y el Alonso Hernández murió en poder de Indios, y los demás murieron de sus muertes. Y pasó otro buen soldado, que se decía Alonso de la Mesta, natural de Sevilla, o del Axarafe, murió en poder de Indios, y los demás murieron de sus muertes. Y pasó otro buen soldado, que se decía Rabanal Montañés, murió en poder de Indios. Pasó otro muy buen hombre por su persona, que se decía Pedro de Guzmán, y se casó con una Valenciana, que se decía Doña Francisca de Valtierra, fuese al Perú, y hubo fama, que murieron helados él y la mujer, y un caballo, y unos negros, y otras gentes. Y pasó un buen balletero, que se decía Cristóbal Díaz, natural del Colmenar de Arenas, murió de su muerte. Y pasó otro soldado, que se decía Retamales, le mataron Indios en lo de Tabasco. Y pasó otro esforzado soldado, que se decía Ginés Nortes, murió en lo de Yucatán en poder de Indios. Pasó otro muy diestro soldado, y bien esforzado, que se decía Luis Alonso, y cortaba muy bien con una espada, murió en poder de Indios. Y pasó un Alonso Catalán buen soldado, murió en poder de Indios. Y otro soldado, que se decía Juan Siciliano, vecino que fue de México, murió de su muerte. Y pasó otro buen soldado, que se decía Canillas, fue en Italia tambor, y también en la Nueva España, murió en poder de Indios. Y pasó un Hernández, Secretario que fue de Cortés, natural de Sevilla, murió en poder de Indios. Pasó un Juan Díaz, que tenía una gran nube en el ojo, natural de Burgos, que traía a cargo el rescate y vituallas de Cortés, murió en poder de Indios. Pasó un Diego de Coria, vecino que fue



de México, murió de su muerte. Pasó otro buen soldado mancebo, que se decía Juan Núñez Mercado, que era natural de Cuellar, otros decían que era natural de Madrigal, este soldado cegó de los ojos, vecino que ahora es de la Puebla. Y pasó otro buen soldado, y el más rico que todos los que pasamos con Cortés, que se decía Juan Sedeño, natural de Arévalo, y trajo un navío suyo, y una yegua, y un negro, y tocinos, y mucho pan, y cazabe; murió de su muerte, y fue persona preeminente. Y pasó un fulano de Balnor, vecino que fue de la Trinidad, murió en poder de Indios. Y paso un Zaragoza, ya hombre viejo, padre que fue de Zaragoza el escribano de México, murió de su muerte. Y pasó un buen soldado, que se decía Diego Martín de Ayamonte, murió de su muerte. Y pasó otro soldado, que se decía Cárdenas, decía él mismo que era nieto del Comendador mayor Don Fulano de Cárdenas; murió en poder de Indios: y pasó otro soldado, que se decía Cárdenas, hombre de la mar, piloto, natural de Triana: este fue el que dijo que no había visto tierra adonde hubiese dos Reyes, como en la Nueva España: porque Cortés llevaba quinto como Rey, después de sacado el real quinto, y de pensamiento de ello cayó malo, y fue a Castilla, y dio relación de ello. a S. M. y de otras cosas de agravios que le habían hecho; y fue muy contrario a Cortés; y S. M. le mandó dar su Real Cédula para que le diesen Indios que rentasen mil pesos. Y así como vino a México con ella murió de su muerte. Y pasó otro muy buen soldado, que se decía Arguello, natural de León, murió en poder de Indios. Y pasó otro soldado, que se decía Diego Hernández, natural de Salces de los Gallegos: ayudé a aserrar la madera de los bergantines, y cegó, y murió de su muerte. Y pasó otro soldado de muchas fuerzas, y animoso, que se decía Fulano Vázquez, murió en poder de Indios. Y pasó otro soldado balletero, que se decía Arroyuelo, decían que era natural de Olmedo, murió en poder de Indios. Y pasó un fulano Pizarro, Capitán que fue en entradas; decía Cortés, que era su deudo. En aquel tiempo no había nombre de Pizarros, ni el Perú estaba descubierto, murió en poder de Indios. Y pasó un Álvaro López, vecino que fue de la Puebla, murió de su muerte. Y paso otro soldado, que se decía Yáñez, natural de Córdoba: y este soldado fue con nosotros a las Higueras, y entretanto que fue, se le casó la mujer con otro marido: y de que volvimos de aquel viaje, no quiso tomar a la mujer; murió de su muerte. Y pasó un buen soldado, y bien suelto peón, que se decía Magallanes Portugués; murió en poder de Indios; y pasó otro Portugués Platero, murió en poder de Indios. Y pasó otro Portugués, ya hombre anciano, que se decía Martín de Alpedrino,



murió de su muerte. y paso otro Portugués, que se decía Juan Álvarez Rubazo, murió de su muerte. Y pasó otro muy esforzado Portugués, que se decía Gonzalo Sánchez, murió de su muerte. Y pasó otro Portugués, vecino que fue de la Puebla, que se decía Gonzalo Rodríguez, persona preeminente, murió de su muerte. Y pasaron otros dos Portugueses, vecinos de Puebla, que se decían los Villanuevas, altos de cuerpo, no se que se hicieron, o donde murieron, Y pasaron tres soldados, que tenían por sobrenombre fulanos de Ávila, el uno que se decía Gaspar de Ávila, fue yerno de Hortigosa el Escribano, murió de su muerte. Y el otro Ávila se allegaba con el Capitán Andrés de Tapia, murió en poder de Indios; el otro Ávila no me acuerdo adonde fue a ser vecino. Y también pasaron dos hermanos hombres ancianos, que se decían los Vandadas, decían que eran naturales de tierra de Ávila, murieron en poder de Indios. Y pasaron otros tres soldados que tenían por sobrenombres Espinosas, el uno era Vizcaíno, y murió en poder de Indios, y el otro se decía Espinosa de la bendición, porque siempre traía por plática con la buena bendición: era muy buena aquella plática, y murió de su muerte: y el otro Espinosa era natural de Espinosa de los Monteros, murió en poder de Indios. Y pasó un Pedro Perón de Toledo, murió de su muerte. Y vino otro buen soldado, que se decía Villasinda natural de Portillo, que se metió Fraile Francisco, murió de su muerte. Y pasaron dos buenos soldados, que se decían por sobrenombre San Juan; al uno llamábamos San Juan el entonado, porque era muy presuntuoso, murió en poder de Indios. Y el otro se decía San Juan de Vichila, era Gallego, murió de su muerte. Y pasó otro buen soldado, que se decía Izquierdo, natural de Castromocho, fue vecino en la villa de San Miguel, sujeta a Guatemala, murió de su muerte. Y pasó un Aparicio Martín que casó con una que se decía la Medina, natural de Medina de Ríoseco, vecino que fue de San Miguel, murió de su muerte. Y pasó un buen soldado, que se decía Cáceres, natural de Trujillo, murió en poder de Indios. Y pasó otro buen soldado, que se decía Alonso de Herrera, natural de Jerez: éste fue Capitán en los Capotecas, y acuchilló a otro Capitán, que se decía Figuero, sobre ciertas contiendas de las capitanías; y por temor del Tesorero Alonso de Estrada, que en aquella sazón era Gobernador, porque no le prendiese, se fue a lo de Maraón, y allá murió en poder de Indios, y el Figuero se ahogó en la mar yendo a Castilla. Y también pasó un mancebo, que se decía Maldonado, natural de Medellín, estuvo malo de bubas, y no sé si murió de su muerte: no lo digo por Maldonado de la Veracruz, marido que fue de Doña María del Rincón. Y



pasó otro soldado, que se decía Morales, ya hombre anciano, que cojeaba de una pierna; decían, que fue soldado del Comendador Solís, fue Alcalde ordinario en la Villa Rica, y hacia recta justicia. Y pasó otro soldado, que se decía Escalona el mozo, murió en poder de Indios. Y pasaron tres soldados, que todos tres fueron vecinos en la Villa Rica, que nunca fueron a guerra, ni a entrada ninguna de la Nueva España, al uno le decían Arévalo, y al otro Juan León, y al otro Madrigal, murieron de su muerte. Y pasó otro soldado, que se decía por sobrenombre Lencero, cuya fue la venta que ahora se dice de Lencero, que está entre la Veracruz y la Puebla, que fue buen soldado, y se metió Fraile Mercedario. Pasó un Alonso Durán, que era algo viejo, y no veía bien, que ayudaba de Sacristán, y se metió Fraile Mercedario. Y pasó otro soldado, que se decía Navarro, que se allegaba en casa del Capitán Sandoval, y después se casó en la Veracruz; murió de su muerte. Y pasó otro buen soldado, que se decía Alonso de Talavera, que se allegaba en casa del Capitán Sandoval; murió en poder de Indios. Y pasaron los Indios, que se decía el uno Juan de Manzanilla, y el otro Pedro Manzanilla: el Pedro Manzanilla murió en poder de Indios: el Juan de Manzanilla fue vecino de la Puebla, murió de su muerte. Y pasó un soldado, que se decía Benito Bejel, fue tambor de ejércitos de Italia, y también lo fue en la Nueva España, murió de su muerte. Y pasó un Alonso Romero, que fue vecino de la Veracruz, persona rica y preeminente, murió de su muerte. Y pasó un soldado, que se decía Sindo de Portillo, natural de Portillo, y tuvo muy buenos Indios, y estuvo rico, y dejó sus Indios, y vendió sus bienes, y lo repartió a pobres, y se metió Fraile Mercenario, y fue de santa vida. Y otro buen soldado, que se decía Cantero, natural de Moguer, y tuvo buenos Indios, y estuvo rico, y lo dio por Dios, y se metió fraile Francisco, y fue buen Renombre; el uno murió en poder de Indios, y los dos de sus muertes. Y pasó otro soldado que se decía Álvaro Gallego, vecino que fue de México, cuñado de unos Zamoras, murió de su muerte: y pasó otro soldado ya hombre anciano, que se decía Paredes, padre de un Paredes que ahora está en lo de Yucatán, murió en poder de Indios. Y pasó otro soldado que se decía Gonzalo Mejía Rapapelo, porque decía él mismo, que era nieto de un Mejía, que andaba a robar en el tiempo del Rey Don Juan en compañía de un Centeno: murió en poder de Indios. Pasó un Pedro de Tapia, y murió tullido después de ganado México: y pasaron ciertos pilotos, que se decían Antón de Alaminos, y un su hijo que también tenía el mismo nombre que su padre; eran naturales de Palos, y un Camacho de Triana, y un Juan Álvarez el Manquillo



de Huelva, y un Sopuerta del Condado, ya hombre anciano, y un Cárdenas. Éste fue el qué estuvo malo de pensamiento, como sacaban dos quintos del oro, el uno para Cortés: y un Gonzalo de Umbría: y hubo otro piloto que se decía Galdín, y también hubo más pilotos, que ya no se me acuerdan sus nombres: mas el que yo vi que se quedó para vecino en México, fue el Sopuerta, que todos los demás se fueron a Cuba y Jamaica, y a otras más y a Castilla a ganar pilotajes, por temor del Cortés, porque estaba mal con ellos, porque dieron aviso a Francisco de Garay de las tierras que demandó a S.M. que le hiciese mercedes, y aun fueron cuatro pilotos de ellos a quejarse de Cortés delante de S. M., los cuales fueron los Alaminos, y el Cárdenas, y el Gonzalo de Umbría: y les mandó dar Cédulas Reales para que en la Nueva España diesen a cada uno mil pesos de renta; y el Cárdenas vino, y los demás nunca vinieron. Y pasó otro soldado, que se decía Lucas Ginoves, y era piloto, murió en poder de Indios. Y también pasó otro Lorenzo Ginoves, vecino que fue de Guaxaca, marido de una Portuguesa vieja, murió de su muerte: y pasó otro soldado, que se decía Enrique, natural de tierra de Palencia: este soldado se ahogó de cansado, y del peso de las armas, y del calor que le daban. Y pasó otro soldado, que se decía Cristóbal de Jaén, era carpintero, murió en poder de Indios. Y pasó un Ochoa Vizcaíno, hombre rico, y preeminente, vecino que fue de Guaxaca, murió de su muerte. Y pasó un bien esforzado, que se decía Zamudio, fuese a Castilla porque acuchilló a unos en México: en Castilla fue Capitán de una Capitanía de hombres y armas, murió en Locastil, con otros muchos Caballeros Españoles. Y pasó otro soldado que se decía Cervantes el loco, era chocarrero, y truhán, murió en poder de Indios. Y pasó uno que llamaban Plazuela, lo mataron Indios. Y pasó un buen soldado, que se decía Alonso Pérez Maite, que vino casado con una India muy hermosa del Bayamo: murió en poder de Indios. Y pasó un Martín Vázquez, natural de Olmedo, hombre rico, y preeminente, vecino que fue de México, murió de su muerte. Pasó un Sebastián Rodríguez, buen ballestero, y después de ganado México fue trompeta, murió de su muerte. Y pasó otro ballestero, que se decía Peñalosa, compañero del Sebastián Rodríguez, murió de su muerte. Y pasó un soldado, que se decía Álvaro, hombre de la mar, natural de Palos, que decían que tuvo en Indias de la tierra treinta hijos en obra de tres años; lo mataron Indios en lo de las Higueras. y pasó otro soldado, que se decía Juan Pérez Malinche, que después le oí nombrar Artiaga, vecino de la Puebla, fue hombre rico, y murió de su muerte. Pasó un buen soldado, que se decía Pedro González



Sabiote, murió de su muerte. Pasó otro buen soldado, que se decía Jerónimo de Aguilar: este Aguilar pongo en esta cuenta, porque fue el que hallamos en la punta de Cotoche, que estaba en poder de Indios, y fue nuestra lengua, murió tullido de bubas. Y pasó otro soldado, que se decía Pedro Valenciano vecino de México, murió de su muerte. Pasaron tres soldados, que tenían por sobrenombre Tarifas, el uno fue vecino de Guaxaca, marido de una mujer que se decía Catalina Muñoz, murió de su muerte: el otro se decía Tarifa el de los servicios, porque siempre andaba diciendo que servía a S. M. y que no le daban nada, y era natural de Sevilla, hombre hablador, murió de su muerte: y el otro llamaban Tarifa el de las manos blancas, también era natural de Sevilla, le llamábamos así porque no era para la guerra, ni para cosa de trabajo, sino hablar de cosas pasadas que le habían acaecido en Sevilla, murió en el río del golfo dulce, en el viaje de Higueras, se ahogó él y su caballo, que nunca parecieron más. Paso otro buen soldado, que se decía Pedro Sánchez Farfán, que estuvo por Capitán en Tezcucó, entretanto que andábamos en la guerra, murió de su muerte. Y pasó otro soldado, que se decía Alonso de Escobar, el paje que fue de Diego Velázquez, de quien se tuvo mucha cuenta, lo mataron Indios. Y pasó otro soldado, que se decía el Bachiller Escobar, era Boticario, y curaba así de Cirugía como de Medicina, enloqueció y murió de su muerte. Y pasó otro soldado, que se decía también Escobar, bien esforzado, mas fue tan bullicioso, que murió ahorcado porque forzó a una mujer casada, y por revoltoso. Y pasó otro soldado, que se decía fulano de Santiago natural de Huelva, fuese a Castilla rico. Pasó otro su compañero del Santiago, que se decía Ponce, murió en poder de Indios. Pasó un fulano Méndez, ya hombre anciano, lo mataron judíos. Otros tres soldados que murieron en las guerras que tuvimos en lo de Tabasco, el uno se decía Saldaña, los otros dos no me acuerdo sus nombres; y pasó otro buen soldado y ballestero, era hombre ya anciano, que jugaba mucho a los naipes, murió en poder de Indios. Y pasó otro soldado anciano que trajo en su hijo, que se decía Orteguilla, paje que fue del gran Moctezuma, así al viejo, como al hijo, mataron los Indios: y pasó otra soldado, que se decía fulano de Gaona, natural de Medina de Ríoseco, murió en poder de Indios. Y pasó otro soldado, que se decía Juan de Cáceres, que después de ganado México fue hombre muy rico, y vecino de México, murió de su muerte. Pasó otro soldado, que se decía Gonzalo Hurones natural de las Garrobillas, murió de su muerte: y pasó otro soldado ya hombre anciano, que se decía Ramírez el viejo, murió de su muerte, vecino que fue de México. Pasó otro



soldado, y muy esforzado, que se decía Luis Farfán, murió en poder de Indios: y pasó otro soldado, que se decía Morillas, murió en poder de Indios. Y pasó otro soldado, que se decía fulano de Rojas, que después pasó al Perú: y pasó un Astorga, hombre anciano, y vecino que fue de Guaxaca, murió de su muerte. Pasaron dos hermanos, que se llamaban Tostados, el uno murió en poder de Indios, y el otro de su muerte: y pasó otro buen soldado, que se decía Baldorinos, murió en poder de Indios. También quiero aquí poner a Guillen de la Loa, y a Andrés Núñez, y a Maese Pedro el de la Harpa: y a otros tres soldados, que tomamos del navío que venían de los de Garay, como dicho tengo, y por esta causa los pongo aquí con los de Cortés, por ser todo en un tiempo: el Guillén de la Loa murió de un cañonazo, y los otros de ellos de su muerte, y otros en poder de Indios: y pasó un Porras muy bermejo, y gran cantor, murió en poder de Indios: y pasó un Ortiz gran tañedor de vihuela, y enseñaba a danzar, y vino un su compañero, que se decía Bartolomé García: fue minero en la isla de Cuba este Ortiz, y el Bartolomé García pasaron el mejor caballo de todos los que pasaron en nuestra compañía; el cual caballo les tomó Cortés, o se lo pagó: murieron entrambos compañeros en poder de Indios. Pasó otro buen soldado, que se decía Serrano, era buen ballestero, murió en poder de Indios: y pasó un hombre anciano, que se decía Pedro Valencia, natural de un lugar de cabe Plasencia, murió de su muerte. Pasó otro soldado, que se decía Quintero, fue maestre de navíos, le mataron Indios. Pasó un Alonso Rodríguez, que dejó buenas minas en la isla de Cuba: estaba rico, murió en poder de Indios en los Peñoles que ahora llaman, que ganó Cortés; y también murió allí otro buen soldado, que se decía Gaspar Sánchez, sobrino del Tesorero de Cuba, con otros seis soldados que Fueron de los de Narváez. E también pasó un Pedro de Palma, primer marido que tuvo Elvira López la larga, murió ahorcado, él y otro soldado, que se decía Trebejo, natural de Fuenteguinaldo, los cuales mandó ahorcar Gil González de Ávila, o Francisco de las Casas juntamente con ellos a un Clérigo de Misa por revoltosos, y hombres amotinadores de ejércitos, cuando se venían a la Nueva España desde Naco, después que hubieron degollado a Cristóbal de Olid, como dicho tengo en el capítulo que de ello habla. Estos soldados y Clérigo eran de los que habían ido con Cristóbal de Olid, puesto que eran de los que pasaron con Cortés. A mí me enseñaron un árbol gordo donde los ahorcaron, viniendo que veníamos de las Higueras en compañía de Luis Marín. Y volviendo a nuestro cuento, también pasó un Fray Juan de las Varillas Mercenario, buen Teólogo y virtuoso, y murió de su



muerte: un Andrés de Mola Levantisco, murió en poder de Indios. Y también pasó un buen soldado, que se decía Alberza, natural de Villanueva de la Serena, murió en poder de Indios. Pasaron otros muy buenos soldados, que solían ser hombres de la mar, como fueron Pilotos, Maestres, y Contramaestres: de los más mancebos de los navíos que dimos al través, muchos de ellos fueron animosos en las guerras y batallas: y por no acordarme de todos, no pongo aquí sus nombres. Y también pasaron otros soldados hombres de la mar, que se decían los Peñates, y otros Pinzones: los unos naturales de Gibraleón, y otros de Palos: de ellos murieron en poder de Indios, y otros fueron a Castilla a quejarse de Cortés. También me quiero yo poner aquí en esta relación a la postre de todos, puesto que vine a descubrir dos veces primero que Cortés, y la tercera con el mismo Cortés, según lo tengo ya dicho en el capítulo que de ello habla: y doy muchas gracias y loores a Dios nuestro Señor, y a nuestra Señora la Virgen santa María su bendita Madre, que me ha guardado que no sea sacrificado, como en aquellos tiempos sacrificaron todos los más de mis compañeros que nombrados tengo, para que ahora se descubran muy claramente nuestros heroicos hechos, y quien fueron los valerosos Capitanes, y fuertes soldados, que ganamos estas partes del Nuevo Mundo, y no refieran la honra y prez, y nuestra valía a un solo Capitán.



CAPÍTULO CCVI.

De las estaturas y proporciones, y edades que tuvieron ciertos Capitanes valerosos y fuertes soldados que fueron de Cortés, cuando vinimos a conquistar la Nueva España.

El Marqués Don Hernando Cortés, ya he dicho en el capítulo que del habla, en el tiempo que falleció en Castilleja de la Cuesta, de su edad, proporción, y persona, y qué condiciones tenía, y otras cosas que hallarán escritas en esta relación, si lo quisieren ver. También he dicho en el capítulo que de ello habla del Capitán Cristóbal de Olid, de cuando fue con la armada a las Higueras, de la edad que tenía, y de sus condiciones y proporciones, allí lo hallarán: quiero ahora poner la edad y proporciones, y parecer de Don Pedro de Alvarado. Fue Comendador de Santiago, Adelantado y Gobernador de Guatemala, y Honduras, y Chiapa, sería de obra de treinta y cuatro años, cuando acá pasó: fue de muy buen cuerpo y bien proporcionado, y tenía el rostro y cara muy alegre, y en el mirar muy amoroso: y por ser tan agraciado, le pusieron por nombre los Indios Mexicanos Tonatio, que quiere decir el Sol. Era muy suelto, y buen jinete, y sobre todo ser franco, y de buena conversación: y en el vestir se traía muy pulido, y con ropas ricas, y traía al cuello una cadenita de oro con un joyel: ya no se me acuerdan las letras que tenía el joyel, y en un dedo un anillo de diamante: y porque ya he dicho donde falleció, y otras cosas acerca de la persona, en esta no quiero poner más. El Adelantado Francisco de Montejo fue de mediana estatura, el rostro alegre, y amigo de regocijos, y buen jinete: y cuando acá pasó sería de edad de treinta y cinco años, y era más dado a negocios, que para la guerra; era franco, y gastaba más de lo que tenía de renta: fue Adelantado y Gobernador de Yucatán, murió en Castilla. El Capitán, Gonzalo de Sandoval fue muy esforzado, y sería cuando acá pasó de hasta veinte y dos años: fue Alguacil mayor de la Nueva España, y fue Gobernador de ella, juntamente con el Tesorero Alonso de Estrada obra de once meses; su estatura muy bien proporcionada, y de razonable cuerpo y membrudo: el pecho alto y ancho, y asimismo tenía la espalda, y de las piernas algo estevado: el rostro tiraba algo a robusto, y la barba y el cabello que se usaba algo crespo, y acastañado, y la voz no la tenía muy clara, sino algo espantosa, y ceceaba tanto cuanto: no era hombre que sabía letras, sino a las buenas llanas, ni era codicioso de haber oro, sino solamente hacer sus cosas, como buen Capitán esforzado, y



en las guerras que tuvimos en la Nueva España, siempre tenía cuenta en mirar por los soldados que le parecía que lo hacían bien, y les favorecía y ayudaba: no era hombre que traía ricos vestidos, sino muy llanamente, como buen soldado: tuvo el mejor caballo, y de mejor carrera, revuelto a una mano y a otra, que decían que no se había visto mejor en Castilla, ni en esta tierra: era castaño acastañado, y una estrella en la frente, y un pie izquierdo calzado, que se decía el caballo Motilla: y cuando hay ahora diferencia sobre buenos caballos, suelen decir: es en bondad tan bueno como Motilla. Dejaré lo del caballo, y diré de este valeroso Capitán, que falleció en la villa de Palos, cuando fue a Castilla con Don Hernando Cortés a besar los pies a su Majestad: y de este Gonzalo de Sandoval fue de quien dijo el Marqués Cortés a su Majestad, que además de los fuertes y valerosos soldados que tuvo en su compañía, que fue tan animoso Capitán, que se podía nombrar entre los muy esforzados que hubo en el mundo, y que podía ser Coronel de muchos ejércitos, y para decir y hacer. Fue natural de Medellín, hijodalgo, su padre fue Alcaide de una fortaleza. Pasemos a decir de otro buen Capitán, que se decía Juan Velázquez de León, natural de Castilla la Vieja, sería de hasta veinte y seis años cuando acá pasó: era de buen cuerpo y derecho, y membrudo, y buena espalda y pecho, y todo bien proporcionado y bien sacado, el rostro robusto, la barba algo crespa, y alheñada, y la voz espantosa y gorda, y algo tartamudo: fue muy animoso, y de buena conversación, y si algunos bienes tenía en aquel tiempo, los repartía con sus compañeros. Se dijo que en la isla Española mató a un Caballero, persona por persona en aquella tierra, principal, que era nombre rico, que se decía Basaltas: y desde que le hubo muerto se retrajo, y la justicia de aquella isla nunca lo pudo haber, ni la Real Audiencia, para hacer sobre el caso justicia: y aunque le iban a prender, por su persona se defendía de los Alguaciles, y se vino a la isla de Cuba, y de Cuba a la Nueva España, y fue muy buen jinete, y a pie y a caballo muy extremado varón: murió en los puentes cuando salimos huyendo de México. Y Diego de Ordás fue natural de tierra de Campos, y sería de edad de cuarenta años cuando acá pasó; fue Capitán de soldados de espada y rodela, porque no era hombre de a caballo: fue muy esforzado, y de buenos consejos, era de buena estatura y membrudo, y tenía el rostro muy robusto, y la barba algo prieta, y no mucha: en la habla, no acertaba bien a pronunciar algunas palabras, sino algo tartajoso: era franco, y de buena conversación: fue Comendador de Santiago, murió en lo del Marañón, siendo Capitán, o Gobernador, que esto no lo sé muy bien. El Capitán



Luis Marín fue de buen cuerpo y membrudo, y esforzado: era estevado, y la barba algo rubia, el rostro largo y alegre, excepto que tenía unas señales, como que había tenido viruelas, sería de hasta treinta años cuando acá paso: era natural de Sanlúcar, ceceaba un poco como Sevillano. Fue buen jinete, y de buena conversación: murió en lo de Mechoacán. El Capitán Pedro de Ircio era de mediana estatura y paticorto, y tenía el rostro alegre, y muy plático en demasía, que haría y acontecería, y siempre contaba cuentos de Don Pedro Girón, y del Conde de Ureña: era ardid de corazón, y a esta causa le llamábamos Agrages sin obras, y sin hacer cosas que de contar sean, murió en México. El primer Contador de su Majestad que eligió Cortés, hasta que el Rey nuestro señor mandase otra cosa, era de buen cuerpo, y rostro alegre, en la plática expresiva muy clara y de buenas razones, y muy esforzado, sería de hasta treinta y tres años cuando acá pasó, y tenía otra cosa, que era franco con sus compañeros, mas era tan soberbio y amigo de mandar, y no ser mandado, y algo envidioso: era orgulloso y bullicioso, que Cortés no le podía sufrir, y a esta causa le envió a Castilla por Procurador, juntamente con un Antonio de Quiñones natural de Zamora, y con ellos envió la recámara y riquezas de Moctezuma, y de Guatemuz, y Franceses lo robaron, y prendieron al Alonso de Ávila, porque el Quiñones ya era muerto en la Tercera, y desde a dos años volvió el Alonso de Ávila a la Nueva España; o en Yucatán, o en México murió. Este Alonso de Ávila fue tío de los Caballeros que degollaron en México, hijos de Gil González de Benavides; lo cual tengo ya dicho y declarado en mi historia. Andrés de Monjaraz fue Capitán cuando la guerra de México, y era de razonable estatura, y el rostro alegre, y la barba prieta, y de buena conversación, siempre estuvo malo de bubas, y a esta causa no hizo cosa que de contar sea, más lo pongo aquí en esta relación, para que sepan que fue Capitán, y sería de hasta treinta años cuando acá pasó: murió de dolor de las bubas. Pasemos a un muy esforzado soldado, que se decía Cristóbal de Olea, natural de tierra de Medina del Campo, sería de edad de veinte y seis años cuando acá pasó: era de buen cuerpo y membrudo, ni muy alto, ni bajo: tenía buen pecho y espalda, el rostro algo robusto, mas era apacible, y la barba y cabello tiraba algo como crespo, y la voz clara: este soldado fue en todo lo que le veíamos hacer tan esforzado, y presto en las armas, que le teníamos muy buena voluntad y le honrábamos, y él fue el que escapó de muerte a Don Hernando Cortés en lo de Suchimileco, cuando los escuadrones Mexicanos le habían derribado del caballo el romo, y le tenían asido y



engarrafado para llevarlo a sacrificar: y asimismo le libró otra vez, cuando en lo de la calzadilla de México lo tenían otra vez asido muchos Mexicanos, para llevarlo vivo a sacrificar, y le habían ya herido en una pierna al mismo Cortés, y le llevaron vivos sesenta y dos soldados. Este esforzado soldado hizo cosas por su persona, que aunque estaba muy mal herido, mató, y acuchilló, y dio estocadas a todos los Indios que le llevaban a Cortés, que les hizo que lo dejasen, y así le salvó la vida, y el Cristóbal de Olea quedó allí muerto por salvarlo. Quiero decir de dos soldados que se decían Gonzalo Domínguez, y un Lares, digo que fueron tan esforzados, que los teníamos en tanto, como a Cristóbal de Olea: eran de buenos cuerpos y membrudos, y los rostros alegres y bien hablados y muy buenas condiciones: y por no gastar más palabras en sus loas, se podrán contar con los más esforzados soldados que ha habido en Castilla: murieron en las batallas de Obtumba, digo el Lares, y el Domínguez en lo de Guantepeque, de un caballo que le tomó debajo. Vamos a otro buen Capitán y esforzado soldado, que se decía Andrés de Tapia, sería de obra de veinte y cuatro años cuando acá pasó, era de color el rostro algo ceniciento, y no muy alegre, y de buen cuerpo, y de poca barba: era y fue buen Capitán, así a pie, cómo a caballo, murió de su muerte. Si hubiera de escribir todas las facciones y proporciones de todos nuestros Capitanes y fuertes soldados que pasamos con Cortés, era gran prolijidad, porque según todos eran esforzados, y de mucha cuenta, dignos éramos de estar escritos con letras de oro: y no pongo aquí otros muchos valerosos Capitanes que fueron de los de Narváez, porque mi intento desde que comencé a hacer mi relación, no fue sino para escribir nuestros heroicos hechos y hazañas de los que pasamos con Cortés; solo quiero poner al Capitán Pánfilo de Narváez, que fue el que vino contra Cortés desde la isla de Cuba con mil y trescientos soldados, sin contar en ellos hombres de la mar, y con doscientos y sesenta y seis soldados los desbaratamos, según se verá en mi relación, y cómo y cuándo, y de qué manera pasó aquel hecho. Y volviendo a mi materia, era el Narváez al parecer de obra de cuarenta y dos años, y alto de cuerpo, y de recios miembros, y tenía el rostro largo, y la barba rubia, y agradable presencia, y la plática y voz muy vagarosa y entonada, como que salía de bóveda: era buen jinete, y decían que era esforzado: era natural de Valladolid, o de Tudela de Duero: era casado con una señora, que se decía María de Valenzuela: fue en la isla de Cuba Capitán y hombre rico, decían que era muy escaso, y cuando le desbaratamos, se le quebró un ojo, y tenía buenas razones en lo que



hablaba: fue a Castilla delante su Majestad a quejarse de Cortés, y de nosotros; y su Majestad le hizo merced de la gobernación de cierta tierra en lo de la Florida, y allá se perdió y gastó cuanto tenía. Como los Caballeros curiosos han visto y leído la memoria atrás dicha de todos los Capitanes, y soldados que pasamos con el venturoso y esforzado Don Hernando Cortés Marqués del Valle a la Nueva España, desde la isla de Cuba, y pongo por escrito sus proporciones, así de cuerpo, como de rostro y edades; y las condiciones que tenían, y en qué parte murieron, y de qué partes eran; me han dicho que se maravillaban de mí, que como a cabo de tantos años no se me han olvidado, y tengo memoria de ellos. A esto respondo y digo, que no es mucho que se me acuerde ahora sus nombres, pues éramos quinientos y cincuenta compañeros que siempre conversábamos juntos, así en las entradas como en las velas, y en las batallas y rencuentros de guerra, y los que mataban de nosotros en las tales peleas, y cómo los llevaban a sacrificar. Por manera que comunicábamos los unos con los otros, en especial cuando salíamos de algunas muy sangrientas y dudosas batallas, echábamos menos los que allá quedaban muertos, y a esta causa los pongo en esta relación: y no es de maravillar de ello, pues en los tiempos pasados hubo valerosos Capitanes, que andando en las guerras sabían los nombres de sus soldados, y los conocían, y los nombraban, y aun sabían de qué provincias y tierras eran naturales, y comúnmente eran en aquellos tiempos cada uno de los ejércitos, que traían treinta mil hombres: y decían las historias que de ellos han escrito, que Mitrídates Rey de Ponto fue uno de los que conocían a sus ejércitos; y otro fue el Rey de los Epirotas, y por otro nombre se decía Alejandro. También dicen, que Aníbal gran Capitán de Cartago conocía a todos sus soldados: y en nuestros tiempos el esforzado y gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba conocía a todos los más soldados que traía en sus Capitanías: y así, han hecho otros muchos valerosos Capitanes. Y más digo, que como ahora los tengo en la mente y sentido, y memoria, supiera pintar y esculpir sus cuerpos y figuras, y talles y meneos, y rostros y facciones, como hacía aquel gran pintor y muy nombrado Apeles, y los pintores de nuestros tiempos Berruguete, y Micael Angel, o el muy afamado Burgales, que dicen que es otro Apeles, dibujara a todos los que dicho tengo al natural, y aun según cada uno entraba en las batallas, y el ánimo que mostraba: y gracias a Dios y a su bendita Madre nuestra Señora, que me escapó de no ser sacrificado a los ídolos, y me libró de otros muchos peligros y trances, para que haga ahora esta memoria.



CAPÍTULO CCVII.

De las cosas que aquí van declaradas cerca de los méritos que tenemos los verdaderos Conquistadores; las cuales serán apacibles de oírlas.

Ya he recontado los soldados que pasamos con Cortés, y dónde murieron: y si bien se quiere tener noticia de nuestras personas, éramos todos los más hijosdalgo, aunque algunos no pueden ser de tan claros linajes, porque vista cosa es, que en este mundo no nacen todos los hombres iguales, así en generosidad, como en virtudes. Dejando esta plática aparte de nuestras antiguas noblezas, con heroicos hechos y grandes hazañas que en las guerras hicimos, peleando de día y de noche, sirviendo a nuestro Rey y señor, descubriendo estas tierras, y hasta ganar esta Nueva España, y gran ciudad de México; y otras muchas provincias a nuestra costa, estando tan apartados de Castilla, ni tener otro socorro ninguno, salvo el de nuestro Señor Jesucristo, que es el socorro y ayuda verdadera, nos ilustramos mucho más que de antes: y si miramos las escrituras antiguas que de ello hablan, si son así como dicen, en los tiempos pasados fueron ensalzados y puestos en gran estado muchos Caballeros, así en España, como en otras partes, sirviendo, como en aquella sazón sirvieron en las guerras, y por otros servicios que eran adeptos a los Reyes que en aquella sazón reinaban. Y también he notado, que algunos de aquellos Caballeros que entonces subieron a tener títulos de Estados, y de Ilustres, no iban a las tales guerras, ni entraban en batallas sin que se les diesen sueldos y salarios: y no embargante que se lo pagaban, les dieron villas y castillos, y grandes tierras perpetuas, y privilegios con franquezas, los cuales tienen sus descendientes. Y además de esto, cuando el Rey Don Jaime de Aragón conquistó y ganó de los Moros mucha parte de sus reinos, los repartió a los Caballeros y soldados que se hallaron en ganarlo: y desde aquellos tiempos tienen sus blasones, y son valerosos: y también cuando se ganó Granada, y del tiempo del Gran Capitán a Nápoles: y también el Príncipe de Orange: en lo de Nápoles dieron tierras y señoríos a los que ayudaron en las guerras y batallas: y nosotros sin saber su Majestad cosa ninguna, le ganamos esta Nueva España. He traído esto aquí a la memoria, para que se vean nuestros muchos, buenos, y notables, y leales servicios que hicimos a Dios y al Rey, y a toda la cristiandad, y se pongan en una balanza y medida cada cosa en su cantidad, y hallarán que somos dignos y merecedores de ser puestos y remunerados, como los Caballeros



por mí atrás dichos: y aun que entre los valerosos soldados que en estas hojas de atrás pasadas he puesto por memoria, hubo muchos esforzados y valerosos compañeros, que me tenían a mí en reputación de razonable soldado: volviendo a mi materia, miren los curiosos Lectores con atención esta mi relación, y verán en cuántas batallas y rencuentros de guerras muy peligrosos me he bailado desde que vine a descubrir, y dos veces estuve asido y engarrafado de muchos Indios Mexicanos, con quien en aquella sazón estaba peleando, para llevarme a sacrificar, y Dios me dio esfuerzo que me escapé, como en aquel instante llevaron a otros muchos mis compañeros, sin otros grandes peligros y trabajos, así de hambre y sed, e infinitas fatigas que suelen recrecer a los que semejantes descubrimientos van a hacer en tierras nuevas; lo cual hallarán escrito parte por parte en esta mi relación: y quiero dejar de entrar más la pluma en esto, y diré los bienes que se han seguido de nuestras ilustres conquistas.



CAPÍTULO CCVIII.

Cómo los Indios de toda la Nueva España tenían muchos sacrificios y torpedades, y se los quitamos, y les impusimos en las cosas santas de buena doctrina.

Pues he dado cuenta de cosas que se contienen, bien es que diga los bienes que se han hecho, así para el servicio de Dios, y de su Majestad con nuestras ilustres conquistas, y aun que fueron tan costosas de las vidas de todos, los más de mis compañeros, porque muy pocos quedamos vivos, y los que murieron fueron sacrificados, y con sus corazones y sangre ofrecidos a los ídolos Mexicanos, que se decían Tezcatepuca, y Huichilobos. Quiero comenzar a decir de los sacrificios que hallamos por las tierras y provincias que conquistamos, las cuales estaban llenas de sacrificios y maldades, porque mataban cada un año solamente en México, y ciertos pueblos que están en la laguna sus vecinos, según hallo por cuenta que de ello hicieron Religiosos Franciscos, que fueron los primeros que vinieron a la Nueva España, después de Fray Bartolomé de Olmedo, tres años y medio antes que viniesen los Dominicos que fueron muy buenos Religiosos, y de santa doctrina, y hallaron sobre dos mil y quinientas personas chicas y grandes. Pues en otras provincias a esta cuenta muchos más serian, y tenían otras maldades de sacrificios; y por ser de tantas maneras no los acabaré de escribir todos por extenso; más las que yo vi y entendí pondré aquí por memoria. Tenían por costumbre que sacrificaban las frentes, y las orejas, lenguas y labios, los pechos, brazos, y molledos, y las piernas; y en algunas provincias eran retajados, y tenían pedernales de navajas con que se retajaban. Pues los adoratorios, que son Cues, que así los llaman entre ellos, eran tantos, que los doy a la maldición, y me parece que eran casi que al modo como tenemos en Castilla, y en cada ciudad nuestras santas Iglesias y Parroquias, y ermitas, y humilladeros, así tenían en esta tierra de la Nueva España sus casas de ídolos llenas de demonios, y diabólicas figuras: y además de estos Cues, tenían cada Indio y India dos altares; el uno junto a donde dormían, y el otro a la puerta de su casa, y en ellos muchas arquillas de madera, y otros que llaman petacas, lleno de ídolos, unos chicos y otros grandes, y piedrezuelas y pedernales, y librillos de un papel de cortezas de árbol, que llaman amatl, y en ellos hechos sus señales del tiempo, y de cosas pasadas. Y además de esto, eran los más de ellos sométicos; en especial los que vivían en las costas y tierra caliente, en tanta manera, que



andaban vestidos en hábito de mujeres muchachos a ganar en aquel diabólico y abominable oficio. Pues comer carne humana, así como nosotros traemos vaca de las carnicerías, y tenían en todos los pueblos de madera gruesa hechas a manera de casas, como jaulas, y en ellas metían a engordar muchos Indios y Indias, y muchachos, y en estando gordos los sacrificaban y comían: y además de esto, las guerras que se daban unas provincias y pueblos a otros, y los que cautivaban y prendían los sacrificaban y comían. Pues tener excesos carnales hijos con madres, y hermanos con hermanas, y tíos con sobrinas; se hallaron muchos que tenían este vicio de esta torpedad. Pues de borrachos, no lo sé decir tantas suciedades que entre ellos pasaban, sola una quiero aquí poner, que hallamos en la provincia de Panuco, que se embudaban por el sieso con unos cañutos, y henchían los vientres de vino de lo que entre ellos se hacía, como cuando entre nosotros se echa una melecina: torpedad jamás oída. Pues tener mujeres, cuantas querían, y tenían otros muchos vicios y maldades: y todas estas cosas por mí recontadas, quiso nuestro Señor Jesucristo, que con santa ayuda, que nosotros los verdaderos Conquistadores que escapamos de las guerras y batallas, y peligros de muerte, ya otras veces por mí dicho, se lo quitamos, y les pusimos en buena policía de vivir, y les íbamos enseñando la santa doctrina. Verdad es, que después de dos años pasados, y que todas las más tierras teníamos de paz, y con la policía y manera de vivir que he dicho, vinieron a la Nueva España unos buenos Religiosos Franciscos, que dieron muy buen ejemplo y doctrina, y desde ahí a otros tres o cuatro años vinieron otros buenos Religiosos de Señor Santo Domingo, que se lo han quitado muy de raíz, y han hecho mucho fruto en la santa doctrina, y Cristiandad de los naturales. Mas si bien se quiere notar, después de Dios, a nosotros los verdaderos Conquistadores que los descubrimos y conquistamos, y desde el principio les quitamos sus ídolos, y les dimos a entender la santa doctrina, se nos debe el premio y galardón de todo ello, primero que a otras personas, aunque sean Religiosos: además que Religiosos llevamos con nosotros la Merced: porque cuando el principio es bueno, el medio y el cabo todo es digno de loor; lo cual pueden ver los curiosos Lectores de la policía y Cristiandad, y justicia que les mostramos en la Nueva España. Y dejaré esta materia, y diré los más bienes que después de Dios por nuestra causa han venido a los naturales de la Nueva España.



CAPÍTULO CCIX.

De cómo impusimos en muy buenas y santas doctrinas a los Indios de la Nueva España, y de su conversión: y de cómo se bautizaron y volvieron a nuestra Santa Fe, y les enseñamos oficios que se usan en Castilla, y a tener y guardar justicia.

Después de quitadas las idolatrías, y todos los malos vicios que se usaban, quiso nuestro Señor Dios, que con su santa ayuda, y con la buena ventura y santas Cristiandades de los Cristianísimos Emperador Don Carlos de gloriosa memoria, y de nuestro Rey Señor felicísimo, y Rey de las Españas don Felipe nuestro Señor su muy amado y querido hijo, que Dios le de muchos años de vida con acrecentamiento de más Reinos, para que en este su santo y feliz tiempo lo goce él y sus descendientes, se han bautizado desde que los conquistamos todas cuantas personas había, así hombres, como mujeres, y niños, que después han nacido, que de antes iban perdidas sus ánimas a los infiernos, y ahora como hay muchos y buenos Religiosos de Señor San Francisco, y de Santo Domingo, y de Nuestra Señora de la Merced, y de otras Órdenes, andan en los pueblos predicando, y en siendo la criatura de los días que manda nuestra Santa Madre Iglesia de Roma, los bautizan: y además de esto, con los santos sermones que les hacen, el santo Evangelio está muy bien plantado en sus corazones, y se confiesan cada año, y algunos de los que tienen más conocimiento a nuestra santa Fe, se comulgan. Y además de esto, tienen sus Iglesias muy ricamente adornadas de altares, y todo lo perteneciente para el santo culto divino, con cruces, y candeleras, y ciriales, y cáliz, y patenas, y platos, unos chicos, y otros grandes de plata, e incensario, todo labrado de plata. Pues capas, casullas y frontales, en pueblos ricos los tienen, y comúnmente de terciopelo, y damasco, y raso, y de tafetán, diferenciados en los colores y labores, y las mangas de las Cruces muy labradas de oro y seda, y en algunas tienen perlas: y las Cruces de los difuntos de raso negro, y en ellas figuras de la misma cara de la muerte, con su disforme semejanza y huesos, y el cobertor de las mismas andas, unos las tienen buenas, y otros no tan buenas. Pues campanas, las que han menester, según la calidad que es cada pueblo. Pues cantores de Capilla de voces bien concertadas, así tenores, como tiples, y contraltos, no hay falta; y en algunos pueblos hay órganos, y en todos los más tienen flautas, y chirimías, y sacabuches, y dulzainas. Pues trompetas altas y sordas, no hay tantas en mi tierra, que es Castilla la vieja, como hay en esta Provincia de Guatemala: y



es para dar gracias a Dios, y cosa muy de contemplación, ver, cómo los naturales ayudan a decir una Santa Misa, en especial si la dicen Franciscos, o Mercedarios, que tienen cargo del Curato del pueblo donde la dicen. Otra cosa buena tienen que les han enseñado los Religiosos, que así hombres como mujeres, y niños que son de edad para deprenderlas, saben todas las santas oraciones en sus mismas lenguas que son obligados a saber: y tienen otras buenas costumbres acerca de la santa Cristiandad, que cuando pasan cabe un Santo, Altar, o Cruz, bajan la cabeza con humildad, y se hincan de rodillas, y dicen la oración del Pater noster, o el Ave María: y más les mostramos los Conquistadores a tener candelas de cera encendidas delante de los santos Altares y Cruces, porque de antes no se sabían aprovechar de ella en hacer candelas. Y además de lo que dicho tengo; les enseñamos a tener mucho acato y obediencia a todos los Religiosos y a los Clérigos, y que cuando fuesen a sus pueblos les saliesen a recibir con candelas de cera encendidas, y repicasen las campanas, y les diesen bien de comer, y así lo hacen con los Religiosos: y tenían estos cumplimientos con los Clérigos. Además de las buenas costumbres por mí dichas, tienen otras santas y buenas, porque cuando es el día del Corpus Cristi, y de Nuestra Señora, y de otras fiestas solemnes, que entre nosotros hacemos procesiones, salen todos los más pueblos cercanos de esta ciudad de Guatemala en procesión con sus Cruces, y con candelas de cera encendidas, y traen en los hombros en andas la imagen del Santo, o Santa de que es la advocación de su pueblo, lo más ricamente que pueden, y vienen cantando las Letanías, y otras santas oraciones, y tañen sus flautas y trompetas: y otro tanto hacen en sus pueblos, cuando es el día de las tales solemnes fiestas, y tienen costumbre de ofrecer los Domingos y Pascuas, especialmente el día de Todos Santos. Y pasemos adelante, y digamos como todos los más Indios naturales de estas tierras han deprendido muy bien todos los oficios que hay en Castilla entre nosotros, y tienen sus tiendas de los oficios, y obreros, y ganan de comer a ello, y los plateros de oro y de plata, así de martillo como de vaciadizo, son muy extremados oficiales: y asimismo lapidarios y pintores: y los entalladores hacen tan primas obras con sus sutiles alegras de hierro, especialmente entallan esmeriles, y dentro de ellos figurados todos los pasos de la santa Pasión de nuestro Redentor y Salvador Jesucristo, que si no los hubiera visto, no pudiera creer que Indios lo hacían, que se me significa a mi juicio, que aquel tan nombrado pintor, como fue el muy antiguo Apeles, y de los nuestros tiempos, que se dicen Berruguete, y Micael



Angel, ni de otro moderno ahora nuevamente nombrado, natural de Burgos, que se dice, que en sus obras tan primas es otro Apeles, del cual se tiene gran fama; no harán con sus muy sutiles pinceles las obras de los esmeriles, ni relicarios que hacen tres Indios grandes maestros de aquel oficio Mexicanos, que se dicen Andrés de Aquino, y Juan de la Cruz, y el Crespillo. Y además de esto, todos los más hijos de Principales solían ser Gramáticos, y lo deprendían muy bien, si no se lo mandaran quitar en el santo Sínodo, que mandó hacer el Reverendísimo Arzobispo de México: y muchos hijos de Principales saben leer y escribir, y componer libros de canto llano: y hay oficiales de tejer seda y raso, y tafetán, y hacer paños de lana, aunque sean veinticuatrenos, hasta frisas, y sayal, y mantas y frazadas, y son cardadores y perailes, y tejedores, según y de la manera que se hace en Segovia, y en Cuenca, y otros sombreros, y jaboneros: solos dos oficios no han podido entrar en ellos, aunque lo han procurado, que es hacer el vidrio, ni ser boticarios: mas yo lo tengo por de tan buenos ingenios que lo desprenderán muy bien, porque algunos de ellos son cirujanos y herbolarios, y saben jugar de mano, y hacer títeres, y hacen vihuelas muy buenas. Pues labradores, de su naturaleza lo son antes que viniésemos a la Nueva España, y ahora crían ganado de todas suertes, y doman bueyes, y aran las tierras, y siembran trigo, y lo benefician y cogen, y lo venden, y hacen pan y bizcocho, y han plantado sus tierras y heredades de todos los árboles y frutas que hemos traído de España, y venden el fruto que procede de ello; y han puesto tantos árboles, que porque los duraznos no son buenos para la salud, y los platanales les hacen mucha sombra, han cortado y cortan muchos, y lo ponen de membrillares, y manzanas, y perales, que los tienen en más estima. Pasemos adelante, y diré de la justicia que les hemos enseñado a guardar y cumplir, y como cada año eligen sus Alcaldes ordinarios, y Regidores, y Escribanos, y Alguaciles, Fiscales, y Mayordomos, y tienen sus casas de Cabildo, donde se juntan dos días de la semana, y ponen en ellas sus porteros, y sentencian, y mandan pagar deudas que se deben unos a otros, y por algunos delitos de crimen azotan y castigan, y si es por muertes, o cosas atroces, lo remiten a los Gobernadores, si no hay Audiencia Real: y según me han dicho personas que lo saben muy bien, en Tlascala, y en Tezcucó, y en Cholula, y en Guaxocingo, y en Tepeaca, y en otras ciudades grandes, cuando hacen los Indios Cabildo, que salen delante de los que están por Gobernadores, y Alcaldes, maceros con mazas doradas, según sacan los Virreyes de la Nueva España, y hacen justicia con tanto



primor y autoridad, como entre nosotros, y se precian y desean saber mucho de las Leyes del Reino, por donde sentencien. Además de esto todos los Caciques tienen caballos, y son ricos, traen jaeces con buenas sillas, y se pasean por las ciudades, villas, y lugares, donde se van a holgar, o son naturales, y llevan sus Indios por pajes que les acompañan: y aun en algunos pueblos juegan cañas, y corren toros, y corren sortijas, especial si es día de Corpus Cristi, y de señor San Juan, o señor Santiago, y de nuestra Señora del Agosto, o la advocación de la Iglesia del Santo de su pueblo: y hay muchos que aguardan los toros, y aunque sean bravos, y muchos de ellos son jinetes, en especial en un pueblo, que se dice Chiapa de los Indios, y los que son Caciques, todos los más tienen caballos, y algunos hatos de yeguas y mulas, y se ayudan con ello a traer leña, y maíz, y cal, y otras cosas de este arte, y lo venden por las plazas, y son muchos de ellos arrieros, según y de la manera que en nuestra Castilla se usa. Y por no gastar más palabras, todos los oficios hacen muy perfectamente, hasta paños de tapicería. Dejaré de hablar más de esta materia, y diré otras muchas grandezas, que por nuestra causa ha habido y hay en esta Nueva España.



CAPÍTULO CCX.

De otras cosas y provechos que se han seguido de nuestras ilustres conquistas, y trabajos.

Ya habrán oído en los capítulos pasados lo por mí recontado acerca de los bienes y provechos que se han hecho con nuestras ilustres hazañas y conquistas, diré ahora del oro, plata, y piedras preciosas, y otras, riquezas de granas y lanas, y hasta zarzaparrilla, y cueros de vacas, que de esta Nueva España han ido, y van cada año a Castilla a nuestro Rey y señor, así lo de Sus Reales quintos, como otros muchos presentes que le hubimos enviado, así como le ganamos estas tierras, sin las grandes cantidades que llevan mercaderes y pasajeros, que después que el sabio Rey Salomón fabricó y mando hacer el santo Templo de Jerusalén con el oro y plata que le trajeron de las islas de Tarsis, y Ofir, y Saba, no se ha oído en ninguna escritura antigua, que más oro, plata, y riquezas han ido cotidianamente a Castilla, que de estas tierras: y esto digo así, porque ya que del Perú como es notorio, han ido muchos millares de oro y plata, en el tiempo que ganamos esta Nueva España, no había nombre del Perú, ni estaba descubierto, ni se conquistó desde ahí a diez años, y nosotros siempre desde el principio, como dicho tengo, comenzamos a enviar a su Majestad presentes riquísimos, y por esta causa, y por otras que diré antepongo a la Nueva España: porque bien sabemos que en las cosas acaecidas del Perú siempre los Capitanes y Gobernadores, y soldados han tenido guerras civiles, y todo revuelto en sangre, y en muertes de muchos soldados: y en esta Nueva España siempre tenemos y tendremos para siempre jamás el pecho por tierra, como somos obligados a nuestro Rey y señor, y ponemos nuestras vidas y haciendas en cualquiera cosa que se ofrezca para servir a su Majestad. Y además de esto, miren los curiosos Lectores, que de ciudades, villas, y lugares están pobladas en estas partes de Españoles, que por ser tantos, y no saber yo los nombres de todos, se quedarán en silencio: y tengan atención a los Obispados que hay, que son diez sin el Arzobispado de la muy insigne ciudad de México, y como hay tres Audiencias Reales, todo lo cual diré adelante, así de los que han gobernado, como de los Arzobispos y Obispos que ha habido, y miren las santas Iglesias Catedrales: y los Monasterios, donde están Dominicos, como Franciscos, y Mercenarios, y Agustinos: y mire que hay de Hospitales, y los grandes perdones que tienen, y la santa casa de nuestra Señora de



Guadalupe, que está en lo de Tepeaquilla y donde solía estar asentado el Real de Gonzalo de Sandoval, cuando ganamos a México: y miren los santos milagros que ha hecho y hace de cada día, y démosle muchas gracias a Dios, y a su bendita Madre nuestra Señora por ello, que nos dio gracia y ayuda, que ganásemos estas tierras, donde hay tanta cristiandad. Y también tengan cuenta, cómo en México hay Colegio universal donde estudian y deprenden la Gramática, Teología, Retórica, y Lógica, y Filosofía, y otros artes y estudios, o hay moldes y maestros de imprimir libros, así en Latín, como en Romance, y se gradúan de Licenciados y Doctores: y otras muchas grandezas pudiera decir, así de minas ricas de plata que en ellas están descubiertas, y se descubren a la continua, por donde nuestra Castilla es prosperada, y tenida y acatada: y si no basta lo bien que ya he dicho y propuesto de nuestras conquistas, quiero decir que miren las personas sabias y leídas esta mi relación desde el principio hasta el cabo, y verán que en ningunas escrituras en el mundo, ni en hechos hazañosos humanas ha habido hombres que más reinos y señoríos hayan ganado, como nosotros los verdaderos Conquistadores para nuestro Rey y señor, y entre los fuertes Conquistadores mis compañeros, puesto que los hubo muy esforzados, a mí me tenían en la cuenta de ellos, y el más antiguo de todos: y digo otra vez, que yo, yo, yo lo digo tantas veces, que yo soy el más antiguo, y he servido como muy buen soldado a su Majestad: y quiero poner una cuestión a manera de diálogo: y es, que habiendo visto la buena y ilustre fama que suena en el mundo de nuestros muchos, y buenos, y notables servicios, que hemos hecho a Dios y a su Majestad, y a toda la Cristiandad, da grandes voces, y dice que fuera justicia y razón, que tuviéramos buenas rentas, y más aventajadas que tienen otras personas que no han servido en estas conquistas, ni en otras partes a su Majestad: y asimismo pregunta, que dónde están nuestros palacios y moradas, y qué blasones tenemos en ellas diferenciadas de las demás: y si están en ellas esculpidas, y puestos por memorias nuestros heroicos hechos y armas, según y de la manera que tienen en España los Caballeros que dicho tengo en el capítulo pasado, que sirvieron en los tiempos pasados a los Reyes que en aquella sazón reinaban, pues nuestras hazañas no son menores, que las que ellos hicieron; antes son de muy memorable fama, y se pueden contar entre los nombrados que ha habido en el mundo. Y además de esto pregunta la ilustre fama por los Conquistadores que hemos escapado de las batallas pasadas, y por los muertos, dónde están sus sepulcros, y qué blasones tienen en ellos. A estas cosas se le puede responder



con mucha brevedad; oh excelente e ilustre fama, y entre buenos y virtuosos deseada y loada, y entre maliciosos, y personas que han procurado oscurecer nuestros heroicos hechos, no querría ver, ni oír vuestro ilustre nombre, porque nuestras personas no ensalcéis, como conviene: os hago señora saber, que de 550 soldados que pasamos con Cortés desde la isla de Cuba, no somos vivos en toda la Nueva España de todos ellos, hasta este año de 1568 que estoy trasladando esta relación, sino cinco, que todos los demás murieron en las guerras ya por mí dichas en poder de Indios, y fueron sacrificados a los ídolos, y los demás murieron de sus muertes. Y los sepulcros que me preguntan dónde los tienen, digo que son los vientres de los Indios, que los comieron las piernas y muslos, brazos y molledos, pies y manos; y lo demás, fueron sepultados sus vientres que echaban a los tigres y sierpes, y a leones, que en aquel tiempo tenían por grandeza en casas fuertes, y aquellos fueron sus sepulcros, y allí están sus blasones: y a lo que a mí se me figura, con letras de oro habían de estar escritos sus nombres, pues murieron aquella cruelísima muerte, y por servir a Dios, y a su Majestad, y dar luz a los que estaban en tinieblas: y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente venimos a buscar: y además de haberle dado cuenta a la ilustre fama me pregunta por los que pasaron con Narváez, y con Garay: digo que los de Narváez fueron mil y trescientos sin contar entre ellos hombres de la mar, y no son vivos de todos ellos, sino diez o once, que todos los más murieron en las guerras y sacrificados, y sus cuerpos comidos de Indios, ni más ni menos que los nuestros: y los que pasaron con Garay de la isla de Jamaica, a mi cuenta con las tres Capitanías que vinieron a San Juan de Ulua, antes que pasase el Garay con los que trajo a la postre, cuando él vino y serían por todos mil y doscientos soldados, y todos los más fueron sacrificados en la Provincia de Panuco, y comidos sus cuerpos de los naturales de la Provincia. Y además de esto, pregunta la loable fama por otros quince soldados que aportaron a la Nueva España, que fueron de los de Lucas Vázquez de Aillón, cuando le desbarataron, y él murió en la Florida. A esto digo, que todos son muertos: y os hago saber excelente fama, que de todos los que he recontado, y ahora somos vivos de los de Cortés, hay cinco, y estamos muy viejos y dolientes de enfermedades, y muy pobres, y cargados de hijos, e hijas para casar, y nietos, y con poca renta, y así pasamos nuestras vidas con trabajos y miserias. Y pues ya he dado cuenta de lo que me han preguntado, y de nuestros palacios y blasones, y sepulcros: los suplico ilustrísima fama, que de aquí adelante alcéis más vuestra



excelente y virtuosísima voz, para que en todo el mundo se vean claramente nuestras grandes proezas: porque hombres maliciosos con sus sacudidas y envidiosas lenguas no las oscurezcan. A esto que he suplicado a la virtuosísima fama, me responde que lo hará de muy buena voluntad, y que se espanta cómo no tenemos los mejores repartimientos de Indios, pues la ganamos, y su Majestad lo manda dar, como lo tiene el Marqués Cortés; no se entiende, que sea tanto, sino moderadamente. Y más dice la loable fama, que las cosas del valeroso y animoso Cortés han de ser siempre muy estimadas, y contadas entre los hechos de valerosos Capitanes, y que no hay memoria de ninguno de nosotros en los libros históricos, que están escritos del Cronista Francisco López de Gómara, ni en la del Doctor Illescas, que escribió el Pontifical, ni en otros modernos Cronistas, y solo el Marqués Cortés dicen en sus libros, que es el que lo descubrió y conquistó, y que los Capitanes y soldados que los ganamos quedamos en blanco, sin haber memoria de nuestras personas y conquistas, y que ahora se ha holgado mucho en saber claramente, que todo lo que he escrito en mi relación es verdad: y que la misma escritura consigo al pie de la letra dice lo que pasó, y no lisonjas viciosas, ni por sublimar a un solo Capitán, quieren deshacer a muchos Capitanes y valerosos soldados, como ha hecho el Francisco López de Gómara, y los demás Cronistas, que siguen su propia historia. Y más me prometió la buena fama, que por su parte lo pondrá con voz muy clara a doquiera que se hallare. Y además de lo que ella declara, que mi historia si se imprime, cuando la vean y oigan, la darán fe verdadera y oscurecerá las lisonjas de los pasados. Y además de lo que he propuesto a manera de dialogo, me preguntó un Doctor Oidor de la Audiencia Real de Guatemala; que cómo Cortés cuando escribía a su Majestad, y fue la primera vez a Castilla, no procuró por nosotros, pues por nuestra causa, después de Dios, fue Marqués y Gobernador. A esto respondí entonces, y ahora lo digo, que como tomó para sí al principio, cuando su Majestad le hizo merced de la gobernación, todo lo mejor de la Nueva España, creyendo que siempre fuera Señor absoluto, y que por su mano nos diera Indios, o quitara, y a esta causa se presumió que no lo hizo, ni quiso escribir: y también, porque en aquel tiempo su Majestad le dio el Marquesado que tiene, y como le importunaba que le diese luego la gobernación de la Nueva España, como de antes la había tenido, y le respondió, que ya le había dado el Marquesado, no curó de demandar cosa ninguna para nosotros, que bien nos hiciese, sino solamente para él. Y además de esto, habían informado el Factor y Veedor, y otros



Caballeros de México a su Majestad, que Cortés había tomado para sí las mejores provincias y pueblos de Nueva España, y que había dado a sus amigos y parientes que nuevamente habían venido de Castilla otros buenos pueblos, y que no dejaba para el Real Patrimonio sino poca cosa; después supimos mandó su Majestad, que de lo que tenía sobrado diese a los que con él pasamos: y en aquel tiempo su Majestad se embarcó en Barcelona para ir a Flandes: y si Cortés en el tiempo que ganamos la Nueva España, la hiciera cinco partes, y la mejor y de más ricas provincias y ciudades, diera la quinta parte a nuestro Rey y Señor de su Real quinto, bien hecho fuera, y tomara para sí una parte y media, y dejara para Iglesias y Monasterios, y propios de ciudades, y que su Majestad tuviera que dar y hacer mercedes a Caballeros que le servían en las guerras de Italia, o contra Turcos, o Moros, y las dos partes y media nos repartiera perpetuas con ellos, nos quedáramos, así Cortés con la una parte, como nosotros: porque como nuestro César fue tan Cristianísimo, y no le costó el conquistar cosa ninguna, nos hiciera estas mercedes: y además de esto, como en aquella sazón no sabíamos qué cosa era demandar justicia, ni a quién pedirla sobre nuestros servicios, ni otros agravios y fuerzas que pasaban en las guerras, sino solamente al mismo Cortés, como Capitán, y que lo mandaba, muy de hecho, nos quedamos en blanco con lo poco que nos habían depositado, hasta que vimos que a Don Francisco de Montejo, que fue a Castilla ante su Majestad, le hizo merced de ser Adelantado y Gobernador de Yucatán, y le dio los Indios que tenía en México, y le hizo otras mercedes: y Diego de Ordás que asimismo fue ante su Majestad, le dio una Encomienda de Santiago, y los Indios que tenía en la Nueva España: y a Don Pedro de Alvarado, que también fue a besar los pies a su Majestad, le hizo Adelantado y Gobernador de Guatemala y Chiapa, y Comendador de Santiago, y otras mercedes de los Indios que tenía: y a la postre fue Cortés, y le dio el Marquesado y Capitán General del mar del Sur: y desde que los Conquistadores vimos que los que no parecían ante su Majestad, no tenían quien suplicase nos hiciese el Rey mercedes, enviamos a suplicarle, que lo que de allí adelante vacase, nos lo mandase dar perpetuo, y como se vieron nuestras justificaciones, cuando envió la primera Audiencia Real a México, y vino en ella por Presidente Nuño de Guzmán, y por Oidores el Licenciado Delgadillo natural de Granada, y Matienzo de Vizcaya, y otros dos Oidores, que llegando a México murieron: y mandó su Majestad expresamente al Nuño de Guzmán, que todos los Indios de la Nueva España se hiciesen un cuerpo, a fin que las



personas que tenían repartimientos grandes, que les había dado Cortés, que no les quedasen tanto, y les quitasen de ello, y que a los verdaderos Conquistadores nos diese los mejores pueblos, y de más renta, y que para su Real Patrimonio dejasen las cabeceras, y mejores ciudades. Y también mandó su Majestad, que a Cortés que le contasen los vasallos, y que le dejasen los que tenían capitulados en su Marquesado, y lo demás no me acuerdo que mandó sobre ello: y la causa por donde no hizo el repartimiento perpetuo el Nuño de Guzmán y los Oidores, fue por malos terceros, que por su honor aquí no nombro, porque le dijeron, que si repartía la tierra, que cuando los Conquistadores y pobladores se viesan con sus Indios perpetuos, no les tendrían en tanto acato, ni serían tan señores de mandarles, porque no tenían que quitar, ni poner, ni les vendrían a suplicar que les diese de comer: y de otra manera que tendrían que dar de lo que vacase a quien quisiesen, y ellos serían ricos, y tendrían mayores poderes, y a este fin se dejó de hacer. Verdad es, que el Nuño de Guzmán y los Oidores en vacando Indios, luego los depositaban a Conquistadores y pobladores, y no eran tan malos como los hacían para los vecinos y pobladores, que a todos les contentaban, y daban de comer: y si les quitaron redondamente de la Audiencia Real, fue por las contrariedades que tuvieron con Cortés, y sobre el herrar de los Indios libres por esclavos. Quiero dejar este capítulo, y pasaré a otro, y diré acerca del repartimiento perpetuo.



CAPÍTULO CCXI.

Cómo el año de 1550, estando la Corte en Valladolid, se juntaron en el Real Consejo de Indias ciertos Prelados y Caballeros, que vinieron de la Nueva España, y del Perú por Procuradores, y otros hidalgos, que se hallaron presentes, para dar orden que se hiciese el repartimiento perpetuo; y lo que en la junta se hizo y platicó, es lo que diré.

En el año de mil y quinientos y cincuenta vino del Perú el Licenciado de la Gasca, y fue a la Corte, que en aquella sazón estaba en Valladolid, y trajo en su compañía a un Fraile Dominico, que se decía Don Fray Martín el Regente: y en aquel tiempo su Majestad le mandó hacer merced al mismo Regente del Obispado de las Charcas: y entonces se juntaron en la Corte Don Fray Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapa, y Don Vasco de Quiroga Obispo de Mechoacán, y otros Caballeros, que vinieron por Procuradores de la Nueva España, y del Perú, y ciertos hidalgos que venían a pleitos ante su Majestad que todos se hallaron en aquella sazón en la Corte, y juntamente con ellos a mí me mandaron llamar como a Conquistador más antiguo de la Nueva España: y como el de la Gasca, y todos los demás Peruleros habían traído cantidad de millares de pesos de oro, así para su Majestad, como para ellos, y lo que traían de su Majestad se le envió desde Sevilla a Augusta de Alemania, donde en aquella sazón estaba su Majestad, y en su Real compañía nuestro felicísimo Don Felipe Rey de las Españas nuestro Señor su muy amado y querido hijo, que Dios guarde: y en aquel tiempo fueron ciertos Caballeros con el oro, y por Procuradores del Perú a suplicar a su Majestad que fuese servido hacernos mercedes para que mandase hacer el repartimiento perpetuo: y según pareció, otras veces antes de aquella se lo había suplicado por parte de la Nueva España, cuando fue un Gonzalo López, y un Alonso de Villanueva con otros Caballeros Procuradores de México: y su Majestad mandó en aquel tiempo dar el Obispado de Palencia al Licenciado de la Gasca, que fue Obispo y Conde de Pernía, porque tuvo ventura, que así como llegó a Castilla, había vacado, y se decía en la Corte, que por estar de paz el Perú, y tornar a haber el oro y plata que le habían robado los Contreras. Y volviendo a mi relación lo que proveyó su Majestad sobre la perpetuidad de los repartimientos de Indios fue enviar a mandar al Marqués de Mondejar, que era Presidente en el Real Consejo de Indias, y al Licenciado Gutiérrez



Velázquez, y al Licenciado Tello de Sandoval, y al Doctor Hernán Pérez de la Fuente, y al Licenciado Gregorio López, y al Doctor Riberadeneyra, y al Licenciado Briviesca, que eran Oidores del mismo Real Consejo de Indias, y a otros Caballeros de otros Reales Consejos, que todos se juntasen, y que vieses, y platicasen, cómo se podía hacer el repartimiento de manera que en todo fuese bien mirado el servicio de Dios, y su Real Patrimonio no viniese a menos: y desde que todos estos Prelados y Caballeros estuvieron juntos en las casas de Pero González de León, donde residía el Real Consejo de Indias, se platicó en aquella muy Ilustrísima Junta, que se dieses los Indios perpetuos en la Nueva España, y en el Perú, no me acuerdo bien si nombró el nuevo Reino de Granada, y Bobotán; mas me parece, que también entraron con los demás, y las causas que se propusieron en aquel negocio, fueron santas y buenas. Lo primero se platicó, que siendo perpetuos, serían muy mejor tratados e industriados en nuestra santa Fe, y que si algunos adoleciesen, los curarían como a hijos, y les quitarían parte de sus tributos: y que los Encomenderos se perpetuarían mucho más en poner heredades y viñas, y sementeras, y criarían ganados, y cesarían pleitos, y contiendas sobre Indios; y no habría menester Visitadores en los pueblos, y habría paz y concordia entre los soldados, en saber que ya no tienen poder los Presidentes, y Gobernadores, para en vacando Indios dárselos por vía de parentesco, ni por otras maneras que en aquella sazón les daban; y con darles perpetuos a los que han servido a su Majestad, descargaba su Real conciencia, y le dijo otras muy buenas razones: y más le dijo, que se habían de quitar en el Perú a hombres bandoleros los que se hallaren que habían deservido a su Majestad. Y después que por todos aquellos de la Ilustre Junta fue muy bien platicado lo que dicho tengo, todos los más Procuradores, con otros Caballeros, dimos nuestros pareceres y votos que se hiciesen perpetuos los repartimientos: luego en aquella sazón hubo votos contrarios, y fue el primero el Obispo de Chiapa, y lo ayudo su compañero Fray Rodrigo, de la Orden de Santo Domingo, y asimismo el Licenciado Gasca, que era Obispo de Palencia, y Conde de Pernía, y el Marqués de Mondejar, y dos Oidores del Consejo Real de su Majestad: y lo que propusieron en la contradicción aquellos Caballeros por mí dichos, salvo el Marqués de Mondejar, que no se quiso mostrar a una parte, ni a otra, sino que se estuvo a la mira a ver lo que decían, y ver los que más votos tenían; fue decir, que como habían de dar Indios perpetuos, ni aun de otra manera por sus vidas no los habían de tener, sino quitárselos a los que en aquella sazón los tenían,



porque personas había entre ellos en el Perú, que tenían buena renta de Indios, que merecían que los hubieran castigado, cuánto y más dárselos ahora perpetuos; y que do creían que había en el Perú paz, y asentada la tierra, habría soldados, que como vieses que no había que darles, se amotinarían, y habría más discordias. Entonces respondió Don Velasco de Quiroga Obispo de Mechoacán, que era de nuestra parte, y dijo al Licenciado de la Gasca: que por qué no castigó a los bandoleros y traidores, pues conocía y le eran notorias sus maldades, y que él mismo les dio Indios. Y a esto respondió el de la Gasca, y se paró a reír, y dijo: Creerán, Señores, que no hice poco en salir en paz y en salvo de entre ellos, y algunos descuarticé, e hice justicia: y pasaron otras razones sobre aquella materia: y entonces dijimos nosotros, y muchos de aquellos Señores que allí estábamos juntos, que se diesen perpetuos en la Nueva España a los verdaderos Conquistadores, que pasamos con Cortés, y a los de Narváez, y a los de Garay, pues habíamos quedado muy pocos, porque todos los demás murieron en las batallas peleando, en servicio de su Majestad, y le habíamos servido bien, y que con los demás hubiese otra moderación. Si ya que teníamos esta plática por nuestra parte, y la orden que dicho tengo; unos de aquellos Prelados, y Señores del Consejo de su Majestad, dijeron que cesase todo, hasta que el Emperador nuestro Señor viniese a Castilla, que se esperaba cada día, para que en una cosa de tanto peso y calidad se hallase presente: y puesto que por el Obispo de Mechoacán, y ciertos Caballeros, y yo juntamente con ellos, que éramos de la parte de la Nueva España, fue tornado a replicar, pues que estaban ya dados los votos conformes, se hiciesen perpetuos en la Nueva España, y que los Procuradores del Perú procurasen por sí, pues su Majestad lo había enviado a mandar, y en su Real mando mostraba afición, para que en la Nueva España se diesen perpetuos: y sobre ello hubo muchas pláticas, y alegaciones, y dijimos, que ya que en el Perú no se diesen, que mirasen los muchos servicios que hicimos a su Majestad, y a toda la Cristiandad, y no aprovechó cosa ninguna con los Señores del Real Consejo de Indias, y con el Obispo Fray Bartolomé de las Casas, y Fray Rodrigo su compañero, y con el Obispo de las Charcas: y dijeron, que en viniendo su Majestad de Augusta de Alemania, se proveería de manera que los Conquistadores serían muy contentos: y así se quedó por hacer. Dejaré esta plática, y diré que en posta se escribió en un navío a la Nueva España; como se supo en la ciudad de México las cosas arriba dichas que pasaron en la Corte, concertaban los Conquistadores de enviar por sí solos



Procuradores ante su Majestad, y aun a mí me escribió de México a esta ciudad de Guatemala el Capitán Andrés de Tapia, y un Pedro Moreno Medrano, y Juan de Limpías Carbajal el sordo desde la Puebla, porque ya en aquella sazón era yo venido de la Corte: y lo que me escribían, fue dándome cuenta y relación de los Conquistadores, que enviaban su poder; y en la memoria me contaban a mí por uno de los más antiguos, y yo mostré las cartas en esta ciudad de Guatemala a otros Conquistadores, para que les ayudásemos con dineros, para enviar los Procuradores; y según pareció, no se concertó la ida por falta de pesos de oro, y lo que se concertó en México fue que los Conquistadores juntamente con toda la comunidad enviasen a Castilla Procuradores, pero no se negoció. Y después de esto mandó el invictísimo nuestro Rey y Señor Don Felipe, que Dios guarde, y deje vivir muchos años, con aumento de más Reinos, en sus Reales ordenanzas y provisiones que para ello ha dado, que los Conquistadores y sus hijos en todo conozcamos mejoría, y luego los antiguos pobladores casados, según se verá en sus Reales Cédulas.



CAPÍTULO CCXII.

De otras platicas, y relaciones que aquí irán declaradas, que serán agradables de oír.

Como acabé de sacar en limpio esta mi relación, me rogaron dos Licenciados, que se la emprestase, para saber muy por extenso las cosas que pasaron en las conquistas de México y Nueva España, y ver en qué diferencia lo que tenían escrito los Cronistas Francisco López de Gómara, y el Doctor Illescas acerca de las heroicas hazañas que hizo el Marqués del Valle, de lo que en esta relación escribo: y yo se la presté, porque de sabios siempre se pega algo a los idiotas sin letras, como yo soy, y les dije, que no enmendasen cosa ninguna de las conquistas, ni poner, ni quitar, porque todo lo que yo escribo es muy verdadero: y cuando lo hubieron visto y leído los dos Licenciados, el uno de ellos era muy retórico, y tal presunción tenía de sí, que después de sublimarla y alabar de la gran memoria que tuve para no olvidarme cosa de todo lo que pasamos desde que vinimos a descubrir primero que viniese Cortés dos veces, y la postrera vine con Cortés que fue en el año de 17 con Francisco Hernández de Córdoba, y en el de 18 con un Juan de Grijalva, y en el de 19 vine con el mismo Cortés. Y volviendo a mi platica, me dijeron los Licenciados, que cuanto a la retórica, que va según nuestro común hablar de Castilla la Vieja, y que en estos tiempos se tiene por más agradable, porque no van razones hermoseedas, ni afeitadas y que suelen componer los Cronistas que han escrito en cosas de guerras, sino todo una llaneza, y debajo de decir verdad se encierran las hermoseedas razones: y más dijeron, que les parece que me alabo mucho de mí mismo en lo de las batallas y rencuentros de guerra en que me hallé, y que otras personas lo habían de decir y escribir primero que yo: y también, que para dar más crédito a lo que he dicho, que diese testigos, y razones de algunos Cronistas que lo hayan escrito, como suelen poner, y alegar los que escriben, y aprueban con otros libros de cosas pasadas, y no decir como digo tan secamente, esto hice, y tal me acaeció, porque yo no soy testigo de mí mismo. A esto respondí, y digo ahora, que en el primer capítulo de mi relación, en una carta que escribió el Marqués del Valle en el año de 1540, desde la gran ciudad de México a Castilla a su Majestad, haciéndole relación de mi persona, y servicios, le hizo saber cómo vine a descubrir la Nueva España dos veces primero que no él; y tercera vez volví en su compañía, y como testigo de vista me vio



muchas veces batallar en las guerras Mexicanas, y en toma de otras ciudades, como esforzado soldado, hacer en ellas cosas notables, y salir muchas veces de las batallas mal herido; y como fui en su compañía a Honduras, e Higueras, que así nombran en esta tierra, y otras particularidades que en la carta se contenían, que por excusar prolijidad aquí no declaro: y asimismo escribió a su Majestad el Ilustrísimo Virrey Don Antonio de Mendoza, haciendo relación de lo que había sido informado de los Capitanes, en compañía de los que en aquel tiempo militaba, y conformaba todo con lo que el Marqués del Valle escribió: y asimismo por probanzas muy bastantes, que por mi parte fueron presentadas en el Real Consejo de Indias en el año de 540. Así Señores Licenciados vean si son buenos testigos Cortés, y el Virrey Don Antonio de Mendoza, y mis probanzas; y si esto no basta, quiero dar otro testigo, que no lo había mejor en el mundo; que fue el Emperador N. S. D. Carlos V que por su Real carta, cerrada con su Real sello, mando a los Virreyes, y Presidentes, que teniendo respeto a los muchos, y buenos servicios que le constó haberle hecho, sea antepuesto, y conozca mejoría yo y mis hijos; todas las cuales cartas tengo guardados los originales de ellas, y los traslados se quedaron en la Corte en el Archivo del Secretario Ochoa de Luyando; y esto doy por descargo de lo que los Licenciados me propusieron. Y volviendo a la plática, si quieren más testigos, tengan atención, y miren la Nueva España, que es tres veces más que nuestra Castilla, y está más poblada de Españoles, que por ser tantas ciudades, y villas aquí no nombro: y miren las grandes riquezas que de estas partes van cotidianamente a Castilla: y además de esto he mirado, que nunca quisieron escribir de nuestros heroicos hechos los dos Cronistas Gómara, y el Doctor Illescas, sino que de toda nuestra prez y honra nos dejaron en blanco, si ahora yo no hiciera esta verdadera relación, porque toda la honra dan a Cortés, y puesto que tengan razón, no nos habían de dejar en olvido a los Conquistadores: y de las grandes hazañas que hizo Cortés, me caben a mí parte, pues me hallé en su compañía de los primeros en todas las batallas que él se halló, y después en otras muchas que me envió con Capitanes a conquistar otras Provincias, lo cual hallarán escrito en esta mi relación, dónde, cuándo, y en qué tiempo; y también mi parte de lo que escribió en un blasón que puso en una culebrinar que fue un tiro que se nombró el Ave Fénix, el cual se forjó en México de oro y plata, y cobre, y le enviamos presentado a su Majestad, y decían las letras del blasón: *Esta Ave nació sin par, yo en serviros sin segundo, y vos sin igual en el mundo*: así que parte me cabe de esta loa de



Cortés: y además de esto, cuando fue Cortés la primera vez a Castilla a besar los pies a su Majestad, le hizo relación que tuvo en las guerras Mexicanas muy esforzados y valerosos Capitanes, y compañeros, que a lo que creía, ningunos más animosos que ellos había oído en Crónicas pasadas de los Romanos, también me cabe parte de ello. Y cuando fue a servir a su Majestad en lo de Argel, sobre cosas que allá acaecieron cuando alzaron el campo por la gran tormenta que hubo, dicen que dijo en aquella sazón muchas loas de los Conquistadores sus compañeros: así que de todas sus hazañas me cabe a mí parte de ellas, pues yo fui en ayudarle. Y volviendo a nuestra relación de lo que dijeron los Licenciados, que me alabo mucho de mi persona, y que otros lo habían de decir: a esto respondí, que en este mundo hay cosas que se suelen alabar unos vecinos a otros las virtudes, y bondades que en ellos hay, y no ellos mismos; mas el que no se halló en la guerra, ni lo vio, ni lo entendió, ¿cómo lo puede decir? ¿Lo habían de hablar los pájaros en el tiempo que estábamos en las batallas que iban volando? ¿O las nubes que pasaban por alto? ¿Sino solamente los Capitanes, y soldados que en ello nos hallamos? Y si hubierais visto Señores Licenciados que en esta mi relación, hubiera yo quitado su prez y honra a algunos de los valerosos Capitanes, y fuertes soldados mis compañeros que en las conquistas nos hallamos, y aquella misma honra me pusiera a mí solo, justo fuera quitarme parte; más aun no me alabo tanto cuanto yo puedo y debo, y a esta causa lo escribo, para que quede memoria de mí: y quiero poner aquí una comparación, y aunque es por la una parte muy alta, y de la otra de un pobre soldado como yo; dicen los Cronistas en los Comentarios, Emperador, y gran batallador Julio César, que se halló en cincuenta y tres batallas aplazadas: yo digo que me hallé en muchas más batallas que el Julio César; lo cual como dicho tengo, verán en mi relación. Y también dicen los Cronistas, que fue muy animoso, y presto en las armas, y muy esforzado en dar una batalla, y cuando tenía espacio, de noche escribía por propias manos sus heroicos hechos, y puesto que tuvo muchos Cronistas, no lo quiso fiar de ellos, que él lo escribió, y ha muchos años, y no lo sabemos cierto; y lo que yo digo, ayer fue a manera de decir: así que no es mucho que yo ahora en esta relación declare en las batallas que me hallé peleando, y en todo lo acaecido, para que digan en los tiempos venideros: Esto hizo Bernal Díaz del Castillo, para que sus hijos y descendientes gocen las loas de sus heroicos hechos, como ahora vemos las famas y blasones que hay de tiempos pasados de valerosos Capitanes, y aun de muchos caballeros, y señores de



vasallos. Quiero dejar esta plática, porque si hubiese de meter más en ella la pluma, dirían algunas personas maliciosas, y desparcidas lenguas, que no la querrán oír de buena gana, que salgo del orden que debo, y por ventura les será odioso: y esto que dicho tengo de mí mismo, ayer fue, a manera de decir, que no son muchos años pasados, como las historias Romanas; y testigos hay Conquistadores, que dirán que todo lo que digo es así, que si en alguna cosa me hallasen vicioso, o oscuro, es de tal manera el mundo, que me lo contradirían; mas la misma relación da testimonio; y aun con decir verdad, hay maliciosos que lo contradirían, si pudiesen. Y para que bien se entienda todo lo qué dicho tengo, y en las batallas, y rencuentros de guerra en que me he hallado desde que vine a descubrir la Nueva España, hasta que estuvo pacificada, sin las que adelante diré: y puesto que hubo otras muchas guerras, y rencuentros, y que yo no me hallé en ellas, así por estar mal herido, como por tener otros males, que con los trabajos de las guerras suelen recrecer: y también como había muchas provincias que conquistar, unos soldados íbamos a unas entradas y provincias, y otros iban a otras: mas en las que yo me hallé son las siguientes.

Primeramente cuando vine a descubrir a la Nueva España, y lo de Yucatán con un Capitán que se decía Francisco Hernández de Córdoba, en la punta de Cotoche un buen rencuentro de guerra.

Luego más adelante en lo de la Chanpoton una batalla campal, en que nos mataron la mitad de todos nuestros compañeros, y yo salí mal herido, y el Capitán con dos heridas de que murió.

Luego de aquel viaje en lo de Florida, cuando fuimos a tomar agua, un buen rencuentro de guerra donde salí herido, y allí nos llevaron vivo un soldado.

Y cuando vine con otro Capitán que se decía Juan de Grijalva, una batalla campal, que fue con los de Chanpoton, que fue en el mismo pueblo la primera vez, cuando lo de Francisco Hernández, y nos mataron diez soldados, y el Capitán salió mal herido.

Después cuando vine tercera vez con el Capitán Cortés, en lo de Tabasco, que se dice el río de Grijalva, en dos batallas campales, yendo por Capitán Cortés.

De que llegamos a la Nueva España en la de Cingapacinga con el mismo Cortés.

De ahí a pocos días en tres batallas campales en la provincia de Tlascala con Cortés.



Luego el peligro de lo de Cholula.

Entrados en México, me hallé en la prisión de Moctezuma; no lo escribo por cosa que sea de contar de guerra, sino por el gran atrevimiento que tuvimos en prender aquel tan grande Cacique.

De ahí obra de cuatro meses, cuando vino el Capitán Narváez contra nosotros, y traía mil y trescientos soldados, noventa de a caballo, y ochenta ballesteros, y noventa espingarderos, y nosotros fuimos sobre él doscientos y sesenta y seis, y le desbaratamos, y prendimos con Cortés.

Luego fuimos al Socorro de Alvarado, que le dejamos en México en guarda del gran Moctezuma, y se alzó México, y en ocho días con sus noches que nos dieron guerra los Mexicanos, nos mataron sobre ochocientos y sesenta soldados, pongo aquí en estos días que batallamos seis días, y batallas en que me hallé.

Luego en la batalla que dimos en esta tierra de Obtumba: luego cuando fuimos sobre Tepeaca en una batalla campal, yendo por Capitán el Marqués Cortés.

Después cuando íbamos sobre Tezcuco en un rencuentro de guerra con Mexicanos, y los de Tezcuco, yendo Cortés por Capitán.

En dos batallas campales, y salí bien herido de un bote de lanza en la garganta en compañía de Cortés.

Luego en dos rencuentros de guerra con los Mexicanos cuando íbamos a socorrer ciertos pueblos de Tezcuco, sobre la cuestión de unos maizales de una vega, que están entre Tezcuco y México.

Luego cuando fui con el Capitán Cortés, que dimos vuelta a la laguna de México, en los pueblos más recios que en su comarca había en los Peñoles que ahora se llaman del Marqués, donde nos mataron ocho soldados, y tuvimos mucho riesgo en nuestras personas, que fue bien desconsiderada aquella subida, y tomada del Peñol con Cortés.

Luego en la batalla de Cuernavaca con Cortés;

Luego en tres batallas en Suchimileco, donde estuvimos en gran riesgo todos de nuestras personas, y nos mataron cuatro soldados y con el mismo Cortés.

Luego cuando volvimos sobre México en noventa y tres días que estuvimos en ganarla, todos los más de estos días y noches teníamos batallas campales, y hallo por



cuenta que serían más de ochenta batallas, y rencuentros de guerra en las que entonces me hallé.' .

Después de ganado México, me envió el Capitán Cortés a pacificar las provincias de Guacacualco, y Chiapa, y Zapotecas, y me hallé en tomar la ciudad de Chiapa, y tuvimos dos batallas campales, y un rencuentro.

Después en lo de Chamula, y Guatlán otros dos encuentros de guerra.

Después en Teapa, y Cimatán, otros dos rencuentros de guerra, y mataron dos compañeros míos, y a mí me hirieron malamente en la garganta.

Mas, que se olvidaba cuando nos echaron de México, que salimos huyendo, en nueve días que peleamos de día y de noche en otras cuatro batallas.

Después la ida de Higuera, y Honduras con Cortés, que estuvimos dos años y tres meses hasta volver a México. Y en un pueblo que llamaban Culacotu hubimos una batalla campal, y a mí me mataron el caballo, que me costó seiscientos pesos.

Después de vuelto a México, ayudé a pacificar las sierras de los Zapotecas, y Minxes, que se habían alzado entretanto que estuvimos en aquella guerra.

No cuento otros muchos rencuentros de guerra, porque sería nunca acabar, ni digo de cosas de grandes peligros en que me hallé, y se vio mi persona.

Y tampoco quiero decir cómo fui uno de los primeros que volvimos a poner cerco a México, primero que Cortés cuatro o cinco días; por manera que vine primero que el mismo Cortés a descubrir la Nueva España dos veces; y como dicho tengo, me hallé en tomar la gran ciudad de México, y en quitarles el agua de Chalputepeque, y hasta que se ganó México no entró agua dulce en aquella Ciudad.

Por manera que a la cuenta que en esta relación hallarán, me he hallado en ciento y diez y nueve batallas, y rencuentros de guerra, y no es mucho que me alabe de ello, pues que es la mera verdad; y estos no son cuentos viejos, ni de muchos años pasados de Historias Romanas, ni ficciones de Poetas, que claros y verdaderos están mis muchos, y notables servicios que he hecho a Dios primeramente, y a su Majestad, y a toda la Cristiandad, y muchas gracias y loores doy a nuestro Señor Jesucristo, que me ha escapado, para que ahora tan claramente lo escriba: y más digo, y me alabo de ello, que me hallé yo en tantas batallas; y rencuentros de guerra como dicen las Historias en que se halló el Emperador Enrique Cuarto.



CAPÍTULO CCXIII.

De las señales y Planetas que hubo en el cielo en la Nueva España antes que en ella entrásemos, y pronósticos y declaración que los Indios Mexicanos hicieron, diciendo sobre ello: y de una señal que hubo en el cielo, y otras cosas que son de traer a la memoria.

Dijeron los Indios Mexicanos, que poco tiempo había antes que viniésemos a la Nueva España, que vieron una señal en el cielo, que era como entre verde y colorada, y redonda como rueda de carreta, y que junto a la señal venía otra raya y camino de hacia donde sale el Sol, y se venía a juntar con la raya colorada: y Moctezuma, gran Cacique de México, mandó llamar a sus Papas y Adivinos, para que mirasen aquella cosa y señal, nunca entre ellos vista ni oída, que tal hubiese: y según pareció, los Papas lo comunicaron con el ídolo Huichilobos; y la respuesta que dio, fue, que tendrían muchas guerras y pestilencias, y que habría sacrificio de sangre humana. Y como venimos en aquel tiempo con Cortés, y de ahí a diez meses vino Narváez, y trajo un negro lleno de viruelas; el cual las pegó a todos los Indios que había en un pueblo, que se decía Cempoala, y desde aquel puerto cundió toda la Nueva España, y hubo grande pestilencia. Y además de esto las guerras que nos dieron en México cuando fuimos al socorro de Pedro de Alvarado, que de mil y trescientos soldados, que en ella entramos, mataron y sacrificaron ciento y cincuenta; por manera que los que lo dijeron, salieron ciertos en lo de las señales: nosotros nunca las vimos, sino por dicho de Mexicanos lo pongo aquí, porque así lo tienen escrito en sus pinturas; las cuales hallamos verdaderas.

Lo que yo vi, y todos cuantos lo quisieron ver, en el año de veinte y siete, estaba una señal en el cielo de noche, a manera de espada larga, como entre la provincia de Panuco, y la ciudad de Tezcuco, y no se mudaba del cielo a una parte ni a otra en más de veinte días; y dijeron los Papas e Indios Mexicanos, que era señal que habría pestilencia; y de ahí a pocos días hubo sarampión, y otra enfermedad, como lepra, que hedía muy mal: de lo cual murió mucha gente, mas no tanto como de la viruela.

También quiero decir como en la villa de Guacacualco en el año de veintiocho llovió un aguacero de terrones gordos, y no eran de la manera que otras veces suele llover, y en cayendo en el suelo aquello que parecía agua, se congelaba en sapos, poco mayores que moscarrones, y se cuajó el suelo de ellos, y luego comenzaron a saltar la



vía del río, que estaba cerca, y sin ir unos la vía que otros, ni quebrar vía derecha, se entraron en el río: y como eran muchos, y la tierra calurosa, y hace muchos soles, no pudieron llegar todos los sapos al río, y así se quedaron muchos en el suelo, y aves carniceras, y de rapiña comieron todos los más; y los que no llegaron, dieron mal olor, y mandamos limpiar, por quitar la hedentina.

Asimismo dijeron otras personas de fe y de creer, que en un pueblo cerca de la Veracruz, que se decía Cempoal, llovió en aquel tiempo muchos sapillos junto a un ingenio de azúcar, que había en aquella sazón en Cempoal, que era del Contador Albornoz.

Y como esto de llover de los sapos, parece que no son cosas que todos los hombres las ven con los ojos, estuve por no escribirlas: porque como dicen los sabios, que cosas de admiración que no se cuentan: y leyendo esta relación un Caballero vecino de esta ciudad, persona de calidad, que se dice Juan de Guzmán, dijo que es verdad, que viniendo él y otro hidalgo por la provincia de Yucatán, que llovió tantos sapos, que en los capotes que llevaban de camino, del agua que cayó en ellos, se congeló gran cantidad de sapos pequeñitos, y que los sacudieron.

Y asimismo dijo otro vecino de Guatemala, que se llama Cosme Román, que en la ciudad vieja llovió sapillos, y era en el tiempo que dijo Guzmán.

Volvamos a una gran tormenta y tempestad que acaeció en Guatemala, y es que en el año de mil y quinientos y cuarenta y uno por el mes de Setiembre llovió tanta agua tres días con sus noches, que se hinchó una boca de un volcán que estaba obra de una legua de la ciudad de Guatemala, y reventó por un lado de la abertura del volcán, y del gran ímpetu de agua trajo muchas piedras y árboles, de tal manera, que si no lo hubiera visto, no lo pudiera creer, porque dos yuntas de bueyes no las podían arrancar: las cuales piedras están hoy en día por señal; y además de ellas los árboles con sus raíces muy grandes, y muchos maderos y piedras chicas, el agua era a manera de lama y cieno cuajada, y hubo tan gran viento, que hacía alzar olas al agua, puesto que era como lama, y con este agua grandísimo ruido, que no se oían unos a otros vecinos, ni padres a hijos no se podían valer: y esta tormenta fue en Sábado por la noche a obra de las diez, en once de Setiembre del año ya por mí dicho: y toda aquella tempestad de piedra, maderos, agua y cieno vino por mitad de lo poblado de Guatemala, y llevó y derribó todas las casas que halló, por fuertes y recias que eran: y murieron en ellas muchos



hombres, y mujeres, y niños, y se perdieron cuantas alhajas y haciendas tenían los vecinos, y otras muchas casas que estaban en parte, que la tormenta no las llevó, quedaron llenas hasta las ventanas de lama, y lodo y piedras, atravesados muchos árboles; y en aquella sazón que esto pasaba, se recogió a rezar en un Oratorio una ilustre Señora, que se decía Doña Beatriz de la Cueva, mujer del Adelantado Don Pedro de Alvarado, y tenía consigo algunas damas, y doncellas, que había traído de Castilla para casarlas; y estando rezando y rogando a Dios que la guardase de la tempestad, cuando no se cató, vino el agua y cieno con tanto sonido y recio, que la derribó la casa y Oratorio, y las ahogó, y llevó el agua, que no se escaparon sino una Señora, que se dice Doña Leonor de Alvarado, hija del Adelantado; la cual hallaron entre unos árboles y piedras grandes, y desde que la conocieron sus criados, la sacaron medio muerta y sin sentido; y ahora en esta sazón está casada con un Caballero, que se dice Don Francisco de la Cueva, dicen, que es primo del Duque de Alburquerque, y tiene hijos varones muy buenos Caballeros, e hijas doncellas muy generosas para casar: Y también escaparon otras dos Señoras, que no se me recuerdan sus nombres. Volveré a tratar de esta triste materia, que después, día claro, muchas personas dijeron, que cuando andaba la tormenta, que oyeron silbos, y voces, y aullidos muy espantables; y decían que venían envueltos con las piedras muchos demonios; que de otra manera, que era cosa imposible venir tan grandes piedras, y árboles sobre sí; y que andaba en las olas una vaca con un cuerno, y dos bultos de hombres como negros, de malas caras y gestos, y que decían a grandes voces: dejadlo, dejadlo, que todo ha de fenecer y acabar; y cuando salían los vecinos a las puertas, o se asomaban a las ventanas a ver qué cosa era, tomaban en sí gran pavor, y si porfiaban de salir de una calle a otra para guarecerse los padres a los hijos, y los maridos a sus mujeres, los arrebatava la ola del agua, y del cieno, y los llevaba hasta el río que estaba cerca. Y además de estos desastres hizo otros peores males a los Indios, que estaban poblados y vivían más arriba en aquel paraje, donde venían las piedras y maderas, agua y cieno, que a todos los ahogo; perdónelos Dios, así a los unos como a los otros. Fama fue que a aquella señora ya por mi nombrada otras veces, que allí se ahogó, que pocos días había que le habían traído nuevas que el Adelantado su marido Don Pedro de Alvarado le habían muerto en un socorro que fue a hacer en los soldados de Cochitlán Españoles, según más largamente lo he recontado, y está escrito: y como le trajeron tan tristes nuevas, ella se mesó los cabellos, y lloró



mucho, y se rasguñó su cara, y por más sentimiento mandó que todas las paredes de su casa se parasen negras con una tinta y betún negro, y después de hechas las honras por su querido marido, pareció que echaba menos cada día más al Adelantado su marido, y daba gritos y voces, y hacia muchos sentimientos, y no quería comer, ni recibir consolación: y como se suele usar consolar a los tristes, y viudas, iban a verla muchos Caballeros de esta Ciudad, y le decían palabras con que consolarse, y no tuviese tanta pena, pues Dios fue servido de llevarse aquel Caballero, y que hiciese bien por su alma, y diese gracias a Dios por ello, y le decían otras palabras de consuelo, que en tales cosas se suelen decir: y dicen, que respondió, que daba gracias a Dios por ello, pero que no tenía otro consuelo en este mundo, en que Dios nuestro Señor le pudiese hacer más daño de lo hecho que en llevarle a su marido: y dijeron muchas personas, que si fueran dichas aquellas palabras de todo corazón, que fueron muy malas, y que Dios nuestro Señor no se pagó de ellas, y que fue servido, que por aquella blasfemia la tempestad viniese, y que feneciese en ella con sus doncellas, y que muriesen; así vecinos, mujeres, niños, e Indios, e Indias, y casas y haciendas, y que todo se perdiese. Secretos son de Dios, por todo lo que es servido de hacer, y le hemos de dar gracias, y loores, y con corazones contritos suplicarle nos perdone nuestros pecados. Después que he estado en Guatemala, he oído decir, que nunca aquella señora dijo tan malas palabras, sino tan solamente que deseaba morir con su marido, y lo demás que se lo levantaron. Y volviendo a decir de las piedras que trajo la avenida, son tan grandes, que cuando vienen a esta Ciudad forasteros, las van a ver, y quedan espantados.

Después que aquella desdicha pasó de la tormenta, los vecinos que escaparon de ella, buscaron los cuerpos de los muertos, y los enterraron, y no osaron vivir en la Ciudad, porque muchos de ellos, y casi todos se fueron a estar en sus estancias, y otros hicieron ranchos y chozas en el campo, hasta que se acordó por todos los vecinos, que se poblase esta Ciudad, donde ahora está, que solía ser labranza de maizales: y cierto no fue buen acuerdo tomar tan mal asiento; porque mejor estuviera en Petapa, y más conveniente para todos los vecinos mercaderes, o en los llanos de Chimaltenango: y si miramos bien en ello, en esta Ciudad, desde que aquí se asentó, nunca faltan trabajos de venir el río crecido, o temblores. Y dejando esto del mal asiento, quiero traer a la memoria lo que se acordó y ordenó en esta Ciudad por el Obispo pasado de buena memoria, y otros Caballeros, que se hiciese una Procesión cada año a once de



Setiembre, y que saliese de la Iglesia mayor, y fuese de madrugada a la Ciudad vieja, y llevasen todas las Cruces, y Dignidades y Clérigos y Religiosos, todos con gran contrición, cantando las Letanías, y otras santas oraciones, y todos los más rezando y demandando a Dios misericordia, para que nos perdone nuestros pecados, y los de los que murieron en aquella tormenta, hasta llegar con la procesión a la Iglesia, que solía ser en la ciudad Vieja; y la tienen bien adornada y enramada, y paños de tapicería, y aderezados los Altares, y allí dicen Misa los Sacerdotes y Religiosos, y desde que acaban de decir las Misas, dicen sus responsos por los difuntos que allí están enterrados, y ponen en las sepulturas de personas insignes algunas tumbas, con hachas de cera encendidas, y ofreciendo pan y vino y carneros, y en otras de lo que pueden, según la calidad de los difuntos que allí están enterrados, y todas las más veces hay sermón, y el Obispo ya otra vez por mí nombrado iba en la procesión; el cual murió, y en su testamento dejó cierta renta, para que se pagasen a los Sacerdotes las Misas que dijese: remítome al testamento: y después que se ha dicho Misa, y oído Sermón, muchos vecinos de esta ciudad, y Caballeros y Señoras, tienen allí sus ollas, meriendas y comidas suntuosas, según que se usa en Castilla, y se van a holgar a algunas huertas, y jardines, o en el campo, o como cuando tenemos una Procesión fuera de la ciudad, o promesa, o advocación de Santos, se tiene por costumbre en Castilla llevar el almuerzo: esto que aquí he dicho, y relatado, yo no me hallé en ello: mas lo digo, porque entre los papeles y memorias que dejó el buen Obispo Don Francisco Marroquín, estaban escritos los temblores, cómo y cuándo, y de qué manera pasó, según aquí va declarado; y lo demás me dijeron personas de fe, y de creer, que se hallaron presentes en la avenida, porque en aquel tiempo estaba en Chiapa; y después de esto pasado, han corrido otros tiempos que dicen los Curas y Dignidades de esta santa Iglesia de Guatemala, que no dejó renta el Obispo Don Francisco Marroquín de buena memoria y para hacer la Procesión que se solía hacer: y así está ya todo olvidado de tantos años a esta parte ya pasados.